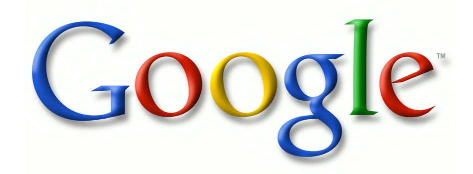
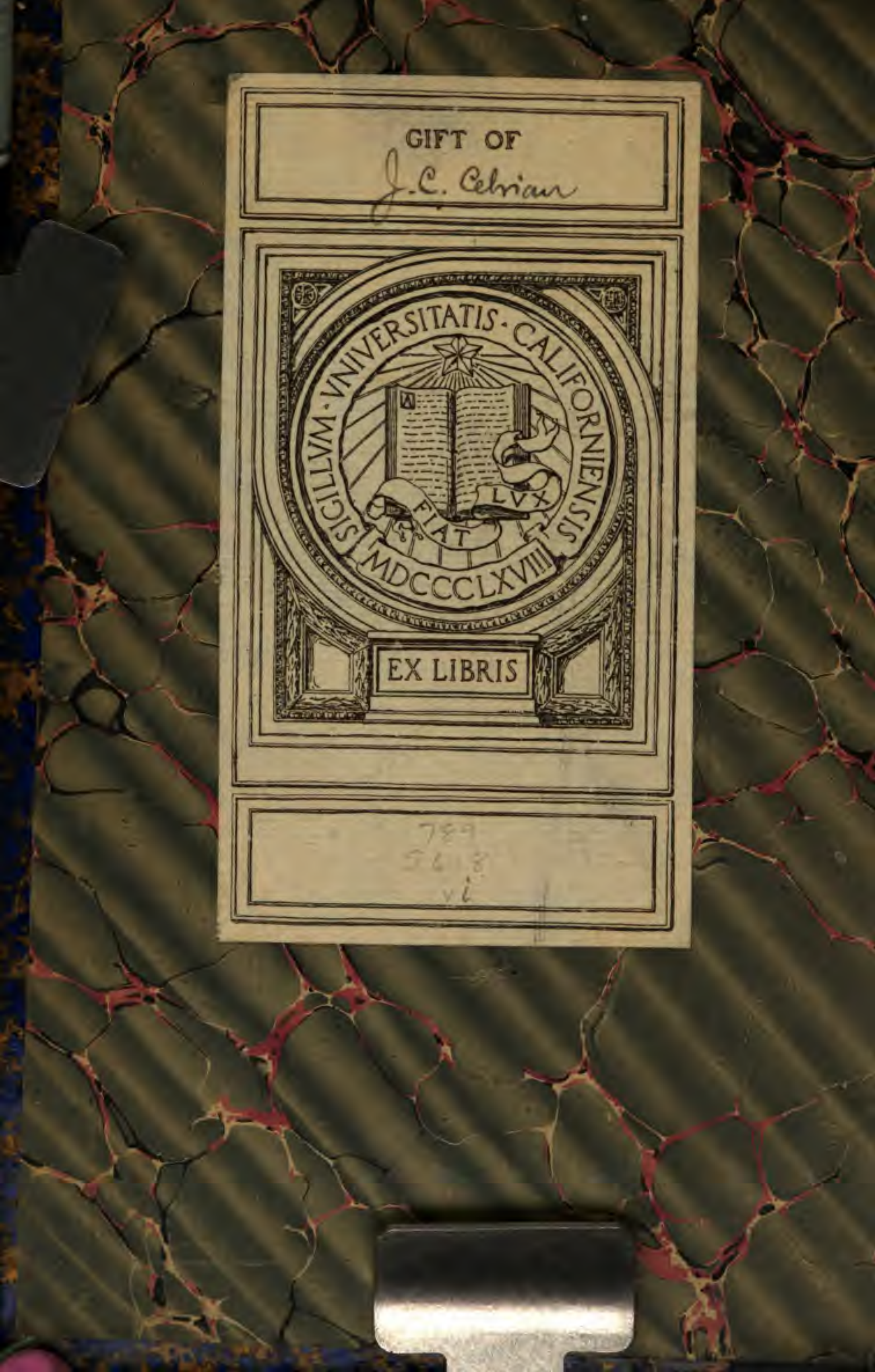
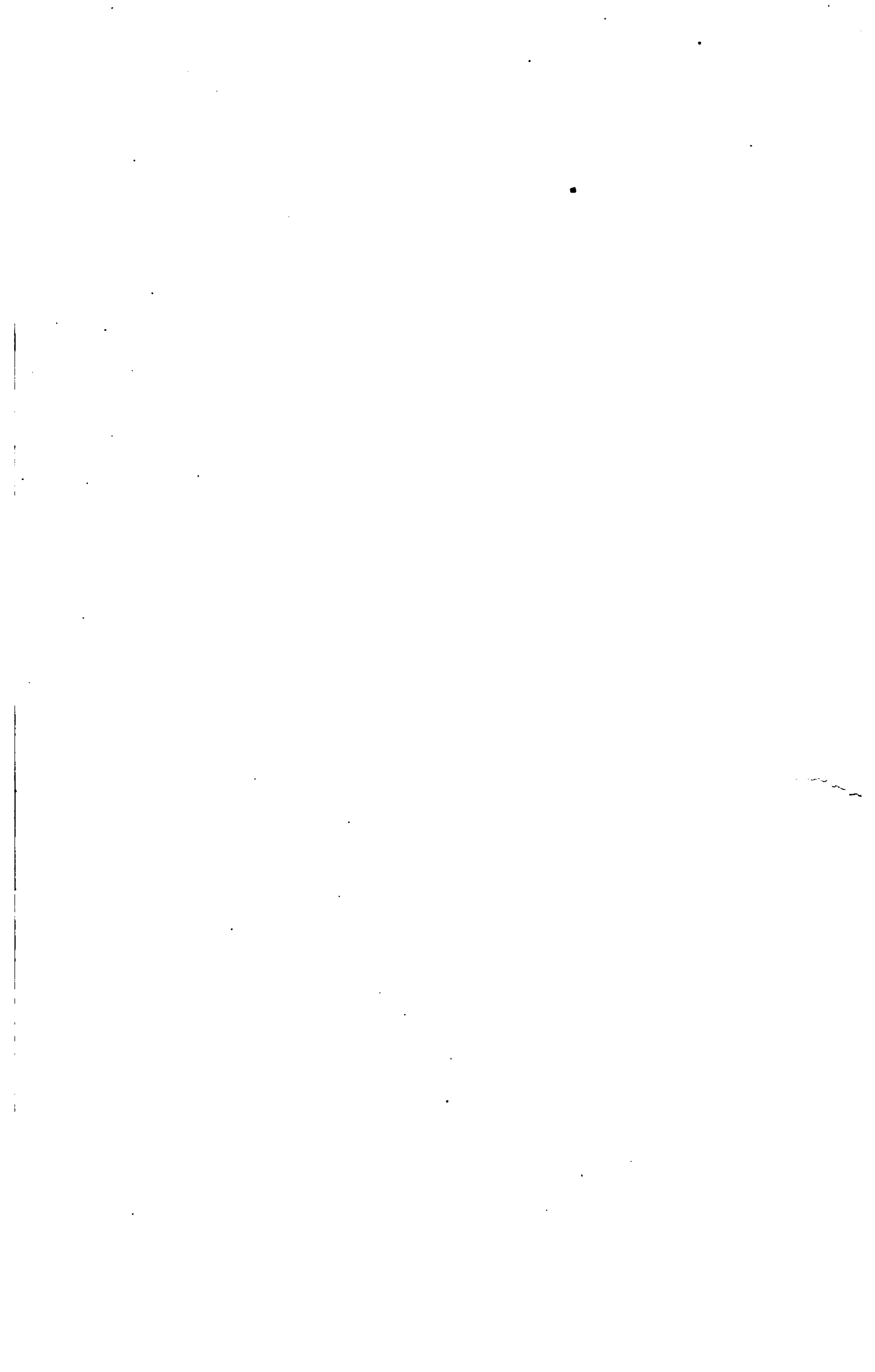



UC-NRLF
$B 315 877


GIFT OF
J. C. Cebrian
SIGILLVM · VNIVERSITATIS · CALIFORNIENSIS
LVX
FIAT
MDCCCLXVIII
EX LIBRIS





MARÍA DEL PILAR SINUÉS.

LA VIDA ÍNTIMA.

CORRESPONDENCIA DE DOS FAMILIAS DEL GRAN MUNDO.

EN LA CULPA VA EL CASTIGO.

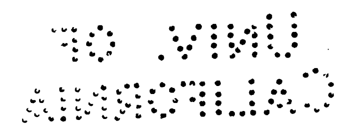
NOVELA ORIGINAL.

SEGUNDA EDICION.



MADRID,
OFICINAS DE LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA,
CALLE DE CARRETAS, NÚM. 12, PRINCIPAL.

MDCCCLXXVIII.



MADRID, 1878.—Imprenta, estereotipia y galvanoplastia de Aribau y C.ª
(sucesores de Rivadeneyra), Impresores de cámara de S. M.

CARTA

Á LA

Excma. Sra. CONDESA DE VALMASEDA.

Mi más querida amiga: De todos los elogios que los pobres hijos de mi ingenio han recibido (y no digo merecido, porque sólo los debo á la bondad de los que los conocen), los de V. son los que han dejado en mi corazon más verdadero sentimiento de alegría y gritítud.

Sí, mi amada Condesa: veo yo en sus ojos, al hablarme de mis libros, tal expresion de sinceridad y de ternura, que creo ciegamente y llena de contento en la simpatía que me asegura V. tiene su pensamiento con el mio.

Este dulce lazo es el que no se rompe jamas: esta armonía del sentir, independiente, casi involuntaria, y por lo mismo nobilísima y llena de pureza, esta tierna alianza del alma es difícil de hallar, no sólo en la amistad, si no hasta en el

amor; pero cuando se halla es para siempre y, como hija del espíritu, sube con nosotros, segun mi parecer, á las eternas regiones adonde hemos de ir despues de esta vida mortal, en la que hallamos tantos dolores.

Sea, mi querida y bella amiga, este libro un símbolo de mi gratitud á su afecto y deferencia: hijo del espíritu, no es indigno de V.: en sus páginas hay lágrimas, profundos dolores, desaliento, angustiosas dudas y cansancio de la vida: pero ¿se compone de más dichosos elementos la mayor parte de la existencia humana? Quien otra cosa diga, no le ha sido otorgada por el cielo la triste facultad de pensar, y la no ménos triste de sentir.

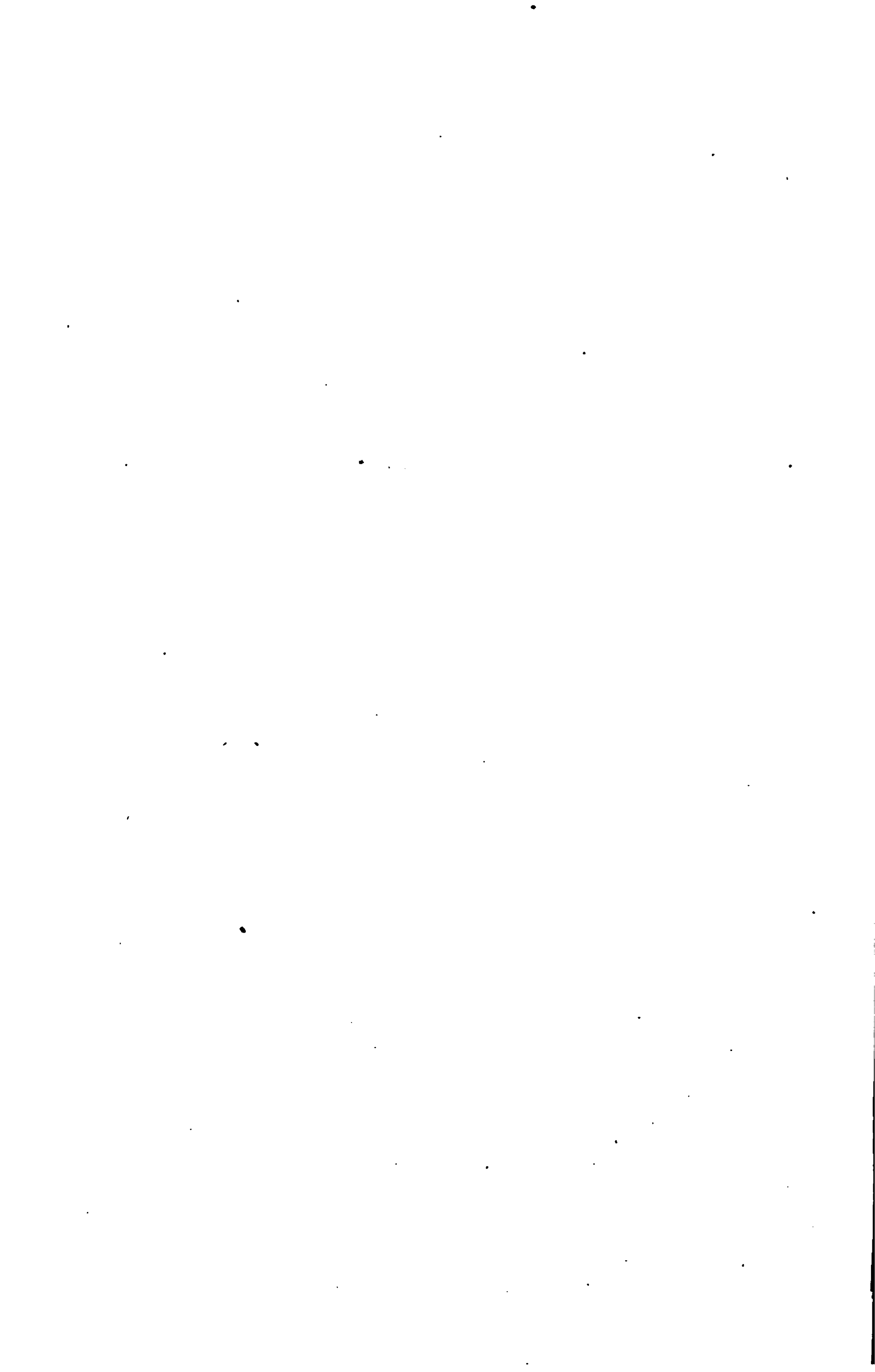
No obstante, como en un campo abrasado por los hielos del invierno brotan, al aparecer el jóven Abril, las pintadas y alegres flores de la primavera, hay entre las amargas verdades de estas páginas consoladoras imágenes que adorna la esperanza con sus verdes ramas, el amor á Dios con sus hermosas palmas, y las dulces virtudes del hogar, con guirnaldas de violetas y jazmines: porque no hay en la vida bien ni mal absoluto, y nuestro padre celestial, si derrama amarguras en nuestro destino, nos alienta con la certeza de su eterno amor: esto es lo que he intentado demostrar en este libro.

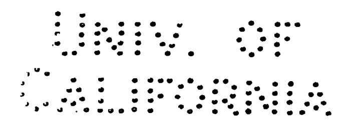
V., cuya alma sensible, y por lo mismo melan-

cólica, ama la soledad, hallará en él un amigo; así lo espera y así lo desea vivamente su apasionada

María del Pilar Sinués.

Madrid, Febrero de 1876.





PARTE PRIMERA.

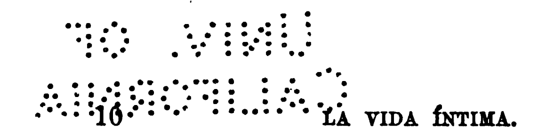
I.

La Marquesa de Valflores á Pablo de Hinestrosa.

Castillo de Valflores, Enero de 1865.

¿Que vaya á Madrid, hijo mio? ¿Y para qué deseas al lado tuyo á tu anciana abuela, que sería para tu vida de soltero un embarazo perpétuo? No quiero ocasionarte esas mil sujeciones que una señora de edad avanzada impone siempre á un jóven gallardo y preferido de las damas como lo eres tú.

Y esto, Pablo mio, no es decirte que no esté bien cierta de tu amor; yo sé que me quieres con todo tu corazon, y que, por esta madre inútil y anciana, darias tu vida sin esfuerzo: ¡oh, hijo mio! ¡No en vano os he educado y os he amado desde vuestra infancia más tierna á tu hermana y á tí! ¡No en vano os he mirado, pobres huérfanos mios, como un depósito sagrado y querido que Dios confiaba á mi celo y á mi ternura! ¡Cuán bien habeis pagado mi amor! ¡Cómo me lo habeis probado siempre! Eufemia, ménos expansiva, ó mejor dicho, más tímida que tú, no era tan cariñosa ni tan vehemente en sus manifestaciones, y mis ojos maternales han tenido que adivinar lo que ella no me expresaba; pero tú no



has perdonado medio alguno de hacerme comprender toda tu terneza y gratitud.

Sólo contabas ocho años cuando quedaste sin padre, y tu hermana acababa de nacer; vuestra madre le siguió pocos meses despues al sepulcro; y yo os miré y acogí como un legado inestimable que mi infeliz hijo me hacía.

¡Para vosotros he vivido, y sólo por vosotros! Ya anciana, me sentí rejuvenecer con vuestros gorjeos infantiles; hice de vosotros el único objeto de mi solitaria existencia, y os amé y os cuidé como lo hubieran hecho vuestros padres.

Todo lo que yo sabía os lo enseñé, y vosotros habeis pagado con usura mis desvelos.

¡Qué orgullosa estoy de vosotros, hijos mios!

Las más bellas dotes del alma y del cuerpo os adornan: mi corazon responde á los vuestros con ecos unísonos, y jamas vuestra anciana abuela llamará á ellos en vano.

Pero, Pablo, la tarea de educaros, aunque tan grata, habia agotado mis fuerzas, ya cansadas por grandes dolores: cuando te vi mayor de edad y con tu carrera terminada, confié á tus cuidados á tu hermana y quise gustar la paz del retiro y hallarme sola con Dios y con la naturaleza.

No creas, hijo mio, que aquí vivo aislada y triste, temor que me manifiestas en todas tus cartas, durante el año que hace que me separé de vosotros; aquí me acompañan pocos, pero buenos amigos, algunos de los cuales tú conoces, pues á mi instalacion en éste, que Eufemia y tú llamais *un nido de águilas*, pasaste un mes en mi compañía con tu hermana.

Ya sabes que este castillo se eleva en medio de un pintoresco valle, á cuya falda hay una risueña aldea: el valle y el pueblecillo llevan el mismo nombre de nuestra familia, y todas las tierras que les circundan son de nuestra pertenencia; y bien, ¿crees tú que estoy sola entre nuestros fieles colonos que tanto me aman?

El señor cura de Valflores, el médico y el alcalde, cada uno de estos dos con su respectiva esposa, vienen á hacerme la tertulia por la noche, y jugamos al tresillo hasta las diez, hora en que todos se van á buscar la cena: ademas, hijo mio, he abierto en el piso bajo del castillo una especie de escuela para los niños de la aldea, pues no la habia, y he traido para regentarla á una pobre jóven, hija de uno de mis mayordomos, que quedó huérfana y sin recursos, por efecto de la honradez con que su difunto padre cuidó de mis intereses: la pobre Modesta vive á mi lado, y le doy un gabinete cuya ventana cae sobre el valle, un cubierto en mi mesa y doce duros cada mes, para que enseñe á mis queridas niñas á coser en blanco, á hacer calceta y á escribir; yo les enseño á leer el catecismo y las cuatro reglas simples, para que puedan, cuando se casen, echar sus cuentas en su casa.

El señor cura ha querido tomar parte en esta buena obra, y las tardes de los juéves viene á la escuela y explica á las niñas durante una hora algun punto de religion, con la sencillez y ternura que estas inteligencias infantiles necesitan.

Ya ves, hijo mio, cómo tengo en qué entretenerme: ademas, soy la camarera de la Vírgen que está en el al-

tar mayor de la iglesia, y yo misma hago los mantos y vestidos de la SEÑORA, y tengo el inestimable honor de vestirla y cuidar su guardaropa.

A pesar de mis sesenta y cinco años, áun veo á bordar y á hacer encajes de aguja para los paños de altar.

No pases, pues, pena por mí, hijo mio: yo iria á veros durante un mes; pero, te lo repito, una señora de mi edad, y ya achacosa, os embarazaria bastante á Eufemia y á tí; porque yo necesito acostarme temprano, comer á ciertas horas y no dejar mi regla para nada.

Ya sé yo que vosotros os sujetaríais en todo á mi gusto; pero yo no quiero violentaros; y ademas, te lo confieso, á pesar de mis deseos de veros, me costaria mucho trabajo dejar mi querida soledad.

El alma, que es siempre jóven y entusiasta, se halla aquí más cerca de su Dios que en las grandes poblaciones: estos inmensos campos; este cielo sin límites, que se despliega á mis ojos como el pabellon que corona al trono del Señor; estos árboles centenarios que han visto deslizar á su sombra los pasos de mis padres, los mios y los del vuestro; este rio, á cuyas orillas soñé tantas veces con el amor y la felicidad; la humilde iglesia de la aldea, donde hice mi primera comunion y donde os traje á Eufemia y á tí para que hicierais la vuestra; este risueño cementerio, donde duermen mi esposo y vuestros padres, es decir, todo lo que amé en la tierra, y donde tengo preparado mi último lecho; todo esto, hijo mio, habla á mi corazon, todo esto me acompaña y á la vez me acerca al cielo.

Deja, hijo mio, á la caduca encina que viva lo que

pueda al abrigo de los antiguos torreones, sus compañeros y amigos: tú eres el jóven arbolillo, áun cubierto de flores y de aromas; cuida de tu hermana y da tu sombra á esa tierna y delicada planta; si quieres probarme tu cariño, sé para ella á la vez padre y hermano, y haz que la cerquen el amor, la paz y la felicidad.

No terminaré esta carta sin encargarte mucho me hables extensamente del carácter de vuestra tia, de la que he oido hablar bastante, pero á la cual no conozco: vuestra madre era un ángel; pero su hermana, en otro tiempo, no se le parecia; sin ser mala, era coqueta, frívola y algo dominante: así lo decian las personas que la habian tratado en Italia, donde residió durante algunos años con su marido.

He aprobado de todas véras el que haya ido á vivir con vosotros: escasa de bienes de fortuna, tú has debido tenderla una mano protectora, y recibiéndola á vuestro lado, das á Eufemia una compañera digna y muy precisa á su edad: con vuestra tia podrá tu hermana ir al teatro, visitar y salir siempre que le sea necesario, dejándote á tí la conveniente libertad.

Así, pues, te lo repito: has hecho una accion noble acogiendo á esa pobre baronesa, tan romántica y tan desgraciada, positiva é idealmente; pero vigila con cuidado á tu hermana, y observa si su carácter y maneras sufren alguna variacion, debida al ejemplo é ideas de su tia; y si algo te choca ó te lastima, comunícamelo al instante.

Creo que tu tia se llamaba Agueda; pero ella quiso idealizar su nombre para escribir versos, y empezó á fir-

marse Galatea en los pésimos que hacía : ¿cómo se llama hoy? Ha sido muy bonita y muy coqueta : yo deseo que no sea ya ni lo uno ni lo otro, y que ahora sea lo que sus años exigen.

Adios, hijo mio; dí á Eufemia que espero con impaciencia carta suya; dale un abrazo por mí, y recibe otro para tí, de tu madre.

ANA.

II.

Eufemia de Hinestrosa á la Marquesa de Valflores.

Madrid, Enero de 1865.

De muchas cosas tengo que hablarte, mi querida abuelita, y si he tardado algunos dias en escribirte, ha sido porque queria hacerlo largamente, y no me dejaban sosiego para ello el cuidado de la casa y los nuevos quehaceres que me ha ocasionado la instalacion de mi tia á nuestro lado.

¡Mi tia! ¡Cualquiera diria que me cuesta trabajo el mirar como cosa *mia* á esta señora que tiene ideas tan extrañas y tan extraño modo de ver todas las cosas!

La Baronesa es amable, casi con exceso; me colma de caricias y de halagos; pero ¡ay, abuelita mia, estas caricias dejan frio mi corazon! Son tan afectadas, tan repe-

tidas (atendido á que nunca hasta ahora me ha tratado), son, por decirlo así, tan rebuscadas, que yo no sé corresponder á ellas, y permanezco confusa, callada y como atónita en presencia de sus extremos.

Voy á ver si puedo retratarte á la pluma, y aunque sea á grandes rasgos, á mi tia Galatea, segun quiere que se la llame.

Figúrate una mujer de maneras distinguidas naturalmente, pero más que un poco teatrales por la afectacion que les impone.

Su estatura alta y delgada parece sostenida con trabajo por dos piés muy pequeños y muy bonitos, que ella, á pesar de las exageradas colas de sus vestidos, tiene muy buen cuidado de lucir.

Mi hermano dice que la Baronesa está muy cerca de los cincuenta años, segun lo que ha oido asegurar á algunos amigos de la familia; pero yo le he oido afirmar á ella dos ó tres veces, con una serenidad pasmosa, que acaba de cumplir treinta y cinco; y á la verdad, vestida, pintada como ella sabe hacerlo, empolvada y recurriendo á todos los engaños del arte del tocador, en el que me parece muy maestra, no aparenta ni siquiera la edad que confiesa.

Su nariz es un tanto larga, pero afilada; sus ojos negros y lánguidos no son hermosos, pero ella los maneja con tal arte y se pinta tan bien en sus ángulos una rayita negra, que parecen llenos de la luz de la juventud y del talento; lleva asimismo pintado el cútis de blanco y rosa, los labios de encarnado, y tiene una dentadura preciosa y blanca, que completan tres dientes postizos;

éstos los vi ayer sobre su mesa de tocador, pues tuve la imprudencia de entrar cuando se estaba lavando, sin llamar ántes á la puerta.

Su cabello negro y escaso se halla adicionado con algunos añadidos perfectamente dispuestos, y ademas se lo riza todas las noches con una paciencia que yo no podria tener.

Su guardaropa es muy reducido, pero está dispuesto con tal arte é inteligencia, que mi tia parece la mujer más elegante del mundo, y, en efecto, lo es; tanto que dos veces que hemos salido juntas ha llamado la atencion de todos.

Un dia fuimos á paseo.

Anoche asistimos al teatro.

Para la primera de estas dos salidas se puso un traje negro, ya usado, pero cortado y hecho con la más perfecta elegancia.

Anoche llevaba un vestido de gro de color claro, un cuellecito de encaje con mangas iguales, y un aderezo muy sencillo de oro y perlas, compuesto de alfiler y pendientes.

Pero ¿cómo explicarte, abuelita mia, lo que aparenta este modesto atavío puesto en mi tia?

Imposible es: sólo viéndola se comprende la suprema elegancia que puede encerrar tan sencillo equipo; esa elegancia que consiste sobre todo en los detalles, en la postura, en el aire del cuerpo, en la distincion de los movimientos, en la calidad exquisita y la frescura del guante, en el suave perfume del pañuelo, en el córte del vestido y en la disposicion de los cabellos.

Todos los gemelos se dirigian á la Baronesa, y yo oí á algunas personas preguntar á otras:

—¿Quién es esa encantadora mujer?

La Duquesa de B..., que se hallaba con sus hijas en el palco inmediato al nuestro, dijo que era un modelo de elegancia y distincion; la Duquesa es amiga tuya y sabes lo que vale su parecer en esta parte.

En fin, abuelita mia, tu pobre Eufemia parecia una señora mayor, y su tia la diosa de la hermosura.

Al salir del teatro habia en el peristilo varios jóvenes viendo pasar á las damas que iban á buscar sus carruajes; pasamos nosotras, y uno de ellos dijo, cuando ya creyó que no le podríamos oir:

—Ya no le faltaba á la pobre Eufemia, que es tan desgarbada, otra cosa que la vecindad de esa adorable mujer: ¡vaya un talento que ha tenido Pablo Hinestrosa al elegir para su hermana esa dama de compañía! ¡Ahora sí que es peregrino el contraste!

—Debe ser extranjera, dijo otro de los presentes; sólo las francesas saben vertirse así.

—Y pintarse así, añadió un tercero.

—¡Eh! ¿qué importa que vaya pintada? observó el primero que habia hablado; ¿no nos gusta que una mujer se ponga un lazo de cinta y se ondule el cabello? Pues la pintura es tambien una parte de adorno, y á la mujer debe perdonársele con tal que se presente bella; ése es su deber.

Pasamos y no oí más.

Pero quiero confesarte, abuelita de mi alma, que casi lloré al oir que se burlaban de mí tan descaradamente, y que tanto ponderaban las gracias de mi tia.

Esta me parece que sólo posee las perfecciones del tocador, porque su conversacion no puede ser más superficial ni más tonta; sólo me habla de los países que ha recorrido y de lo feliz que fué en su matrimonio, pues aseguran que su marido la adoró siempre con locura; no lo dudo, si tenía la cabeza tan vacía como ella. Por lo demas, parece activa, servicial y dispuesta á agradecer y á recompensar, con mil pequeños servicios, la hospitalidad que Pablo le ha concedido; se levanta algo tarde, es verdad, pero en seguida ella misma arregla su cuarto con tanta prontitud, que no sé cómo lo deja tan bonito y adornado con tal coquetería.

Despues da vuelta por toda la casa, y ya quita el polvo á una mesa, ya arregla los pliegues de una cortina, ya entorna las maderas de un balcon; todo tiene ahora otro aire que ántes y parece que hay en la casa más limpieza, más elegancia, más *comfort*, en una palabra.

Ademas de sus dos vestidos de seda, uno negro y otro de color claro, de que ya te he hablado, he visto que tiene otro de lana gris, con el que se viste en casa, y una bata para levantarse; á esto debe estar reducido todo su guardaropa.

Lo que me admira es ese constante deseo de ocuparse de sí misma, ese alto aprecio y culto que dedica á su persona: yo, á los diez y ocho años, no hallo ninguna noche un momento propicio para rizarme el cabello, y voy peinada lo mismo que nuestra cocinera; tengo frio con un vestido ajustado y paso el dia envuelta en una bata de lana y ademas en un pañolon: ¿qué haré cuando tenga su edad? Me pondré un hábito de estameña y no

me lo quitaré, no sólo por devocion, sino por comodidad.

¿Con qué no quieres venir á pasar algun tiempo con nosotros? ¡Si vieras cuánto he llorado al leerme Pablo la carta que contiene tu negativa! ¡Dices que le quitarás á él su libertad! ¡Vaya una excusa! ¿y yo, y yo, abuelita mia, que tanto te amo, que daria un año de mi vida por vivir á tu lado un mes? Pues bien; ¡si no vienes, me iré yo contigo! sólo tú comprendes lo que vale tu hija... aquí mi hermano no me halla tal como desearia que fuese... él me quisiera coqueta, alegre, elegante... él me quisiera como es la Baronesa y es imposible que se le asemeje tu

EUFEMIA.

III.

Pablo de Hinestrosa á la Marquesa de Valflores.

Madrid, *Enero de* 1865.

A la verdad, abuelita de mi alma, ó mejor dicho, mi adorada madre; que me encuentro más inquieto y más intranquilo que nunca; sí, tu nieto con su gran estatura, sus grandes bigotes y su *partido* con las damas, se halla tan perplejo, y casi tan afligido como un niño de diez años.

Señora, madre y bienhechora mia, yo te llamaba y te llamo aún para poder depositar en tu noble pecho la

amargura que va invadiendo el mio en locas y precipitadas olas: ¿por qué no vienes á nuestro lado? Negras sombras empiezan á envolver el horizonte de mi vida y necesito de tu bondad, de tu talenlo, de tu fe cristiana, como el arbolillo sacudido por el huracan necesita el arrimo de la robusta encina.

¡Oh, mi venerada abuela! ¡oh, madre mia! ¿por qué no son tus cabellos siempre rubios y hermosos como áun los conocí yo de niño? ¿Por qué en lugar de envejecer tú, no envejecemos Eufemia y yo? ¡Débiles é inútiles criaturas! ¡Yo quisiera, al besar tus venerables canas, trasladarlas á mi soñadora y calenturienta cabeza! ¡La tuya, donde reside tan augusta inteligencia, debia llevar eternamente la corona de la juventud!

¡Desde que te alejaste mi valor huyó contigo, y en este año de fatal ausencia, las fuerzas de mi alma me han ido abandonando y cada dia se ha ido nublando el sol de mi porvenir! ¡Yo quisiera que tú fueras á la vez mi madre, mi hermana, mi esposa! ¡Yo quisiera resumir en tí todos los santos amores de la existencia, porque tú eres lo más noble, lo más digno, lo más bueno que conozco!

El hielo del hastío invade todo mi sér; el paladar está cansado y tambien el corazon lo está de fáciles intrigas; no hay amistad ni hay amor; mi mejor amigo me ha vendido, robándome el corazon de la mujer á quien amaba, ¡y esta mujer me ha abandonado, porque mi amigo era más rico que yo! El juego me tiene casi arruinado: ¿por qué ocultártelo á tí? ¡á tí, mi madre y mi único amor en la tierra! Abuela mia, sólo queda en mi alma

un rinconcito sereno, como en el cielo tempestuoso, sólo queda á veces un pedacito azul, donde riela una estrella única; pues bien, madre mia, tu recuerdo es la estrella que habita el pedacito azul de mi alma.

Algunas veces pienso en casarme y me pregunto en seguida:

—¿Pero con quién? no conozco á una sola mujer á quien pueda ó quiera dar mi corazon y mi nombre: yo no amo ya, y veo personificada á la mujer en los dos tipos que tengo á la vista y que viven ó, más bien, vegetan á mi lado.

Mi tia, la extravagante baronesa Galatea, es la personificacion de esas mujeres del gran mundo que trato y que, segun dicen mis amigos, *me adoran;* pero ¡qué mujeres! todas, te lo repito, todas están cortadas por el mismo patron que lo está mi tia: frívolas, coquetas, entregadas completamente á los cuidados del tocador, á pintarse, á hacerse cuerpo y rostro artificiales; ¡así pudieran tambien hacerse artificial el alma, que se ve en toda su espantosa pobreza!

Esas mujeres que empiezan pintándose á los diez y seis años, llegan, pintándose cada dia más, á los cincuenta ó sesenta, y á esta edad áun se coronan de flores y se llenan de arrebol, y se visten de gasa, y van á danzar á los salones! ¡horror! ¿Hay algo más repugnante que la vejez disfrazada de juventud y de belleza?

Esta ha sido la vida de mi tia, y hoy existe esclava de sus dientes, de sus cabellos postizos, de su corsé y de su colorete; asi existirá aún algunos años, y cuando llegue para ella la última hora, se hundirá en la tumba sin

dejar tras de sí ni una sola afeccion grave y tierna, ni una lágrima, ni una plegaria.

Pero si me repugnan estas mujeres todas engaño, tan insoportables ó más me son las que se asemejan á Eufemia : ¡oh, madre mia! uno de mis mayores dolores es ver á mi hermana tan descuidada de su persona, *tan casèra*, tan entregada á la prosa de la vida; está visto, la mujer ha de ser antipática ó disipada; no puede reunir la virtud á la belleza; la elegancia á la modestia y al decoro; la instruccion á la bondad; la gracia al candor: es preciso que sea insolentemente coqueta ó completamente insociable; que gaste un caudal, ó que viva para no presentarse delante de nadie.

Tú sola, mi buena madre, eres el ideal sublime de la mujer; mi sér rebelde echa de ménos el dulce yugo de tu presencia, de tu ternura... ¿y me dices que serás para mí un embarazo perpétuo? ¡Para mí, que miraria como la más grande de las dichas pasarme la velada sentado á tus piés, viendo como trabajan tus venerables manos las gruesas medias que dedicas á los pobres!

Pues bien, si no quieres venir, yo iré contigo: ¡madre mia, yo te necesito! En el desaliento que invade mi alma yo quiero orar algunas veces, y la oracion no acude á mis labios; yo hallo el vacío al derredor de mí; he agotado en tres años todos los placeres que una crecida fortuna y un nombre ilustre brindan á un jóven de mi edad; el hastío conduce al desprecio de la vida, y la mia me cansa.

Como ciervo jóven y bravío, he corrido en las florestas de la vida y he agotado todos sus perfumes; pero detras

de las pomposas ramas hallé las punzantes espinas; bajo la azulada superficie de los manantiales hallé mucho cieno, y ahora me pregunto:

«¿Qué es verdad? ¿Qué es mentira?»

Preciso es, pues, ó que tú vengas á derramar un poco de bálsamo sobre las heridas de mi alma, ó que yo vaya á respirar el aire embalsamado de ese valle, á sentarme á la orilla de ese caudaloso rio, á oir el canto de las palomas á la falda del monte, y el tañido de la campana que llama á la oracion; preciso es que vaya á arrodillarme á los piés del altar donde tomé por la primera vez el sagrado pan; preciso es que tu bendicion refresque esta frente enardecida por el torbellino del mundo y que pidas al cielo por mí!

Madre mia, ¿me parezco á mi padre? yo no sé qué triste y negra historia es la suya; tú no me la has contado jamas, pero yo he oido palabras terribles, rumores sordos y siniestros, sobre todo desde que mi tia ha llegado.

Ayer mismo Eufemia le preguntaba si nuestra madre era hermosa.

—¡Como la luz del dia! respondió en su lenguaje enfático: sin embargo, mi pobre hermana fué muy desgraciada con su esposo; valia más que éste hubiera hecho ántes lo que hizo despues.

¿Y qué hizo? exclamó Eufemia en tanto que yo escuchaba mudo y aterrado.

¿Qué hizo? ¡se mató!...

—Mi padre! ¡se mató mi padre!... grité yo.

—¡Ah! ¿no lo sabiais? repuso mi tia: entónces será

que yo estoy mal informada: me hallaba en el extranjero... ¿pero cómo habiais vosotros de ignorarlo si fuera verdad?... ¡no lo creo... no lo creo ni lo creais tampoco!

Era tarde: ya sabemos que nuestro padre fué un suicida; yo estoy seguro de ello, y sólo dejaré de creerlo cuando tú, madre mia, me digas que no es verdad.

¿Estaré yo tambien predestinado para ese fin fatal? No, no: ¡es imposible! ¡yo te amo más que te amó mi padre, porque él tenia esposa é hijos y yo no tengo más que á tí!... ¡y tú moririas de pena si yo muriera!

Vamos, es, pues, necesario que yo te vea, que te oiga, que te hable; tu Pablo quiere arrodillarse delante de tí, y confesarte todas sus locuras, y que le absuelvas y le dejes besar esas manos que se ocupan en enseñar á leer á las pobres niñas de la aldea.

El mejor de mis amigos me dijo anoche:

—Estás malo y no lo sabes: véte al campo y pasa allí un mes al lado de esa santa señora, que es dos veces tu madre.

Sólo aguarda que le quites la esperanza de tu venida para ir á abrazarte, tu hijo

PABLO.

IV.

La Marquesa de Valflores á la Condesa de Wallestein, canonesa del capítulo de damas nobles de Francfort.

Madrid, Enero de 1865.

Al recibir tu última carta, mi inolvidable amiga, si no dichosa, vivia yo tranquila, porque creia dichosos tambien á mis hijos, único amor que me liga á la tierra, así como es la tuya mi única amistad; pero ¡ay de mí! el pesar me abruma y preciso será que, segun mi costumbre, te dé una parte de él, como te la he dado siempre de mis escasas alegrías.

¡Oh, mi Gertrúdis! en vano me he afanado por sembrar en el alma de mis huérfanos las semillas que, segun yo creia, habian de producirles la tranquilidad y la dicha. ¡Esta tierra fértil parece destinada sólo á producir dolores, y, te lo repito, en vano quiero separar de ellos el fatal destino que presidió á la vida de mi pobre hijo, de su desventurado padre!

Pablo tiene un talento tan extraordinario, una imaginacion tan fogosa, un corazon tan grande, que la superabundancia misma de estas dotes le extravia, y le hace andar errante por los ásperos senderos de una juventud disipada é inútil.

¡Todavía no tiene veinticinco años y ya es un hombre gastado que va siendo escéptico á pasos de gigante! Su colosal inteligencia (que, no obstante, es tan pequeña

ante la eterna sabiduría), su orgullo, herencia en los hombres de su temple del ángel caido, se rebelan contra los misterios de la religion: duda, y bien pronto negará lo que no puede comprender; hé aquí al ateo, y, en mi hijo, al ateo seguirá el suicida!

¡Tal fué la fatal carrera de su padre; viuda yo desde muy jóven, no me fué posible dulcificar y sostener aquella ardorosa y demasiado exuberante naturaleza; la sociedad, con su impuro aliento, deshacia mi obra de cada dia, y cada noche dejaba Leon en el gran mundo los jirones del sagrado velo de la fe, con que yo pretendia envolver delicadamente su alma!

Mis cuidados fueron inútiles; el hielo del hastío, la duda acerca de cuanto hay santo y grande, los desengaños, los malos ejemplos, todo esto disgustó á mi infeliz hijo de una existencia que ya no podia estimar, y muchas veces le oia exclamar con amargura:

—¡Qué penoso es vivir!

Cuando tomaba un periódico, en el que se veian partes de defuncion, señalaba las cruces negras y me decia:

—¡Madre mia, mira los que ya descansan!

El amor hubiera podido salvarle, pero él no conoció el amor noble; toda la ternura de su alma la agotó en una pasion fatal: amó á una mujer indigna de él, é indigna de los homenajes que le rendia la sociedad: era una de esas criaturas que tienen rostro de ángel y corazon de cieno; por olvidarla, mi pobre hijo se casó; hizo á su esposa muy desgraciada y se mató á los siete años de su matrimonio.

¿Qué hará Pablo, rama enferma de un tronco herido?

¡Ah, Gertrúdis, tú tan buena, tan santa, tan irreprensible; tú que reunes el augusto carácter de la madre, al sagrado de la religiosa; tú que has llegado á una dilatada ancianidad llevando aún en los labios una sonrisa de paz y de dicha, ofrécele á Dios el sacrificio de mi vida en cambio de la de mi Pablo! ¡Pídele que me envie los más terribles dolores físicos, los sufrimientos más agudos, y que libre á mi hijo del desastroso fin que temo!

En cuanto á Eufemia, si no preveo para ella el negro destino que amenaza á su hermano, tampoco espero que tenga una suerte más dichosa; esta niña carece tan por completo de talento, de poesía y de las gracias que cautivan, que, á pesar de su belleza, es imposible que pueda llegar á inspirar jamas un amor profundo y verdadero, porque la belleza del rostro supone poco en la vida íntima y son otras la cualidades que afianzan la dicha conyugal.

Su olvido de toda coquetería es extremado, y en este siglo una mujer necesita ante todo ser agradable: cuando nosotras éramos jóvenes, querida Gertrúdis, nos bastaba ser humildes, modestas y aseadas: no se nos enseñaba la música, ni el frances, ni el dibujo, ni debiamos desplegar los labios cuando se nos llamaba á una visita; hoy la civilizacion exige más, y la educacion de las jóvenes ha variado á medida que han crecido las aspiraciones de los padres; hoy una jóven necesita ser, más que bonita, agraciada y tener ante todo el *talento de la vida*, que es el que falta por completo á mi pobre nieta; hoy no basta con saber coser, planchar y asear la casa, y

aunque esto es acaso más necesario que ántes, la pobre esposa de la clase media debe hacerlo á hurtadillas de su esposo, para que éste no pierda *todas sus ilusiones* al verla con el plumero en la mano, cuando ántes el mejor galardon que alcanzaba la mujer puramente casera, eran las alabanzas y la aprobacion de su esposo.

Pero ¿acaso podemos quejarnos de esto? A falta del siglo de oro, tenemos el siglo de *doublé*, y sólo debemos aspirar á que no se vuelva esta época la edad de hierro para nuestros hijos.

En vano me he afanado por inspirar á mi nieta las ideas de nuestros dias: ella ha nacido con cincuenta años de atraso, y prefiere á todo la economía y su comodidad propia; su belleza, que es muy notable, apénas se apercibe con su peinado liso y antiguo, cuando todas las jóvenes de su edad y todas las mujeres con pretensiones de juventud le llevan rizado y batido; jamas permite que se reforme la hechura de un traje, aunque sea antigua; jamas gasta nada en lo superfluo; riñe á su hermano, á los criados y todas las personas que viven á su lado porque no imitan su rígido sistema, y esta virtud se hace insoportadle por estar revestida de tan ásperas y poco agradables formas.

Dime, si es que lo sabes, Gertrúdis, ¿de qué modo quitaré yo á Pablo un poco de su poesía para dársela á Eufemia? ¿De qué modo podrá un poco del positivismo de ésta pasar á su hermano? ¿De qué modo las humildes creencias de mi nieta podrian vivir en el alma rebelde de Pablo? Tú, que has sido madre feliz de dos hermosas hijas y de un hijo modelo, dime, ¿cómo podré corregir á

estos dos jóvenes, demasiado superior el uno, demasiado vulgar la otra?

Tú has sido siempre para mí madre y amiga á la vez: algunos años mayor que yo, y dotada ademas de un talento y de un juicio que no han tenido igual, tú has sido siempre mi hermana, mi consejera y mi apoyo: ¿por qué no lo serás ahora tambien? Más envejecida que tú por las penas, mi corazon está falto de fuerzas para sufrir de nuevo: la pérdida de mi hijo es la herida que sangra siempre en mi alma, y hubiera pedido á Dios la muerte como un beneficio, á no desear vivir para mis dos pobres huérfanos, que tanto me aman, y á los que áun puedo servir de apoyo y de consuelo.

¡Oh funesta riqueza!..... ¿Por qué has sido dada á mi nieto por herencia? Si hubiera nacido pobre, el trabajo hubiera llenado su vida, y sus portentosas facultades le hubieran abierto un porvenir de gloria, en las ciencias y en las artes; pero la fortuna que se ha encontrado al nacer le ha arrojado en los brazos de la ociosidad y del desórden. La carrera, que ha seguido y terminado, ha sido para él un juego y para nada le sirve, porque no tiene necesidad de ejercerla.

Adios, Gertrúdis: en esos extensos jardines de tu vieja Alemania eleva al cielo los ojos y el corazon, y pide al Supremo Consolador algun alivio para tu desgraciada amiga

ANA.

V.

La Marquesa á Eufemia.

Castillo de Valflores, Enero de 1865.

Casi al mismo tiempo, hija mia, he recibido tu carta y otra de tu hermano: su espíritu está en peor estado que el tuyo; pero tú eres la parte más débil, y á tí acude mi corazon de madre con justa preferencia.

Tu carta me ha hecho reir y no te negaré que tambien me ha entristecido: la descripcion de tu tia es animada y verdadera: la reconozco; reconozco á la baronesa Galatea, sin haberla visto jamas, por el retrato que de ella me hizo años há un amigo mio de gran talento.

Sí, Galatea debe ser esclava de sus cabellos y de sus dientes postizôs, de su colorete y de su corsé; pero, hija mia, estas son debilidades y no crímenes que provoquen tu ódio, ni siquiera faltas que deban despertar tu antipatía.

Seamos indulgentes, como aconseja el dulce y benigno San Francisco de Sales: busquemos el grano de oro, por pequeño que sea, bajo la corteza áspera, y muchas veces podrida, de nuestros semejantes, porque el talento y la superioridad deben emplearse, ante todo, en compadecer á los que nos son inferiores.

Mucho dolor me ha causado el segundo párrafo de tu carta.—*¡Mi tia!*—escribes:—cualquiera diria que me

cuesta trabajo el mirar como *mia*, á esta señora que tiene ideas tan extrañas.—

Y bien, Eufemia, *tuya* es, y, como *tuya*, debes mirar á la hermana de tu madre; *tuya* es por los lazos de la sangre; *tuya* es por lo que os ama á Pablo y á tí: á los dos, cuando era rica, os colmaba de juguetes y regalos, que os enviaba del extranjero y que yo he admirado muchas veces; *tuya* es, pues, por la sangre, por el cariño, y, sobre todo, es *tuya*, porque le dais asilo y mesa en tu casa; la caridad nos obliga á las almas cristianas á considerar y á amar á los desgraciados á quienes favorecemos.

Esa mujer, ligera aún, coqueta y frívola, si tú quieres que hasta eso te conceda; esa mujer, cuyo carácter choca con el tuyo, grave y serio, te cuidaria como la mejor de las madres si te postrase una enfermedad; te velaria y olvidaria por tí hasta sus adornos y sus postizos encantos; no lo dudes, no se tiene á medias un corazon amante y un carácter bondadoso y lleno de abnegacion, como los posee la Baronesa.

Sólo procurando tu descanso hallarás, ademas, otras mil ventajas con tener á tu lado á tu tia: una dama elegante, distinguida y de sana moral, como lo es ella, reune todas las condiciones apetecibles en una señora de compañía; su conversacion amena, la variedad de sus conocimientos, sus maneras exquisitas, la amabilidad de su trato cortés y deferente con todos, atraerán á tu casa relaciones nuevas y agradables: una mujer como la Baronesa halla en nuestro siglo, frívolo como ella, más simpatías que la virtud austera y grave; hoy, hija mia,

hay que hermanar lo agradable con lo bueno, porque las imaginaciones, gastadas por el progreso de la civilizacion, están como enfermas, y las cabezas han perdido ya la santa ignorancia que se aposentaba en las de tus abuelos; hoy tienen más partido las palabras que las ideas, y los graves cálculos se relegan á la soledad; el pensamiento está ménos ocioso que nunca, pero trabaja de una manera más silenciosa y más útil que hace algunos años; los hombres emplean su talento en empresas lucrativas, en alcanzar un puesto elevado en el foro ó en la tribuna, porque hoy preside á todo la ambicion; las mujeres utilizan su ingenio en alentar á sus maridos para que suban al poder, en gobernar su casa con la mayor economía, y las buenas madres en educar á sus hijos; mas todo pensamiento grave, toda idea grande y luminosa se ha desterrado de los salones, donde sólo es admitido un lenguaje agradable, pero superficial; donde sólo son bien acogidas las frases galantes, pero frívolas; donde sólo reinan la adulacion, la lisonja, el *comme il faut*, en fin, que nos han importado de París. El talento en los salones no es bien acogido, porque choca con tanto cerebro vacío como los puebla; así es que he visto, al principio con sorpresa, y luégo con admiracion, á muchas personas eminentes sujetarse á hablar tonterías durante horas enteras y á no salir de dos docenas de frases de *cajon*, alternando con los entes más insustanciales.

Y bien, hija mia, para esa conversacion de baile y de concierto, la Baronesa debe ser especial, y pronto la verás aclamada como una de las criaturas más agradables; una mujer que habla de todo y no dice nada, que frasea

elegante y correctamente, sin intencion que hiera, sin grandeza de ideas que humille la pequeñez de los demas, es, te lo repito, inapreciable.

Y despues, hija mia, ¿no me dices tú misma que es tan servicial, tan atenta, tan aseada, tan á propósito para llenar los menores detalles de la elegancia y pulcritud domésticas, que son las más estimables y necesarias de todas las pulcritudes y elegancias? ¿Cómo, pues, no has meditado en lo que tu casa y la de tu hermano ganará con ese guarda vigilante de todas las delicadezas, de todos los encantos del hogar? Una cortina levantada con gracia, una persiana entornada con inteligencia, los muebles colocados con buen gusto, y limpios con esmero, dan á la morada propia un indecible encanto, un aspecto cómodo y grato á la par, que es para el recinto doméstico lo que el perfume á la flor, lo que el sabor á la fruta, lo que á los brillantes la luz.

Tú, hija mia, permíteme que áun te diga la verdad como cuando eras niña; tú eres buena, virtuosa, bonita, irreprensible, instruida, y, sin embargo, te falta lo que tu tia poseee; el mágico poder que atrae y que retiene, que es la amabilidad; el lazo de flores que sujeta los corazones, que es la indulgencia.

Créeme, la Baronesa, á pesar de sus cincuenta años, de sus cabellos y sus dientes postizos, de su colorete y de sus monadas, tendrá más adoradores que tú, con tus diez y ocho primaveras, tu rostro de nieve y rosa y tu espléndida cabellera.

Tal vez así lo adivinas, cuando, con alguna amargura, me refieres las alabanzas que á la Baronesa prodigaban

los jóvenes que oiste en el peristilo del teatro, y que con poca piedad te tachaban de *desgarbada*, es decir, de falta de gracia en tu persona; acaso un sentimiento de ruin envidia llegue á deslizarse en tu alma y empañe su pureza, como un hálito inmundo y corrompido empaña un claro y límpido cristal; pero ¿sería posible que una criatura que empieza á vivir, bella, fresca y llena de gracias, envidiase á otra que toca al fin de su carrera y cuyos encantos físicos son únicamente debidos á su destreza? ¡Oh, no! ¡eso sería vergonzoso y humillante, no sólo para mi Eufemia, sino tambien para su buena madre, que, aunque la quiere buena, la quiere tambien hermosa!

Consagra, amada mia, un poco más de tiempo á tu tocador y un poco ménos á tus labores; descansa algun tanto en la Baronesa del cuidado de la casa; ella te lo agradecerá como una muestra de confianza, porque si no tiene un profundo y sublime talento, tiene sensibilidad y práctica de la vida; que no se limite Eufemia de Hinestrosa á ser el ama de llaves de su casa; que sea la bella heredera de un nombre ilustre que, sin abandonar los domésticos cuidados, sepa tocar el piano, dibujar, bordar y todos aquellos primores que hoy se exigen á una jóven de su cuna; en fin, hija mia, te lo repito: es preciso ser tan agradable como buena, porque la virtud es sólo perceptible para los espíritus elevados y rectos, y las amables prendas exteriores cautivan hasta á los necios.

Férvidas sacerdotisas de la virtud, hagamos nosotras amar á nuestra diosa, tanto como es admirada; revistá-

mosla, hija mia, de blanca gasa; coronémosla de aromadas flores; adornémosla con joyas espléndidas; porque ¡ay! ¡si la cubrimos de tosco sayal, huirán de ella las cobardes, y las cobardes son muchas en nuestro débil sexo!

Ana.

VI.

La Marquesa de Valflores á Pablo de Hinestrosa.

Castillo de Valflores, Febrero de 186...

Tu padre fué un suicida; hé aquí ya, hijo mio, descorrido el velo que se extendia ante tus ojos; que te ocultaba la triste realidad.

Jamas ha manchado una mentira los labios de tu abuela; hasta hoy he podido callarte ese teríble secreto; pero ya que lo sospechas, que casi lo sabes, no quiero negártelo; despues de descubrir la herida, espero que la Providencia me dará fuerzas para curarla.

Pablo, tu padre, tan fatalmente dotado como tú de una imaginacion de fuego y de un espíritu de análisis que no le permitia ninguna ilusion, buscó la muerte sin pensar en mí, que le adoraba, sin pensar en su esposa, que tambien le amaba ciegamente, sin pensar en sus pobres hijos, que reclamaban su vida; y yo, que hubiera deseado abandonar este mundo, como la felicidad supre-

ma, tuve el deber de ahogar ese deseo y de vivir para vosotros.

¡Cuán fácil y cuán agradable me hubiera sido reunirme en el mundo de los muertos á todo lo que más habia amado en la tierra!

Pero tú, hijo mio, me tendias llorando tus brazos infantiles; tu hermana, en la cuna, me sonreia como pidiéndome compasion, y yo no podia hacerme sorda á tan elocuentes demostraciones.

No puedo quejarme de mi sacrificio; vuestra ternura me lo ha compensado; niguna madre anciana ha sido más adorada de sus hijos que lo soy yo de vosotros; y, ademas, la dulce tranquilidad del deber cumplido hubiera bastado para mi dicha en la tierra, aunque hubierais sido ingratos á mi amor.

Hoy, sin embargo, tiemblo y me parece que tu cabeza, á fuerza de pensar, empieza á extraviarse como la de tu padre; te veo desencantado, descreido, casi escéptico, infeliz, en una palabra..... ¡oh, hijo mio! ¿acaso seguirás el funesto ejemplo de tu padre? ¿Llegará un dia tu extravío hasta el punto de hacerte salir del triste camino de la vida por la negra y tenebrosa puerta del suicidio? ¡Si eso hicieras, no cortarias sólo el hilo de tus dias; tambien abririas las puertas del sepulcro á tu anciana abuela, que no podria resistir el dolor de tu pérdida!

Vive, pues, hijo mio, vive para mí; si es que mi inútil compañía es tan cara á tu reposo y á tu corazon, vén á mi lado; vén á respirar el aire puro de estos campos; vén á sentarte á mis piés; vén á rezar conmigo bajo los frondosos árboles que vieron la infancia de tu desventu-

rado padre; en la soledad se está más cerca de Dios que en el torbellino del mundo: vén á humillar la grandeza de tu pensamiento ante el que ha creado esta espléndida y rica naturaleza, y en medio de estos bosques seculares, en medio del grave y augusto silencio de la noche, te sentirás pequeño y mezquino: cuando la naturaleza entera duerma, pasearás con tu anciana abuela, y á la luz de la luna, por la falda de este monte cuya azulada cima casi llega á los cielos, juntos rezarémos las oraciones que has olvidado, las oraciones sublimes que la Iglesia nos da como bálsamo de todas las penas, porque están llenas de esperanzas celestiales.

¿Qué has jugado, me dices? ¿qué has perdido? ¿qué has consumido en ogrías y arrojado á los piés de mujeres despreciables la mayor parte de tus riquezas? No importa, en el corazon de tu abuela hay indulgencia para todo; el dia en que seas pobre, hijo mio, trabajarás; quizá sea el orígen de tu fortuna el haber despedazado tu manto de oro, para reemplazarle con la clámide de lana de los poetas, la blusa azul de los pintores, la severa toga del foro, ó la humilde vestidura de la ciencia; sí, Pablo; tú honrarás cualquiera de estas divisas; y no deploro que te hayas quedado casi pobre; lo único que siento es que, en vez de derretir esas sumas en las aras del vicio, no las hayas ofrecido en los altares de la caridad.

Pablo, tu abuela, á quien tú amas, estimas y veneras; tu abuela, cuya vida y alegría sois tú y tu hermana, te lo dice, te lo asegura, te lo promete en el nombre de Dios: donde quiera que te encamines por la vía del trabajo, del santo y noble trabajo, llegarás á la cumbre

de la gloria: nada hay en tí, hijo mio, que no sea grande, elevado, perfecto: pero padeces el mal del siglo: el hastío: tu imaginacion, demasiado poderosa, se devora á sí misma falta de pasto, y hasta tu fe religiosa vacila ya, como vacila la llama, por espléndida que sea, cuando la agitan encontrados vientos.

El mundo, el pequeño y miserable mundo, no puede, sin embargo, enviar sus sombras hácia tu alma, templada como las de los héroes: tu alma se agita, se cansa, sufre y solloza en los rudos choques del camino: todo le es inferior: todo la hiere: desea más ancho espacio y es forzoso que se lo des.

Vén á rezar conmigo la sublime oracion que llamamos *Salve:* ambos la dirémos, á la vez que con los labios, con el corazon, y te sentirás consolado y fortalecido.

¡Madre de misericordia, vida y dulzura, esperanza nuestra, á tí llamamos los desterrados hijos de Eva! ¡A tí suspiramos gimiendo! ¡Señora, abogada nuestra, vuelve á nosotros esos tus ojos misericordiosos!

¿No hallas en estas palabras de la oracion una dulzura infinita, suprema, á nada comparable? ¿No te explicas todos los males, todos los dolores de la vida, al decir tú mismo que estás desterrado? ¡Oh, hijo mio! ¡Sólo las medianías han dudado! Los espíritus fuertes, los séres privilegiados como tú, han tenido la fe inquebrantable, como las rocas que el mar azota hace siglos en su impotente fuerza.

Hay en la tierra espiritus esforzados y los hay débiles, hermanándose en unos y en otros la perfecta humildad cristiana. ¿Te acuerdas cuando yo te hablaba de los

santos *terribles?* San Ignacio de Loyola, San Bernardo, San Agustin, San Pablo, San Ambrosio, San Elías y San Jerónimo, eran admirados por tí, como los Hércules de la fe, como los Alcides de la Iglesia. ¿Te acuerdas de los santos *amables?* Con este calificativo designábamos al dulcísimo San Francisco de Sales, al bondadoso San Juan Crisóstomo, al benigno San Juan Bautista, al elocuente San Julian, al sufrido Job y al inocente San Cárlos Borromeo.

Amabas á estos últimos, pero admirabas con entusiasmo á los primeros. ¡Qué ardiente exaltacion coloreaba tus mejillas y hacía brillar tus hermosos ojos negros! ¡Cómo se veia palpitar á tu corazon y latir las venas de tus sienes! ¡Ah, tu rica, noble y privilegiada naturaleza no puede haberse cambiado, empobrecido y vulgarizado bajo el soplo helado del mundo! ¡No, hijo mio! Mi compañía, mi amor y mis consuelos curarán tu abatimiento moral: tú volverás á mi lado á ser niño y dejarás de ver la vida en la pequeñez extrema que hoy la ves y te hace detestarla: tú volverás á sentir y dejarás de pensar tanto: viendo crecer tus sensaciones, te encontrarás otra vez jóven é inocente.

Yo te enseñaré de nuevo á vivir, y ya curado por la mano delicada de tu madre, buscarás el amor, verdadera fuente de toda dicha, y el trabajo, alimento de las almas ardientes: arroja, hijo mio, las afeminadas sedas del ocio, los acres perfumes que irritan tus nervios, los recuerdos amargos del festin de la vida: sacude tus cabellos del sudor de la orgía: toma el báculo de peregrino y vén á descansar sobre el seno maternal, á sentarte

á la orilla del cristalino arroyo, á entonar de nuevo los cánticos de la infancia, á rogar al Supremo Hacedor ante el gran altar de la naturaleza.

ANA.

VII.

La Baronesa Galatea á la Marquesa.

Madrid, *Febrero de* 186.....

Es á la vez deber y gusto mio, señora, dirigirme á usted para decirle que en la casa de sus hijos se alberga un corazon más para amarla y respetarla, una persona que la estima hace largo tiempo, aunque sin tener la dicha de haberla visto nunca y que la conoce por lo mucho que de sus virtudes y noble carácter ha oido hablar á cuantos la han tratado.

Mi hermana adoraba á V. y de ella he aprendido yo á admirar el hermoso conjunto de bondad y distincion que tanto distingue á V. y la hace tan superior.

Los hijos de mi hermana profesan á V. la misma idolatría y el mismo respeto que sus padres le dedicaban: y yo sé que el asilo que debo á mis sobrinos, me lo han conquistado los buenos y caritativos consejos de usted, pues ellos no me conocian y no podian tener simpatías por su pobre tia desamparada.

Ademas de las razones que ya llevo dichas existe otra,

señora, para que yo desease hablar á V. por escrito, para que anhelase darle gracias y decirle cuánto la estimo y la considero : he visto la carta que acerca de mí escribe usted á Eufemia; ésta, por uno de los frecuentes descuidos en que incurre, la dejó abierta sobre la mesa del cuarto de labor, y yo, al ver que se hablaba de *la Baronesa*, tuve la indiscrecion de fijar en ella mis ojos... ¡Ah, Marquesa! En aquellas líneas escritas por la mano de usted he visto toda la nobleza, toda la hermosura de su alma.

Tu tia es tuya por los lazos de la sangre, y sobre todo porque le das asilo en tu casa... ¡Oh, sí, créame usted, señora! Ninguna de las graves y prudentes frases con que V. culpa mi ligereza ha podido herirme cuando he visto las que acabo de mencionar y las que despues ha estampado V. al enumerar á mi sobrina mis cualidades de abnegacion y de desinteres. Usted, Marquesa, ha leido en el fondo de mi alma, que está muy léjos de atesorar la elevacion que encierra la de V., pero que es cristiana y buena. Sí, tiene V. razon, y por haberme hecho justicia, le estaré siempre agradecida : yo soy capaz de sostener y cuidar á Eufemia en todos los trances más angustiosos de su vida; yo la amo tiernamente por ser la hija de mi adorada hermana, por ser una niña huérfana, por gratitud y por inclinacion natural hácia ella; y porque la amo, lamento, como V., que no sea más coqueta y más graciosa, ya que es tan hermosa y tan buena.

El profundo talento de V. no se equivoca al asegurar que yo soy más útil y más agradable que ella para el

mundo superficial y vano en que vivimos; esta niña, rica, bella, irreprensible, encantadora, es demasiado grave y demasiado austera para nuestros dias, y sólo viéndola puede creerse el método de vida que lleva y que ha aceptado.

Eufemia se levanta con el dia, y ella misma se toma el cuidado de llamar á los criados: esclava de sus llaves, va ella misma á sacar las provisiones y á encargar las compras de fuera que necesita la cocina: ella misma limpia y arregla una gran parte de la casa; y no se contenta con ser el guardia vigilante, sino el actor principal de estas faenas, para cuyo desempeño paga más brazos de los que son necesarios.

No está atenta á todo, sino que se constituye en esclava de todo: para no gastar viste en casa con tanta modestia, que ya raya en la miseria: ella cose, zurce, borda, y la doncella pasa la mitad de la vida en el balcon y la otra mitad delante del espejo desempeñando el papel de Eufemia, y ésta el suyo.

Los trajes de mi sobrina perecen infaliblemente de la misma forma con que se confeccionaron, ó más bien que ella misma se confeccionó para ahorrarse el gasto de la modista: no se reforman jamas, alegando que eso sería gastar dinero y tiempo sin necesidad: así es que lo que lleva parece antiguo, amanerado y de un gusto tan pésimo, que toda su belleza no resiste á tan fatal atavío.

¡Oh, señora! ¡Qué dichosa sería yo si esta niña tomase los consejos de V.! ¡Si quisiera descansar algun tanto en mí del enojoso peso de sus cuidados domésticos! ¡Si atendiese algo más á su persona! ¡Si, en una palabra,

dejase de ser tan grave, para ser más amable y más graciosa!

Quizás á mí me sobra de ligereza todo lo que á ella le falta, y acaso ambas estemos fuera de nuestro sitio á los ojos de V.: quizás el talento de mi sobrina y el mio, tan limitados si se comparan con el de V., no comprenden lo que deberíamos hacer; pero su noble y santa palabra ha penetrado en mi corazon y espero dejar muy pronto alguna de mis costumbres, demasiado mundanas, para entrar en un órden de ideas más conforme con mi edad. ¡Ojalá que Eufemia variase algun tanto á su vez el órden de las suyas y empezára á ser jóven de tan buena gana como yo dejaré de serlo, avergonzada con la noble indulgencia de V. hácia mis trivialidades!

Otra pena me agobia: ¿llegará á énvidiarme mi sobrina? Esta niña, huérfana de mi hermana, ¿me culpará de los homenajes que los hombres dedican á *mis frases*, en tanto que esos mismos hombres desdeñan *sus ideas?* ¡Oh! ¡Eso sería para mí insoportable, porque yo amo á Eufemia como si fuera su madre, y le deseo la suerte más dichosa!

Algunas veces me persuado de que esta pobre niña se empeña en ahorrar todo lo que su hermano malgasta, y que aunque ya tiene su fortuna independiente y separada de la de Pablo, desea aumentar la que le es propia para reponer la de éste; pero yo nada puedo decirle acerca de este particular, porque ella no tiene conmigo ninguna confianza; sólo es presuncion mia lo que digo, porque creo que mi sobrina no puede ser guiada, en su método de vida, por una ruin y mezquina avaricia.

Pablo está siempre aburrido, y su frente se halla cargada de negras nubes : su tristeza habitual ha llegado á ser hipocondría. Eufemia está asustada, pero con su reserva habitual y constante en ella, nada dice de sus temores. Por fortuna, Pablo parece decidido á irse al lado de V. á pasar algunos dias, y la compañía de su buena madre será el mejor bálsamo para sus pesares, ocasionados todos por una mujer á quien amaba locamente, y, á la verdad, sin merecerlo, pues era de una reputacion, cuando ménos, equívoca.

Mis dos sobrinos no tienen la feliz disposicion de ánimo que yo quisiera : sus caractéres é inclinaciones difieren mucho, y toda la petulante ligereza y poética imaginacion del hermano, hacen falta á la hermana.

¡Quiera el cielo, para el que no hay imposibles, que su amor de V. cambie á los dos! Desde que V. falta de su lado es desde cuando, segun mi parecer, las tendencias de ambos se han desbordado, y sin el amor y los consejos de V., Pablo caeria en el abismo, y su hermana se convertiria en un sér vulgar, reconcentrado, casi feroz.

Adios, señora; no olvide que es suyo el cariño y el respeto de la que se ofrece su mejor amiga y servidora,

GALATEA.

VIII.

Modesta Pineda á la señora de Bornos.

Castillo de Valflores, *Marzo de* 186.....

Tranquilízate, mi amada y buena Teresa: tu hermana está contenta, está buena, es dichosa: al lado de esta respetable señora, de esta noble dama, de este sér, el más generoso y tierno que conozco, no puedo ménos de serlo.

No me es dado pintarte bien á la Marquesa, hermana mia; tal conjunto de hermosas cualidades no es para descrito, y ménos para descrito por mi tosca y humilde pluma.

A su lado el deber se convierte en felicidad: todo es bello y fácil en esta casa, porque hasta sus criados, educados por ella, tienen algun reflejo suyo, y se les ve exentos de la rudeza y mala intencion que es casi siempre patrimonio de la ignorancia y de la servidumbre.

Mis obligaciones son aquí muy sencillas, y las cumplo con indecible placer: me levanto muy temprano y arreglo yo misma el gabinete particular de la Marquesa. Antes de venir yo, era esto obligacion de su antigua camarera Marta; pero le he rogado que me ceda este cuidado, pues tengo un gusto indecible en que lo que agrade á los ojos en su habitacion, esté arreglado por mi mano.

Colocar su sillon en el sitio que prefiere, arreglar sus

libros sobre el velador, mullir los almohadones en que apoya los piés, tener su gabinete en un temple dulce é igual, cuidando yo misma de la chimenea; arreglar su lecho, su reclinatorio, su cómoda, su buró, su lavabo, todo esto es para mí tan grato, que no lo cederia á nadie. Cada dia cambio las flores de los dos vasos que están colocados á los piés de un bello Crucifijo: este Crucifijo corona la parte superior del buró, donde esta santa señora escribe á sus nietos largas cartas, que frecuentemente le arrancan lágrimas.

¡Dios mio! ¿qué serán esos dos jóvenes? ¡Hacer llorar á esta anciana respetable, me parece un crímen; un crímen tal, que casi no puedo perdonárselo!

Despues de arreglar el gabinete de la Marquesa, bajo al piso inferior, donde hallo á todas mis educandas que me esperan: les enseño á coser, á leer, á escribir y algo de música, para que canten en la iglesia de la aldea en las festividades de la Vírgen.

La Marquesa y el señor cura toman tambien parte en la instruccion de estas pobres niñas, que, gracias á nuestra bienhechora comun, serán un dia ejemplares madres de familia.

A las doce se van ellas á comer, y yo subo á leer á la Marquesa en voz alta, durante una hora; otra hora trabajo á su lado en alguna labor de aguja.

A las dos comemos, y á las tres bajo de nuevo á mi clase; entónces suele acompañarme la Marquesa: su venerable y dulce presencia en la escuela es el rayo de sol que cae en un campo de flores: todas aquellas figuritas en miniatura se acercan á ella, la besan la mano, la abra-

zan y se asen á sus vestidos; ella besa á la una, acaricia los cabellos de otra, da palmaditas en las mejillas de las mayores y distribuye un cestillo de frutas y una caja de caramelos con su blanca y aristocrática mano entre esas inocentes hijas de sus colonos, de sus vaqueros y de sus criados en general.

Los miércoles y los sábados son los dias que se deja ver en la escuela, y esos dias son de fiesta para todas, pues cada una lleva ademas á su casa una moneda.

A las cinco se cierra la clase: la Marquesa y yo vamos á dar un paseo y á tomar un vaso de leche en alguna alquería cercana, ó chocolate con el señor cura. A las siete se reunen ocho ó diez personas en el salon, y entre tanto que unas juegan una inocente partida de cartas, otras hablan; yo hago labor á la luz de la misma lámpara que alumbra la mesa de los que juegan; á las diez cada uno se va á su casa. La Marquesa y yo tomamos una cena ligera, y despues de hacer la plegaria con todos los servidores del castillo, costumbre patriarcal que la Marquesa conserva, cada uno se va á su cuarto á buscar el reposo de un dia dulcemente ocupado en el santo y noble trabajo.

Ya ves, Teresa, que soy dichosa, y que puedes estar tranquila acerca de mi suerte.

Yo me acuerdo de tí y de tu buen esposo con tanto amor como ternura: tampoco tú, hermana mia, has sido desgraciada en la lotería de la vida, pues te ha tocado un compañero bueno y fiel; pero ¡qué gran trabajo has de imponerte para criar y educar á ocho niños, mi pobre hermana! ¡Tú, delicada y distinguida por naturaleza y

educacion, te levantas con el alba y te acuestas á la una ó las dos de la madrugada, para coser y arreglar la modesta ropa de tu esposo, y los pobres vestiditos de tus hijos! ¡Tú, sin otra ayuda que una anciana criada sorda y casi inútil, atiendes á todo y tienes tu limpia casa en el órden más perfecto! ¡Y áun me compadeces y te lamentas de mi suerte! ¡Ah! ¡Y qué bien dejas conocer toda la bondad y ternura de tu alma cristiana! ¡Lloras porque no estoy á tu lado, y porque como el pan de la servidumbre! ¿Cómo podré yo pagarte jamas tu interes y tu afecto? Pero no, no me compadezcas: yo no podria permanecer con vosotros, sin arrebatar á tus hijos una parte de su pan: yo soy jóven, mucho más jóven que tú, pues cuento diez años ménos, y, como tú, tengo valor y sé trabajar: si el cielo no me hubiera deparado la noble protectora, que por tanto tiempo lo fué tambien de nuestro padre, yo hubiera sido la camarera de alguna dama, ó hubiera abierto una escuela de niñas en esa misma florida Valencia donde habitais; porque, créeme, Teresa, el pan de la holganza es el amargo; el del trabajo, aunque este trabajo se llame *servidumbre*, es muy sabroso.

Dices que aquí no me casaré, y que á tu lado quizás hubiera hallado un compañero digno de mí; no te aflijas por eso: si Dios me destina para casada, lo seré; si no, mi porvenir está elegido: el dia en que mi noble bienhechora suba á la mansion de los justos, yo abriré una escuela en un pueblecito, quizás en la misma aldea de Valflores, y ganaré el pan de cada dia, enseñando á estas pobres niñas, y despues á sus hijas.

Soy feliz, hermana mia, como una verdadera cristia-

na; miro el porvenir con calma, y el presente es para mí el más dichoso: sé que tú tampoco eres desgraciada, porque, á pesar de la humilde medianía en que plugo al Todopoderoso colocar tu existencia, caminas por la senda de la vida con tu mano apoyada en la mano de un compañero digno, que te estima en lo que vales, que adora á sus hijos y que es para tí un sosten y un amigo: con diez mil reales de sueldo criar y educar á cinco niños y á tres niñas, parece milagroso; y, sin embargo, es muy fácil para vosotros, mi buena Teresa, mi querido y honrado Estéban! ¡La alegría y la paz reinan en vuestra casa, y vuestras modestas comidas son muy agradables y sabrosas! ¡Cuánto recuerdo vuestro apacible interior, vuestra aseada casita y á mis lindas sobrinas y sobrinos, todos gruesos y rosados como los niños de Boucher!

Adios, mi querida é inolvidable hermana: abraza á Estéban y á los niños: con destino á éstos te envío una provision de medias, y una chaquetilla de punto para tu primogénita, mi encantadora Inés: adios, y recibe dos tiernos besos de tu hermana que te quiere mucho

MODESTA.

IX.

La Canonesa á la Marquesa.

Francfort..... Marzo de 186....

He tardado en contestar á tu carta cérca de dos meses, mi querida Ana, porque he estado enferma de alguna gravedad: apénas levantada, tomo la pluma para hablar contigo un rato y para llenar de mi letra gruesa y redonda algunos pliegos de papel, aunque tenga que descansar de cuando en cuando.

Tus penas han entristecido mi ánimo: siempre he creido que tenías el derecho de ser feliz, si este derecho está reservado por el Todopoderoso á las almas dignas y buenas; pero veo que áun eres desgraciada, y recuerdo que lo has sido casi toda tu vida, acaso porque el cielo quiere probarte y ofrecerte ocasion de merecer la eterna gloria.

No sé, en verdad, amiga mia, qué remedio darte para los males que te afligen: ya hace años que conozco á tus nietos, y veo que son verdaderos los retratos que haces de ellos: no te ciega el amor maternal, y este amor, por grande que sea, no excluye la justicia, como sucede con todos los sentimientos nobles. Sí, Pablo ha nacido con el carácter petulante y la imaginacion fogosa de su padre, y Eufemia con la prosa encarnada en todo su sér.

Pero ¿acaso puedes tú deshacer la obra de la naturaleza? ¿Puedes cambiar sus caractéres, sus sentimientos,

sus tendencias, sus aficiones? Si fuera Pablo jorobado, ¿podrias tú quitarle la joroba? Pues más fácil sería acaso corregirle esa imperfeccion física, que las morales de que adolece: hazte cuenta que lleva una joroba inmensa en su propio carácter, y que tú no puedes hacérsela menor ni librarle de ella.

Una sola cosa podria atemperar la índole fiera de tu hijo; el amor; ponle en su camino, si te es posible, una jóven hermosa y buena, y pide á Dios que se enamore y que se case: si no curado, se hallará aliviado á lo ménos.

El mismo medio puede cambiar tambien el natural de Eufemia: el amor es el rayo de sol de la juventud, que sin él camina en las tinieblas.

Mis hijos tenian otras condiciones morales que tus nietos: mis hijas, más timidas, más humildes y ménos bellas que Eufemia, eran mucho más frívolas que ella: mi hijo tampoco ha tenido jamas ni el carácter fogoso, ni la absoluta libertad del tuyo: educóle un padre severo y bueno á la par, y ha vivido siempre bajo el freno saludable del respeto.

La fatalidad de tus dos hijos consiste, á mi parecer, en que son demasiado superiores y demasiado altivos; ¿quién sabe? acaso variarán, y si no varian, los dolores positivos de la vida domarán lo mucho que hay en ellos de duro é independiente: ni tú ni yo podemos hacer más que rogar al cielo para que esto suceda.

Te lo repito, los padres que tienen hijos muy feos tienen que soportarles tales como son: el que los tiene imperfectos moralmente, tiene que soportarlos tambien, pues no es posible prescindir de ellos.

Más que la suerte de esos dos niños mimados y orgullosos, me compadece, amiga mia, tu completa soledad. ¡Cuánto sería mi gozo si estuvieras á mi lado en este apacible retiro!

No hay una hora en el dia en que yo no dé gracias á Dios por haberme traido aquí.

En mis largos viajes, la Alemania era siempre el país que deseaba volver á ver, y en el cual tenía yo fijos los sueños de mi vejez; por eso, no bien mi esposo pasó á una vida mejor, corrí á esta apacible y dulce mansion, tan separada de las pompas mundanas y tan cerca de Dios.

Nuestro capítulo, situado á la entrada de un frondoso bosque, es una casa muy grande, que casi se parece en su arquitectura á un castillo feudal: extensos jardines llenos de agua y de flores, un hermoso templo y una habitacion cómoda y sencilla para cada una de las damas aquí reunidas; tal es lo que encierra este edificio, semejante á una paloma que sacude sus alas al salir de su nido de verdura.

Podemos salir á cualquiera hora del dia, y por la noche nos retiramos temprano y pasamos la velada en la sala capitular.

Dividimos la vida entre el trabajo, que es una distraccion, y la oracion, que es un reposo: y yo, aunque pienso mucho en mis hijas, casadas léjos de mí, en mi hijo, solo en el mundo, estoy tranquila porque nuestros corazones están unidos por lazos invisibles é inquebrantables; diríase que sólo nos separa un velo trasparente, y que nuestro recíproco amor levanta á cada instante esta ligera gasa.

Cuando heredó mi hijo su título de conde de Maceda, á la muerte de mi hermano, yo le aconsejé que se casára; pero él se resistió, y respondia á todas mis reflexiones:

—No amo, madre mia, á ninguna mujer lo bastante para hacerla mi esposa.

Despues de siete años de separacion, me responde hoy lo mismo, y pienso que su intimidad con tu Pablo le afirma cada dia más en su resolucion de no casarse nunca.

¡Ay, Ana! tambien yo tengo penas; temo que German muera soltero y que deje extinguir el título de su padre y el que él lleva, por no hallar una mujer digna de él.

Todas le parecen ligeras, aturdidas y llenas de defectos; todas le parecen muñecas de tocador; pero al mismo tiempo, cuando me habla de Eufemia, se burla de sus escasos atractivos, aunque confiesa que su belleza es sin igual.

¿No te parece posible, amiga mia, la union de nuestros dos hijos?

¿No te alegraria si llegára á efectuarse?

Por lo que á mí hace, llenaria todos mis votos, si pudiera perder Eufemia la joroba moral de su altivez, de su intolerancia, de su excesiva perfeccion.

Mi hija mayor que, á su paso para Francia por ese pueblo, ha estado á hacerte una visita, me ha dicho que tienes en tu compañía á una jóven, bella como un ángel: ¿quién es esa jóven? el relato de mi Blanca, que no es ni entusiasta ni exagerada, me ha llenado de curiosidad.

«Imagínate mamá —me escribe— la jóven más linda y áun no podrás formarte idea de las gracias de Modesta,— éste es el nombre que le daba la Marquesa; —una tez de nácar y rosa, unos grandes ojos oscuros, llenos de luz y de sensibilidad, una cabellera rubia, sedosa y abundante, una nariz griega, una boca séria y graciosa á la vez, una frente llena de nobleza y de serenidad: todo esto es lo que á primera vista llama la atencion en esa encantadora niña; pero si se contempla con atencion, cautiva, áun más que su belleza, el raro conjunto de distincion y de candor que se advierte en ella, la dulzura penetrante de su voz, y la bondad inteligente y tierna de su sonrisa; primero se la admira, despues se le dedica una simpatía irresistible: yo pienso que debe ser alguna desgraciada acogida por nuestra generosa amiga, y en ese caso quisiera añadir mi óbolo á los beneficios de la Marquesa, y unir una pequeña suma al dote de la bella é interesante Modesta.»

Permite, pues, amiga mia, que Blanca y yo nos asociemos á tu buena obra; dime quién es esa joven, y no te niegues á admitir para ella un modesto dote, que se depositará en casa de tu notario.

Termino, como empecé, aconsejándote que no te empeñes en mejorar las obras del Criador, y que dejes á tus nietos ser lo *que son*, porque jamas pueden ser otra cosa, puesto que no está en tu mano cambiar su índole ni sus particulares inclinaciones.

Déjales acompañados de su tia, y vén á pasar un mes al lado de tu amiga

GERTRÚDIS.

X.

Pablo de Hinestrosa al Conde de Maceda.

Castillo de Valflores, Marzo de 187.....

Ya estoy en este valle, mi querido German: en este valle, verdadero nido de flores, donde mi noble abuela ha venido á abrigar los últimos años de su santa y tranquila vida: cuando veo á esta anciana venerable esperar, llena de calma y de paz, á que la tumba se abra para recibirla, no puedo ménos de pensar en lo distinta de la suya que será nuestra vejez.

Paréceme, sin embargo, que la enfermedad moral y terrible que me aqueja se alivia bajo el techo maternal; mi pecho enfermo respira mejor: hay aquí en el aire yo no sé qué perfumes sanos y frescos, que templan la sangre abrasada que corria por mis venas; por la noche, y á la luz de la luna llena, paseo con mi abuela al pié de la montaña; hablo con ella y le cuento mis dolores y mis locuras, pues esta buena y sublime madre comprende mi corazon, y hasta el lenguaje de mis suspiros.

De vez en cuando apoyo mis labios en los hermosos rizos plateados que guarnecen su frente, con más amor y con más ternura que lo haria sobre la cabellera negra ó rubia de una jóven de veinte años: mi madre ha sido divina en su juventud y es aún hermosa en la ancianidad.

Bajo su mirada me siento renacer, y su sonrisa es como el bálsamo de mi alma.

Preguntándole yo anoche qué nombre tienen la angustia moral y el terrible desaliento que me consumen, me hizo sentar á la orilla de una fuente que brota al pié de un árbol; sentóse ella á mi lado y me habló con el dulce y noble lenguaje que voy á trascribirte:

—El mal que te atormenta, hijo mio, no suele venir tan pronto, pero ataca inevitablemente en el crepúsculo de su juventud á todo sér humano que no ha dado otro fin á su vida que los placeres equívocos de que el mundo dispone; cuando llega á apaciguarse el ruido aturdidor que la juventud hace en nosotros mismos, hay para todos los que han vivido solamente de las vanidades humanas, una hora de silencio solemne; el principio divino se revela en ese silencio y les habla; una luz súbita les muestra de repente el vacío de su pasádo y el vacío, áun más espantoso, de su porvenir: un sombrío disgusto les aleja de sus costumbres más queridas, y una curiosidad extraña les empuja hácia las emociones más ajenas á su vida pasada: las palabras y las imágenes que sólo merecian su indiferencia, ó que excitaban su sonrisa, deber, piedad, honor, sacrificio, se les presentan de repente llenas de un atractivo irresistible: algunos, espantados y débiles, huyen de esta luz, y sumergiéndose más y más en el cieno de sus pasiones, consiguen sofocar de nuevo la voz de su alma hasta el dia del último sueño: otros, más fuertes, obedecen, con éxitos diversos, á está tentacion de virtud que Dios les envia: como dice un ilustre autor frances: «Esa es la hora en que los libertinos y las mujeres ligeras vagan furtivamente al derredor de la virtud, no osando aproximarse á ella, y deseando, sin em-

bargo, conocerla.» Esa es la hora de las supersticiones singulares, de los retiros inexplicables, de los sacrificios, y algunas veces de los suicidios que estallan por intervalos en el mundo en que tú vives. Y bien, hijo mio, la hora del silencio solemne ha sonado para tí, pero ten esperanza; hay un sentimiento que áun no has probado en toda su delicadeza y hermosura, que contiene en sí mismo todos los deberes y todas las virtudes, que expia y consuela á la vez.

—¿Y cuál es, madre mia? exclamé yo.

—Es el amor: el dia en que ames, te sentirás curado.

Yo sacudo con melancolía la cabeza cada vez que mi madre me repite esta idea.

Y, sin embargo, su voz penetra en lo íntimo de mi alma, y su palabra, llena de calor, de vida y de fe, reanima mi espíritu abatido.

¿Cuándo volveré, me preguntas...? Lo ignoro: con pena os recuerdo, mis pobres amigos, mis locas y bulliciosas amigas. Yo os amaba, quizás con más verdad y pasion que nadie, y sobre todo para tí, German, mi amistad es inextinguible: tú vales más á mis ojos que todos los demas; pero ¿qué es vuestra compañía comparada con la de este noble sér, que no sólo sabe el camino de mi alma, sino que va delante de mi pensamiento y de todas mis aspiraciones? ¿Qué son nuestras fiestas, en las que luchaban como atletas la embriaguez y el hastío, con estas dulces expansiones del alma, con esta tierna comunidad de sentimientos, con esta afeccion íntima y profunda que mi buena madre y yo nos profesamos? ¿Qué son esos extremos de una amistad, muchas

veces fingida y pocas veces probada, comparados con este amor santo é igual, inmenso y sereno, comparable sólo á la adorable calma de un cielo tranquilo y sonriente?

No te enojes, German, y llámame niño, como otras tantas veces que no he querido seguirte en tu desenfrenada carrera. Yo, al lado de mi madre, creo y espero: viejo vine de cuerpo y de corazon, y la savia generosa de estos campos florecientes parece que discurre ya por mis venas. Deseoso de ocuparme en algo, he empezado á pintar una Sagrada Familia para el altar mayor de la pobre iglesia de Valflores: el cura, buen hombre, sencillo y casi rústico, mira mi obra como si se hubiese vuelto idiota, en fuerza de estar asombrado; mi abuela dice que es una obra maestra; yo no sé lo que será; sólo te aseguro que, para pintar á la Vírgen, he tenido que apartar de la memoria todos los rostros hermosos que conozco, y que, áun así, hice sin quererlo el retrato de Clotilde... ¡Oh fatal amor!... ¡Oh rebelde herida que, á pesar de todo, sangra todavía en mi corazon!

No necesito decirte que borré aquel rostro y que pedí perdon á Dios de mi involuntaria profanacion.

He oido hablar aquí de una jóven á quien llaman Modesta, y que, yendo dos dias ántes de llegar yo, á ver á la hermana del cura, que se hallaba enferma, se torció un pié y está en su casa todavía: mi madre va á verla cada tarde; pero yo, cazando y trabajando en mi cuadro, no he podido acompañarla, ni ella me lo ha dicho, y hace su visita acompañada de su doncella Marta, mujer de edad madura y muy adicta á la Marquesa.

Por aquí hablan todos de esa Modesta y cada uno de los criados desea su vuelta: paréceme, por lo que oigo, que debe ser muy bonita, y preferiria que no existiera; estoy tan cansado de mujeres lindas y de las mujeres en general, que desearia no ver ninguna cerca de mí. Preguntándole á mi madre si Modesta era efectivamente linda, me respondió sencillamente:

—Es adorable y tan buena como bonita; sin embargo, hijo mio, creo que á tí no te gustará, y lo celebraré.

—¿Y por qué, madre mia?... le pregunté admirado.

—Porque deseo que halle en tí un protector y no un perseguidor, y ademas, porque deseo que tú no le agrades á ella.

—¿Y qué mal habria en eso?

—El de ser ella completamente infeliz. Ahora es dichosa, y podria serlo más, si quisiera, casándose con Felipe, el hijo del fabricante de azúcar.

—Sí, sí, ya sé; el hijo de ese hombre que te debe su dichosa fábrica.

—¿Te pesa que le haya protegido, compadecida al ver que se le quemó la hermosa quinta que poseia? Quiso trabajar, y *le dí la mano*, como se suele decir:

—Sí, la mano, y en ella algunos miles de duros.

—Que me va pagando.

—¿Y el hijo de ese palurdo quiere á tu Modesta?

—Con el alma.

—¿Y ella?...

—No lo sé, pero desearia que le correspondiese.

Hé aquí todo lo que sé de una jóven hermosa que va

á habitar bajo el mismo techo que yo, y á la que, te lo aseguro, ningun deseo tengo de conocer.

Vente á cazar algunos dias conmigo, y recibe un estrecho abrazo de tu apasionado

PABLO.

XI.

Teresa Pineda á Modesta.

Valencia, Abril de 186..

Perdona, mi querida hermana, si tardo algunas veces en responder á tus cartas y si no te escribo tanto como yo quisiera: mi casa y el cuidado de mis ocho niños me ocupan de contínuo; yo no te puedo explicar cuánta es la diversidad de mis ocupaciones y cómo se suceden en mi mano la plancha á la aguja, y el aseo de la casa al cuidado de confeccionar para mi querido Estéban alguno de los platos que son de su gusto y que, aderezados por mí, saborea con indecible placer.

No obstante, estas variadas y múltiples ocupaciones no me pesan: al contrario, me entretienen agradablemente; nos hallamos muy bien en esta bella ciudad, y estando el uno al lado del otro, Estéban y yo nos hallarémos perfectamente en todas partes; ésta es una verdad de que estoy profundamente penetrada. Cuando mi ma-

rido está cerca de mí, todo es bueno y fácil; yo me siento valerosa, porque me veo protegida; ambos tenemos, por todo lo que es serio, la misma manera de ver y de sentir; yo le estimo, le respeto y le amo; él me ama á mí tambien con toda la sinceridad de su alma honrada, con toda la verdad de una afeccion intensa, de una amistad tierna, de una confianza sin límites, y esto, hermana mia, despues de doce años de matrimonio y despues de haber pasado por muchas penas y mucha escasez.

Pero ¿qué importa? Cuando una mujer ama y aprecia á su marido tan profunda y verdaderamente como yo amo al mio, la vida para ella es dulce, aunque riegue con algunas lágrimas el sendero por donde camina. Yo he conocido, en todas las pruebas, que su corazon es todo mio y exclusivamente mio: ninguna otra afeccion ha venido á mezclarse como una nube negra en nuestrra apacible union, y nuestros hijos son los eslabones de flores que sostienen este hermoso y dulce lazo.

Sólo te deseo, por toda dicha, una suerte igual, mi amada Modesta: no es probable que se te presente un partido rico, pero no lo desees tampoco; con tus gustos sencillos, tu aficion al santo trabajo y tu claro talento natural, no necesitas riquezas para ser dichosa; el no poseer una gran fortuna es casi una felicidad. Sí, hermana mia, vivir por el corazon y no por el cuerpo; bastarse á sí propio, y no tener ambicion ni envidia; despreciar sinceramente la opulencia amando á los ricos como á hermanos, es un verdadero bien; la humilde medianía en que vivo no impide que tenga una bonita y aseada casita, un ajuar que brilla de limpieza y ocho án-

geles hermosos que, aunque vestidos de percal ó lanilla, rien y juegan, y se mantienen sanos y sonrosados.

Para mí es un verdadero placer el trabajo que me impongo para que mi marido se halle á gusto en su casa, para que tenga cerca de su mano el libro que más le agrada y ante los ojos las flores que prefiere.

En cuanto á mis hijos, yo confio darles todo lo que está á nuestro alcance, que es una buena educacion. Inés aprenderá la pintura; Octavia la música; Clementina inglés y frances; cada uno de los cinco niños seguirá su carrera, y lo que sus hermanas aprendan no será sólo á manera de adorno, sino con la solidez bastante para que algun dia puedan enseñarlo á su vez: en los tiempos tempestuosos que atravesamos, es obligacion de todos los padres previsores enseñar á sus hijos alguna cosa que les haga ganarse la vida honrada y decorosamente; la educacion cristiana, unida á algun talento práctico, es hoy la única salvaguardia de una jóven; sabiendo orar y trabajar, no puede sucumbir ni á la tentacion ni á la necesidad.

Pero yo no te hablo más que de mí, de mi marido y de mis hijos, que es como hablarte de mí misma, hermanita mia; perdona mi egoismo, y cree que tú eres tambien una parte de mi corazon.

Tu carta última me hizo derramar lágrimas. ¡Con qué virtud, con qué firmeza tan rara en tus pocos años, te has contentado con tu triste suerte! ¡Ah, Modesta mia, cuando te he dicho que era feliz, me engañaba: tu presencia, encantadora y dulce como un rayo de sol, hace falta á mi dicha! ¡Con qué placer yo, que ya voy dejan-

do de ser jóven, admiraba tu pura y angelical belleza! ¡Cómo tu risa sonora hallaba un eco en mi alma y la alegraba! ¡Parecíame escuchar, cuando oia tu canto, el himno de la juventud! Llena de orgullo, te veia trabajar á la luz de nuestra humilde lámpara, y al mirar tu rubia cabeza inclinada, tu gracioso y nevado cuello, tus manos de marfil, de donde brotaban los encajes, y muchas veces los remiendos de la ropita de mis hijos, te comparabá á esas jóvenes princesas de los libros de caballería, cuya belleza obligaba á los caballeros á tan gigantescas hazañas.

Ahora, Modesta de mi alma, ahora recuerdo llena de pena tu hermosura, tu gracia, tu natural y exquisita elegancia, y no sólo tiemblo al verte léjos de mí, sino que temo que tantas perfecciones, unidas á tantas bellas dotes del alma, se queden sin ser conocidas y apreciadas, ó sirvan de cebo á alguno de esos elegantes sin corazon, que, por ser amigos del nieto de la Marquesa, irán sin duda á visitarla al castillo.

Si yo pudiera asegurarte un esposo de modestos haberes, pero honrado, laborioso y que apreciase lo que vales, nada más pediria al cielo, y esto es lo que ahora le demando todos los dias.

No creas, Modesta, á ninguno de esos hombres de que te hablo, si por desgracia fueran éstos á Valflores y se dedicase á tí alguno de ellos; desconfia, sobre todo, de Pablo de Hinestrosa; él no se acordará de mí, pero yo le recuerdo perfectamente, y si responde á lo que hacía temer de niño, no será posible hallar un hombre más fatalmente dotado; y no pienses que, al hablarte así,

quiero precaverte de una seduccion comun: no, hermana mia, porque tú sobresales de la multitud, y no sucumbirás á vulgares asechanzas ni á la rutina de los libertinos; quiero precaverte hasta de la idea de casarte con ese hombre, aunque sea muy rico y de una condicion muy superior á la nuestra: jamas aprobaré que te cases con quien se le parezca. ¿Qué puede la riqueza para la felicidad? Todo el dinero del mundo no basta á comprar ni la salud ni las afecciones; la opulencia es frecuentemente una carga y siempre una tentacion; yo te escribo con mi marido á mi lado, rodeada de mis siete hijos y teniendo al menor sobre mis rodillas. ¿Qué tiene que ver la riqueza con esta felicidad tan santa y tan pura? ¿Qué podria añadir á ella? Algunos encajes en los vestidos de mis niños, algunos muebles de terciopelo y seda. ¿Y aumentaria esto algo al amor que nos une?

Mi plegaria cuotidiana es la del rey David: *Libradme, señor, de las necesidades mas precisas, y de la excesiva abundancia.* Este es el ideal en que yo me he fijado para tí: ni la extrema pobreza que abate el corazon, ni la opulencia que le endurece, sino el trabajo, el órden, la tranquilidad doméstica.

Mi Inés te envia diez besos por el lindo gaban, obra de tu aguja; los demas niños, seis por cada par de medias; Estéban te envia un traje blanco, que yo he cosido para tí, y de mi parte es el ancho cinturon azul que le acompaña.

Todos te abrazamos con ternura.

TERESA.

XII.

Eufemia á la Marquesa.

Madrid, Abril de 186.....

A pesar de mi triste disposicion de espíritu, mi querida mamá, voy á hablar contigo, para lo cual estoy siempre dispuesta, cualesquiera que sean mis impresiones.

Desde que mi hermano ha salido de casa para ir á tu lado, estoy más triste que ántes. Pablo, á pesar de no estar acorde con mis gustos, en la mayor parte de las cosas es para mí un amigo; al fin, él constituye mi más cercano apoyo, ya que tú, madre mia, te has separado de mí para consagrarte á tus pobres y á la soledad.

Mi tia es cada dia más extraña á mis ideas y á mis hábitos: á la verdad, yo hago todo lo imaginable para amarla, y ni tolerarla me es posible: todo me disgusta en ella: es superficial, presumida, ligera como una niña de quince años, y, á su edad, todo esto me parece sobremanera ridículo.

Por lo que hace á descansarme de los cuidados de la casa, no me puedo quejar; ya te he dicho otras veces que su actividad es sorprendente, y que el tiempo le alcanza para todo: de todo cuida, á todo atiende, y yo, si me lo permitiera mi carácter, podia pasar el dia sin hacer otra cosa que leer ó dormir.

Ya sabes, sin embargo, que no soy á propósito para eso, y lo que hago es pasar algunas horas del dia en la iglesia, á fin de ocupar el tiempo.

No quiero negar que mi tia tenga el grano de oro que, segun dices, es preciso buscar: lo que te aseguro es que yo no le hallo, pues en cuanto á cuidarme, si cayera enferma, una criada lo haria tambien.

¿En qué puedo yo compadecer á mi tia, como me aconsejas? Ella es feliz, más feliz que yo: se divierte, come bien, halla amigos en todas partes; ella es amada, si no con pasion y verdad, á lo ménos con la afeccion superficial que necesita y le basta: á mí nadie me quiere y á ella la adoran todos.

Yo, pues, me veo constantemente humillada á su lado, y esto me hace detestarla: no lo puedo remediar: es un mal sentimiento que se ha apoderado de mí, y al que mi debilidad no sabe resistir.

Mi tia, que visita ya á medio Madrid, visita tambien á una de las hermanas del Conde de Maceda, y me ha dicho confidencialmente que se trata de mi enlace con el Conde; que éste me ama, y que en la primera fiesta que nos hallemos va hacerme su declaracion, y, así que trascurra un mes, á pedir á Pablo mi mano.

Este complot premeditado me indigna; el Conde sabe, á no dudar, que mi fortuna es grande, y quiere poseerla; yo no le amo ahora ni creo que podré amarle nunca: es, segun dicen, demasiado superficial y ligero para inspirar una afeccion sólida y durable: parece hijo de mi tia, y eso sería evitar á Scila para estrellarme en Caríbdis.

¿No es verdad, madre mia, que el hombre á quien se elija por esposo debe tener más bien dotes sólidas que brillantes?

¿No te parece que su carácter debe ser grave y noble á la vez?

Yo no sé lo que es amor, porque jamas ha resonado en mis oidos ni la más leve galantería; y sin embargo, á tí te lo confieso, madre mia, deseo con ánsia sentir é inspirar una afeccion profunda y verdadera. ¡Es tan triste vivir en esta perpétua soledad moral! Sin padres, sin amigos, léjos de tí y de mi hermano, mi corazon se oprime falto de afectos, y sólo desea elevarse á Dios, fuente de amor y de belleza.

Algunas veces siento como deseos de engalanarme y de rogar á mi tia que me acompañe á un baile, á un concierto, á uno de esos sitios para los cuales tengo todos los dias invitaciones y en los que estoy segura de hallar al Conde; pero la sola idea de esos lazos me asusta y me estremece: yo he de amar mucho, y quiero que sea á una persona digna de mí: no creo tal al Conde, y temo enemorarme de él.

Pasar la vida al lado del hombre á quien se ama, dividir con él el pesar y la alegría, amar sintiendo sancionado el amor por todas las leyes divinas y humanas, debe ser el bello ideal de la felicidad.

Mi tia dice que para marido es bueno cualquier hombre, con tal que sea rico y honrado; yo creo lo contrario: pienso que un hombre sin fortuna es preferible á uno rico, siempre que sea laborioso y amable, y esté dotado de un carácter generoso, equitativo é igual.

Á mi modo, yo comprendo con toda claridad la ventura conyugal; el casamiento es para dar á la mujer, á la vez que toda la libertad apetecible, un protector constante, un amante tierno, un apoyo firme y leal: la mujer tiene en el matrimonio todas las ventajas, pues ya no debe pensar en el eterno afan de engalanarse, en la incomodidad de vestirse á todas horas: la obligacion de pensar en cuidados más serios la eximen de toda coquetería. Segun dice mi tia, mi madre, desde que se casó, no tuvo jamas puesta más que una bata, ni llevó otro peinado que uno muy sencillo, ni salia más que á misa á una iglesia vecina.

¡Oh dicha del matrimonio! ¡Oh dulce libertad, cuánto te deseo! ¡Qué feliz seré con no tener ya que pensar en el tocado, con no tener que luchar con la modista! Siempre he compadecido á las mujeres casadas, que, por parecer bien, se sujetan al mismo martirio que si no lo estuvieran, y rivalizan con las jóvenes solteras en el esmero de sus trajes y prendidos: siempre he creido que el excesivo afan de sobresalir de esas mujeres encerraba un deseo de agradar, más grande de lo que la fidelidad conyugal exige: un buen esposo ¿no ama siempre y de todos modos? ¿No debe fijar su atencion más en las cualidades morales de su esposa que en la belleza física, ó mejor dicho, no debe fastidiarle que su mujer se cuide tanto de su persona?

Hace pocos dias exponia yo, delante de mi tia, mi mala opinion de las mujeres que consagran demasiado tiempo á los cuidados del tocador, y mi tia me respondió:

—Querida mia, hay un refran muy vulgar, pero muy verdadero, como todos los refranes, que dice: *La mujer compuesta quita al marido de otra puerta.*

—Eso se entenderá, repuse yo, siendo el marido un hombre tan frívolo como el Conde de Maceda.

—Todos los maridos piensan del mismo modo respecto á algunas cosas.

—Cuando son tontos, sí.

—Cuando tienen talento, tambien; mi marido lo tenía; yo poseia mucho ménos que él, y, sin embargo, me adoró siempre; pero has de saber, querida mia, que si yo no tenía gran talento, tenía tacto y habilidad, es decir, cabeza bastante para saber lo que me convenia, y lo que debia mantener vivas sus ilusiones.

—¿Y las conservó siempre? pregunté yo, creo que con una sonrisita burlona.

—Siempre, repitió mi tia con gravedad; mi marido fué feliz y yo tambien.

Por mi parte, madre mia, se me figura que no puedo ser dichosa como la Baronesa, y que necesito condiciones muy diversas.

Nunca he hablado al Conde de Maceda; pero me parece superficial, burlon, escéptico y de carácter imperioso y fuerte. ¡Dios me libre de semejante esposo!

Escríbeme, madre mia; por mil causas estoy muy triste; ya te lo he dicho; moralmente estoy sola, y anhelo mucho tus cartas.

EUFEMIA.

XIII.

Pablo á Eufemia.

Castillo de Valflores, Abril de 186.....

¿Acaso pensabas, mi buena hermanita, que me habia olvidado de tí? Estoy casi seguro de que así ha sucedido, porque tienes de tu hermano peor opinion de la que merece, y nunca has creido que te quiere con todo su corazon.

Ya ves, sin embargo, como te engañas, Eufemia; no puedo olvidar que hemos jugado juntos durante muchos años; que hemos dormido en la misma camita, bajo la mirada tierna y protectora de nuestra abuela; que te he alcanzado nidos de la copa de estos viejos árboles que ahora me prestan su sombra, y que, teniendo yo ocho años más que tú, te he llevado en mis brazos muchas veces, cuando te cansabas en nuestras excursiones matutinas.

No, mi querida Eufemia; no se olvidan las tiernas amistades de la infancia, y cada vez que se abre mi corazon, enfermo y herido hasta un extremo que tú no puedes comprender, á una sensacion pura, fresca, por decirlo así, mi pensamiento se vuelve hácia mi hermana, jóven, buena é inocente todavía, y anhela compartirla con ella, como con la parte mejor y más sana de mi pobre sér.

Y bien, Eufemia, hablemos ahora de tí, y luégo hablarémos de lo que me concierne.

El Conde de Maceda, mi íntimo amigo, me escribe que quiere casarse contigo; como tú, mi pobre hermanita, que eres más bien grave que risueña, más bien severa que graciosa, y más bien amanerada que distinguida, has podido prendar así á uno de los hombres más elegantes que conozco, es cosa que no entiendo: cómo has podido hacer pensar en el matrimonio á German, libertino de profesion, independiente por naturaleza, es para mí un misterio insondable; sin embargo, el hecho es cierto. El Conde te ama, está loco por tí y se quiere casar contigo, y mi principal objeto al escribirte es asegurarte lo feliz que seré si aceptas esta boda, ventajosa para tí por todos conceptos.

Con German obtendrás posicion, riqueza, homenajes; todo lo que las mujeres ambicionan; todo lo más seductor que les puede ofrecer el mundo.

Te advierto, sin embargo, que German tiene el carácter impetuoso y duro, y que el tuyo deberá tomar nuevas formas, si has de manejarle.

Por lo demas, tú, si quieres hacerlas valer, reunes dotes encantadoras, que te harán adorable á los ojos de tu marido.

Si accedes á esta boda, mi querida Eufemia, yo seré muy dichoso, y nuestra madre se sentirá aliviada del gran cuidado que le inspira tu porvenir.

Tendrás una casa elegante, carruajes, criados, palco en los teatros, galas y joyas; y tú, pobre niña, que habias hecho de tu aislamiento una virtud, verás cómo te

embriagas con todas esas cosas así que las hayas probado, y cómo hallas encantadora y nueva una vida que hasta aquí no has conocido.

Medítalo y escríbeme con franqueza y como á tu mejor amigo, diciéndome todo lo que pienses y dejándome leer clara tu simpatía ó tu indiferencia por el Conde.

Ahora es ya tiempo de que te hable de mí; aquí me hallo muy bien, y hoy mejor que ántes, pues ha llegado al castillo la hada de estos sitios.

Al verla, la recordé de repente; yo la conocia desde hace diez años, y cuando ella contaria unos siete.

¿Te acuerdas de aquel mayordomo de nuestra madre, llamado el señor Pineda, que nos llevaba en un carrito de madera por las calles del parque y que, á fuerza de ser bueno, nos parecia medio bobo?

Ese es el padre de Modesta y de otra muchacha alta que tiene diez años más que ella, y unos ojos muy negros y muy grandes; esta muchacha se llama Teresa, y ahora está en Valencia, casada con otro pobre diablo como su padre.

Modesta, muy hermosa ya cuando niña, es hoy el ideal de la belleza femenil; hay ella algo de sublime y de grande, que la distingue de todas las demas mujeres que yo he conocido; una rica y copiosa cabellera sombrea su frente, y en sus ojos, de un azul oscuro y luminoso, brillan unidas la ternura, el sentimiento y la dignidad; una tez de nieve y rosa, una boca encantadora, unas largas y sedosas pestañas acaban de dar á su cabeza la expresion más noble y más pura que yo he visto en una mujer.

Su estatura es alta sin demasía y delgada sin exageracion; cuando anda se diria que sus piececitos no tocan á la tierra.

Hace dos dias que llegó de casa del cura, donde ha estado quince ó más, de resultas de habérsele torcido un pié; la traian en el carrito cubierto que usa para ir á la aldea la hermana del vicario, y en el que este mismo hace sus correrías de caridad; el jardinero conducia la mula; yo me hallaba fumando mi larga pipa echado en uno de los bancos de musgo del parque, cuando llegó á la puerta el extraño vehículo, y se detuvo en ella; al pronto creí que era alguna lechera que traia su mercancía, y no me moví; mas de repente veo asomar un pié de niña calzado con una botita de saten negro, parte de una enagua blanca, y tras esto á una jóven, que saltó ligeramente al suelo.

Llevaba un vestido de lanilla oscura, una manteleta de lo mismo, y un sombrerito redondo, de paja, debajo del cual se veian unas gruesas trenzas rubias enroscadas, y dos hermosos rizos que la brisa tibia de la tarde agitaba dulcemente; en la mano traia un cabás, una sombrilla y un ramo de flores.

—Gracias, Benito, dijo la jóven á su conductor; diga usted al señor cura y á la señorita Dorotea que llegué sin novedad, y adios.

Y despues de pronunciar estas palabras con acento dulce y alegre, echó á andar con precipitacion hácia la casa, en tanto que Benito se alejaba en su carricoche.

Al pasar por delante de mí me levanté, y Modesta hizo un movimiento de sorpresa.

—¿La he asustado á V., señorita? le pregunté acercándome.

Ella se puso algo encarnada; y luégo, sonriéndose, me respondió:

—No, caballero; pero como no contaba hallar á nadie en el parque, me he sorprendido al ver á usted.

—Soy muy feliz en ser el primero que dé á V. la bien llegada.

—¡Pues qué! ¿me conoce usted?

—¿Quién no conoce aquí á la señorita Modesta?

—¡Pero V. no es de aquí!

—Aquí vivo ahora, repuse presentándole el brazo y tomando su cabás y su sombrilla.

—Eso pesa mucho, dijo la jóven señalando el cabás; está lleno de libros y de labores..... ¡Yo le llevaré!

Yo hice un ademan negativo, y echamos á andar hácia la casa.

Modesta cojeaba aún un poco, y caminábamos despacio; ni una palabra más me habló; yo contemplaba con placer la pequeña mano, cubierta con un finísimo guante, que se apoyaba en mi brazo; el perfume de la rica cabellera de Modesta llegaba hasta mí; todo en esta criatura medio campesina es distinguido, natural y perfecto: la hechura de su traje, el eco de su voz, sus palabras medidas, corteses y sencillas, el dulce aroma que exhala su persona, todo es propio de una jóven de la más elevada clase, todo armoniza con su rostro noble y hermoso, con su figura delicada y llena de gracia.

Llegamos al saloncito de nuestra madre, quien, al ver á Modesta, dejó escapar un grito de alegría; la jóven se

arrodilló delante de ella y le besó las manos con íntima ternura; nuestra madre la abrazó, la besó mil veces en la frente, y despojándola del sombrero y de la mantele-ta, presentó á mis ojos un talle de ninfa y una cabeza de arcángel.

Despues de un cuarto de hora, Modesta se retiró á descansar; dos dias há que está aquí, y sólo un instante he vuelto á verla, pues su pié, áun no curado, la obliga á estar en su cuarto.

Quisiera, hermana mia, que pudieras ver á esta jóven, para que comprendieras hasta qué punto puede Dios hacer adorable á una mujer.

Háblame del Conde, y recibe un abrazo de tu hermano.

PABLO.

XIV.

Modesta á Teresa.

Castillo de Valflores, Abril de 186.....

Mi pié se halla ya enteramente bueno, amada Teresa, y cerrada por hoy la escuela, pues es juéves y no hay clase por la tarde, voy á dedicarte un rato.

Tus cartas son para mi alma un dulce rocío, y cada una que recibo la miro como un beneficio; ¡cuán grato es poder unir al cariño fraternal el dulce sentimiento

de una amistad sólida y probada! Porque tú, mi Teresa, eres, á la vez que mi hermana, mi sola é incomparable amiga; perdimos muy temprano á nuestra buena madre; y tú, diez años mayor que yo, lo has sido mia y has unido la gravedad del precepto, con la dulzura persuasiva del ejemplo.

Hablemos con la íntima confianza que es inseparable de mi afecto hácia tí; ya ha llegado el nieto de la Marquesa, cuya visita adivinabas y temias; á la vuelta de casa del señor cura, donde he estado algunos dias á causa de la torcedura de mi pié, fué la primera persona á quien vi; se hallaba reclinado sobre uno de los bancos del parque, y fumaba una larga pipa; cuando yo descendí del carrito cubierto, que ambas conocemos desde hace muchos años, se levantó y vino á mí; una memoria vaga se presentó á mi mente, y le reconocí; siendo yo niña, me acuerdo de que él, ya adolescente, me acariciaba y me cogia flores y frutas; era un hermoso muchacho, amable, risueño, simpático, y al que se parece muy poco el hombre que ahora está aquí; Pablo de Hinestrosa tiene hoy la mirada casi apagada y fria, la risa sardónica, y su voz, que era dulce y sonora, se halla como rota por una convulsion interior; y sin embargo, yo he reconocido al instante estos grandes ojos negros, esta boca perfecta, este acento, que cantaba al piano arias de Bellini y Donizzetti, cuando yo dormitaba bajo los árboles del parque con la cabeza apoyada en el mastin, guarda fiel del castillo.

Pablo de Hinestrosa, al que yo llamaba por su nombre y le tuteaba hace diez ú once años, no me persigue

como tú temes: cuando me ve, se acerca á hablarme con naturalidad, y parece hallar placer en mi conversacion.

Ayer, despues de la clase, bajé al jardin con el objeto de cortar algunas flores para ponerlas en el gabinete de la Marquesa: ignoraba que se hallase leyendo allí; pero al ir á dar la vuelta á un gran rosal, le vi sentado á su espalda.

—Perdon, señor de Hinestrosa, le dije; he venido á incomodarle sin saberlo, y lo siento.

—Ya me canso de leer, repuso él levantándose, y si usted me permitiera ayudarla á buscar flores para mi madre, me alegraria.

—En hora buena, le respondí no queriendo aparentar temor: busquemos.

—Allí hay violetas, dijo Pablo; las vi hace poco al pasar cerca del estanque.

Llegamos á donde estaban las violetas. Pablo llevaba la canastilla de las flores y yo las tijeras: me incliné para cortar algunas de las estrellitas moradas que aparecian entre el follaje, y de repente oí que me llamaba:

—¿Señorita Modesta?

Yo me volví.

—¿Me va V. á decir la verdad en una cosa que voy á preguntarle?

—Sin duda, contesté admirada: yo no miento nunca.

—Pues bien; deseo que me diga V. si tiene relaciones de amor con algun jóven.

—Con nadie, le respondí prontamente.

—¿Y... un tal Felipe, de estas cercanías, que es hijo del fabricante de azúcar?

—Apénas he visto á ese jóven seis veces, pues hace poco que ha llegado de Barcelona, donde ha pasado algunos años.

—¿Pero la ama á usted?

—No lo sé, respondí ruborizada.

—¿No se lo ha dicho á V. nunca?

—Caballero, repuse indignada, esto tiene todas las trazas de un interrogatorio.

—Al que no quiere V. contestar, ¿no es cierto?

—Hasta ahora he respondido; en adelante no debo hacerlo ya, pues se trata, no sólo de mis sentimientos íntimos, sino tambien de los de otra persona.

El señor de Hinestrosa se puso pálido de ira; yo acabé de cortar las violetas y me alejé.

¿No es verdaderamente imprudente su curiosidad?

Pero si á él no quise contestarle, voy á referirte, hermana mia, lo que hay acerca de Felipe y de su familia.

Este y su madre han venido á verme así que llegué de casa del señor cura: la buena anciana me llenó de caricias, y me dijo mirándome con ternura:

—Mi querida Modesta, eres el retrato de tu madre, que fué mi mejor amiga; dentro de un año, si las cosas van bien en nuestra fábrica, te haré una proposicion..... una proposicion, añadió mirando á Felipe, que espero aceptarás.

Yo bajé los ojos, y creo que me puse muy encarnada: cuando alcé de nuevo la vista, me hallé con la dulce y elocuente mirada de Felipe, que parecia corroborar lo que su madre me habia dicho y yo habia entendido.

Tu patrona Santa Teresa ha escrito un libro tan bello

como todos los suyos, que se llama *Los Castillos del alma*: si mi alma es un castillo, tiene hermosas salas, sólidamente edificadas, y un hogar donde arde un fuego puro; tiene tambien frondosos jardines llenos de flores y de verdor; no temas, pues, que penetren en ella la negra ambicion ni el deseo del fausto; no, hermana mia: si Pablo de Hinestrosa me hablase de matrimonio, perderia el tiempo lo mismo que en las evoluciones de una seduccion vulgar: quiero seguir tu ejemplo, y sé el esposo que me conviene y el que nuestra madre me hubiera elegido: éste es el modesto, honrado y laborioso Felipe, y no el brillante Pablo de Hinestrosa: dentro de mi alma todo es riente y tranquilo; el calor de la fe, la confianza en la vida, moran en ella como en recinto propio; como tú, yo sabré llegar sin tristeza al límite de la juventud, y llegaré al sendero de la vejez sin amargura; como tú, apoyaré mi mano en la de un hombre honrado y laborioso, que me estime á la par que me ame, y con estas condiciones se camina apaciblemente y sin fatiga hasta el sepulcro, tras del cual está la vida verdadera; como tú, creo, hermana mia, que los placeres del corazon y de la inteligencia no están vedados á la medianía. ¿No podré yo leer buenos libros, instruirme é instruir á mis hijos? ¿No podré hacer bien alrededor mio? ¡Oh, sí! Todas las caridades no salen del bolsillo, y se puede alentar, consolar y dar buen ejemplo poseyendo una fortuna muy corta; ademas, estoy segura de preferir siempre la sonrisa de mi marido á las joyas, y su dicha al raso y al terciopelo.

Felipe no es hermoso, y yo sé que recuerdas su fisono-

mía, pues tambien nos conocemos desde niños, como arrendador de la Marquesa que era su padre, cuando el nuestro era su mayordomo: el candor, la honradez, la nobleza del corazon, se leen en su fisonomía, y en sus ojos brilla la luz de la inteligencia más noble y más pura.

Felipe ora en la iglesia con fervor, con íntima y verdadera devocion: ésa es la más segura garantía para el porvenir: el que ama y teme á Dios, debe ser buen esposo.

Todavía no me ha dicho una palabra de amor, pero sus ojos y su acento me hablan siempre de una afeccion tierna y sincera.

Adios, hermana mia, y recibe un abrazo de tu

MODESTA.

XV.

La Marquesa á Eufemia.

Castillo de Valflores, Mayo de 186.....

¿Con que es verdad que te casas, hija mia? ¡Bendito sea Dios, que me concede ántes de morir la dicha de verte en el puerto de paz! Tu suerte era mi cuidado constante, y yo no sabria explicarte con cuánto fervor pedia al cielo que te deparase un compañero que te prestase su apoyo para cruzar los senderos de la vida.

Yo volaria á Madrid, mi querida Eufemia: yo quisiera ir al instante á tu lado; pero desde ayer me es de todo punto imposible dejar esta casa: un deber muy triste me retiene en ella: una de mis amigas, á quien tú conoces, la Marquesa de Uclés, acaba de morir, y me ha nombrado tutora de su hija única, Cintia, que sólo cuenta diez y siete años.

La pobre niña ha venido á mi lado no bien ha dejado enterrada á su madre, y la carta de los albaceas de la Marquesa, en que me anunciaban su última voluntad, llegó á mi poder dos horas despues que la pobre huérfana: Cintia de Uclés es un ángel, y tan bella, que me dejó muda de admiracion: imagínate, hija mia, cuál sería mi asombro al ver entrar á una niña vestida de luto, que se arrojó en mis brazos llorando, y á la cual no reconocí al pronto, pues hacía tres años que no la veia: su pobre madre ha muerto en Niza de una afeccion al corazon, despues de haber visto espirar á sus tres hijos mayores. Cintia es la única que ha quedado con vida, y era la menor: su madre, mucho más jóven que yo, ha sido una mártir, y marchó á tierra extranjera ansiando ver si podia conservar la vida de alguno de sus hijos, todos atacados de una despiadada enfermedad de pecho; pero todos, y su madre con ellos, han caido heridos de muerte.

Vén, pues, tú aquí, hija mia: aquí se celebrará tu casamiento: mi pobre pupila se halla bastante enferma, y no sé si esta delicada flor podrá resistir á la fuerza del huracan que la ha combatido.

Aun no ha podido dejar su lecho, y creo que la fiebre no la abandona un instante: la desgraciada niña adoraba

á su madre, ejemplar y tierna, y no tenía otra afeccion que la suya que la ligase á la tierra: ahora en vano trata de consolarse de su pérdida: sus ojos y su corazon hallan doquiera el vacío: no sé qué hacer para distraerla, y me es imposible dejarla de la vista un instante.

La carta que su madre dejó escrita para mí, y que ella me trajo, está llena de ternura y desesperacion: «Sólo en tí confio—me dice—para velar por esta desgraciada niña, atacada acaso del mismo mal que toda su familia y dotada de las más nobles cualidades de corazon y de carácter.»

Me pide que la haga tu amiga y tu hermana, que no la abandone jamas, que sea su madre, en una palabra: así, pues, hija mia, te ruego que vengas para que pueda encargarte este depósito sagrado, del que cuidarás si yo falto.

Modesta no puede ayudarme cerca de esta desgraciada niña, porque ha marchado por unos dias á casa del señor cura: ella misma me manifestó su deseo de dejar el castillo, y yo me alegré en el alma, pues tu hermano se iba enamorando sériamente de mi pobre maestra de escuela: esta jóven es un tesoro, y merece un esposo mejor que Pablo, quien, atendidas las circunstancias de su carácter, no sabria hacerla dichosa.

Modesta se casará con Felipe, el hijo de Santiago Fernandez, quien, como sabes, fué arrendador mio: ahora tiene una fábrica de azúcar, que el mismo Felipe dirige con gran acierto, haciéndola prosperar hasta tal punto, que su padre ha podido ya devolverme casi toda la suma que le adelanté para establecer su industria.

Así Santiago como su mujer, la buena Mónica y todos sus hijos, adoran á Modesta, que será en su casa la paloma de bendicion que lleve la abundancia y la alegría. ¿No es mejor para esta niña ser la esposa amada y respetada de un menestral como Felipe, que la infeliz compañera de un gran señor gastado como Pablo? Sí, hija mia, la felicidad consiste, sobre todo, en acertar cada uno con las condiciones que son necesarias á su modo de pensar, de sentir y de ser; si elegimos nuestra posicion y nuestro sitio en el mundo en contra de estas condiciones, nuestra desgracia es segura, y toda la abnegacion cristiana que podamos atesorar llegará sólo á hacernos soportar con valor nuestra cruz, pero no á hacérnosla ligera.

Estas reflexiones me conducen á dar gracias á Dios por el destino que te depara: tú no puedes aún conocer lo que vale el esposo que te desea para compañera suya, como lo comprendo yo; y sin embargo, hija mia, yo no te diré que esté exento de defectos, pues los tiene en su índole, y ademas se halla, como tu hermano, estragado por los excesos de una vida disipada; pero tú irás descubriendo poco á poco los toques de luz y de sombra que haya en su carácter, y yo te prometo que te ayudaré con mis consejos y mi experiencia á la conquista de tu felicidad.

Por ahora, oye un aviso que no puedo ménos de darte: si quieres agradar á German, sé elegante, y cuida del adorno de tu casa y de tu persona: ésta es la primera condicion que necesitas, si has de fijar un corazon que tu admirable belleza ha conquistado. German no podrá

amar ni estimar á una mujer vulgar; ha llegado la hora de que aproveches los admirables talentos en coquetería de tu tia la Baronesa; que ella te ilustre, que ella dirija tus trajes y todas tus compras, sin exceptuar las del mueblaje de tu casa; su gusto probado y distinguido me hace estar tranquila acerca de la eleccion en cuantas adquisiciones te sean necesarias.

He sabido el proyecto de tu enlace por mi amiga la Canonesa, madre del Conde, pues tú hace tiempo que no me escribes; hazlo ahora, hija mia; háblame del estado de tu corazon; tranquilízame, pues he sufrido mucho desde que recibí tu última carta, en la que se pintaba muy claramente el estado tristísimo de tu espíritu: ¡oh Eufemia! ¡ir tú á la iglesia para pasar el tiempo! ¡Entrar en la casa de Dios sin la firme y pura intencion de orar con todo el fervor de tu alma! ¡Degenerar de cristiana en santurrona, que piensa ganar más cuanto más reza, aunque sus oraciones carezcan de calor y de fe, y todo esto á los diez ocho años de edad!

¡Dime, hija mia, dime que el amor ha regenerado ese corazon que se helaba ya, falto de ilusiones ántes de haberlas conocido; dime que la alegría y el apego á la vida viven en tí! El amor es sol que ilumina los horizontes de la juventud, y él habrá derramado su dorada luz sobre las negras nubes que te rodeaban; ama, Eufemia, ama: una jóven de tu edad, sin amor, es como planta sin flores, como fruta sin aroma, como desierto sin agua y sin verdor! Más quisiera que amáras á un hombre indigno de tí, que verte sumergida por más tiempo en esa atonía

moral, en esa indiferencia hácia todo, cuando nada conoces todavía.

Te espero, y entre tanto te abrazo y te bendigo.

ANA.

XVI.

Estéban á Modesta.

Valencia, *Mayo de* 186.....

Mi querida hermanita: Teresa está cuidando de Clementina, postrada hoy en el lecho con un poco de fiebre, y me encarga te escriba en su nombre.

Cumplo, pues, á su intencion y á la mia tan grato cometido, y ante todo te felicito por tu prudente decision de retirarte á casa del digno vicario, y por el valor con que la has llevado á cabo.

Sí, mi pobre niña, valor has necesitado y necesitas para obrar así: tú amas ya á ese hombre funesto; he visto la última carta que has escrito á tu hermana, y he leido en tu corazon.

Si tuvieras una enfermedad mortal no te engañaria diciéndote que era una dolencia leve; te amo lo bastante para tener el valor de decirte la verdad, y te exhortaria á morir con cristiana resignacion: ¿por qué, pues, he de ocultarte que estás enferma moralmente? No es cariño el engaño, sino crueldad; la verdad tiene algo de so-

lemne y de augusto que cautiva, subyuga é impone respeto.

La Providencia no deja sin premio ningun esfuerzo generoso y noble, y separará de tu camino al enemigo de tu reposo.

— *Quién ama el peligro perecerá en él* — dice la Escritura — pero tú, que le huyes, vivirás tranquila y dichosa.

Felipe me escribe y me manifiesta todo su contento porque has salido del castillo; el pobre muchacho sufria cruelmente al verte expuesta de contínuo á las asechanzas del señor de Hinestrosa; por lo que él ha observado y me comunica, ese hombre parece que habia ya concebido formal empeño en triunfar de tu prudencia y tu reserva; ya ves que no llamo amor á esa terquedad; el amor tiene siempre manifestaciones nobles, y las de esa aficion no lo eran; tú eres, sin duda, la primera mujer que se le ha resistido y que le ha mirado sin una ciega pasion, y esto le hiere y le subleva.

Si crees ser gravosa al señor cura y á la señorita Dorotea, vente con nosotros; en mi casa hay siempre un cuartito para tí y un cubierto en mi mesa; tu hermana es completamente feliz cuando te ve á su lado, y los niños te desean como las flores desean un rayo de sol.

No estamos del todo tranquilos, te lo confieso; bajo ese techo bendito habitan la paz, la religion y la virtud; pero ¿de qué no es capaz ese hombre descreido y dotado de un talento infernal para la seduccion? ¿De qué estratagemas puede servirse para engañarte? ¿Qué es lo que él no puede discurrir? Está muy prevenida, Modesta; des-

confia de todo; no salgas sola jamas : si quieres venirte con nosotros, buscarémos una persona de toda seguridad que te acompañe; pero en tanto estés ahí, cuenta con que Pablo te perseguirá sin cesar, con que será tu sombra, con que no dejará de poner estorbos en tu camino.

Ten fortaleza y valor, mi querida hermana, y tú llegarás al puerto de salvacion; Felipe me habla de su proyecto de casarse contigo, y, si no lo hace hoy, es porque desea tener más comodidades que ofrecerte y poseer una posicion más digna de tí; con él serás dichosa, porque en él hallarás á la vez el protector, el amigo y el amante; él te amará como yo he amado á tu hermana y la amaré miéntras viva, porque para un hombre honrado, mi querida Modesta, no hay más mujer que la propia.

Teresa no ha disfrutado de los beneficios de la fortuna conmigo; pobre era cuando me casé con ella, y pobre soy; pero ella se ha creido siempre dichosa, y si ha derramado lágrimas, han sido sólo de alegría; cuando pienso en esto; cuando pienso que he sabido hacer feliz á una mujer superior como Teresa, me lleno de un orgullo legítimo y noble; me hallo elevado á mis propios ojos, y me reconozco un mérito que ningun otro terreno me concederia, porque tú sabes que soy poco vanidoso.

Ella me ha dado en cambio esa dicha, constante y pura que tú darás á Felipe; en vez de ser la amada infeliz de ese opulento señor gastado y enfermo del corazon, serás la esposa honrada, guarda fiel del hogar y amiga cariñosa del esposo; él se mirará en tus ojos, se

recreará con el sonido de tu voz, y estará pendiente de tus labios; con la dulce é inquebrantable confianza conyugal dispondréis ambos, de comun acuerdo, de vuestros modestos haberes; haréis juntos las compras; y los domingos, cuando Felipe deje sus cuotidianos trabajos, os pasearéis del brazo por la grande avenida de los tilos que conduce á su quinta y que él está adornando con plantas de adelfa y de rosales, para cuando tú seas su mujer; ambos, con la sonrisa en los labios, con tu mirada fija en la suya, con tu mano apoyada en su brazo, que el trabajo ennoblece, haréis proyectos para el porvenir del primer hijo que espereis, y más adelante veréis correr delante de vosotros dos ó tres pequeñuelos, de los cuales ninguno será feo, porque tú eres muy linda y Felipe es muy guapo y simpático muchacho; las niñas serán rubias y delicadas como tú; los niños, morenos y fuertes como Felipe; tú personificarás la dulzura, la paz, el amor; tu marido el trabajo, la proteccion, la fuerza, la energía; y así hermanadas las condiciones de la verdadera felicidad, llenando cada uno su deber, ocupando su sitio, sin ambicion, sin riqueza, pero tambien sin escasez, no temas que se altere el equilibrio de vuestra dicha y de vuestra tranquilidad.

Para Pablo de Hinestrosa hubieras sido tú una de tantas mujeres que él ha hecho infelices.

Para Felipe serás el ángel de su vida, la mujer superior á todas las mujeres.

¡ Oh, Modesta! ¡si tú pudieras hoy comprender la inmensa dicha que experimenta el hombre que, despues de un largo y penoso trabajo, entra en su casa y halla

su hogar risueño, preparada su comida, encendida su lámpara, y esperándole una esposa fiel y amada! Ya sabes que yo he trabajado toda mi vida más de lo posible, y que, por evitar á tu hermana un minuto de pena, he hecho á veces supremos esfuerzos de laboriosidad infatigable; pues bien, te aseguro que al entrar en mi pobre casita; al hallar á mi Teresa que me esperaba risueña, la mesa dispuesta al lado del alegre hogar; nuestra pequeña lámpara encendida; nuestro interior apacible y sosegado, ¡no me hubiera trocado por el más poderoso emperador del mundo!

Sabiendo que mi mujer me ha ocultado siempre las mil molestias de la casa, yo le ocultaba mi cansancio y las mil fatigosas exigencias á que me veia sujeto; y este piadoso engaño nos ha llevado insensiblemente á olvidarlo todo, todo, ménos nuestro amor y nuestra felicidad.

Tú eres tan buena como Teresa; como ella, tendrás á tu lado á un hombre que te ame más allá de tu juventud y de tu belleza, que te honre, que te estime, que se enorgullezca de llamarte suya.

Adios, hermanita mia. Teresa te abraza; todos los niños te envian un beso, y mil cariños,

Tu hermano

ESTÉBAN.

XVII.

El Conde de Maceda á Pablo de Hinestosa.

Madrid, *Mayo de* 186.....

¡Qué lindo estarás haciendo el Nemorino! ¡Sólo te falta el cayado y el sombrerito de paja con cintas! ¿Ha llegado ya tu Zerlina? ¿ha llegado el charlatan Dulcamara, en su carrito tirado por una mula coja? ¡Pasmosa representacion del *L'Elixir d'amore!* ¡Ni áun falta el sargento Belcore, identificado en el fabricante de azúcar, ó sea el zafio Felipe!

Te voy á enviar el cayado coronado de flores, el sombrero pavero y algunas ovejitas de algodon blanco, de las que venden los alemanes.

Coralia, Elisa, Sofía y Cecilia se han reido hasta ponerse malas, despues de leerles yo en voz alta tu famosa é interesante carta; no se la he leido tambien á Clotilde por consideracion al mucho amor que te ha tenido, y al que tú la has profesado.

Supongo que te habrás cortado tus largos bigotes y ese cabello que era mi desesperacion por su hermosura y abundancia, y la red donde prendias tantos corazones femeninos; supongo que parecerás un capellan de regimiento, y que los paseos á la luz de la luna en compañía de tu venerable abuela, te habrán traido alguna ronquera pertinaz y quizá alguna fluxion á los ojos.

¡Santo Dios, qué ridículo me pareces, pobre Pablo!

vuelve, vuelve para vindicarte á mis ojos y á los de nuestras amigas, ¡y no me digas que vaya, queriendo seducirme con la promesa de cazar, porque el cazado eres tú, desdichado tonto!

No me opondré jamas á que adores á tu abuela, á que la veneres, á que la estimes en el altísimo precio que debe tener para tí; ¿pero qué conexion hay entre eso y hacer el pastorcito, y soñar, y fingirte á tí mismo una candidez y una frescura de impresiones, que no puedes tener?

¡Ay, Pablo, confesémoslo con amargura! ¡Nosotros somos los hijos desgraciados de este siglo del oropel y de la miseria! ¡Tú y yo hemos traido á la vida, como lote fatal, la riqueza y la ociosidad! ¡La ociosidad, cáncer de nuestra época que ha envenenado nuestra existencia para siempre, que nos ha empujado á todos los vicios, á todos los desórdenes que matan el corazon!

¡Si á lo ménos matasen tambien el pensamiento! pero no; ¡éste vive fuerte y potente en nuestras cabezas enfermizas, y las devora sin piedad!

Extraño es, por cierto, que te hable así el hombre que va á casarse con tu hermana; pero ¿á qué engañarte á tí? sobra con haber engañado á mi madre, santa señora que siempre me ha creido mejor que tú, y que áun me tiene por el modelo de los jóvenes; sobrada habilidad he tenido para engañar á mis hermanas, que me aman y me respetan; miéntras vivió mi padre me creyó asimismo el ideal de los hijos, y este engaño contínuo, en la intimidad de la vida, ha agotado mis facultades de mentir.

Déjame, pues, que sea contigo solamente lo que soy,

y no arrugues tu entrecejo de Júpiter Tonante; yo te amo, amo á tu jóven y bella hermana, y para vosotros será todo lo poco bueno que áun queda en mi sér, despues de la deshecha borrasca que ha corrido en el mar de la vida.

Voy á casarme con Eufemia, por las mismas razones que acaso obligáran á rehusar su mano á todos los demas; por sus gustos sencillos y su absoluta carencia de pretensiones; por su modestia tan natural en ella, y tan rara y difícil de hallar en su sexo; porque su corazon puro no se ha abierto aún al amor, y me amará, cuando sea su marido, sobre todas las cosas: sí, Pablo; nosotros ansiamos tanto más amor, cuanto ménos podemos dar, y es achaque comun de todos los libertinos el desear una mujer pura é inocente, en proporcion con su natural gastado; la ceniza busca el fuego; el cieno á la nieve; y muchos millares de criaturas frescas, y cándidas como los ángeles, se enlazan cada dia al pié de los altares con ancianos decrépitos, que áun conservan una engañosa apariencia de juventud.

Ya ves que nada disfrazo del torbellino que existe en mi cabeza, y que la verdad se esculpe en el bronce de mi fria razon, con imborrables caractéres; y á pesar de todo lo que te he dicho, yo amo á Eufemia con toda la facultad de sentir que áun queda en mí, y á ninguna mujer de las que conozco considero tan digna como á ella de ser la madre de mis hijos.

Su natural severidad me encanta, como cosa nueva y nunca conocida en su sexo y pocos años; su abosoluta falta de coquetería me responde de su templaza en ade-

lante; su sinceridad, algo ruda, tiene á mis ojos una gracia salvaje y penetrante que me embriaga; involuntaria y sencilla es su hermosura, como la de la flor que brota al pié de una colina con la espontaneidad de la casta naturaleza; su boca, que jamas ha mentido; sus ojos sonrientes, que áun no han llorado ni penas de amor ni decepciones de la vida; su frente, pura y serena como la superficie de un lago; sus abundantes y sedosos cabellos, nunca martirizados por la mano del peluquero; su talle, noble y gracioso como la vírgen palmera; todo su sér, rico de juventud, de savia y de vida, exuberante de belleza, virginal y sencillo, pudoroso y cándido, me atrae con un encanto irresistible; como el convaleciente de una larga y dolorosa enfermedad ansía el aire, el sol y las tibias brisas de la primavera, así annhelo yo la posesion de tu hermana, y acaso no hay otro hombre en el mundo tan capaz como yo de apreciar lo que ella vale.

Cuando salgo de un salon donde he estado viendo durante dos horas, talles violentos dentro del corsé, mejillas arreboladas, ojos pintados, cabellos postizos, y ridículas coqueterías, necesito ir al lado de Eufemia para reconciliarme con la mujer y contemplar su talle suelto y encantador, su límpida mirada, su rica cabellera, y sus modales algo bruscos, pero siempre naturales.

¡Oh dulce, hermosa y embriagadora juventud! ¡Tú no resides ya en los salones ni en los teatros, ni vives con la mujer; las niñas de quince años, pintadas no son ya jóvenes, y las de veinte no hablan nunca con su voz natural, ni miran ni sonrien más que con estudiada afectacion! Tú te has refugiado en Eufemia, y por eso, sin du-

da, yo la amaba desde que era niña, y para Eufemia guardo un riconcito en mi alma.

Vuelve, zagal enamorado, para que me acompañes á hacer mi despedida de soltero en casa de Coralia, que me quiere dar el último adios con una suntuosa cena. Elisa aparenta creer que mi boda no me quitará el derecho de ser su amigo; estas locas muchachas me dan pena, pues realmente yo las queria, aunque se han comido y bebido más de la mitad de mi fortuna.

Si ántes de cuatro dias no estás aquí, te enviaré el cayado, el sombrerito y un traje completo de Nemorino para ver si conquistas á la maestra de escuela, ó sea la hada de esos sitios.

GERMAN.

XVIII.

Cintia de Uclés á su madre.

Castillo de Valflores, Mayo de 186.....

Aunque ya duermes en el sepulcro, querida madre mia, permíteme que te hable como si áun habitáras este mundo, donde tan sola y desamparada he quedado: á nadie más que á tí puedo abrir mi corazon, ni nadie puede comprenderme en la tierra.

¡Ah! ¿Por qué las madres que se van al cielo no alcanzarán de Dios la gracia de llevarse á sus hijas en el mis-

mo ataud? ¡Qué feliz sería yo á tu lado en ese mundo de luz y de celestial ventura!... ¡Aquí... aquí no puedo ser más infeliz! Ni áun me es dado el consuelo de ir á tu sepulcro para rezar en él, para llorar y adornarle con flores! ¡Tú, madre mia, duermes en tierra extraña, para colmo de mi abandono y de mi dolor.

Sin embargo, la generosa protectora, á quien al morir me confiaste, ha puesto ante mis ojos una dulce esperanza: me ha recordado, que aunque el cuerpo repose en tierra extranjera, tu alma inmortal habita el cielo, y me ve, y me oye, y vela por mí.

¡Qué buena, qué noble, qué elevada naturaleza la de tu anciana amiga! Las miserias de la vida resbalan á su lado sin tocarla y sin empañar su frente, en la que reside toda una vida de pureza y de santidad! Aun hay belleza y juventud en su semblante venerable, guarnecido de plateados cabellos, más suaves que la seda, abundantes y finos como los de una niña: sus grandes ojos tienen la mirada tranquila, límpida y valerosa de los seres que miran más allá de esta vida: su boca ha conservado la más bella dentadura, y cuando deja su acostumbrada expresion de tristeza para dar paso á una sonrisa, parece que aclara los horizontes de mi oscuro porvenir: hay en ella algo de divino, y si bien aconseja y consuela, la veo elevarse sobre todo lo ruin y miserable, sin combatirlo siquiera, como un ángel replegaria sus alas para no mancharlas con el cieno.

A pesar de todo, madre mia, sufro al lado de este sér superior, y bien puedo decir con el divino Jesus á quien tanto amabas:—«¡Mi alma está triste hasta la muerte!»

Porque tú, madre mia, eras mi única y tierna amiga, mi confidente, mi protectora, mi solo amor sobre la tierra: nuestros ojos se comprendian con una mirada: nuestras almas eran hermanas... ¡Cuán aislada me siento en este inmenso castillo, que tú no habitas! Sé, no obstante, que has estado en él, y busco todos los sitios donde me dicen que tú te sentabas á leer y á bordar: la Marquesa, á instancias mias, me ha dado el gabinete que ocupaste; pero por la noche viene á dormir en una cama que le preparan junto á la mia, y este solo rasgo te dirá hasta dónde llega la extrema bondad de su corazon, cuando, á su edad, deja su habitacion para no privarme de la mia.

He estado bastante mala despues de llegar aquí, y la Marquesa no se ha separado de mí: hace tres dias que, hallándome ya mejor, mandó el médico que me levantase, y que me sentáran en un sillon al lado de la ventana, entoldada de flores: así se hizo; pero era tal mi debilidad, que, apénas sentada allí, me quedé como aletargada.

Abrí los ojos á beneficio de unas cuantas gotas de éter que acercaron á mis labios, y vi que era una mano varonil la que me habia dado la medicina: en efecto, un hombre jóven y apuesto se hallaba inclinado hácia mí, y espiaba en mi rostro los efectos del éter: en sus ojos negros se leia el interes y la ansiedad: la Marquesa se apoyaba en el otro brazo del sillon.

— Vamos, señorita, eso no es nada, dijo aquel hombrr con una voz dulce y sonora, pero contenida y templada á medida de la debilidad de mi oido: ¡valor!

—¿Cómo estás, hija mia? preguntó la Marquesa; si puedes, vas á darme el gusto de tomar un poco de alimento; mi hijo Pablo te lo ruega tambien... estás en extremo débil... Vé, hijo mio, y encarga que traigan un poco de caldo.

El llamado Pablo se enderezó, y entónces vi su alta estatura y su figura gallarda y arrogante; como un niño obedeció á la Marquesa, pero no se contentó con mandar traer el caldo, sino que él mismo lo trajo y me lo presentó.

Quise yo tomar la taza de su mano, pero la mia estaba tan débil, y la taza de porcelana pesaba de tal modo, que estuve para dejarla caer.

Entónces Pablo la tomó y la acercó á mis labios, con el mismo amor y cuidado con que tú lo hubieras hecho, madre mia.

Desde entónces me acompaña, y cada dia me trae un ramillete, me da libros con estampas y procura distraerme, hablándome de Italia, como lo haria con una niña.

Ayer la Marquesa me dijo que iba á llevarme á paseo en carruaje, porque me hacía falta aspirar el aire libre. Pablo colocó por sí mismo dos almohadones en la berlina y me ayudó á subir; la Marquesa subió despues y me arropó maternalmente con una capa; luégo dijo á su nieto:

—Vamos á casa del cura, ¿no nos acompañas?

—¡No, no quiero verla! respondió él con una voz que temblaba.

La Marquesa suspiró y guardó silencio.

—¿Quién será esa persona á quien no quiere ver? me

preguntaba yo con una curiosidad, que á mí misma me parecia extraña.

Cuando llegué á la casita del señor cura, situada al pié de una colina y á poca distancia de la aldea, comprendí quién era *ella*.

A la puerta, y sentada bajo un toldo de lilas, pámpanos y madreselva, una jóven trabajaba en un encaje de crochet; yo no podia ver al pronto más que su hermosa cabellera y la gracia púdica de su cuello inclinado; pero al instante conocí que era *ella* á quien Pablo no queria ver, y me confirmé en esta idea al verla mejor.

Cuando el ruido del carruaje llegó á sus oidos, alzó la cabeza, dejó la labor y voló á nuestro encuentro. ¡Oh, mamá, qué criatura tan maravillosamente bella! ¡Qué gracia, qué frescura, qué distincion tan natural!... Sus grandes ojos azules, llenos de vida y de luz, se fijaron desde luégo en mí, y exclamo:

—¡Ah, señora Marquesa! ¡Qué felicidad! ¡No sólo veo á V., sino tambien á la señorita Cintia! Sí, yo la conozco á V., señorita, añadió al observar mi asombro, como conozco, amo y respeto todo lo que pertenece á la señora Marquesa; ya está V. mejor, ¿no es verdad? ¡Dios mio, cuánta pena he pasado por usted! ¡Gracias al cielo que ya puede salir! El aire de Mayo es muy puro y sano, y la reanimará.

La voz de la jóven era enteramente musical; la Marquesa la abrazó con ternura y la dijo:

—Eres una amable niña, mi querida Modesta, y mi hija adoptiva te amará como yo.

Modesta me ayudó á bajar del coche, y apoyada en su

brazo di un corto paseo por el jardinito del señor cura, que no se hallaba en casa, ni su hermana tampoco.

Siempre que me ocurra algo notable, te escribiré, madre mia; aunque estás en el cielo, me oyes y me ves; sin esta seguridad me desesperaria.

Adios, mi buena madre; ya ves que estoy mejor; sé, pues, completamente dichosa á los piés del trono del Señor, y bendice cada dia á tu amante hija.

CINTIA.

XIX.

La Marquesa á la Canonesa.

Castillo de Valflores, Mayo de 186...

«Yo nací perezoso, borracho y ladron, dice Sócrates, pero la educacion corrigió todos estos defectos, y hoy me tengo, no sólo por un hombre honrado, sino tambien por un hombre que se eleva sobre la vulgaridad de la multitud.»

¿Por qué, pues, amiga mia, niegas que los defectos y áun las más fatales inclinaciones se puedan modificar y corregir? ¿Por qué has querido llenarme de dolor con tu última carta? La impresion que su lectura me causó fué tan profunda, que he tenido que dejar pasar dos meses ántes de contestarla, á fin de que mi respuesta no destilase amargura.

La mano de Dios va á enlazar los destinos de ese hijo tuyo, á quien crees modelo de todas las perfecciones morales, y de mi nieta, á quien con sobrada crueldad calificas de prosaica, soberbia é incapaz de amar; verémos, sin embargo, quien, en el camino que van á emprender juntos, da pruebas de más valor, de mayor nobleza, de más completa abnegacion.

Por ventura, uno de los cargos que haces á Eufemia, es creerla *completamente irreprensible;* esa exagerada perfeccion es una de las mayores garantías de dicha que pudieras desear para tu hijo.

No me es posible abandonar á los mios, ni ir, por lo tanto, á tu lado, como deseas: mis hijos son dos enfermos morales á quienes debo cuidar, pues soy en el mundo el único guarda fiel y vigilante de su felicidad. Eufemia vendrá á casarse aquí, y Pablo dejará tambien en la capilla de Valflores su libertad de soltero, para trocarla por el título de esposo.

Sí, Gertrúdis; Eufemia adquirirá delante de Dios el título de Condesa de Maceda, al mismo tiempo que Pablo se unirá á la jóven Marquesa de Uclés, de quien soy tutora y á quien tengo en mi compañía.

Comprendo cuánto te admirará la noticia de esta boda, que ha sido pensada y decidida en el espacio de pocos dias: mi pupila se ha apasionado de Pablo con toda la vehemencia del primer amor y de una imaginacion exaltada por el cielo de Italia, que cobija la tumba de su madre; al morir ésta, la envió á mi lado, y hallándose en el mundo sin más amor que el mio, sin otros cuidados que los que le prodigaba mi nieto, ha concebido por mí

la ternura de una hija y por Pablo un amor ferviente y entusiasta.

Hermosa como un ángel, buena, inocente, y ademas inmensamente rica, ¿qué mejor partido podia yo desear para mi hijo? Él no se ha negado á este enlace, que yo le he pedido con lágrimas en los ojos, porque la pobre Cintia, que vino muy enferma, renacia bajo el influjo benéfico del amor, y quizás hubiera recaido y muerto al golpe de un desengaño.

Pablo, á pesar de los extravíos de su juventud, es noble, bueno y generoso, y ya que no ame á esta niña, como adoraria á una mujer de su eleccion, sabrá hacerla feliz: ¡ay, mi Gertrúdis! Tambien para matar en el alma de mi hijo un amor fatal he apresurado esta boda, que á la vez hacía dichosa á mi pobre pupila y le daba á él un hogar y una familia. Esa Modesta, á quien vió tu hija Blanca; esa Modesta que tanto le cautivó, esa Modesta, á quien ella y tú quereis dotar, se ha apoderado del corazon rebelde de Pablo de una manera irresistible; mi hijo se ha enamorado de esa jóven tan profunda y verdaderamente, que le es imposible olvidarla un instante.

Ella ha huido, ella no le ama, ó, á lo ménos, no quiere amarle; se ha refugiado en casa del cura, al pié de los altares, no creyéndose segura á mi lado, y aunque su cuerpo ha enflaquecido y sus mejillas se han puesto tan pálidas como las de una muerta, su frente presenta la heroica serenidad del triunfo modesto, y del orgullo legítimo.

Yo voy á verla, porque ella no quiere venir al castillo. Ayer fuí á casa del cura para hablarla y para que di-

jese á mi orgullo herido por qué ha respondido siempre con severidad y desvío, á las muestras de deferencia de mi hijo.

—Señora Marquesa, me respondió con su dignidad natural y sencilla; mi conciencia me ha aconsejado obrar como lo he hecho.

—¿Temias acaso que Pablo te sedujese? le pregunté con dureza.

—No, señora, me contestó; porque yo estaba segura de que no me dejaria seducir.

—¿Qué temias entónces?

—Que se quisiera casar conmigo y que mi vanidad me hiciese débil con perjuicio de mi razon.

Esta respuesta me dejó estupefacta por el inmenso orgullo que encerraba.

—¿Podias tu pensar, le pregunté, que mi hijo imaginase siquiera casarse contigo?

—Sí, señora, me respondió; estoy cierta de que él desea ser mi esposo; no tiene otro medio de poseerme, y me ama.

—¿Y tú á él?

Modesta se puso muy pálida, y contestó:

—No piense V. en mí, señora Marquesa; yo no supongo nada en esta cuestion.

—¿Pero tú te casarias con él? le pregunté.

—No, señora; rehusaria su mano.

—¿Por qué? exclamé cada vez más sorprendida.

—Porque él no es digno de ser mi esposo. ¿Con qué derecho pretenderia unir su decrepitud moral á mi lozana inocencia, mi virtud á sus vicios, mis puras creen-

cias á su ateismo en todas las cosas de la vida? ¿Acaso debo inmolarme á su irascibilidad, á sus arrebatos, á los dolores que le producen las heridas de un corazon, que se ha dejado lacerar por sus excesos? ¡Más loca y más ilusa sería yo que aquellas vírgenes druidas que segaban su cuello ante una piedra que veneraban con la estúpida idolatría de los pueblos bárbaros! Uno de los más nobles sentimientos que en mi alma germinan, es un profundo respeto á mí misma, que nada ni nadie me hará perder; no, señora Marquesa, su hijo de V. no es digno de ser mi marido, el compañero de mi vida, la mitad de mi sér. Para huir de que me proponga serlo, y temerosa de que en ese caso mi vanidad de mujer me cegase por un instante, me he refugiadc en este sitio.

—Pronto podrás volver á mi lado, le dije, porque Pablo se va á casar.

Modesta se quedó de nuevo blanca como su vestido de muselina, pero nada respondió.

—Se va á casar, repetí, con Cintia de Uclés.

—¡Pobre niña! suspiró Modesta.

—La madre de Blanca, aquella señora jóven que hace tres meses pasó por Valflores, y la misma Blanca, quieren dotarte, le dije para cambiar de conversacion.

—¡A mí! exclamó Modesta. ¿Y con qué motivo?

—Saben que yo cuido de tí, y que eres pobre.

—Suplico á V. que diga á esas señoras, repuso Modesta, que les quedo muy agradecida, pero que jamas he deseado ni pretendido ser rica.

—¿Rehusas acaso su donativo?

—Sí, señora. Felipe me quiere sin dote.

—¿Y tú le amas?

—Le estimo en alto grado, y, cuando sea su esposa, le amaré: debe ser para una mujer cosa muy fácil amar á su marido cuando le tiene en gran aprecio.

Tal fué mi conversacion con Modesta; por ella y por mí te doy gracias, y asimismo se las doy á tu hija respecto del dote que me veo en el caso de rehusar.

Ya sé que te alegras con toda el alma del enlace de nuestros hijos y que haces justicia á las altas cualidades de Eufemia; vén á darle tu bendicion; el mismo dia quiero se case tambien Modesta, pero no aquí, sino en la iglesia de la aldea; deja tu santo asilo y vén á respirar, al ménos por algunos dias, esta atmósfera de alegría y de amor. Espero á Eufemia, á German y á la Baronesa, y te reservo en mi corazon un sitio que nunca has perdido, y que te reclama ahora .

ANA.

XX.

Pablo al Conde.

Castillo de Valflores, Junio de 186...

Búrlate cuanto quieras: estoy, como dices, haciendo el Nemorino, el pastorcito, y, lo que es peor, me voy á casar lo mismo que tú.

Una diferencia hay entre los dos: tú estás enamorado

ó poco ménos; yo no: yo me caso, por dar gusto á mi abuela, con una niña que no niego sea bonita, pero que nada dice á mi corazon; esto sucede con frecuencia, y á mí me ha sucedido casi siempre; las perfectas hermosuras no me han enamorado jamas, y mujeres de escasos atractivos me han vuelto el juicio várias veces.

La trágica Rachel es la mujer de nuestra época que ha inspirado mayor número de violentas pasiones: cinco hombres de posicion elevadísima y de gran talento que yo conocia, habian sido arruinados por ella de esa manera irremediable que conduce al suicidio, porque si la fortuna se puede volver á adquirir, no sucede lo mismo con el corazon; sabiéndolo, tenía yo, todavía niño, vivos deseos de conocerla y fuí á París poco ántes de su muerte.

Rachel era una mujer pequeña, morena, delgada, pálida y de facciones marchitas é irregulares; sin embargo, en aquel rostro casi feo, brillaban reunidas de tal suerte la inteligencia, la sensibilidad, la ternura y la pasion, que comprendí al instante los estragos que habia hecho.

La hermosura del cuerpo subyuga los sentidos : sólo el alma encadena al alma.

No obstante, Cintia de Uclés, mi futura esposa, no es una belleza helada: es más bien un espíritu puro y adorable, envuelto en un cuerpo delicado y hermoso; sus ojos expresan sólo la dulzura; pero á mí el dulce me cansa pronto; su boca se sonrie constantemente y yo hallo un encanto indecible en la modesta seriedad de una boca bonita; es humilde y tímida, pero no pensativa y profundamente sensible, como aquella Clotilde á quien tanto amé y de quien fuí tan amado.

En fin, Cintia no me ha inspirado esa profunda simpatía que sobrevive al amor mismo, y á la misma muerte, y que sólo por Clotilde he sentido; ¡ah, por qué conocí á esa mujer!... ¡Ella me reveló goces intelectuales que ántes no conocia, momentos de felicidad suprema que no necesitaba conocer! Aquella perfecta comunidad de pensamientos y de impresiones; aquella simpatía en el sentimiento; aquella noble y ciega confianza que teniamos el uno en el otro; aquella expansion íntima del alma, ¿dónde hallarlas ya? ¡Cuántas veces al ver en el teatro una obra maestra, caian á un tiempo las lágrimas por las mejillas de los dos!... ¡Cuántas el mismo dolor físico nos hacía sufrir! ¡Nuestros ojos se hablaban y se comprendian en todas las situaciones de la vida, y su sonrisa aclaraba todas las dudas que oscurecian mi pensamiento!

Persuadido de que para mí todas las mujeres, excepto una, son ya iguales, he optado por esta niña infeliz, huérfana y rica, lo cual son dos males para ella.

Segun dice mi abuela, Cintia está ciegamente enamorada de mí: esto no me halaga, porque lo mismo se hubiera enamorado de otro que valiese mucho ménos; ella necesitaba afectos á toda costa, y me figuro que me dedicará más amor del que yo desee; es decir, uno de esos amores empalagosos, que cansan como la miel.

Por fortuna, cazaré y me fatigaré con largos paseos á caballo, porque no creas ni por un momento que pienso volver al mundo, por ahora á lo ménos.

¡Dichoso tú, que estás enamorado de mi hermana!... Aun puedes ser feliz. Eufemia es una niña medio salva-

je, que hallará novedad en cuanto la enseñes, porque nada conoce; tú podrás ser para ella á la vez esposo, protector, amigo y amante; es decir, todo lo que necesita la mujer para ser venturosa dentro y fuera de su casa; mi hermana tiene un alma enérgica y bien templada, y no dejará penetrar el hielo del hastío en el asilo conyugal.

Grato debe ser, en verdad, para un hombre de mundo llamarse esposo de una mujer que todo lo ignora y que se apoya en él con la ciega confianza de la juventud y de la inexperiencia, siempre que esta mujer posea el sano criterio y la elevada inteligencia de mi hermana, y no la candidez casi sándia de mi futura.

No hay que pensar que en su inteligencia comun y limitada penetre jamas el hálito poderoso y fecundo de lo grande y de lo bello.

La llevaré á Roma, y delante de San Pedro y del Vaticano se sonreirá con la misma candidez que cuando oiga decir sus chistes á un gracioso de teatro.

Pon tú á Eufemia delante de esos monumentos del genio, y verás salir de sus ojos relámpagos de entusiasmo y palpitar su seno, y sentirás la convulsion nerviosa con que su mano oprime tu brazo.

Despues de pasar algunos años al lado de tu esposa, podrás decir:

«¡Yo he vivido!»

Cuando despues de haber pasado el resto de mi vida al lado de Cintia sienta llegar la muerte, exclamará tu amigo con tristeza:

«¡Yo he vegetado!»

Hé aquí la diferencia de nuestros destinos. Aparta, German, aparta de mi camino hasta la sombra de Clotilde, si quieres que viva. ¡Cuanto más me aproximo á la fria realidad, más me devoran los recuerdos de aquella radiosa é incomparable poesía de mi vida de amor!

Ayer paseaba yo á caballo con Cintia: mi abuela nos seguia en su carruaje; al volver hácia el bosque, vi á una mujer vestida de negro, cuya figura me recordó la de Clotilde; sería ilusion mia, pero se le parecia mucho; hubo un instante en que volvió la cara, y yo di un grito; era aquella carita inteligente y dulce, alumbrada por sus grandes ojos pensativos; aquella frente coronada de sedosos cabellos castaños, aquella gracia incomparable, aquellas formas delicadas, aquel ademan á la vez infantil y digno, que avasallaba todos mis ímpetus de cólera y de venganza.

No, no podia ser Clotilde; pero lo cierto es que yo voy á casarme y la veo en todas partes.

Mas dichoso que yo, no has sentido el amor verdadero, y mi hermana es la mujer más superior que tú has conocido: en eso estriba la dicha conyugal; el que considere á su esposa como superior á todo su sexo, puede dar gracias al cielo todos los dias de su vida.

Ya estamos, pues, German, sentados á la orilla del camino que, viajeros fatigados, seguimos hace largos años; descubramos la cabeza y alcemos al cielo los rostros marchitos por los desengaños, para que derrame un poco de serenidad sobre nuestras frentes; pidámosle la máscara de la calma y la tranquilidad para engañar piadosamente á las dos pobres criaturas que van á confiarnos sus

destinos; no basta ahora sólo con tener valor; es preciso ser héroes; los guerreros se animan en los combates con la vista de la sangre, del humo y la matanza, y combaten contra sus enemigos; nosotros tenemos una lucha más difícil que sostener: nadie nos alienta, nadie nos anima, y tenemos que batallar con nosotros mismos.

¿Cómo has hecho para que mi hermana, que no te queria, te ame ahora? Pero ya lo sé: has hecho una sola cosa, y ha bastado: presentarte y hablarla; no era mi hermana la única mujer que hubiera de resistirte, pues nadie como ella puede y sabrá apreciar tu valor.

Mucho deseo que vengas; ya sé que tu casa se está montando bajo un pié magnífico, para recibir á tu esposa; ya sé que vuestros trenes llamarán la atencion general; ya sé que vais á dar bailes y comidas; yo no pienso disfrutar de esas diversiones, y lo siento; pero en tanto que permanezca en este retiro, viviré tranquilo; el hálito del mundo traeria de nuevo á mi seno la serpiente del hastío, el demonio de la intolerancia, la hidra de la cólera, que, como la de la fábula, tiene cien cabezas.

Aquí me quedaré con Cintia jugando á los enamorados, y siendo ambos los solitarios del monte salvaje; al pensar que voy á casarme, lágrimas de rabia suben á mis ojos, á la par que una extraña pero helada tranquilidad desciende á mi corazon.

Llega pronto, pues ya se está disponiendo el altar para el sacrificio de nuestra libertad.

PABLO.

XXI.

Eufemia á la Marquesa.

Madrid, *Junio de* 186...

Casi me ruborizo de escribirte lo que pasa en mi corazon, querida madre mia: he llegado al caso que tú deseabas; amo, y todo lo que veo me parece más bello y mejor que ántes; amo al Conde, y me admiro de haberle hallado alguna vez superficial y vano, cuando hoy me parece el modelo de todas las perfecciones morales.

¿Qué se han hecho aquella valentía, aquella independencia de que yo hacía alarde? Hoy no vivo sino cuando le veo; cuando no está cerca de mí no merece mi existencia el nombre de vida; parece como que me falta lo principal de ella y que nada de lo demas merece mirarse.

Yo recuerdo que te escribí en cierta ocasion estas palabras:

«Nunca he hablado al Conde de Maceda; pero me parece superficial, burlon, escéptico y de carácter imperioso y fuerte. ¡Dios me libre de semejante esposo!»

Al tomar la pluma recordé estas palabras, y por eso te dije que te escribia con rubor, porque ahora tengo que decirte todo lo contrario, y mi opinion acerca de él ha cambiado por completo.

Si me dijesen ahora que no podia casarme con él ó que él me rehusaba para esposa, estoy segura de que me moriria de pena.

En mi alma habia un tumulto de pensamientos encontrados: unas veces ansiaba ir á los bailes, á los conciertos, para distraer el mortal fastidio que me consumia; otras me iba á la iglesia para pasar en ella algunas hohoras, á fin de que el dia no se me hiciese eterno.

Ahora parece que un velo negro se ha descorrido, y que todo brilla y se sonrie dentro y fuera de mí: ahora, cuando voy á la iglesia, es para dar gracias á Dios por la ventura que inunda mi alma, para rezarle con fervor, y para pedirle que me deje llegar á ser esposa de German.

Hoy comprendo que una mujer se engalane y sea elegante; no concibo la coquetería por el afan sólo de agradar generalmente; la comprendo, cuando se ama, para agradar al objeto amado y para agradar por él á los demas, porque cuando una mujer ama á su esposo, debe desear halagar su amor propio, y que todos le envidien á él porque la posee.

No sé si me engañaré, pero creo que en el amor del hombre hay alguna parte de vanidad, y que nunca se halla verdaderamente cautivado sino cuando los demas conocen el inmenso valor de su mujer.

Por eso he pensado yo muchas veces en que sería muy bello sobresalir de la multitud, por cualquier estilo que fuera, y no vivir oscurecida como tantos millares de mujeres.

¡Cuántas veces he deseado ser artista! ¡Cuánto he ansiado manejar el pincel ó escribir libros, de esos que no mueren jamas! ¡Cuántas he envidiado á las grandes cantantes que oia en el teatro Real, á las eminentes

actrices que interpretan las obras maestras de la literatura!

He llegado hasta á envidiar al extravagante Erostrato, quien, por hacerse célebre en la Historia, incendió en Efeso el magnífico templo de Diana.

He llegado á desear tanto la celebridad, que la hubiera comprado á cualquiera costa.

Por dicha, no la he necesitado para ser amada de un hombre superior; pero ahora es cuando más la deseo, y aunque sólo sea la palma de la belleza y de la elegancia, la he de tener, segura de halagar y de afirmar así el amor de mi marido.

Más que nadie comprendo ahora lo que vale mi pobre tia Galatea; el grano de oro que, segun tú, no le falta á nadie, lo hallo en ella tan grande, que me parece un tesoro.

Ella ha hecho la lista de mi guardaropa y ha encargado á mi modista dos docenas de vestidos de los gustos más variados y más exquisitos; ella ha hecho mis compras, y ella, en fin, dirige el arreglo de nuestros trenes, de nuestros carruajes y de nuestra casa, que es magnífica.

Mi tia acude á todo, de todo se cuida y está loca de contento con el brillante destino que me espera.

Yo habia juzgado mal, sin duda, á esta excelente señora, ó acaso será que el amor y la dicha hacen ver á las personas bajo un prisma bello y rosado.

Pienso arreglar mi vida de un modo muy distinto de lo que ántes imaginaba; para agradar á German se necesita ser una mujer brillante, estar vestida siempre con

primor y siempre dispuesta á recibir á sus amigos; tendrémos comida un dia á la semana; recepcion las noches de los lúnes; asistirémos otras dos noches al teatro Real, y las que restan las repartirémos entre los demas teatros y las recepciones de nuestros amigos.

Los veranos irémos á Baden, á Dieppe ó á Trouville, que son los sitios donde se reune lo más distinguido de la sociedad francesa, inglesa y rusa.

Ya ves, mi querida mamá, que tu Eufemia va á ser lo que deseabas que fuese; que va á dejar las llaves y á convertirse en una mujer elegante y distinguida.

Tú la ayudarás con tus consejos, porque ella quiere, ademas, ser buena y digna del nombre que lleva; tú dividirás tu vida entre la casa de mi hermano y la mia, y pasarás algunos meses del año con cada uno de nosotros. ¿No es verdad que lo harás así? ¿No es cierto que dejarás tu retiro y vendrás á acompañarme en el mundo?

Muchos deseos tengo de conocer á esa linda Marquesita que va á dar á mi hermano un brillante título y muchas riquezas: dicen que es encantadora, y German, que la conoció en Niza, asegura que hay muy pocas personas que se la asemejen, y que su candidez, su gracia, su inocencia son admirables: ya me estoy preparando para el viaje, que tendrá lugar dentro de cuatro dias.

Ayer oí á mi tia algunas palabras que me llenaron de terror y que son la única nube de mi dicha.

—¿Sabes—me dijo—que vamos á jugar á tu marido un lindo chasco?

—¿Por qué?—le pregunté.

—Porque él se casa contigo, en la persuasion de que

eres una mujer modesta y humilde; en la persuasion de que no te has de vestir, y de que has de hacer su gusto en todo.

—¿Y quién duda que lo haré? exclamé yo: mi mayor dicha consistirá en verle contento.

— Pero, niña, si no consiste en eso el chasco que le vas á dar.

—¿En qué, pues? Por Dios, tia mia, le dije, habla con claridad; sepa yo lo que puede contrariarle.

— Ya te lo he indicado, dijo mi tia; él cree que se va á casar con una monjita, sencilla, austera, devóta; y tú te has vuelto todo lo contrario desde que has empezado á amarle.

—¿Cómo me habia de llevar á su lado cuando saliese, si fuera yo una mujer vulgar?

— Quizá pensaria no llevarte.

—¡Imposible! exclamé indignada: ¿acaso puedo yo creer que el Conde se casa conmigo, para que sea sólo su ama de gobierno? ¡Si así fuera, no me casaria jamas con él!

—¿Pero no sabes que él te ha conocido como una señorita de pueblo?

—No importa; la Condesa de Maceda sabrá ocupar el lugar que le corresponde.

— Claro está, y harias muy mal si descendieras de tu sitio; si se lleva chasco, peor para él.

Tal fué nuestra conversacion, que me dejó sobremanera contristada.

¿Acaso se casará conmigo German únicamente para que le cuide la casa?

¿Estará arruinado, y querrá reponer con el mio su caudal?

¿Iré á caer en el abismo de la desgracia, cuando empezaba á entrever un cielo de felicidad?

¡Ah, madre mia, estas dudas me agitan dolorosamente! ¡Yo necesito tu consejo y que me digas qué es lo que puedo temer y esperar! Tú eres antigua y fiel amiga de la madre de German, retirada hace ya largo tiempo á tierra extranjera, y has conocido al mismo German desde muy niño: no me dejes ir al altar llena de temores para el porvenir, llena de dudas y de zozobra.

Si no he de ser dichosa en mi union, vale más que no se lleve á cabo, porque creo que nada debe ser tan terrible como la guerra doméstica, como la divergencia de opiniones y de caractéres entre el esposo y la esposa.

Cuando llegue á tus brazos, ó echa un velo de crespon sobre mi frente, ó cíñela con la corona nupcial, y esa será tu respuesta á mis temores y á mis esperanzas.

EUFEMIA.

XXII.

Modesta á Estéban.

Castillo de Valflores, Junio de 186.....

Mañana, mi querido y buen hermano, es el dia señalado para mi casamiento, y mañana tambien tendrán

lugar el de Pablo de Hinestrosa y el de su hermana Eufemia.

Los dos herederos del castillo se casan en la capilla del mismo, suntuosamente decorada de alhajas de plata y oro, de colgaduras de terciopelo, de ramos de flores y coronas de azahar: el obispo de la diócesis ha venido para darles la bendicion nupcial, y los perfumes, las joyas, los encajes inundan el castillo, como si alguna hada, abriendo los artesonados techos, hubiera dejado caer en las espléndidas cámaras todos los tesoros de su reino.

Los dos hermanos van á llevar dos títulos: ya sabes que la señorita Eufemia se casa con el Conde de Maceda, y que su hermano recibirá de su esposa el título de Marqués de Uclés: mi bienhechora, ve, pues, colmados sus deseos, dejando á sus dos hijos en el seno de esa grandeza en que han nacido y que tanto anhelaba para ellos.

Yo, hermano mio, me caso en la humilde iglesia del pueblo; su única gala, ademas de las modestas que posee, consiste en un mantel para el altar mayor, que yo he bordado, y que he prendido con dos lindos lazos rosa, símbolo de mis esperanzas, y en dos gruesos ramos de rosas y azucenas, puestos en dos jarrones de loza blanca que han enviado las hermanas de Felipe.

Mi vestido es de muselina blanca y sencilla, y mi velo, de tul, sin bordados ni adornos de ninguna clase.

Pero ¿qué importa? Veré á mi lado á tu mujer, á mi querida hermana, que se ha separado de tí y de sus hijos para servirme de madre en esta solemne ocasion; veré risueña á toda la familia de Felipe, que me acoge con

placer, y casi con gratitud, á mí, ¡pobre y desvalida muchacha! Veré alrededor mio rostros alegres y satisfechos, ya que no vea esplendidez y riqueza. La hermana del señor cura es la madrina de mi boda: el padre de Felipe es el padrino.

Teresa me ha dicho que te escribirá mañana despues de la ceremonia, y yo voy á hablarte por adelantado algo acerca de lo que me concierne.

Se pensó, al arreglar nuestra boda, en que Felipe y yo viviéramos en la fábrica y en compañía de toda la familia; pero su madre, que tiene un criterio muy sano, dijo con el dulce imperio que le es natural:

—No hay que pensar en eso; el casado, casa quiere; viviréis en la casita inmediata á la fábrica, que se alquilará para vosotros y que despues compraréis, si la suerte os ayuda.

—En ese caso, observó Felipe, mi hermana Bernardina puede venirse á vivir á nuestro lado y acompañará á Modesta.

—Ni imaginarlo, replicó su madre; el matrimonio *á dos*, es el cielo; *á tres*, no es posible: marido, mujer y los hijos de los dos, porque á los dos interesan igualmente; nada más; la mujer *sola* con su marido no tiene más mundo que su casa, y es toda de su compañero: si él tiene otra afeccion, aunque sea un amigo íntimo, una hermana, ú otro interes, de que ella no participe con la vehemencia que él, la esposa se halla vacío un lado del corazon y es fácil que piense alguna vez con qué le llenará.

—¿De modo, madre, observó Felipe, que el hombre,

al casarse, debe renegar hasta de las afecciones más sagradas?

—¿Quién ha dicho tal? exclamó la anciana: debe atenderlas todas y conservarlas; pero no interponer ninguna entre su mujer y él; mujer y marido son una sola persona, y, para demostrarlo, hizo Dios á la mujer de una costilla de su esposo: las oraciones de la Iglesia lo dicen:—Sea tu esposa de tu carne,—le dice á él:—dejarás padre y madre para seguir á tu marido,—le dice á ella: en las oraciones de la celebracion del matrimonio no se habla de otras personas ni afectos, con que no quieras tú reformar lo que Dios ha establecido.

—¿Es decir, madre, que no nos deja V. á Bernardina? preguntó Felipe.

—Para algun rato, sí; para vivir con vosotros, no; cuando Modesta desee compañía, que la llame: las ventanas de vuestra casita y las de la fábrica están muy cerca por el lado del huerto, y cuando le agrade más, que se venga ella con nosotros; la compañía es muy buena cuando no es impuesta ni embarazosa; de este último modo se detesta; sólo hay dos yugos dulces en la vida: el de esposa y el de madre.

Yo comprendí la verdad que encerraban los razonamientos de esta buena mujer, que, aunque sencilla campesina, discure con el corazon, que á veces es el mejor de los consejeros.

Nuestra casita está ya primorosamente arreglada: todos los regalos de la familia de Felipe han consistido en ropa blanca de la mejor calidad y en alguna plata antigua, ademas de los muebles necesarios al adorno de nues-

tro nido: la sala, que es pequeña, tiene una sillería, cubierta con persa de fondo blanco con dibujos azules; de la misma tela son la colcha y la colgadura de la cama, así como las grandes cortinas que caen delante de la ventana: sobre la mesa, cuyo tablero es de piedra blanca, se halla colgado, por medio de cordones azules, un espejo ovalado, con marco de madera negra: un reloj de bronce oscuro del mejor gusto artístico, y dos copas para flores, completan el adorno de la mesa: suspendidos en la pared hay cuatro receptáculos de porcelana para flores, que ocupan ventajosamente el lugar de cuadros medianos: estos receptáculos pueden contener agua y todos los dias pondré en ellos flores frescas, que esparcirán un grato y dulce perfume.

Cuatro rinconeras, en forma de columna, sostienen copas de yeso, de tan bella forma, que parecen halladas en algun poético palacio romano.

Tal es la habitacion más lujosa de mi casa: dentro de esta florida y graciosa salita, está mi gabinete de tocador y de labor, que es bastante grande, y está decorado de persa rosa, brillante como el raso: contiene una cómoda, un lavabo, un secreter, el tocador, adornado de cortinas blancas, y una mesita para la labor y para que Felipe lea ó escriba á mi lado ó enfrente de mí: ¡qué gratas veladas pasarémos aquí, yo bordando ó cosiendo, y él leyendo en voz alta, alumbrados por una lámpara de globo blanco adornado con hojas de hiedra! A las once, una modesta cena, ó si comemos tarde, una taza de té, pondrá fin á la velada, y el sueño tranquilo de una conciencia sin sombras, dividirá el dia presente del que le siga.

¡Oh santo, noble y bienhechor trabajo! ¡oh modesta y apacible medianía, que llevas contigo el órden, la paz, el sosiego y el bienestar! ¡Vosotros, generosos protectores de la humanidad, sois desdeñados porque no sois conocidos! ¡Vosotros habeis cubierto con vuestras alas el techo conyugal de mis hermanos y las cunas de sus hijos! ¡No me dejeis jamas, deidades tutelares de mi familia! ¡Suaves y silenciosos amigos, recibid hoy las acciones de gracias que os envío de rodillas, y mi promesa de amaros y respetaros siempre!

Adios, Estéban; mi cocina necesita aún que yo vaya á fijar algunos clavos, y en el comedor me está llamando á gritos un armario vacío que reclama la modesta loza blanca que ha de servir en nuestras frugales comidas; ya te contaré mi vida de casada, y entre tanto no temas á las tempestades de mi corazon; si las hubo, se han ahogado en el lago azul y tranquilo del deber, que jamas se turbará. Dios está por mí y conmigo; de pié en el umbral de la vida me dispongo á recorrer mi camino, apoyada en el brazo de un compañero digno de mí.

MODESTA.

XXIII.

La Marquesa á Eufemia.

Castillo de Valflores, *Junio de* 1865.

Recibirás esta carta, hija mia, casi en el momento de subir al coche para venir á mis brazos, y á no ser por haber retardado tu viaje dos dias, no hubiera llegado á tu poder.

Me dices en la tuya «que te ruboriza haberme escrito que no podrias amar á German, porque ahora estás apasionada de él.» Yo no comprendo que conmigo te ruborices por las contradicciones de tu corazon, pues nadie, como yo, puede comprenderlas y excusarlas.

Muchas veces te he recomendado la reserva; es decir, la conveniencia de no franquear casi á nadie el santuario de tu corazon; todos en general, y la mujer en particular, deben guardar un rinconcito del mismo, velado, no con la helada cortina del disimulo, sino con el perfumado velo del pudor; este rinconcito, hija mia, sólo para tres seres debes tonerlo siempre visible.

Para Dios, padre amoroso y juez recto de todas las criaturas.

Para tu madre y para tu esposo.

No debes describrirle á nadie más; pero en tal estado de pureza tienes que conservarle, que tampoco debes temer nunca enseñarle á esos tres seres que te he nombrado.

Que haya en él desigualdades, sombras y luz, ¿qué importa? la campiña y el cielo no están exentos de ellas; el campo tiene sus montañas pobladas de árboles y flores, y sus bosques llenos de sombras, y en el cielo las nubes fingen muchas veces colinas y praderas.

Dios, que ha dado á sus obras tonos diversos, los ha dado tambien al alma de la criatura, que es su obra maestra; todo el que siente es algo variable; y de nada he desconfiado tanto en mi larga vida, como de esos caractéres perfectamente iguales, empalagosamente dulces, eternamente inalterables, monstruos compuestos de impasibilidad é hipocresía, de astucia y de dureza, y que suelen ser, con muy raras excepciones, ovejas con piel de lobo.

Algunas mujeres he conocido así, y lo que es más terrible áun, algunas jóvenes de muy pocos años; ¡ay del sér vehemente y sensible colocado al lado de esos vampiros del alma! ¡Esas criaturas fatales tienen algo á la vez del sapo y de la culebra; de aquél, por la inutilidad y torpeza que aparentan; de ésta, porque la imitan en sinuosa, rastrera y callada marcha!

Esas personas sin arranques acusan como criminales á las que son apasionadas y sensibles; detestan por instinto la inteligencia, la belleza, la elegancia, todo lo que es fresco, puro, adorable y encantador; envidian con encono todo lo que no poseen ni pueden poseer jamas, y como otros tantos gusanos negros, procuran marchitar todas las bellas flores que han tenido la desgracia de nacer á su lado.

No tienen talento, pero su malicia hace con frecuen-

cia las veces de tal, y le suple con ventaja; no se atreven á la calumnia, pero la falsedad reside constantemente en sus labios, ¡y saben cómo han de dejar caer alguna gota de veneno, para que hiera como un dardo mortal!

Yo he estudiado todas las variedades de la especie femenil, y he visto con terror la de que te hablo; he pedido á Dios mil veces que tuvieras una naturaleza desordenada por las pasiones, más bien que una naturaleza helada, ruin é impenetrable; prefiero, hija mia, que tus impresiones se sucedan con la rapidez de las ondas en el mar en una tarde tempestuosa, á verte con la impasibilidad de las criaturas que acabo de describirte; y sin embargo, éstas son las que pasan en el mundo por virtuosas, y tú tienes que refrenar con especial cuidado tus impulsos si no quieres exponerte á perder, ó comprometer á lo ménos, tu reputacion.

No tienes malicia, y el talento no basta en muchas ocasiones de la vida.

Tu colosal cerebro se herirá en todos los ángulos que la existencia ofrece; tu corazon se desgarrará á fuerza de decepciones, y correrás en vano buscando otro que responda al tuyo; y en medio de tantas penas, de tantos dolores, de tantas tempestades, serás inocente, ó poco ménos, y la maledicencia se cebará en tí sin compasion.

El rayo, hija mia, no hiere á las zarzas que levantan poco de la tierra, sino á la altiva y majestuosa encina, que sobresale entre la multitud de arbustos que forman la espesura del bosque.

Prepárate, pues, á una lucha constante, pero ignorada y silenciosa; prepárate á batallar con el mundo entero, y

lo que es áun más amargo, á batallar contigo misma.

Llamarán á tu altivez mal carácter; á tu veracidad, insolencia; á tu sentimiento por lo que es bajo y vil, falta de tolerancia; á tu dolor, exageracion y comedia, y cuenta con que así te juzgarán la que creas tu mejor amiga, tu hermano, tu esposo, quizá hasta tus hijos; todos, ménos yo.

Felizmente te casas con un hombre superior: si German fuera sólo una medianía, estabas perdida; pero su mano experta te guiará; es fuerte y valeroso, y será el primero en sostenerte y guardar consideracion á tu debilidad; tiene gran corazon, y sabrá apreciar y comprender el tuyo; posee un talento profundo, y esa irresistible simpatía, que es la base, no del matrimonio, sino del eterno amor, se establecerá entre vosotros y os hará más bien amantes que esposos.

Y no obstante, mi amada niña, tu marido te hará sufrir, á tu parecer, muchas sinrazones que te irritarán, porque eres vehemente é irreflexiva, cuando habla tu corazon, del que siempre has sido esclava; cuando te sientas colérica, reza, hija mia; la oracion nos eleva por encima de las cosas visibles, apaga nuestros resentimientos, alivia nuestros dolores y nos da valor para las pruebas más duras; la mujer ó el hombre que no reza, renuncia á toda comunicacion con su Dios.

La plegaria es como la respiracion del alma; la Providencia, á la cual nos dirigimos, nos oye siempre, y siempre está pronta á escuchar nuestros votos, nuestras quejas, nuestros remordimientos y la expresion de nuestro deseo de emprender una vida mejor.

Despues de la oracion te recomiendo la reflexion y la paciencia; para cuando te sientas ofendida por tu marido, graba en tu alma esta santa verdad:

«La venganza más noble, la más deliciosa, es el perdon.»

El hombre deja de serlo en tanto que se deja dominar de la cólera; sólo colérico puede faltarte tu marido, y tú no puedes ni debes guardar rencor á un pobre sér, víctima de una de las más dolorosas y ciegas pasiones; piensa en que una sola vez se goza del placer de vengarse; pero siempre es uno feliz con la idea de no haberse vengado.

Esto te lo digo, Eufemia mia, porque sé que tu marido es violento; á pesar de todas sus nobles y bellas dotes, se parece á tí; es, como tú, impetuoso y vehemente, lo que es un mal, sobre todo para la parte más débil, que eres tú; por tu parte acuérdate de que la cólera empieza por la locura y acaba por el arrepentimiento.

No te hablaré ahora de tus deberes para con la sociedad, sino de los que tienes hácia tu marido, pues desde el primer dia tienes que poner la primera piedra en el edificio de tu dicha, ó no lo habitarás jamas; hay muchas esposas infelices por haberse casado siendo niñas y careciendo de una madre cariñosa que las instruyera y las guiára con inteligencia y ternura; las desgraciadas han caminado á ciegas, y si han estado dotadas de tu temple, han corrido á su perdicion despues de una vida llena de lágrimas y dolores.

Tú no debes temer al porvenir; yo existo; confíate á tu anciana madre, y sigue creyendo en su amor y en su experiencia.

No quiero hablarte ahora acerca de tus proyectos de fausto y de lujo; á una novia le está permitido correr por los aéreos jardines de la fantasía; luégo hablarémos de esto.

Te espero con tu traje de novia extendido sobre tu lecho nupcial; es de raso blanco; el velo, de encaje; la corona, de jazmines y azahar.

La indisposicion de tu tia ha retardado dos dias las tres bodas, pues tampoco Modesta ha querido ir al altar hasta que llegues tú.

Cintia y Pablo te abrazan, como lo hace tu madre

ANA.

XXIV.

Teresa á Estéban

Castillo de Valflores, Junio de 1865.

Esta mañana, mi querido Estéban, se han verificado los tres matrimonios que, como ya te anuncié, se habian retardado por una indisposicion de la Baronesa, tia de Eufemia y de Pablo, que no ha venido á las bodas para no abondonar la casa de Madrid.

Las dos bodas opulentas han tenido lugar en la capilla del castillo; la de nuestra Modesta en la iglesia de la aldea, y con poca concurrencia, porque las gentes acudian á ver á los novios del castillo; sin embargo, nues-

tra hermana ha estado rodeada de toda la familia de su marido, y yo representaba á nuestra buena madre, que tanto la queria; ademas, todos los menesterosos de la aldea, á quienes ella socorre, se han agolpado á su paso deseándole felicidad y llenándola de bendiciones.

Las dos parejas del castillo reunen todas las condiciones de fortuna y de belleza que te puedes imaginar; no sabré expresarte, mi buen Estéban, el contraste encantador que formaban las desposadas: Eufemia tiene los cabellos oscuros y los ojos negros y aterciopelados de una jóven veneciana: su cútis, rosado y puro, es de una belleza virginal y llena de frescura: su frente, cargada con el espeso cabello que forma lujosas ondas, parece modelada por las de la estatuaria griega: su continente es algo frio, y sus maneras un tanto altivas, sencillas, nobles y destituidas de toda afectacion.

Cintia se asemeja á una de esas princesas del Norte, que nos pintan las baladas alemanas; sus cabellos de un rúbio pálido, sus ojos azules, rasgados y coronados de largas pestañas doradas, su boca rosada y melancólica, todo su sér, en fin, está respirando debilidad, ternura y una naturaleza blanda y fácil de manejar.

He oido decir que esta pobre niña conserva de su madre un tierno é imborrable recuerdo, y que le escribe lo que le sucede en un diario, que luégo guarda en una caja que contiene su retrato.

¿Cuán grande habrá sido el aislamiento del corazon en que esa criatura se haya encontrado, para escribir así sus impresiones á una persona que ya duerme en la tumba?

Pero déjame, Estéban, que te hable de *los nuestros:* yo estoy contenta, y la alegría, desbordando de mi corazon, va hácia el tuyo, atraida por la corriente magnética de nuestro amor: sí, estoy contenta, porque presiento para mi hermana una suerte tan feliz, que sólo pido al cielo otra igual para nuestras hijas.

Felipe no es un simple trabajador: es más bien un industrial distinguido, y al mismo tiempo un hombre inteligente y bien educado: ha viajado y ha vivido en París, no en medio de los vicios, sino en medio del trabajo honrado, que enaltece el alma y robustece el cuerpo: á una belleza varonil, noble y expresiva, reune ese vigor y esa energía que da el trabajo manual, á la vez que su fisonomía vivaz y simpática revela la inteligencia y la sensibilidad.

Felipe lee, dibuja y compone buenos versos: habla el frances y el inglés: sabe vestirse, y sabe tambien razonar y obrar como hombre bien educado, y como trabajador infatigable.

Dia llegará, amigo mio, en que la sociedad, más ilustrada, comprenderá que los maridos como Felipe son los únicos que convienen á las jóvenes de la clase media, y que el hombre, á la vez laborioso é ilustrado, es mejor compañero para la vida que el que se adorna con los vanos oropeles de una pobreza vergonzante y disfrazada.

Modesta ha hallado lo que tan pocas tienen la dicha de encontrar: lo que vulgarmente se llama la media naranja: lo que tú, mi Estéban, en tu bello y culto lenguaje, llamas *el alma gemela.* Modesta no hubiera querido por esposo á un hombre depravado, por alto que

fuese su nacimiento, porque esos seres entregan al mundo sus riquezas y su corazon, y se quedan tan pobres y míseros interior como exteriormente; por otra parte, sus gustos delicados, su naturaleza poética y su excelente educacion, le hubieran prohibido aceptar por marido á un trabajador inculto y grosero. La Providencia, que jamas deja sin recompensa á la virtud, ha puesto á Felipe en el camino de mi hermana, y ambos serán tan dichosos como lo somos nosotros.

Ya sabes que en nuestras dulces veladas, en nuestras largas conversaciones despues de acostados nuestros niños, hemos discurrido juntos acerca de muchas cosas, y que hemos convenido en que los buenos no quedan jamas sin recompensa; sí, tú me has dicho en várias ocasiones con la doble persuasion del talento y del cariño:

—Teresa mia, las buenas acciones no quedan jamas sin su premio: el camino recto es el mejor y más corto; los malos lo saben tambien, y por eso toman la apariencia de la virtud para llegar á sus fines, y si prosperan alguna vez, es porque con cualidades ficticias saben cubrir hábilmente lo que encierran de bajo y de vicioso.

Felipe no tiene nada que fingir ni ocultar; posee un corazon recto y un juicio sano, y con estas dos cosas se avanza siempre en el camino de la vida.

Une en tu pensamiento á las bellas y sobresalientes cualidades de Felipe, las encantadoras de Modesta, y convendrás conmigo en que la dicha más pura, la calma más perfecta, el bienestar más tranquilo han de presidir en este matrimonio; cada uno guardará su sitio y

respetará el del otro; cada uno llevará su parte á la ventura conyugal.

Hay ademas entre ellos otro elemento poderoso de dicha: los deberes de cada uno se opondrán á una intimidad contínua, y el trabajo los separará, porque áun entre dos personas unidas por el más tierno y profundo amor, se necesitan grandes recursos de talento para que el cansancio no se coloque entre ambos, para que el fastidio de una incesante conversacion no enfrie el sentimiento; es preciso, es indispensable que el estudio, el trabajo y la observacion renueven las ideas.

Nosotros, mi bueno y querido esposo, no nos hemos fastidiado jamas: siempre hemos empezado el dia saludándonos, al despertar, con una sonrisa y con una dulce mirada, pues nuestros ojos y nuestros corazones se abrian al mismo tiempo; despues del desayuno, el trabajo nos separaba; por la tarde, y á la hora en que debias volver, tu Teresa disponia coquetamente la casa, su atavío y el de sus hijos, para recibirte; ¡qué agradable y larga era la comida, aunque se componia sólo de los más pobres y usuales manjares! Por la tarde te entregabas á tus tareas de dibujo ó de copias, para seguir ganando el pan de la familia, y luégo te enviaba á paseo; á las ocho tenía lugar la cena con los niños, y despues quedábamos solos los dos, yo cosiendo, tú leyendo en alta voz, que yo admiraba por su timbre sonoro y dulce á la vez, y que tanto aumentaba el valor de la lectura.

Ya iré muy pronto, Estéban mio, para anudar el hilo de nuestra envidiable y tranquila vida, que, á Dios gracias, tenemos la esperanza de llevar hasta la tumba para

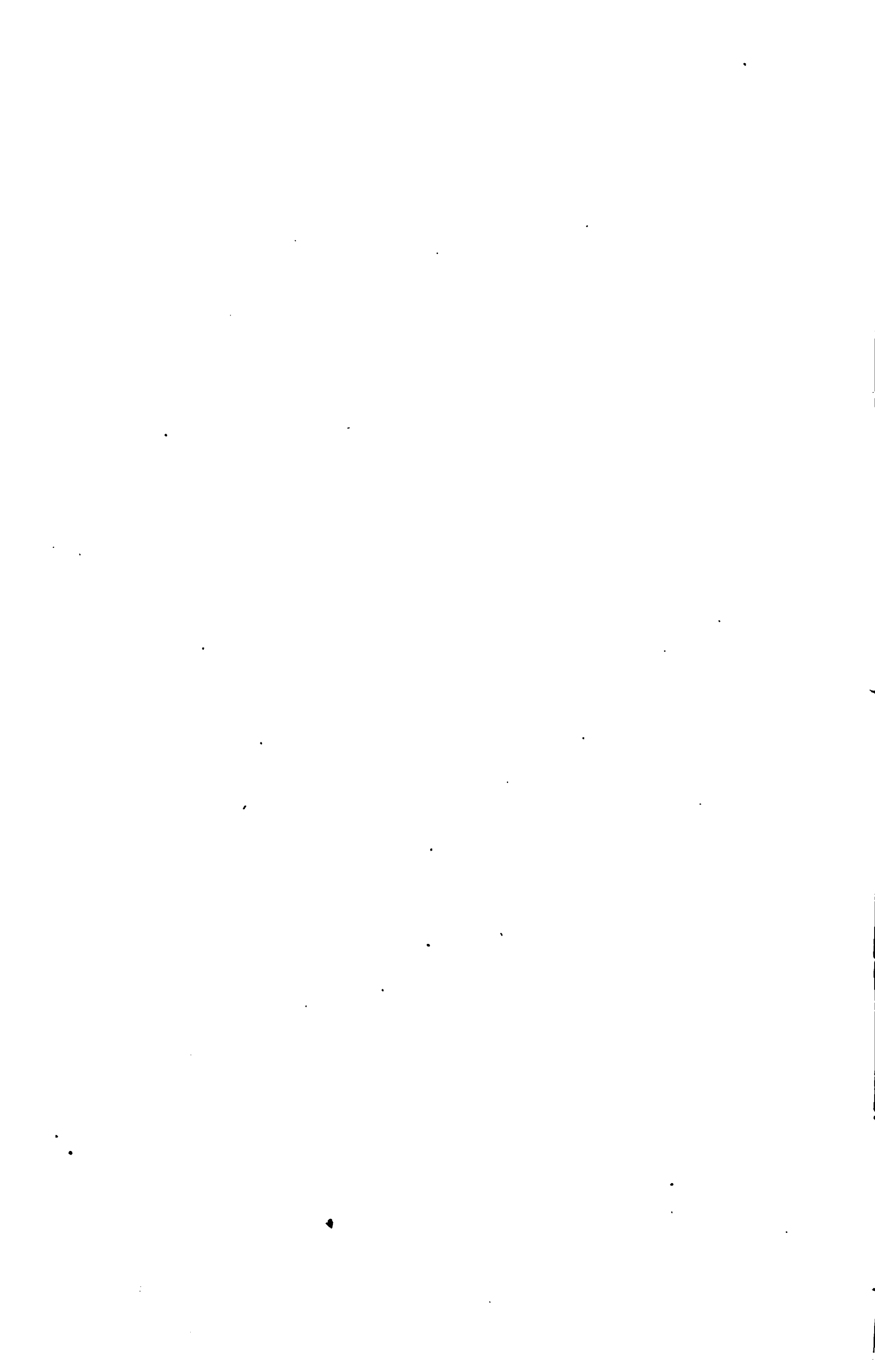
ir despues en busca de la eterna, porque las dulzuras legítimas nos dan la esperanza del cielo.

No hemos recorrido, por cierto, nuestro bello camino sin hallar obstáculos, fatigas y decepciones, que traen consigo dias de desaliento; pero, al mirarnos, la tranquilidad ha reinado en nuestras almas, y miéntras caminemos apoyados el uno en el otro, no puede faltarnos el valor.

Adios, mi querido y buen Estéban: mi corazon no se ha separado de tí ni de nuestros hijos: abrázalos por mí muchas veces; yo ansío veros á todos, y sin la seguridad de conseguirlo pronto, estaria muy triste; adios otra vez y mil, y hasta que pueda dártelo, recibe con el pensamiento un abrazo de tu

TERESA.

FIN DE LA PARTE PRIMERA.



PARTE SEGUNDA.

I.

Eufemia á la Marquesa.

Baden, *Julio de* 186.....

Aquí estamos desde hace ya diez dias, mi adorada é inolvidable mamá, y áun siento en mi frente la huella de tus últimos besos y de las lágrimas de tu despedida.

¡Con cuánta pena me separé de tí! Y á pesar de irme con mi marido, á quien idolatro, ¡cuánto envidiaba á Cintia, que se quedaba á tu lado! ¿Me olvidarás por ella? ¡Ay, con dolor recuerdo que la esposa de mi hermano es encantadora y más dulce que yo, porque siente con ménos vehemencia; por tanto, para la vida íntima tiene mejores dotes que tu pobre hija, *siempre*, como tú dices muy bien, *esclava de su gran corazon.*

Aunque te parezca inmodesta, te diré que mi llegada ha hecho en este sitio delicioso una marcada sensacion: yo no sabía que fuera hermosa, y me habia limitado á no creerme fea. No obstante, donde quiera que voy me acoge un murmullo lisonjero, y las mujeres más á la moda copian mis trajes y mis adornos; hay aquí una princesa rusa, con la cual, sobre todo, me he empeñado en competir en elegancia y lujo; ella me envidia y me aborrece

porque su marido me mira más de lo regular, y no pierde ocasion de estar galante conmigo; es un diplomático, hombre de mundo, elegante y tipo de la distincion más noble y más perfecta, aunque ya va dejando de ser jóven.

La princesa Catalina de Kestrell es mucho menor que su marido, y llega apénas á los treinta años; es alta, delgada, pálida, blanca y delicada como una figura de nácar; paréceme que el ilustre Balzac debió conocer á una mujer parecida, al dibujar algunos de sus sublimes é incomparables tipos, con aquella pluma mágica y sin rival en el mundo.

Los ojos azules de la princesa están coronados de arqueadas y finas cejas de azabache, y negras tambien son las largas pestañas que los guarnecen; su rica cabellera, negra y espesa, se halla dividida en gruesas trenzas que oprimen sus sienes como un marco de ébano; su frente abovedada, su nariz aguileña y el delicado y puro óvalo de su rostro, dicen que su cuna es tan alta como su posicion social, y que su inteligencia es más alta que ambas cosas.

Mucho debe haber sufrido ya esta mujer, á pesar de su juventud, pues á cada lado de su boca se ha formado un pliegue melancólico, y su sonrisa es tambien sobremanera triste; segun se ve, no basta ser ricos para ser dichosos, y todas las ventajas del nacimiento, de la belleza y de la fortuna, no alcanzan á preservar de ciertas penas que yo, por suerte, no comprendo todavía.

La princesa tiene una encantadora niña de siete años, que se llama Adda, como la esposa de Abel; dicen que

ha perdido otros dos hijos, y acaso sea esto la causa principal de su melancolía.

Nosotros tenemos una habitacion del primer piso en el hotel de los Príncipes, y Mr. y madama de Kestrell ocupan otra enfrente de la nuestra; yo no sé cuándo ni cómo he herido á la princesa; pero es lo cierto que ésta me mira con desden y que no pierde ocasion de mortificarme; voy á ponerte un ejemplo.

Recibí yo hace cuatro dias, de París, un cajon de confecciones que habia encargado, y entre ellas venía una casaca blanca, bordada de oro y grana, para las tardes frescas, obra maestra de gusto y que me cuesta setecientos francos; el dia mismo que llegó, me la puse por la tarde, y vimos en la playa á la princesa y á su marido; ¡al dia siguiente, la doncella de madama de Kestrell llevaba una casaca del todo igual á la mia!

Yo hice que German me llevase al hotel, me dejé caer sobre un sillon, y lloré de despecho durante largo rato.

—Querida mia, me dijo mi marido, si te has de disgustar por esas cosas, te compadezco; desprecia esos alardes y ríete de ellcs.

Pero yo, declarada la guerra, no soy mujer que se deja vencer del enemigo; cada die me pongo un vestido nuevo, y ostento una sombrilla guarnecida de cisne ó de encaje; á costa de un crecido sueldo semanal, Mlle. Isolina, una de las modistas de más boga en París, me trae todas las novedades ántes que á nadie, y en esta semana ha hallado el medio de detener dos cajones que llegaban de París para la princesa, y que contenian cosas que

ella creia que yo no podria poseer jamas, y que ya he lucido ántes de que ella las reciba.

German no repara en nada de esto: caza, juega, se pasea, lee periódicos y escribe á mi hermano interminables cartas.

Conmigo está galante, pero frio y reservado; parece como que ha hallado en mí otra cosa de lo que esperaba, y á veces creo que se halla en la disposicion de ánimo de un hombre que ha hecho una mala especulacion.

Sin embargo, está enamorado de mí; no miente su mirada, ni la dulce expresion que muchas veces toma su semblante. Las mujeres no nos engañamos nunca respecto de ciertas cosas.

Ayer ha llegado una extranjera bella, y tan jóven que parece una niña; por la noche estuvo ya en el salon de damas del casino, se sentó con un libro en una otomana y despues tocó en el piano una preciosa pieza de Bellini; eran ya las doce cuando German me llamó desde la puerta para retirarnos; yo trabajaba en una labor de tapicería, esperando á que él volviese de jugar al billar.

Precisamente cuando él apareció en la puerta, miraba yo á la linda extranjera, y la vi ponerse pálida y casi en el mismo momento muy encarnada; seguí la direccion de su mirada, y observé que la tenía fija en mi marido.

Éste se alteró, aunque levemente; la saludó con la vista y sin hacer movimiento alguno perceptible, y me dijo en seguida con voz perfectamente tranquila:

—¿Vamos, querida Eufemia?

—Vamos, le respondí apoyándome en su brazo.

Así que llegamos al terrado que precede á la entrada del casino, le pregunté impetuosamente:

—¿Quién esa mujer?

—¿Qué mujer? repuso sonriendo: habia muchas en el salon.

—La que estaba sentada delante del piano.

—No sé, repuso: creo que la he conocido en París; á lo ménos estoy seguro de que es francesa, pero ignoro cómo se llama.

—¡Yo lo sabré mañana! exclamé.

—¿Y para qué?

—¡Ella te conoce!

—No lo dudo.

Calló y yo tambien; pero desde anoche parece que una mano de hierro me oprime el corazon: repito que estoy cierta de que German me ama; pero ¿quién es esa mujer? ¡Ella y mi marido se conocen! ¡Se aman tal vez! ¡Acaso se habrán dado cita aquí! ¡Oh, madre mia! ¡Dime que estoy loca! ¡Lo necesito, y no creí que me hicieran falta tan pronto tus consuelos y tus reflexiones!

EUFEMIA.

II.

El conde de Maceda á la Canonesa.

Baden, Julio de 186.....

Inolvidable madre mia: el cielo de la vieja Alemania cobija tu santo asilo, y esta residencia del placer, donde tu hijo se aburre de muerte.

Veinte dias hace que me he casado, y ya me parece que han pasado algunos años desde que perdí mi libertad de soltero.

Tú, que á la susceptibilidad amorosa de la más tierna de las madres, reunes la delicadeza cristiana de la religiosa, te admirarás ahora de que te escriba así, y de que te asegure que en este enlace, que tú deseabas para mí y que yo tambien deseaba, sólo hallé augurios de desdicha á los pocos dias de haberse verificado; pero yo, madre mia, no era lo que parecia á tus ojos: yo he tenido la piadosa hipocresía de engañaros, á tí, á mi padre y á mis hermanas, y era un libertino gastado y hastiado del mundo y de las mujeres que se llaman *á la moda*, y que para mí no tenian ya ningun atractivo.

Fácil te será conocer, madre mia, que cuando así descubro ante tus ojos mi corazon, deberé ser muy desgraciado y deberé estar muy sin esperanza de felicidad en la tierra.

Así es, en efecto, y me asusto del abismo en que he

venido á caer y en el que me he precipitado cegado por mi propia experiencia.

Sí, madre mia: yo elegí á Eufemia porque me parecia la más modesta y la más grave de todas las mujeres, y ahora me encuentro con que es la más vana, la más pueril, la más superficial de todas.

La elegí porque anhelaba salvar los restos de mi fortuna y no llegar á la miseria que me amenazaba en mi vida de soltero; y conociendo la sencillez de sus gustos y su aversion á toda coquetería, pensé que sabria llevar nuestro interior con la decente economía que corresponde á nuestra clase y sin locos gastos; pero ¡ay de mí, veo que no bastarian los tesoros de Creso para satisfacer todos los caprichos de mi mujer!

La elegí para tener una compañera fiel y adicta, una amiga tierna, un corazon donde el mio pudiera descansar, y me he encontrado con una jóven ociosa, displicente, inútil para compartir una alegría como para dividir un pesar.

Una de sus locuras en este sitio, adonde vinimos por su gusto y no por el mio, es el empeño de competir con una princesa rusa de la más alta distincion, y de una fortuna colosal.

El lujo de Eufemia supera en mucho al de esta gran señora, que desciende por su madre de la rama gran ducal de Rusia, y cuya renta asciende á muchos millones.

De esta competencia, que parece frívola á primera vista, saca mi experiencia deducciones muy fatales, y ve en ella un fondo negro, que puede empaparse con torrentes de lágrimas muy amargas.

El Príncipe, marido de esa gran señora, rival de mi mujer en cachemiras y encajes, se ha prendado extraordinariamente de Eufemia y la sigue por todas partes.

La Princesa, que es coqueta y mujer á la vez del gran mundo y de notable talento, lo ha conocido y se divierte en arruinarnos, precipitando á Eufemia cada vez en mayores gastos, pues lo que para ello no es nada, abre en nuestra ya modesta fortuna, una brecha considerable.

No será extraño que yo mate al Príncipe el dia que deje de ser hombre de mundo, para ser marido de una mujer á quien se persigue.

Por lo demás, no son los triunfos de Eufemia tan generales ni tan brillantes como ella cree.

Su competencia con la Princesa la ha puesto en ridículo; en todas partes el talento es sensato, y la vanidad excita la maledicencia: mi mujer, ademas, no tiene las cualidades que se necesitan para hacer en el mundo un brillante, y sobre todo, un sostenido papel; es violenta, desigual, no sabe dominarse, y en la sociedad, lo mismo que en el interior de la familia, la calma es la fuerza, y toda dominacion estriba en la sangre fria y en la tranquilidad.

No tengo yo paciencia para educar á esta niña rebelde, ávida de sensaciones, de amor y de los goces que se deben á la vanidad y al dinero: no la tendria ella tampoco para dejarse educar de mí, porque Eufemia se halla persuadida de que el matrimonio es la libertad; de que el amor es el constante coloquio y la perpétua contemplacion de dos seres, y de que á la mujer se la debe adorar de rodillas.

Yo conozco que á otro marido le sería fácil educarla; yo no quiero, ni podria; era menester que yo me hubiera casado enamorado, y no ha sido así, ni tengo dotes de preceptor: me casé para que me educáran á mí, para que me salváran de mí mismo, para ser bueno con el contacto de una naturaleza superior, pura y virginal; y al lado de esta mujer frívola, exigente, ligera y voluble, no sé cuál será mi suerte.

Pienso, ademas, que Eufemia va á caer en la manía de ser celosa: ha llegado á Baden una bella jóven, á quien yo traté en París hace dos años, y que perfectamente educada en San Dionisio, como hija de un oficial benemérito, se lanzó despues por una cadena de circunstancias tristes, á la vida alegre y galante:

Magdalena, que así se llama, ha guardado siempre cierto decoro en medio de su posicion: le hubiera sido fácil casarse; pero no habiendo hallado lo que deseaba, ha preferido conservar la libertad con todos sus encantos: huérfana, sola y dueña de una renta regular, no necesita de nadie cuando llegue á la vejez, áun muy lejana para ella, pues sólo cuenta veinte y dos años.

Esta jóven ha llegado á Baden, y no lo supe hasta que al acercarme á la puerta del salon de señoras, en el casino, para llamar á Eufemia, la vi sentada al piano, donde acababa de tocar una sonata: por respeto á mi mujer, no la saludé más que con los ojos, pero ella se inmutó: la mirada de águila de Eufemia nos observaba, y le hizo comprender la situacion: me preguntó al salir quién era aquella mujer y yo le respondí que lo ignoraba, con el objeto de evitarle un mal rato; no obstante,

ha ofrecido informarse por sí misma, y no dudo que lo hará, y que acaso dará algun escándalo con sus imprudencias.

Si lo hace llevará un público escarmiento.

Magdalena es un ángel; acaso me amó, cuando yo corria de desórden en desórden, pero es demasiado orgullosa, y no me lo dejó conocer, porque yo jamas quise ser su amigo: cuando salí de París, sostuve con ella una activa correspondencia, y mandé hacer para sus cartas un cofrecito de plata en forma de libro, y de gran precio.

Aquellas límpidas, tiernas y serenas cartas no dejaron traslucir jamas á la cortesana, sino á la mujer noble por su inteligencia, digna por el poder de su voluntad; si ella hubiera sabido que yo estaba casado y que me hallaba aquí, estoy cierto de que no hubiera venido.

Ya ves, madre mia, los gérmenes de degracia que aparecen en mi matrimonio; mi mujer admite y alienta las galanterías de un hombre esposo de otra, y yo he hallado en mi camino la dulce y encantadora amiga, que me ha consolado otras veces de tantas penas y de tantas decepciones.

El mundo me envuelve de nuevo en sus lazos impalpables, y me estrecha en ellos con una fuerza fatal, que sólo el sagrado cariño de la esposa podia contrarestar.

Tú, tan buena y tan piadosa, ora al pié de los altares por tu hijo

GERMAN.

III.

La Marquesa á Eufemia.

Castillo de Valflores, Julio de 186.....

¿Qué es lo que veo en tu carta, mi querida y pobre hija? ¡Tú, en lucha ya con tu marido! ¡tú, celosa! tú, dominada por mil sentimientos amargos, por esos sentimientos que, como lava, abrasan todos los buenos instintos de la mujer! ¡tú, sosteniendo una rivalidad tan ridícula como feroz, con otra mujer, á la que supones desgraciada! ¡tú, reconociéndote galanteada y perseguida por un hombre casado!

¿Dónde te has ido, pura y casta niña, modelo de todas las virtudes fáciles y sencillas? No, la que me escribe así, no es mi Eufemia; no, la mujer celosa, arrebatada, soberbia, empeñada en locos gastos, no es mi hija, no es la que yo eduqué, la que era mi más bella esperanza, pues creia que ofreceria el ejemplo de todas las virtudes de madre, de esposa y de cristiana!

Pero ¡ah sí! al volver á leer tu carta fatal, mi corazon palpita dolorosamente, y por culpable que seas, el hálito del tuyo llega al de tu madre como una corriente eléctrica! ¡Sí, tú eres mi hija! no te reconozco porque te parezcas á la que ántes tenía, sino porque te amo; á la manera que te reconoceria, aunque fueras desfigurada por una lepra horrible, te veo y te llamo á traves de tu lepra moral, más terrible y más incurable que la del cuerpo.

Huye de Baden; véte á Madrid; entra en tu casa y ocúpate de tus deberes, más que de las locas vanidades del mundo, que sólo dejan detras el vacío, el hastío, y quizá el remordimiento, cuando se toman como única ocupacion.

Voy á decirte la verdad, por dura que te sea; cuando se forma en el seno de la mujer un mal peligroso, pero que la ciencia ha hecho curable, hay que desgarrar aquel seno para extirpar hasta las raíces de la dolencia fatal; hagamos lo mismo con tu dolencia y ten valor para soportar el escalpelo, que ha de quitarte el veneno de muchas ilusiones peligrosas.

Tu marido se casó amándote, pero de una manera que tú no comprendes; se casó porque le pareció que tú eras una mujer sencilla y digna, y no una niña aturdida y loca; cansado de frivolidades, buscó la paz de la familia, el sosiego de su hogar y la reposicion de su fortuna; no se casó para hacerte brillar, sino para dejar de brillar él; no se casó para educarte, sino para ser educado por tí; no se casó por entusiasmo, sino por convencimiento, por comodidad, casi por cálculo.

Puedes considerar que, si hubieras tú tenido otras condiciones, no te hubiera yo aconsejado semejante boda; pero te creí á propósito para una vida retirada y apacible, pues así habias querido llevarla siempre; ademas, te reconocia talento para reflexionar el dia que lo necesitáras, y reconocí en tu marido bastante mundo para disimular algun tanto lo gastado de su corazon.

Juzga, pues, de mi doloroso desengaño; juzga del de tu marido, y si no tiemblas por el que me has dado, tiembla por el que German ha sufrido.

El amor de una madre es inagotable como el de Dios; el de German, dadas las condiciones de que te he hablado, puede ser muy quebradizo.

Llora al leer esto, sufre; apénas hay felicidad sólida que no salga del centro mismo de las lágrimas; despues de agotado el llanto del corazon herido, la razon adquirirá su imperio y te ofrecerá apoyo seguro.

Feliz aquel que dice al despertar:

«Yo quiero ser hoy mejor que ayer.»

Dios, hija mia, es tan bueno, que hace de la dicha un deber, enseñándonos que sólo podemos ser dichosos por la virtud.

Tu primera obligacion es amar única y exclusivamente á tu marido; respetarle y considerarle tal como es, y procurar que, aunque tu juicio le culpe, tu corazon le defienda constantemente; la dicha más grande de la mujer casada consiste en considerar al hombre que le dió su corazòn y su mano, sobre todos los hombres del mundo; y para esto, debe juzgarle siempre con indulgencia, y dispensar todos sus defectos, huyendo hasta de ver las galanterías de los demas.

Considera á German como un enfermo moral que necesita de tí, y no te complazcas en envenenar las heridas que le atormentan, pues serías más cruel que todos los extraños que se las han inferido.

Conozco á la princesa Catalina de Kestrell, la he tratado, y jamas una niña inocente y bien educada ha ido al altar con más ilusiones que ella, ni las ha perdido más pronto.

Su marido, que la aventajaba bastante en edad, se

parecia al tuyo; pero lo que en German son heridas, era en él cáncer incurable y espantoso.

¡Ese es el hombre que te galantea; ésa es la mujer con quien rivalizas!

Catalina, ofendida por las asiduidades de su marido contigo, te ataca por la vanidad; pero jamas te atacará por el corazon: tú la atacas y hieres por ambas cosas á la vez.

Si yo no conociera á la Princesa, te diria: — Ten cuidado con German, porque esa mujer es irresistible.— Pero nada tienes que temer; la Princesa es tambien una noble criatura, y no ha provocado ni ha admitido jamas una sombra de galantería.

Con pié firme entró en la senda del deber, y con pié firme marcha por ella, aunque esté erizada de espinas; imítala, Eufemia; el que cumple con sus deberes, aunque éstos exijan algun sacrificio, halla en sí mismo su recompensa. ¿No has probado siempre una satisfaccion intensa al practicar una buena accion? Pues esto te da á conocer que está en nuestra mano el ser dichosos, y que, si no lo conseguimos, la culpa es nuestra.

Créeme, hija mia: ni los goces de la vanidad, ni los de la riqueza, ni las grandezas humanas constituyen la felicidad; los elementos de la dicha son una buena conciencia, la honradez en los proyectos y la rectitud en las acciones.

¿Por qué estás celosa de esa extranjera, de esa jóven que ha aparecido en Baden y que conoce á tu marido? Los celos rebajan la dignidad de la mujer, y mucho más cuando son injustos; deja á tu marido una libertad razonable, y ten fe en el respeto y cariño que te debe; cui-

da de hacerle dichoso, y, si lo es, no temas que deje la calma por las tempestades; la ventaja de los hombres que el mundo ha gastado, consiste en que desean ante todo en la paz; dale tú esa paz que necesita, pero no la paz monótona y desabrida de una mujer sin inteligencia y sin deseos; no, hija mia; así como condeno la tempestad que empieza á desencadenar tus pasiones, tampoco puedes convertirte de repente en maniquí; sé igual, razonable, digna, suave, noble en todo; si German se irrita, opon, no miedo, sino calma y moderacion; si te ofende, recuerda lo que te escribia yo ántes de casarte: «La venganza más delicada es el perdon.»

Un hombre que tiene mucha cabeza y cuyo corazon está gastado, ofende repetidas veces á una mujer vehemente como tú: esa será tu cruz: llévala con valor, que Dios estará por tí y contigo.

Sé su amiga, y no esperes de él ni demasiada generosidad, ni grandes sacrificios; el heroismo, la abnegacion, no son propios de las naturalezas varoniles, y sólo los poseen los hombres muy superiores. El saber y poder practicar las virtudes sublimes es una de las glorias de la mujer, y es tambien una de las superioridades que ésta tiene sobre el hombre.

Véte al instante á Madrid, y, así que llegues, comunícame el estado de tu espíritu; en una sola carta no puedo corregirte y curarte; ante todo reza, hija mia, reza; tu espíritu agitado necesita el bálsamo de la oracion. Dios ha dicho: *Llamad y os abriré.* Llámale, y Dios irá en tu ayuda, como lo espera tu madre

ANA.

IV.

Cintia á Modesta.

Castillo de Valflores, Julio de 186.....

Yo no sé por qué, mi querida Modesta, mi corazon se lanza hácia el tuyo y busca en él reposo y expansion: la Marquesa, mi madre, no puede ser más buena para mí; mi esposo me considera y me estima, y, sin embargo, á ninguno de los dos puedo pedir consejo acerca del plan de conducta que debo trazarme, porque los dos me inspiran demasiado respeto y temo rebajarme á sus ojos.

Ya sabes, Modesta mia, la tierna simpatía que desde nuestra primera entrevista me ha arrastrado hácia tí; te pareces á mi madre, á quien conocí bella y jóven todavía; tu aspecto dulce y grave, á la par que sencillo, me atrajo hácia tí, y bien pronto te amé y te pedí tu amistad.

Es para mí un inefable consuelo el que habites en las cercanías de este gran castillo, en el que todo me parecia triste y vacío, hasta que vi á Pablo.

¡Ay, Modesta! ¡Yo venía de Italia, donde hasta en el ambiente se respira amor y poesía! ¡Mi adorada madre era toda ternura para mí, y hasta que lanzó el último suspiro, cada una de sus miradas envolvia una caricia y era, para mi alma, como el lazo de la suya! ¡Cuando la perdí y me hallé sola material y moralmente en toda la tierra, me anonadé! Yo queria en las primeras horas de mi dolor dejarme morir; despues reflexioné que era

cristiana, y que la vida es de Dios, que nos la da; pedí valor á ese mismo Dios, padre del que no le tiene, y me lo dió para venir sola á pedir á la Marquesa el amparo que me habia encargado mi madre que le demandase.

Aquí vi á Pablo, y le amé: es el primer hombre de su edad que he conocido; el primero á quien he amado y el último á quien amaré; pero Pablo, que ántes era grave, se ha convertido en triste: ¡cualquiera diria que está velada su alma por una sombra negra! Conmigo está atento, galante, y más amable de lo que puede estar hombre alguno, ¡pero yo no sé lo que hay detras de esa cortesía que me hiela! Mi corazon, que me es muy fiel, aunque mi ignorancia del mundo sea grande, me dice que Pablo no me ama, y que alguna cosa formidable se levanta entre él y yo.

Dime tú, Modesta, que te ves tan verdaderamente amada de tu marido, lo que debo yo hacer para conquistar el afecto del mio; no te habla ahora la Marquesa de Uclés; no es la gran señora, la rica heredera, la que te pide consuelo y afecto; es simplemente Cintia, la desgraciada huérfana, la niña ignorante, que está asustada y aturdida delante de su marido, siempre sombrío y concentrado; dime, amiga mia, cómo traeré yo á mi hogar la franca y alegre cordialidad que reina en el tuyo; dime de qué modo animaré estas suntuosas habitaciones, donde rivalizan el terciopelo y el oro, como lo están tu modesta sala, vestida de persa florida, y tu gabinete, tapizado de guinga rosa; mi gran cámara nupcial, que no desdeñaria una reina, está helada y triste; no hallo ningun reposo en mi esculpido lecho; ni el ángel del fervor

cristiano cubre con sus alas el rico reclinatorio de marfil, coronado por un enorme crucifijo de plata, donde cada noche elevo dolorida al cielo plegarias que riegan lágrimas de desconsuelo.

Las comidas son silenciosas y tristes; la Marquesa, nuestra buena madre, está muy abatida, y cada vez que recibe carta de su nieta, caen algunas lágrimas de sus ojos, de esos ojos que la ancianidad no ha podido empañar, pero que el dolor cubre de sombras mortales; ante la probable desventura de Eufemia, ¿qué soy yo para la Marquesa? No debo quejarme, ni extrañarlo, aunque se fije poco en mí.

Eufemia apénas me escribe, y sólo nos ha avisado su llegada á Madrid de un modo muy lacónico; Pablo es el que recibe cartas de su marido de tres y cuatro pliegos, que contesta al instante.

Yo no he conocido casada á mi buena madre, y aunque sé que hizo dichoso á su marido, mi padre no existia ya cuando empezó á despuntar mi razon; mi madre vivia en el retiro, como conviene á una mujer viuda, que ya no es jóven, madre de cuatro hijos, y sola para el cuidado de su fortuna; este mismo aislamiento casi completo, al que se habia condenado, me impidió tambien conocer á sus amigas casadas, pues trataba á muy pocas señoras, siendo con la Marquesa de Valflores, que se hallaba siempre ausente, con la que tenía mayor intimidad.

Así, pues, yo no he conocido de cerca el matrimonio, y estoy en la más completa ignorancia de lo que hacen otras mujeres; por eso me dirijo á tí, Modesta, como

á una tierna y cariñosa amiga, á quien amo con todo mi corazon, y de quien deseo ser amada del mismo modo; tú has vivido, hasta hace poco tiempo, con tu hermana Teresa, que es una de las más bellas y simpáticas mujeres que he conocido; ella ama á su esposo despues de muchos años de matrimonio, porque no probaba una impresion dulce ó triste, sin que el nombre de Estéban saliese de sus labios; ¿cómo ha hecho tu hermana, mi querida Modesta, para conservar, despues de tan dilatado tiempo, sereno y límpido el lago azul del matrimonio? Tú debes imitarla, y ella, con sus consejos, te dirigirá por el mismo camino que sigue, y que estoy cierta hallará sembrado de flores hasta el borde del sepulcro.

Pablo no es feliz, lo sé; lo siento en mi corazon; y si yo, en vez de venir á hacerle la vida dichosa, se la he amargado más que la tenía, le he hecho un triste presente con mi mano y con mi amor.

Mi corazon y mi orgullo, heridos á la vez, se han dirigido á mi madre, muerta ya y moradora feliz de esos otros mundos desconocidos. Pero ¡ay! este desahogo de mi corazon no alcanza á tranquilizarme, porque sus labios no pueden responderme. ¡En vano interrogo á esa dulce y hermosa imágen, que vive y vivirá eternamente en mi memoria! ¡Nada puede responderme, á no ser enviándome una buena inspiracion!

Acaso lo es, y se la deba á mi adorada madre, la idea de escribirte y de pedirte consejo.

Cuando paso en mi soberbio carruaje blasonado por delante de tu humilde casita, mis ojos se llenan de lá-

grimas, y cambiaria gozosa mi suerte por la tuya, pensando que áun me harías un supremo favor en aceptar; esa vivienda reducida, pero que encierra todo lo necesario á la modesta decencia de la vida; ese fresco asilo que se destaca blanco al pié de la colina, con sus persianas verdes y su puerta entoldada de parras y madreselvas, tiene para mí un atractivo irresistible; ayer pasé con Pablo, que dormitaba en el fondo del carruaje, y te vi bordando al lado de la ventana; llevabas un traje muy sencillo de percal, listado de blanco y rosa, y una rosa blanca entre tus hermosos cabellos; ¡qué linda me pareciste! ¡Y cómo hubiera cambiado mi corona de Marquesa por aquella sencilla flor, que acaso habia cortado para tí la cariñosa mano de tu marido!

Voy á enviarte esta carta con un criado; vén á verme mañana, para contestarla de palabra, y entre tanto recibe un tierno abrazo de tu amiga

CINTIA.

V.

Pablo al Conde.

Castillo de Valflores, *Agosto de* 186.....

Veo, por tu última, que el hastío va ganando terreno en tí y que acabarás como mi padre, á no ser que esa hermosa y rubia Magdalena no acceda á dejar á Baden, para ir á consolarte á Madrid.

Hé aquí la vida; ó á lo ménos, hé aquí la vida para nosotros, hombres ricos y ociosos, plaga de nuestro siglo: ¿merece acaso la pena de conservarla? Por cierto que no, y que, á no ser porque el quitársela me parece la accion de un cobarde, ya hubiera puesto la mia á la boca de una pistola.

¿Qué enemigo de mi sosiego me podia haber aconsejado casarme con esta mujer, compendio fatal de ignorancia, de estupidez, de frialdad y de empalagosa sumision? Pero yo no sé para qué te lo pregunto, cuando estoy convencido de que ese enemigo soy yo mismo, y que sólo mi imaginacion podia llegar á precipitarme así en el abismo de la desesperacion.

Imagínate una niña delgada como una paja, y que se va ya poniendo amarilla: que se asusta, llora cuando llamo á la puerta si estoy fuera, y que sólo anhela que diga una palabra para darme la razon, con la precision ridícula de un maniquí que obedece al juego de un resorte. ¿Me rio yo? Se rie ella como si fuera mi espejo: ¿Se unen mis cejas más de lo acostumbrado? Ya está temblando como una azogada. ¿Salgo á pasearme por el bosque en las altas horas de la noche? Me espera en el balcon hasta que me ve volver, y entónces se mete corriendo en la cama y se hace la dormida para que yo no la riña.

¡Qué agradable vida para tu amigo, al lado de este sér desgraciado, que ha nacido para víctima, y que, por consiguiente, me convierte á mí en tirano! Èl mundo se divide en *tipos* y *entes*: no conozco otro ente tan ente como mi mujer.

No podria ni sabria negar que es bondadosa; tampoco niego que sea dulce el regaliz ó las algarrobas que comen mis caballos: piensa y deduce de esto lo que su eterna dulzura será para mi paladar moral.

El que ha dicho que para mujer propia es mejor la más tonta, no merece que se le llame hombre: yo no quiero á la mujer superior á mí, porque concibo que, con ser mi igual, no puede ser más grande: mi soberbia la alcanza á ella: y en vez de ver en Cintia esa perpétua adoracion incolora y fria, quisiera hallarla para mí con la tranquila calma de la igualdad, animada por la llama vivificadora del sentimiento.

Mi mujer toca el piano... hasta el punto de ejecutar en él dos rigodones, dos polkas y una habanera: dibuja... hasta el extremo de haber ejecutado cuatro ó cinco cabezas, que tienen debajo esta dedicatoria, con letra redondita:

A mi querida mamá en sus dias.

Habla frances... de tal modo, que no sabe decir dos palabras seguidas, sin soltar tres desatinos.

Estas son sus habilidades, y ademas tiene la de bordar. ¡Oh! el bordado es su vanidad, y hay que confesarlo, todo su talento se refleja en esa obra mecánica.

Si áun me tienes por poeta, por artista, por hombre á la vez de pensamiento y de accion, díme lo que piensas acerca de mi suerte, unido á este autómata.

Mi propia generosidad me engañó: se enamoró de mí; me lo dió á entender, y yo, que buscaba todo lo que es

puro y noble, me dejé seducir por mis locas esperanzas de algo desconocido que persigo, y que no puedo encontrar: verdaderamente que la pureza y la inocencia de Cintia son inmaculadas: tambien hay patos muy blancos: tan blancos como los cisnes, á los que se parecen un poco.

Si mi mujer tuviese algun talento que me hiciera sentir, áun sería dichoso: si hiciera buenos versos, si pintase buenos cuadros, si cantase con gusto y sentimiento, mi vida no estaria vacía; pero todo en ella es comun, incoloro, frio, lento y monótono; preferiria tener en ella una niña vehemente, apasionada, loca, irreflexiva, que llorase y cantase en el mismo dia; pero aquí no hay nada que refrenar, nada que corregir, nada que modelar, nada de qué reir, nada que admirar, nada que culpar: á mi mujer le gustarán sin duda los volatines y los fuegos artificiales más que un drama de Feuillet, y más que una sonata de Bellini: es seguro que prefiere la zarzuela á la ópera, un sainete á una buena comedia, y una novela de Paul de Kock á una de Jorge Sand: es el yeso, y yo deseaba la lava, ó, á lo ménos, el marfil.

En fin, German querido, he ido á dar con la mujer *molusco*, cuando es el género para mí más despreciable de la creacion: prefiero á la cortesana, á la criminal, y si existiese, á la misma terrible envenenadora, la Marquesa de Brinvilliers. ¿Cómo defender á una mujer que á nada se expone? ¿Cómo consolar á quien no siente? ¿Cómo buscar lo que se nos da con un exceso que empalaga? Semejante compañía es lo que produce inevitablemente esa funesta enfermedad que tú y yo hemos

designado con el nombre de *enfriamiento del alma.*

Tales mujeres son *cosas* y no criaturas que sienten: toda ambicion, toda aspiracion de gloria morirá en mí, con el contacto de esta criatura de hielo: todo lo grande espira ahogado bajo su fria mirada, que nada expresa.

Clotilde está aquí: la he visto pasear á caballo seguida de un lacayo; no obstante, la linda novia de la fábrica de azúcar, me cautiva hoy más que ella: esta Modesta posee la gracia suprema de Clotilde, y ademas el encanto incomparable de la mujer honrada: en su lindo rostro se unen la apacible expresion de la conciencia tranquila, y la del talento, que, como una luz interior, ilumina todas sus facciones. ¡Qué mirada tienen los azules ojos de Modesta! ¡Qué armonía hay en los contornos de su frente, de su boca, de sus mejillas, que, sin embargo, distan tanto de la perfeccion!

Cuando por las noches me lleva mi paseo—acaso sin saberlo yo—debajo de sus ventanas, mi corazon se agita dentro de mi pecho al oir las dulces carcajadas que, sin duda escuchando á su marido, caen de su boca, como caen los granos de un roto collar de perlas, en un plato de cristal!

Rubio es el cabello de mi mujer, y tambien es rubio el de Modesta; pero ambos se parecen como el *doublé* se parece al oro: azules son los ojos de Cintia, y del mismo color los de Modesta; pero del mismo modo que es azul la porcelana y la flor aterciopelada de la hierba-doncella! ¡Qué juventud, qué frescura, qué natural encanto rebosan en esta pobre y sencilla muchacha! El alma palpita bajo la rosada epidérmis de su rostro de ángel, en

las líneas puras de su frente, en el dulce contorno de sus labios, en su voz, en su risa y hasta en la punta de sus diminutos dedos. Todo es alma en ella, y de su sér emana esa celeste atraccion, que se comunica como una cadena eléctrica, para atar con insensibles lazos á la vez mi corazon y mi pensamiento.

Clotilde puede irse ó quedarse: ya no es irresistible para mí: desde que Modesta pertenece á otro, me enamora más que ántes: es la gracia de la virtud, bajo la forma más interesante de la mujer.

PABLO.

VI.

La Canonesa á la Marquesa.

Capítulo de Damas Nobles de Francfort, Agosto de 186...

Con todas tus famosas palabras, con todo tu *admirable criterio*, como se le ha llamado desde que te conozco, no podrás convencerme de que la índole de tu nieta sea susceptible de un cambio saludable.

No te puedo culpar de ese casamiento, porque yo misma lo deseaba; bajo el punto de vista del nacimiento, de la fortuna y de la educacion, pensé que Eufemia era la esposa que más convenia á mi hijo: temía, sí, á su carácter; pero creí que podrian cambiarle la fuerza del amor y las nobles aspiraciones que suponia en mi hijo.

Ahora me parece que el matrimonio efectuado es una desgracia irreparable: pienso que ni la cuna ni la riqueza pueden suplir las faltas de una naturaleza soberbia é independiente, y la educacion de tu nieta, hoy que me es más conocida, no puede engañar tampoco ninguno de mis tristes presentimientos: es vana, superficial, intolerante, y se ha lanzado al mundo desde que se ha casado.

Debo advertirte que, no hallando mi hijo en ella nada de lo que esperaba, no extrañaré que se busque distracciones de corazon, que todo hombre necesita, y que toda mujer necesita tambien: el alma hay que llenarla con algo; en la juventud, la ocupa el amor: en la edad madura, la ambicion; en la ancianidad, la religion; el alma que puede estar desocupada vale muy poco.

Perdona la amargura de mis palabras á mi dolor de madre: mi hijo me escribe una carta terrible para mi corazon; mi hijo está próximo al suicidio: muerto está moralmente cuando yo le creia aún lleno de ilusiones, y ya la vida del cuerpo le importa tan poco, que no tardará en quitársela tambien, cansado de llevarla como una carga pesada.

Escribe y aconseja á Eufemia, y quizás esa magia penetrante que siempre ha brotado de tu pluma emanada de tu corazon, despierte en ella los sentimientos del deber, y ahogue esa soberbia y ese loco anhelo de brillar, tan opuestos á lo que debe desear una mujer casada. Yo fuí más rígida que tú para mis hijos, y los resultados de su educacion han sido más satisfactorios; emplea la energía, la severidad una vez á lo ménos, aunque te sea violento, si no por tu nieta, por mi hijo.

¡Ay de mí! Aquí, en este asilo donde he venido á buscar la paz y la quietud, me ha sorprendido el más terrible de los dolores; mi pobre hijo nos ha engañado á todos; él mismo se confiesa *un libertino*, y yo le tenía por el modelo de todas las virtudes; sólo tu nieto, sólo Pablo, su íntimo amigo é inseparable compañero, sabía acaso lo que ignorábamos todos. ¿Por qué callarlo? ¿Por qué no hablar con franqueza y tal vez hubiera evitado la desdicha de su hermana?

Pero no: él no te ocultó á tí el cáncer mortal que devoraba ya la vida de mi hijo, porque él nada te oculta: y tú, ¿por qué me lo callaste? ¿Por qué engañarme todos? Acaso para conquistar una corona de condesa que ciñese la frente de tu nieta... acaso para asegurar la suerte de Eufemia.

Perdóname: te lo suplico otra vez; el dolor hace cometer muchas injusticias, ¡y yo sufro mucho!

Mi hijo no debia haberse casado, y jamas le hubiera yo dado mi aprobacion para enlace alguno, á conocer el estado de su alma. ¿Qué mujer puede parecerle bien, ni cómo han de satisfacerle las negativas cualidades de Eufemia? No, no posee tu nieta la mano delicada y el exquisito tratamiento que necesitan esas heridas, y desgraciadamente ha visto muy de cerca otra mujer que posee todas las condiciones que á la suya le faltan.

¿Y sabes quién es esa mujer? Una cortesana; una loreta de París; una de esas mujeres que me hicieron sufrir mucho en mi juventud, y á las que conozco á fondo: una criatura, que reunirá sin duda á la astucia el amor propio, y que hará un empeño en apoderarse del ánimo

de mi hijo y en arrebatárselo por completo á su esposa.

Si German hubiera conocido que Eufemia valia y que le amaba, no se hubiera fijado siquiera en esa mujer al volver á verla en Baden; pero así, desengañado ya de las últimas esperanzas que podia abrigar, ¿qué hará? Entregarse en los brazos del diablo, prosiguiendo con esa aventurera las relaciones que en otro tiempo tuvo; pasarse la vida en su casa, á su lado, oyéndola cantar como un ruiseñor, tocar el piano, leer con énfasis declamatorio algunos versos, y viéndola siempre coquetamente vestida y peinada.

Tú, mi pobre Ana, mujer vulgar y casera, no sabes lo que son esas malas mujeres: ellas unen á la depravacion más profunda, las apariencias más amables y más seductoras y las formas más exquisitas: por eso son irresistibles para los hombres, que, como mi hijo, están cansados de todo.

Hoy mismo, ó mañana á más tardar, escribiré á mi hijo, diciéndole que se halla entre las garras de Lucifer, y que si ya está en Madrid, como presumo, no escriba siquiera á esa cortesana, ni piense en ella, bajo la pena de mi maldicion.

Esto es todo lo que puedo hacer por él y por Eufemia; haz tú por tu parte lo que puedas, y, si es preciso, sal de ese castillo encantado, donde parece te has empeñado en vivir, y véte al lado de tu nieta, para reprimir su conducta, que es la de una loca.

Te advierto que lo primero que debes hacer, es arrojar á la calle á su tia, que esla que tiene la culpa de todos los desaciertos de Eufemia: ella ha dirigido sus compras

le ha dado consejos acerca del modo de poner la casa, lo ha arreglado todo, como contando con bolsillo ajeno, y le ha dicho que la vida de la mujer casada está reducida á los locos goces de la vanidad, y á dar guerra á su marido hasta que se aburra.

No poca culpa tienes tú de lo que sucede, por haber hecho que Eufemia admitiera á su lado á semejante mujer.

Tu nieta no la queria, ya lo sabes, y tú te empeñaste en que, porque era hermana de su madre, la habia de recibir y habia de vivir con ella.

La Baronesa ha cambiado á su sobrina; ¡ pero de qué modo! ¡ Ojalá hubiera permanecido como estaba!

Adios : voy á rezar para que Dios cambie la suerte de mi desgraciado hijo : si la Marquesita hace tan feliz á tu nieto, como tu nieta á mi hijo, debes ser aún más desgraciada que yo, pues ambas bodas son obra tuya.

GERTRÚDIS.

VII.

Modesta á Cintia.

Valflores, Agosto de 186....

Demasiada presuncion es, señora Marquesa, aceptar de la bondad de V. el honroso encargo de aconsejarla: yo no soy más que su humilde servidora: en el cielo hay

jerarquías, y pienso que Dios ha dispuesto que en la tierra las haya tambien; así, pues, la ilustre y opulenta Marquesa de Uclés está colocada, en la escala social, muchas gradas más alta que la sencilla Modesta Pineda, hija de un criado de la familia de su esposo de usted, y hoy esposa feliz de un honrado industrial.

No obstante, hay un lazo encantador que puede unirnos; el mutuo afecto, la recíproca estimacion; el corazon no conoce jerarquías, y la bondad, donde quiera que se halle, le cautiva; yo creo (y lo creo firmemente) que es V. tan buena, tan sensible, tan generosa, que no temo rebajarme á sus ojos, aceptando, acaso, como ya he dicho, con demasiada presuncion, el honroso título de su mejor y más adicta amiga.

Yo no puedo ir á ver á V., como se sirve encargarme; el cuidado de mi casa me retiene en ella, y, ademas, no debo permitirme visitar á V., áun cuando me haga la merced de manifestarme que así lo desea; en cambio, le escribiré, y la pluma será nuestra intermediaria fiel y discreta, salvo las veces que V. quiera honrar con su presencia esta humilde morada, siempre pronta á recibirla.

Permítame V. que empiece diciéndole que lo que más me desconsuela en su carta no es el tono de tristeza y desaliento que brota de cada período, de cada frase; no es el temor que yo misma concibo con su lectura acerca del porvenir de V.; es que en toda ella no veo estampado por la pluma de V., ni una vez siquiera, el augusto nombre de Dios ó el de su Santa Madre, protectora de nuestro débil sexo.

¡Ah, señora Marquesa! ¿Quién ha pensado jamas que haya felicidad sin fe ciega, humilde y profunda? ¿Quién espera la paz y la dicha de las grandezas mundanas y de los accidentes de la vida? Muchos habrá, pero esos edifican sus esperanzas de ventura con tan sólida base, como lo es la que los niños ponen á sus castillos de naipes, que un soplo echa al suelo.

No, nò, señora mia y muy amada amiga. ¡No hay dicha sin fe, ni se alcanza paz en este miserable suelo, á no ser poniendo nuestro destino en las soberanas manos de Dios! Y, cosa admirable, la religion cristiana, que no parece tener otro objeto que la felicidad eterna, hace tambien nuestra dicha en esta vida.

Dios solo es la fuente de la gloria y de la felicidad, y nada harémos que valga sin Dios, por hermosos que sean nuestros razonamientos, por bellas que sean nuestras resoluciones.

Yo sé, señora Marquesa, que su madre de V. era inglesa y protestante; ademas, sus contínuos dolores morales y el deplorable estado de su salud no le permitieron cuidar, como era necesario, de la parte más esencial de la educacion de V., de la parte religiosa; así sus ideas son generales, poco claras, inseguras é incompletas, y así tambien hay en su alma, que empieza á ser combatida por las tempestades del dolor, una angustiosa aspiracion de dicha, y un desaliento profundo de obtenerla.

Y bien, señora, yo, que nada sé, que nada valgo, que nada he aprendido; yo, pobre muchacha oscura y casi campesina, yo puedo enseñar á V. la ciencia de tener

una paz interior, tan profunda y serena como el agua del arroyo que corre al pié de la montaña : sí, porque la verdadera fe no es la supersticion ; ésta imprime en el alma el espanto y el terror; pero la verdadera fe la eleva, ennoblece el espíritu y purifica el corazon, consolándonos y alegrándonos á la vez.

Sí, señora Marquesa; la fe en Dios da la alegría y la paz interior; y los únicos seres del mundo, verdadera y profundamente desgraciados, son los que viven sin Dios, y, por lo mismo, sin ley, sin esperanza y sin consolacion.

Para ser piadosa una mujer necesita no ser pusilánime; sin fuerza de alma no se posee ningun virtud, ni se cumple ningun noble deber.

Empiece V., para ser dichosa, á creer humilde y ciegamente que es inmensa la misericordia de Dios y suprema su bondad; que nosotros tenemos, sí, el libre albedrío y la voluntad para obrar bien, pero que si alguna vez obramos mal, Él, tan grande, tan noble; Él, sumo amor, incomparable dulzura, eterna sabiduría, nos perdona con una sola lágrima de arrepentimiento verdadero, con un suspiro de dolor que le dirijamos del fondo del corazon.

Sí, la confianza en Dios es la irresistible fuerza para sobrellevar todas las penas de la vida; téngala V., señora Marquesa : es el único amor de la tierra que no engaña; crea V. firme y sencillamente en la inagotable bondad de ese padre más tierno, más previsor que todos los padres juntos : creer en la Providencia es la recompensa de la virtud; el criminal sólo es el que sabe tener miedo.

«Venid á mí todos los que llevais una carga superior á vuestras fuerzas, y yo os aliviaré; venid á mí los que llorais, y seréis consolados.»

Estas son las palabras de nuestro dulce y clemente Redentor Jesus.

¿Qué penas pueden temerse despues de leer en los libros santos estas divinas y consoladoras palabras? ¿Qué pueden los hombres, si ellas comunican al alma valor y fuerza para despreciar su maldad?

Obrar segun nos aconseja la voz interior que se llama *conciencia*, poniendo toda nuestra confianza en Dios, es el mejor medio de alcanzar, si no la dicha completa, á lo ménos la paz y la dulce resignacion.

Veo, señora Marquesa, que no ha hallado lo que tenía derecho á esperar en el interior de su casa; pero esto sucede á casi todas las mujeres; el marido no es el amante; el amante es sumiso, enamorado, complaciente; el marido es el dueño, y sólo puede aspirarse á que sea á la vez el amigo leal, el compañero previsor; si es displicente, si está amargado por dolores, por deberes ó por otras causas, que casi siempre nos son desconocidas, porque proceden de su vida anterior, nuestra trabajosa, pero noble mision, es sufrir, alegrar, sonreir, conllevar del mejor modo posible la situacion interior de nuestra casa, para que no falten de ella la paz y la concordia.

Sí, señora Marquesa, lo mismo la dama de alta calidad como V., que la mujer oscura y humilde como yo, tienen deberes que cumplir, ásperos y rudos como la mayor parte de los deberes, pero cuya recompensa está en su mismo cumplimiento.

En otra carta, y más despacio, diré á V. lo que esta humilde servidora suya hace en el modesto nido, que abriga su vida conyugal; por hoy, sólo puedo ya asegurarle una cosa: que la señora Marquesa, su digna madre, la ama de todo corazon y es acreedora á la confianza de V., y áun me atrevo á repetirle que, poniéndose en las manos de Dios, adquirirá una tranquilidad, una paz y un bienestar interior que le darán la firmeza que necesita para estudiar á fondo sus deberes.

MODESTA.

VIII.

El Conde á Pablo.

Madrid, Setiembre de 186.....

Si tu esposa es la mujer molusco, género detestable é inadmisible para el matrimonio, la mia es la mujer áspera y dominante, de la cual tenemos tantas muestras en España, de la que hemos abominado á duo tú y yo, y habiamos jurado huir.

¡Triste cosa es que ni uno ni otro hayamos hallado el *justo medio*, tan difícil de encontrar, y que ambos hayamos caido en los dos extremos opuestos!

¿En qué consiste que todos los hombres que se nos parecen desean ese justo medio, en contraposicion de lo que debia esperarse?

En que estamos ya muy cansados de los extremos; en que, demasiado dichosos con el sexo débil, hemos hallado más mujeres extremadas que prudentes, y más pasiones que virtudes.

Las esposas como la tuya nos sepultan bajo la losa helada del hastío.

Las que se parecen á la mia, nos irritan los nervios, nos alteran la sangre, nos remueven la cólera. ¿Por qué nos casamos nosotros? Para cumplir aquella ley fatal de correr siempre tras un *más allá*, que no alcanzamos nunca.

Tú, á lo ménos, puedes prescindir de Cintia y hacer lo que quieras de tu vida; con tu hermana no es posible hacer otro tanto; cavilosa, exaltada, exigente y buena en el fondo, merece algo, y ese *algo* hay que dárselo; sin embargo, *ese algo* no puede en mí ser amor, como ella esperaba, como ella desea, porque está apasionada de mí.

¡Pobre niña! En tanto que ella se consume en inútiles afanes, yo me dejo llevar del fácil trato de Magdalena, que sigue aún en Baden, pero que me escribe largas y encantadoras cartas. Magdalena tiene la coquetería de la razon; con ménos ilusiones que mi mujer, que las posee todas, conserva aquellas que hacen amable el trato y que avivan el cariño; no exige demasiado ni al amor, ni á la amistad, ni áun á la galantería; agradece lo que se le da, y esto consiste en que, reconociendo lo que vale por sí misma y estimándose muy alto, halla en sí misma tambien los recursos encantadores de su propio talento y de su acabada educacion.

Sus cartas son más amenas que muchos libros que nos

encantan; me habla en ellas de cuestiones literarias, filosóficas y de alta moral, pues su espíritu, elevado y lleno de gracias, abarca todos los conocimientos del saber humano que están bien á la mujer, y todas las ideas agradables que caben en la inteligencia femenina más noble y más grande.

Ayer, cuando mi ayuda de cámara recibió cartas y me las entró, estaba yo en el cuarto de mi mujer; arrojó ella una mirada escudriñadora sobre la bandejilla de plata, y columbró en la parte más visible la carta de Magdalena.

—¡Qué linda letra! dijo con voz que procuraba hacer tranquila, pero que temblaba de emocion; nunca he visto otra tan bonita.

—Es... de una amiga... le dije yo algo confuso y sintiendo no poder dar de palos á mi ayuda de cámara, que en tal conflicto me ponia con su imprudencia.

—Ya me figuro que esa carta es de una dama, observó mi mujer, que ya se habia repuesto algo de su emocion; ningun hombre podria escribir con esa delicada perfeccion.

—¿Quieres leerla? le dije presentándole la carta. Nada tiene de particular.

Eufemia alargó la mano, y la vi fruncir las cejas con un gesto de Júpiter Olímpico, pero casi al instante retiró aquélla; hizo un violento esfuerzo, y pudo sonreirse al responderme:

—No; tengo confianza en tí.

—¿De véras? le pregunté.

—Sí, por cierto; á no ser así, sería muy desgraciada; pero tampoco me quejaria.

—Yo te ruego que leas esa carta, le dije tomándole la mano; tus suposiciones pueden ir más léjos que la realidad; es de una amiga, y estoy seguro de que nada hallarás en ella que te pueda mortificar.

—No la leeré, repuso mi mujer, y te suplico que no insistas en ello.

Yo quedé triste y confuso; no reconocia á mi mujer; algun elemento poderoso hay que contiene los ímpetus de su carácter; acaso es la pluma de tu abuela.

Esta escena me contristó, y ya no pude responder ayer á Magdalena, ni acaso pueda contestarle hoy tampoco.

¡Oh! ¡es tan duro, es tan infame faltar á una mujer que pone toda su confianza en nosotros, pero que sospecha y que sufre!

La frente de Eufemia está cargada de nubes; no, no se puede prescindir de esta mujer como de la tuya, y yo quisiera mejor estar unido al yeso como tú, que al fuego como yo.

Mi vida en Madrid ha sido, desde que llegué, pálida é incolora; ahora ya empiezan á volver los ausentes, y la córte recobrará toda su animacion y su bullicio.

Afortunadamente, Eufemia saldrá con vuestra tia la Baronesa, mujer que me es bastante antipática.

Bien mirado, si tu hermana limita un poco sus locos gastos, vale más que le dé por concurrir á fiestas y diversiones, que no me obligue á estar con ella todo el dia hecho un tórtolo.

Yo trabajaria de buena gana... ¿pero en qué? Nada sé hacer con perfeccion, y te aseguro que si hubiera de ganarme la vida, me veria muy perplejo y muy desespera-

do; sin embargo, mi ya modesta fortuna va disminuyendo cada dia, y ántes me pondria á pintar fachadas ó muestras para tiendas, que recurrir al dote de tu hermana, aunque es muy crecido.

No comprendo qué haces ahí, pero tampoco me atrevo á decirte que vengas, ¿á qué? yo mismo no sé qué hacerme; te repetiré lo mismo que tú me has dicho en otras ocasiones: ¿por qué hemos nacido ricos?

Pensamientos bien extraños ocupan mi cabeza de hombre gastado por el vicio y la fortuna; creo que ocuparse es no perder el tiempo, pero que sólo *trabajar* es emplearlo útilmente. Creo que el trabajo es el padre de todas las virtudes, y la ociosidad la madre de todos los vicios.

Sí, Pablo; el trabajo, orígen de tanta satisfaccion, de tantos goces, único secreto para pasar rápidamente las horas, sacando de ellas un rico partido; el trabajo, que salva de tantos males, nos garantiza de tantos lazos y nos preserva de tantas faltas, no solamente es para el hombre un recurso y una defensa, sino tambien un deber positivo que le impone la naturaleza.

Creo que no habrá más que un reposo dulce, el que se compra por el trabajo.

Y bien, Pablo, ¿vamos á trabajar? acabarémos nuestra inútil vida de una manera digna y honrosa. ¿Cómo huirémos de las penas domésticas, que como última hazaña, nos hemos buscado en nuestras bodas? ¿por una vida de desórden? Ya no hay locura que no hayamos hecho y que nos pueda atraer por la novedad; sólo es nuevo para nosotros lo bueno, lo honrado; probemos: á la ma-

nera que un paladar estragado desea las viandas sanas y sencillas, así mi alma desea otro círculo, otras ideas, otro método de vida más grave y más noble.

Escríbeme, porque espero con ánsia carta tuya.

GERMAN.

IX.

Eufemia á la Marquesa.

Madrid, Setiembre de 186.....

Parece, madre mia, que aquí estoy más tranquila, y que desde que no vivo en aquella atmósfera abrasadora de riqueza, de vanidad, de ociosidad y de caprichos, mi alma se siente mejor y más serena.

No son esos grandes círculos los más propios para cabezas como la mia, y para un corazon que, como este tuyo, que yo abrigo en mi pecho, está aún henchido de ilusiones: no, la estancia en Baden, en Dieppe, en Truville, en Ems, en Enghien, en todos esos puntos, en fin, donde se agolpan todas las esplendideçes y todos los faustos del mundo, donde todo se da al exterior y nada se deja para el alma, no es para las mujeres como tu pobre hija.

Quédense esas suntuosas temporadas de baños para las mujeres completas y profundamente desgraciadas como la princesa Catalina; yo no lo soy, ó á lo ménos,

no quiero serlo; yo puedo aún conquistar el afecto de mi marido, y ademas tengo el tuyo, que, áun sin otro en la tierra, puede ya contarse como una felicidad suprema; yo soy jóven y nada he visto ni conozco del mundo: ni ¿para qué quiero conocerlo? Más vale que me aplique á conocerme á mí misma, á conocer á mi marido, á conocer las necesidades de mi casa, único mundo que debo estudiar, y donde debo encerrar mis silenciosos triunfos.

Bien hiciste, madre mia, en arrancarme, con tu mandato sin apelacion, de aquella magnífica, pero vacía existencia, porque si no, ¿qué sería yo á estas horas? Una mujer á la moda tal vez; una mujer desgraciada, de seguro.

German, indiferente á todo, me siguió sin ninguna repugnancia; obedeciendo tu consejo, probé ya una grande, una inmensa satisfaccion, porque pude persuadirme de que mi marido no amaba á la extranjera que apareció en Baden y cuya vista tan crueles recelos me inspiró.

Dos dias despues del en que llegó, y del mismo en que yo la vi por la noche en el Casino, la hallé en el parque, donde me paseaba con mi doncella á las seis de la mañana; todos los bancos y sillas estaban ocupados; sólo en un canapé de hierro, donde ella estaba sentada, habia sitio vacante para una persona; mi primer movimiento fué ir á tomarlo; pero luégo me arrepentí, y no pudiendo resolverme á aceptar la compañía de aquella jóven, dí un paso para retirarme; ella se levantó entónces, me señaló el canapé, me hizo una cortesía y se iba á marchar, cuando yo, dominada por un buen impulso la detuve.

—No podria consolarme de privar á V. de este agra-

dable sitio, le dije; sólo debo admitir la participacion que V. me dé en él.

—¡Oh, señora! exclamó ella con una triste, pero dulce sonrisa; V. no puede, *no debe* estar sentada á mi lado.

—¿Por qué? le pregunté yo, obedeciendo á un impulso que no pude contener.

—Porque hay una gran diferencia entre nosotras, respondió la jóven; si V. tiene la generosa bondad de no conocerlo, yo debo tener la dignidad, por respeto á V. y á mí, de no decirlo.

Al acabar de pronunciar estas palabras, Magdalena (pues así he sabido despues que se llama) volvió á inclinarse y se marchó.

Yo, muda de sorpresa, de enternecimiento y casi de respetó, quedé inmovil, mirando desaparecer hasta el último pliegue de su traje blanco y de su graciosa manteleta.

Luégo me dejé caer en el asiento, que ella me habia tan generosa y dignamente cedido.

Un dulce perfume llegó hasta mí; en el asiento que habia ocupado la jóven habia un pañuelo de batista bordado, con una corona de rosas, en cuyo centro se leia este nombre:

MAGDALENA.

El pañuelo exhalaba un delicioso perfume de violetas; yo le recogí y le miré con cuidado, pareciéndome del mejor gusto para aquella hora de la mañana.

En algunas sillas colocadas á mi derecha estaba la familia del Marqués de B., amigo de mi tia, y sobremanera

apreciable: la Marquesa bordaba y veia jugar á sus hijos al aro, á la vez que sus dos niñas saltaban con un cordon de seda.

—Ya veo que ha tenido V. un hallazgo, me dijo, y que ha alcanzado V. una dicha que le envidiarán muchos de nuestros elegantes.

¿Conoce V. á esa jóven? pregunté á la Marquesa acercándome á ella.

—De oidas, me respondió: se llama Magdalena y vive en París; es una de tantas como vienen aquí á hacer negocio; sin embargo, su educacion es muy distinguida y no da que decir con ninguna exterioridad.

Mi curiosidad quedó vivamente excitada; como todas las jóvenes honradas, habia deseado siempre conocer y tratar á alguna de esas pobres mujeres tan despreciadas del mundo; así es que sentí cierto dolor al considerar que no podria hablar á Magdalena, y casi al instante una gran alegría al pensar que tendria un pretexto para hablarla devolviéndola su pañuelo.

—¿Sabe V. en qué hotel vive esa jóven? pregunté á la Marquesa.

—En aquel que se ve desde aquí, con un gran terrado y un espléndido jardin, me contestó aquélla; quiere usted enviarle su pañuelo, ¿no es cierto?

—Sí, respondí; se lo enviaré con mi doncella.

Dicho esto, me despedí de la Marquesa; tomé un rodeo, y fuí yo misma al hotel que me habia indicado.

—¿La señorita Magdalena? pregunté al conserje.

—¿La señorita Magdalena Guymont, la que ha llegado de París?

—La misma.

—Cuarto número 3, piso principal.

Yo subí la escalera con el corazon palpitante; llamé, y salió por la puerta opuesta del corredor una camarera, que me dijo:

—La señorita ha salido: ¿desea algo la señora?

—Que cuando vuelva le entregue V. este pañuelo y esta tarjeta, le contesté sacando una de mi cartera, y que le diga V. que he sentido no verla.

Dicho esto, bajé triste por no haber visto á Magdalena, alegre por haber escapado del peligro de verla.

A los dos dias recibí este billete, escrito con una letra delicada y correcta:

«Gracias, señora Condesa, por la suma bondad de usted en venir en persona á traerme mi pañuelo; desde hoy, esta humilde prenda, tiene para mí un mérito; el de haber sido tocada por la mano de V.; por la mano de una mujer pura y honrada.

MAGDALENA GUYMONT.»

¿Qué te parece, mamá mia, este modo de proceder? Magdalena no acata en mí á la gran señora, sino á la mujer honrada; nunca olvidará esta leccion, ni á la que se la ha dado, tu hija

EUFEMIA.

X.

Modesta á Teresa.

Valflores, Setiembre de 186.....

Es preciso, mi inolvidable hermana, que me queje á tí del abandono en que me tienes: ya sé que tu dilatada familia te ocupa mucho: pero ¿no puedes perder un poco del sueño para dedicar media hora á tu Modesta? En tan corto espacio de tiempo, muchos buenos consejos puede estampar tu ágil mano, consejos que son para mí más apreciables que las más ricas joyas.

Yo soy feliz, y al hablarte de mí, ésta es la primera frase que quiero consignar: Felipe es bueno, y él y yo, por acuerdo tácito, al que ninguno hemos faltado, apénas dedicamos tiempo alguno á la ociosidad; yo pienso, hermana mia, que un poco de separacion es, como tú dices, hasta necesaria para la dicha del matrimonio; los hombres tienen cierta dósis de actividad, que deben emplear en tareas útiles, bajo la pena de malgastarla en puerilidades mezquinas; un hombre ocioso debe ser el peor de todos los azotes, porque no cesa de mirar atentamente las ruedas que hacen funcionar la existencia, ruedas que él no debe vislumbrar jamas.

Uno de los mayores beneficios que el cielo me ha concedido es el estar unida á un hombre laborioso y activo: los gustos del esposo deben ser siempre consultados para el conjunto de la vida; pero su intervencion en los deta-

lles coarta la accion que debe ser ejercida solamente por la mujer, más propia para pesar el valor y la oportunidad de aquélla.

Yo no me quejo de las largas horas que paso sin ver á Felipe; este tiempo lo empleo en embellecer mi casa, en hacerla cada dia más agradable, en cultivar mi aficion á la música y en aprender alguna pieza muy sencilla que á él le guste; el tiempo me parece ménos largo, y mi buen marido, el amigo de mi corazon, goza así del resultado, sin asistir á los trabajos y á los esfuerzos necesarios para alcanzarlo.

Ademas, yo le veo siempre venir á mi lado dichoso y agradecido á disfrutar de esas dulces horas de reposo, de que yo participo tambien, porque en su ausencia preparo todo lo necesario á la buena marcha de la casa, y á esas horas de quietud y de contento.

Tú, mi buena Teresa, me has enseñado de palabra y con el ejemplo, que el trabajo es uno de los más puros y sólidos goces de la mujer; y lo es, no solamente bajo el punto de vista de la economía, sino tambien porque se le puede considerar como una de las mejores condiciones para conservar el órden, la paz y el buen humor en el interior de las familias.

Juntas hemos examinado algunas veces, áun en el reducido círculo de personas que tratas en esa ciudad, la existencia de las mujeres que no saben trabajar; estas mujeres piensan estar suficientemente ocupadas, porque tienen constantemente á su lado una tapicería comenzada desde una época inmemorial; nada les obliga á estar en casa; malgastan sus horas en correrías inútiles y en

visitas multiplicadas y toman el hábito de una disipacion que no puede contentarlas; se fastidian en su casa y en la ajena; esperan hallar la diversion en el cambio, y la inutilidad de sus tentativas no les enseña el vacío de su existencia; como ellas no están á gusto en su casa, nadie se halla bien á su lado; les falta esa costumbre preciosa de estar sentadas la mayor parte del dia ante su mesa de labor, y de encontrar en su ocupacion placer y provecho; si estas pobres mujeres se aficionasen á trabajos útiles, no abandonarian su casa y sabrian distribuir su tiempo de tal suerte, que no darian más que una pequeña parte de él á las exigencias mundanas.

Sin embargo, Teresa mia, yo recuerdo tambien que tú no has sido jamas para tu marido solamente una obrera, siempre inclinada sobre su trabajo y que no sabe ocupar más que sus manos; me has dado el ejemplo de que en una existencia bien ordenada, hay tiempo para todo.

Me levanto temprano, y con la ayuda de una aldeanita que tengo por criada, arreglo la casa y preparo el desayuno para las ocho, hora en que viene Felipe, que á las cinco se va á la fábrica sin más que un vaso de agua azucarada; tomamos nuestro café con leche en una mesita redonda, colocada al lado de la ventana, entoldada de hiedra y madreselva, y de una parra, que ya nos ofrece sus dorados racimos; el mantel está blanco como la nieve; la loza es blanca con ramitos violeta; los cubiertos de plata antigua, que tú me diste y que eran de nuestra madre, se armonizan muy bien con lo demas del servicio, y Felipe me ha traido otros dos y un cucharon

de la misma remota fecha, regalo de su madre: cuando ya estamos sentados, Jacinta, mi criada, trae en una bandeja la cafetera y el jarrito de la leche, en tanto que Felipe corta mi panecillo y le pone manteca.

Nuestro desayuno se prolonga una hora: Felipe y yo hablamos y reimos, nos hacemos alguna fineza y luégo comemos para postre un racimito de los de la ventana.

Despues fumamos un cigarro, y digo *fumamos*, porque aunque sólo mi marido le chupa, yo le fumo con él, sentada á sus piés en un almohadon, ó bien sentada sobre sus rodillas.

Luégo él se va á trabajar y yo me quito mi bata de mañana, me peino, me visto y me pongo á coser.

A las dos comemos prosaicamente una sopa, el cocido y alguna otra cosa muy sencilla que generalmente yo misma he preparado; reposamos una hora y él se va á la fábrica; yo vuelvo á dedicarme á la labor un rato, y despues me ocupo de preparar la cena para las ocho y de quitar de en medio todos los útiles de costura, telas y patrones: el jefe de la familia, al volver á su casa, se fastidia con la vista de todas esas cosas; toco un poco el piano y luégo voy á hacer una visita á la familia de Felipe, y á las siete viene él á buscarme: nos vamos á casa á las ocho, asidos del brazo y caminando lentamente bajo los grandes árboles, y al llegar hallamos la mesa puesta por la mano de Jacinta, la lámpara arreglada por la mia, la salita desocupada, alegre, limpia, con flores frescas que esparcen un delicioso olor, y con un pajarito que canta alegremente encerrado en una jaulita verde que cuelgo entre las macetas de la ventana.

De las nueve á las once, bordo yo y Felipe lee, ó hablamos los dos y hacemos proyectos para el porvenir; á las once y media me arrodillo ante mi reclinatorio y rezo para dar gracias á Dios por mi dicha y para pedirle que me la conserve.

Tal es mi vida; háblame de la tuya, que espero sea tan dichosa como la de tu

MODESTA.

XI.

La Marquesa á la Canonesa.

Castillo de Valflores, Setiembre de 186...

¿Qué te sucede, mi pobre y querida amiga? ¿Qué fiebre se ha posesionado de tu cerebro? ¿Es esa la paz que hallas en el santo asilo que has elegido? Sólo te excusa á mis ojos la violencia de tu dolor, al ver á tu hijo desgraciado.

Ya sé que la mejor educacion no puede poner derecha una mirada torcida ni alargar una nariz corta; y, sin embargo, estoy cierta de que la fisonomía moral es más susceptible de modificaciones; la costumbre hace una segunda naturaleza; lo difícil es el imprimir la costumbre en naturalezas independientes como la de mi nieta, y rudas como la de tu hijo.

¿Piensas acaso, mi querida Gertrúdis, que la ventura

doméstica está sólo en las manos de la mujer? Es imposible; tu marido se encargó sólo de tener la balanza de vuestra dicha conyugal, y cumplió hasta su muerte este piadoso, pero amargo deber que se impuso.

Su hijo, á lo que veo, no le imita, sino que hace lo contrario; él, como todos los hombres, reconoce sus *derechos*, pero no sus *deberes;* quiere que estos últimos los conozca su mujer, sin tomarse la pena ni áun de enseñárselos, y afirma, á despecho de la gramática, que el nombre *deber* es femenino.

¡Ay, mi querida Canonesa! todo lo que es injusto carece de base, y las virtudes, en el matrimonio, deben ser el producto de un fondo comun, deben constituir una riqueza que será inagotable, á condicion de que la alimenten los dos esposos; si el marido divide en dos partes desiguales las cargas y los beneficios de la comunidad; si él se reserva todos los derechos, dejando á su pobre esposa todos los deberes, la casa de estos esposos se parecerá á tantas otras; la acritud, los reproches, las disensiones, el más profundo malestar, se deslizarán entre ellos, y envenenarán todas sus palabras y todas sus acciones.

Hé aquí, Gertrúdis, lo que sucede entre nuestros hijos; German estaba sin educacion moral, religiosa y doméstica; y en vez de educar y corregir á su mujer con el ejemplo y la palabra, se limita á decir que no la puede sufrir.

Yo inventaria una pena, que añadiria al Código, para todos los hombres que se casan sin saber dirigir á una mujer, aconsejarla, reprimirla y hacerla á la vez buena y feliz.

No es amor á la esposa el mostrarse con ella débil ó constantemente irascible.

No es amarla, ni el dejarla seguir todos sus caprichos, ni el condenarla á la esclavitud.

Amarla, es protegerla, amonestarla, atraerla; ¿por qué se casa el que, como tu hijo, no sabe ni puede hacerlo?

¿Por qué te quejas de que tu marido te abandonase por esas mujeres que se parecen á la amiga de tu hijo? Así como acabo de sostenerte que un marido debe ser capaz de educar á su mujer, te sostengo ahora que la paz y la dicha de la familia están casi siempre en las manos de la esposa; el tuyo podia llenar todos sus deberes, y tú no le dejaste que los cumpliese; por eso se buscó él otros nuevos; descuidó á sus hijos, y el fruto de tu intolerancia fué la fatal educacion de German, que jamas me ha sido desconocida.

Ya que estamos en el dia de decir verdades duras, digámoslas de una vez, para no decirlas más.

¿Has leido *La Doble familia* de Balzac? Yo misma te la presté, y acaso no has olvidado la tremenda leccion que encierra para las casadas.

Un hombre jóven, y con todas las ventajas del nacimiento, de la fortuna y de la inteligencia, se casa con una jóven rica y bella, pero cuyo talento limitado y educacion demasiado rígida, la hacen inútil para brillar en el mundo; tienen muchos hijos; pero ni éstos ni la esposa pueden llenar el corazon de fuego del esposo, que necesita el amor animado por la inteligencia; busca y encuentra una alma como la suya, y se forma una nue-

va familia, y en ella lo que no pudo hallar en la prescrita por la Iglesia.

¡Oh, Gertrúdis! Si tu hijo hiciera eso, lo miraria como una desgracia mayor y más irreparable que su pasajera aficion á esa jóven; no, no son esos lazos los que pueden arruinar la dicha de nuestros hijos, sino aquellos otros terribles que el gran novelista frances nos pinta, y que están basados en todas las buenas cualidades del alma y en la recíproca estimacion.

Yo, aunque, como dices, mujer vulgar y casera, creo poder conjurar la tempestad que amenaza á German y á Eufemia; mi hija me escribe y me habla de esa jóven que tanto te asusta, y que, léjos de ser una mujer sin corazon, es una mujer buena y simpática, acaso más que muchas que se cubren con el manto de la honradez y de la virtud.

No le digas á tu hijo que está entre las garras de Lucifer, porque se reirá. Magdalena es, á lo ménos, un Lucifer muy lindo y muy elegante; tú, mi pobre Gertrúdis, has llevado á ese retiro la ardiente cabeza y la poca reflexion que te distinguieron en el mundo, y ahí no has hecho otra cosa que exaltarte más, perdiendo las pocas nociones que tenías de la vida real.

Cálmate; con los hombres, aunque sean nuestros hijos, no pueden emplearse ni la exageracion, ni el tono de mando; yo veo las cosas á mejor luz que tú, y confío en Dios que nos llevará á seguro puerto.

Pongamos á lo ménos los medios, y, si no nos lleva, resignémonos á arrostrar la tempestad.

Eufemia es buena: acaso mi consejo haga lo que no

podria hacer el rigor; y, sobre todo, ella ama con pasion á su marido, y este amor es la mejor garantía de su paciencia y reflexion; en el camino de la virtud, el ejercicio da las fuerzas; cuanto más se avanza, se está ménos cansado; ¿por qué se ha de cansar Eufemia, que es una verdadera cristiana? No, ella sufrirá; ella pondrá cuanto á su marido falte; ése es su deber, y ése será tambien su placer mayor.

Sus penas serán acaso muy grandes; pero ¿á qué pueden llegar? ¿á minar su vida? ¡No importa! Quien ama más la vida que sus deberes no sabe ser sólidamente virtuoso.

No hay nadie que pueda ser dichoso, si no disfruta de su propia estimacion; el solo, el verdadero goce del alma está en la contemplacion de lo que es noble y hermoso; el que se deja dominar por sus pasiones, si lo admira en los otros, se desprecia á sí mismo.

Ya ves, mi querida Canonesa, que aunque no he optado, como tú, por el retiro del mundo, tengo mis ideas y creo que se puede servir en él á Dios tan bien y mejor que entre las paredes de un convento; yo tengo que cuidar de la dicha de mis hijos, de la dicha del tuyo, que crees imposible y que no lo es.

¡Oh! ¡y de qué buena gana te hubiera seguido ahí! Mis cabellos blancos necesitaban ya de la sombra del retiro, pero no era ése mi deber; si tenemos el valor de sacrificarlo todo al deber, el sacrificio cesa para hacer sitio á la satisfaccion más agradable que podemos probar; hagamos nuestro deber sin mirar á nuestro alrededor; Dios y nuestra alma son los únicos testigos que debemos esti-

mar y que pueden recompensarnos con la más dulce é inalterable paz.

ANA.

XII.

La Canonesa al Conde.

Capítulo de Damas Nobles de Francfort, *Octubre de* 186....

El color de la vergüenza debia abrasar tu frente cuando me escribiste tu última carta.

¡Cómo has podido confesarme el inicuo engaño de que me has hecho víctima, y la horrible depravacion de tus costumbres!

¡Y es á tu madre á quien lo dices! ¡A tu madre que te proponia por modelo, y que te creia, en efecto, el modelo de todas las perfecciones morales y cristianas!

¡Desgraciado! mucha amargura ó muy poco pudor debe haber ya en tu corazon, cuando así arrojas la máscara y cuando te presentas á mis ojos tal cual eres, horrible esqueleto que el mundo desecha, y que, á su vez, está cansado del mundo!

¿Por qué te quejas de tu mujer? Aun es demasiado buena para tí; es preciso que en todo y por todo la dejes hacer su gusto; ya que le das tan poco, no le quites la libertad: no son los defectos de Eufemia los que te ofen-

den, es que te ofende todo en la vida, y que no debiste casarte, ni con ella ni con ninguna otra mujer.

Más vale que cada uno de vosotros haga lo que le parezca mejor; cierra los ojos respecto de su método de vida, y que ella los cierre tambien respecto del método de la tuya; así tendrás paz, porque el matrimonio no se puede deshacer, no sé si feliz ó desgraciadamente.

¡Pero no, hijo mio! el dolor me extravía; mi talento es limitado y sólo mi corazon herido es el que oyes, porque me duele y me quejo! hijo mio, no hagas caso de las locas palabras que acaba de estampar mi pluma; ¡ay! al borde del abismo donde mis ojos espantados se fijan temerosos de verte caer, recuerdo que no supe hacer dichoso á tu padre, y que, por el contrario, fué muy desgraciado conmigo; sin embargo, él era bueno, muy bueno, y demasiado débil; sí, hijo mio; yo tambien debo hacerte mi confesion; yo le aburrí con mi carácter dominante, y él se buscó distracciones que me hicieron á mí vez completamente infeliz.

Y bien, mi German, yo no te aconsejo como buena madre y buena cristiana, induciéndote á que no hagas caso de tu mujer, y debo más bien pedirte que acudas á los recuerdos de tu infancia para hallar fe y esperanza en la tormenta que te amenaza; recoge con mano firme los frágiles hilos de esa red que se llama la vida doméstica.

Acaso no te conviniera una mujer enteramente casera; yo lo he sido, y tu padre se fatigaba de mi contínua vigilancia, de mi absoluto afan por la casa.

Enseña tú á ser metódica á tu mujer, pero no en demasía; el órden bien entendido tiene tambien su armo-

nía, armonía fundada en la razon, y que, por lo mismo, no cansa jamas, y tú mismo ten presente estos bellos pensamientos que he hallado al azar en un libro, y que te trasmito, pudiéndote acaso servir más que las más severas recriminaciones.

«El órden,—dice el libro de que te hablo,—tiene tres ventajas: alivia la memoria, economiza el tiempo y conserva las cosas.

»El desórden tiene tres inconvenientes: el fastidio, la impaciencia y la pérdida del tiempo.

»Arreglar los gastos segun las rentas, es sabiduría; gastar todas las rentas, es imprudencia; gastar más que las rentas, es locura.

»El que compra lo superfluo venderá muy pronto lo necesario.

»La economía es virtud en la pobreza, sabiduría en la medianía, y vicio en la opulencia.»

Ya ves, German mio, que aunque mi pobre cabeza no puede hacerte reflexiones propias, las busco para tí y te las envio.

Sí; no olvides que el órden te salvará de la pobreza, de una escasez demasiado próxima, pues has gastado mucho en lo supérfluo para que no te falte lo necesario.

Recoge los despojos de tu fortuna y arréglalos de modo que basten á tu decoro y á tu dignidad; no toques para nada el dote de tu mujer; si obrase como debe, debias conservárselo; no haciéndolo, debe ser para tí áun más sagrado.

Sobre todo, hijo mio, huye de esa mujer de que me hablas, y no te dejes coger en el cebo de sus fingidos en-

cantos; porque el único encanto verdadero que atrae es la virtud; tal vez yo considere á ésta de una manera demasiado ruda y prosaica; tal vez mi escaso talento no la sepa revestir de las galas que la hacen amable y amada; pero yo la siento, la respeto, la he practicado siempre, si no agradable, á lo ménos verdaderamente.

Todas las mujeres, créeme, son peores que la propia, y esto por muchos defectos que tenga; la propia es la compañera que el cielo os da y os prescribe, la que sufre con vuestras penas, la que goza con vuestros goces; yo, que era áspera y dominante con tu padre, siempre le esperaba con afan y con el corazon alegre; á pesar de sus infidelidades, que me dejó ignorar hasta cerca de su muerte, él, por su parte, hacía tambien justicia á mis buenas prendas, á mi laboriosidad, á mi deseo de complacerle, que se ocultaba casi siempre bajo las formas ásperas, pero que brillaba como el diamante entre las sombras.

Yo blasfemaba al decirte que acaso es por desgracia indisoluble el matrimonio; es, por el contrario, el lazo que une á la gran familia que se llama sociedad, y el que consuela en todas las penas, que, llevadas á solas, serian mortales; la enfermedad, la vejez, no pueden romper ni aflojar ese nudo sagrado, cuya grandeza está en su misma inviolabilidad; las leyes le desatan, en casos extremos y desgraciados, muy imperfectamente; y cuando han relajado el vínculo de la Iglesia, ninguna ventaja dan ni pueden dar en compensacion de lo mucho que arrebatan á la mujer cristiana.

Existe el divorcio, y tiene acaso ventajas para los es-

posos, si han llegado á cierto lastimoso grado de injurias y de alejamiento; ¡ay! estas ventajas son relativas á la fortuna, á los intereses materiales; pero ¿y el alma? ¿y la conciencia? ¡Nunca pueden estar en reposo! Fuera de las leyes naturales de la decencia, del decoro y de la sociedad, la angustia es constante, y la conciencia grita lo mismo en el alma de la mujer que en la del hombre, si es cristiano y tiene ideas de dignidad, que le hacen echar de ménos la paz interior que sólo se disfruta en las circunstancias normales de la vida.

Entra, pues, en cuentas contigo mismo, hijo mio, y ante todo no pienses en esa sirena engañadora que cada dia te apartará más de tu mujer. ¿Qué ventajas hallarás en esos devaneos? Las tristes que halló tu pobre padre.... ¡Ay! á la hora de su muerte, me pedia perdon y me decia:—¡No quise educarte para mí, ni sufrirte, y preferí distraerme en el desórden; perdóname!

¡Oh, hijo mio! ¡Prefiere perdonar tú á pedir que te perdonen, y serás mucho más feliz!

GERTRÚDIS.

XIII.

Clotilde á Magdalena.

Valflores, Octubre de 186.....

Me voy de aquí: la pureza y la virtud me arrebatan mi presa, y fuerza es que te lo confiese, nada pueden toda

mi astucia y todo mi talento contra la virtud y la pureza.

Recuerdo ahora, Magdalena, y te la voy á recordar á tí, cierta escena del pasado invierno, que tú acaso, digna y casta en medio de tu peligrosa vida, has dado ya al olvido.

Era en la *Maison Dorée:* en el más esplendido de sus gabinetes, cenábamos una noche veinte personas; diez eran hombres de nobles casas y de gran caudal; entre ellos estaban German y Pablo, hoy casados con dos jóvenes de su clase.

La parte femenina se componia de igual número de muchachas, de las cuales la única grave y pensativa eras tú: tú, á quien habiamos llevado casi á la fuerza, ó que más bien habias ido para estar cerca de German.

Ninguna persona extraña nos veia, y estábamos dispensados de guardar miramiento alguno; todos éramos dichosos: teniamos oro, que jugábamos con descuido; se nos sirvieron los manjares más exquisitos y los vinos más caros y más espléndidos..... poco á poco se fué formando en aquel salon un cuadro digno del *Infierno* del Dante: tú misma eras dichosa; ese bello y jóven conde te amaba ó creia amarte, seducido ó angustiado por aquella atmósfera sin igual; en el momento en que todas las pasiones que duermen en el corazon humano se desencadenaban en nuestros corazones; en el momento en que la avalancha de lo malo y de lo odioso nos arrastraba á todos, un camarero entró y dijo desde la puerta:

«Ya es de dia, señoras y señores: aproximaos á las ventanas y veréis pasar una boda, que baja de la Magdalena.»

Obedecimos; venía, en efecto, un cortejo nupcial por el ancho boulevard; muchas personas, engalanadas con trajes de fiesta, rodeaban á los recien casados: ella vestia de blanco, era jóven y bonita; las gentes se detenian para mirar su gracia decente y su exquisita distincion; el novio era tambien jóven, fuerte y hermoso; los miramos y quedamos todos absortos é inmóviles.

La tormenta de la orgía se apaciguó; las canciones cesaron; la boda pasó tranquilamente, y sólo las alegres risas de los amigos de los novios turbaron el silencio de la saturnal avergonzada.

Los hombres pensaron en sus madres y en sus hermanas; en su juventud perdida en los vicios y en el ocio: nosotras, mujeres abyectas y no acostumbradas á la vergüenza, temblamos al ver el blanco velo de la virginal esposa; quizá las diez tuvimos dos lágrimas en nuestros ojos; la una por nuestro presente envilecido; la otra por nuestra honradez perdida para siempre. Florina, ménos sensible ó más atrevida que las demas, quiso lanzar un insulto á la faz de la virtud que pasaba; pero su imprecacion quedó ahogada en su garganta, y todas le arrojamos una mirada de desprecio.

¿Verdad, Magdalena, que recuerdas ahora, como yo, aquella escena grandiosa? Entónces, no extrañarás que te diga que retrocedo en mi empresa, y que voy á dejar estos lugares: ¡sí! como tú, profeso un santo respeto al matrimonio, á ese sacramento imponente entre los más imponentes; á ese acto sublime que ata para siempre á dos seres á una cadena, de la cual cada anillo que se rompe causa un dolor ó una vergüenza.

Pablo está casado y su mujer me impone respeto; pero aunque así no fuera, aunque mi propia conciencia no me prohibiese turbar su paz, hay otra consideracion que sobra para mi derrota. Pablo, hoy marqués de Uclés, ama á otra mujer que no es la suya, pero que tampoco soy yo.

Hé aquí derrotado una vez más el vicio por la suave y tranquila virtud.

Esta jóven será el último amor de Pablo, y es sabido que semejantes amores se apoderan del corazon con una violencia irresistible; esta pasion crecerá con el tiempo, porque es como un flúido que corre con la sangre de sus venas.

Sin embargo, esa jóven no es bella y apénas llega á ser bonita: no es de una noble familia; ni tiene gran talento, ni trato alguno del mundo; su mérito principal consiste en ser honrada; nosotros sabemos de todo, ménos ser virtuosas; ella lo ignora todo, ménos la virtud.

Esta jóven, á quien ama Pablo, está casada desde hace pocos meses, y se llama Modesta: no he visto un nombre que esté más en armonía con la persona que lo lleva; una modestia serena y casta, una dulzura admirable, reinan en toda su figura juvenil y encantadora.

Ella ha hecho inútil mi viaje aquí; yo vine para vengarme del abandono de Pablo, y despues que se ha casado, he permanecido para robársele á su mujer, que me parece bastante estúpida: para dejar entre ambos la discordia, y huir despues.

Ya sabes que estoy acostumbrada á semejantes maniobras, y que las he ejecutado algunas veces.

Mas ¡ay! existe arriba, y detras de ese cielo que, sin quererlo nosotras, atrae nuestras miradas, un sér superior que dispone de nuestros destinos. ¡Yo he sido derrotada! ¡La virtud ha salido á mi paso, y ha prendido á ese hombre con lazos más fuertes que los de que yo podia disponer!

¿De qué sirven mis coqueterías, ni áun mis gracias naturales, ante la gracia indescribible de la mujer honrada? ¿Qué tengo yo comparable á ese inocente rubor que hermosea el semblante de Modesta, como una llama tiñe el vaso de alabastro que la contiene? ¿Qué canto puede hallarse parecido á la franca y ruidosa carcajada que se escapa de los labios de Modesta, y que únicamente puede tener su orígen en la pura y radiosa serenidad de su alma?

¡Oh Magdalena, de las grandes obras de la humana naturaleza, sólo Dios es el gran artífice! ¡La coquetería que estudiamos desde la niñez, la sangre fria que el hábito de la intriga nos da, lo que se llama conocimiento del mundo, todas esas cosas reunidas, no llegan á la sublime naturalidad de la mujer buena y honrada!

Me alejo, pues, vencida por el respeto que esa jóven me inspira; ella no sabe quién soy, y me cree una señora casada ó viuda que ha venido á visitar estos pintorescos lugares; dos veces me ha encontrado en la iglesia, y me ha cedido su sitio con perfecta educacion y digna cortesía; ayer tarde la hallé paseándose en un bosquecillo de pinos que se extiende á la izquierda de su casita; ella salia para pasar á la magnífica fábrica donde viven los padres de su marido, y al dar yo una vuelta nos encontramos de frente.

—Buenas tardes, señora, me dijo deteniéndose; ¿está V. ya mejor? Me habian dicho que se hallaba V. algo enferma...

—En efecto, le respondí; vine aquí en busca de aire puro; mil gracias por el amable cuidado de usted.

—Cuando V. pasee y quiera descansar, ésta es mi casita, dijo Modesta con cândido orgullo; con el mayor gusto le ofreceré á V. una taza de leche ó alguna fruta; mi marido y yo nos considerarémos muy honrados si usted acepta.

Yo le dí gracias; ella me saludó con respeto, y se alejó ligera como la diosa de la felicidad, ó como el ángel de la virtud.

Tuya, como siempre,

CLOTILDE.

XIV.

La Marquesa á Eufemia.

Castillo de Valflores, Octubre de 1865.

Tu última carta, hija mia, ha llenado mi corazon de una suprema alegría; tienes razon; no es para tí esa atmósfera que has dejado; la vanidad mata los buenos instintos del corazon, y el norte de la mujer casada debe ser la modestia, así como su guía debe ser la razon.

Aplícate, hija mia, ante todo á conocerte á tí propia;

sé severa contigo misma é indulgente con los demas, empezando por tu marido: con éste, en particular, el ejemplo conseguirá mucho más que las palabras, y al hablarte así, creo inútil decirte que le reconozco defectos.

Y bien, si los tiene, sopórtalos, é indirectamente repréndeselos con la vista de las virtudes opuestas; si eres colérica, no podrás quejarte sin notoria injusticia de sus arrebatos; si gastas sin medida en tus caprichos, no podrás lamentar el desórden de sus propios gastos; es preciso, hija mia, de todo punto indispensable, empezar por poseer las cualidades que desees hallar en tu marido y despues es necesario tambien que te ocupes en cultivarlas.

La paz doméstica debe ser el objeto á que se encaminen todos tus esfuerzos: si yo fuera hombre y estuviera casado con una mujer siempre dispuesta á la discusion y á las escenas violentas, comenzaria desde luégo por despojar sus motivos de los pretextos, bajo los cuales procuraba encubrirlos, y probaria á educarla por la persuasion y los razonamientos; mas si esto no bastase, la prevendria que no responderia jamas á sus quejas y tomaria el sombrero, marchándome á dar un paseo; el combate entre dos acaba siempre cuando se retira uno de los combatientes, y esta retirada, oportunamente adoptada, cortaria todas las discusiones.

Yo profeso una incredulidad incurable respecto de la facultad de abnegacion de esas mujeres que imponen á las personas que las rodean tormentos cuotidianos, que las mortifican con discursos hirientes y groseros, bajo pretexto de interes y de franqueza, y que reservan el

probar la excelencia de su corazon, para el dia en que aquellos á quienes pretenden amar, caigan al rio ó sean amenazados por las llamas.

Puede muy fácilmente suceder que se pase la vida entera sin que corran semejantes peligros, y por consiguiente, sin que puedan demostrar su aptitud para el sacrificio, lo que es muy cómodo para las que sólo la poseen de palabra; ademas, es imposible admitir que una mujer pueda ser completa y perfectamente egoista en todas las ocasiones ordinarias de la vida, y que sea á la vez capaz de serios sacrificios.

Modera, pues, Eufemia, modera la dureza y la intolerancia de tu carácter; da más de lo que exijas en cuanto á generosidad y á prudencia; no seas ni la mujer vulgar, enemiga de todo gasto, descuidada en su persona y casi avara, ni la mujer completamente entregada á todas las locuras de la vanidad; los dos extremos son igualmente perjudiciales y malos; los dos tienen escollos que es preciso evitar á toda costa.

Tu imaginacion ardiente te lleva siempre á los extremos, porque tienes la desgracia de que tu corazon manda á tu cabeza. Reflexiona y ten calma; la reflexion no puede serte nunca perjudicial, y para adquirir el aplomo que necesitas, vive, no en un absoluto retiro, sino en la quietud que tu naturaleza exige.

La mujer que se olvida de sí misma se ve muy pronto olvidada de su marido.

La que malgasta ó derrocha la fortuna conyugal, se ve tambien mirada con el desvío y el tedio que se profesa siempre á un instrumento de desgracia y de ruina.

Busca el justo medio: la moderacion y la templanza son indispensables en todas las circunstancias de la vida, así en el modo de obrar, como en las formas exteriores.

Lo que me cuentas de tu entrevista con Magdalena Guymont me ha enternecido. ¿Ves cómo la benevolencia, la dulzura y la cortesía, dan siempre bellos y buenos frutos? Con una grosería te hubieras hecho de esa mujer una enemiga formidable; las buenas maneras te han conquistado su respeto y quizá su afecto.

Acaso dices en tu interior al leer esto:

«¿Y qué me importa el afecto de semejante mujer? Sólo he sentido por ella una débil y pasajera simpatía.»

¡Ah, hija mia, la dicha más verdadera del mundo consiste en amar y ser amada, sobre todo para la mujer! ¿Qué seriamos sin afectos? ¡Nada! La soledad, el aislamiento, constituyen nuestra mayor desgracia.

Magdalena, herida por una desatencion tuya, que hubiera tomado por una injuria hecha en público, no hubiera perdonado medio alguno de robarte el afecto de tu marido, pero de una manera completa; os hubiera seguido, constituyéndose en la sombra rosada de German, en la sombra negra de tu destino.

No la temas ya; tu proceder digno y noble la ha desarmado; cuanto ménos merece una mujer los homenajes, tanto más los ansía y los agradece; nunca olvidará Magdalena, ni las pocas palabras dulces que le has dirigido ni tu bella accion al ir á llevarle su pañuelo.

Por lo demas, no nombres nunca á esa mujer al Conde; si él la nombrase delante de tí, habla de ella con benevolencia y sencillez; los celos infundados son ridícu-

los, y manifestarlos, aunque tengan desgraciadamente fundamento, rebaja tambien la dignidad de la mujer.

No sigas á ciegas las ideas de tu pobre tia, respecto del lujo y de la moda; ya te lo he dicho otras veces; no hay naturaleza tan perversa que no tenga su grano de oro, y la Baronesa le posee tambien; pero descarta del oro la arena que le envuelve, y no tomes más que lo que es saludable.

Aprende de tu tia el arte encantador de ser agradable y de tolerar á todos; aprende de ella á decir cosas dulces, á no zaherir, á no criticar, á disponer coquetamente todas las habitaciones de la casa, á vestir con elegancia á la vez que con economía; ya sabes que ella cuenta con muy escasos recursos, y que, sin embargo, su traje es siempre esmerado; no ignoras que, á pesar de su natural indulgencia, sabe dirigir perfectamente una servidumbre numerosa, y que es económica, previsora, de trato fácil y agradable; aprende de Galatea estas buenas cosas, y deja á un lado las exageraciones de que adolece; la vida enseña; aprendamos de ella, aceptemos á las personas con sus defectos, pero imitemos las buenas y recomendables cualidades de cada uno.

No terminaré sin encarecerte, hija mia, lo muy preciso que es el que te dediques enteramente á ganar el corazon de tu marido, á reanimar sus impresiones adormecidas con el abuso de todo, por medio de la admiracion que profesa á tu talento, á tu dignidad y al amor que siempre y en todas ocasiones podrás demostrarle.

ANA.

XV.

Pablo al Conde.

Castillo de Valflores, Octubre de 1865.

Sí, mi querido German, trabajemos; mejor dicho, trabaja tú, porque yo lo estoy haciendo ya. Voy á explicarte lo sucedido desde tu última carta.

Su lectura me puso pensativo.—Tiene razon, me dije; en ninguna locura, en ningun desórden hallarémos el atractivo de la novedad; sólo lo bueno y lo honrado puede tenerlo para nosotros. ¿Por qué, pues, lo bueno no ha de poder curarnos del hastío? A veces, en las enfermedades que aquejan á la humanidad, sanan mejor algunas hierbas sencillas que todos los refinamientos de la ciencia; busquemos, pues, los simples; trabajemos, pero ¿en qué? ¿Dónde hallaré elementos en este país campestre, en este castillo aislado, en esta humilde aldea?

Creo que el Evangelio dice:—«Buscad, y hallaréis»; así, al ménos, lo aseguraba mi abuela.

Salí á pasearme para buscar, no trabajo, sino alguna idea que me ayudase á buscarle; seguia la avenida de tilos que lleva á la fábrica de azúcar, junto á la cual habita Modesta, y de repente oí tararear una cancion á una voz melodiosa y dulce que no pude desconocer.

El sol caia, ó, mejor dicho, se levantaba para dorar con sus últimos reflejos, de un tono ardiente, las copas

de los árboles y la cima de la alta colina, que, como un gigante vestido de verde, es la majestuosa atalaya de este florido valle; tras de un bosquecillo de pinos jóvenes cantaba la que tiene encadenados, acaso para siempre, mi pensamiento y mi corazon.

Separé un poco la movible cortina de verdura y miré: era ella; llevaba un traje corto y azul; unas botas altas, negras; un cinturon ancho, anudado por detras con un gran lazo, y una corbata de muselina blanca, para preservar su garganta del fresco de la tarde, que hacía resaltar el óvalo gracioso y prolongado de su rostro.

Los cabellos de Modesta, castaños con reflejos dorados, se partian dulcemente desde la frente á la nuca, y caian por su espalda en dos hermosas trenzas, cuyas puntas estaban sujetas por dos lazos de cinta de seda negra. He reparado que cada cabellera, rubia ú oscura, tiene su ondulacion, su colorido particular y su carácter, que no se reproduce sobre ninguna otra cabeza; yo no he visto una sola que se asemeje á la de Modesta.

Llevaba ésta cubiertas sus lindas manos con unos guantes holgados, para no mancharlas sin duda con los tallos de las flores que iba cortando con unas tijeras y que colocaba en una canastilla pequeña que habia en el suelo.

Permanecí largo rato contemplando su delicada figura, su encantadora cabeza y la gracia de todos sus movimientos; al dar ella una vuelta, me vió; un color sonrosado subió á su frente, y envolvió su puro rostro como una trasparente nube.

—Buenos dias, señor Marqués, me dijo sencillamente y serenándose al instante; ¿va V. á paseo?

—Sí, le respondí, y me alegro de hallar á usted.

—¿Tiene V. algo que decirme? preguntó con dulzura.

—Sí por cierto, le contesté; suplico á V., señora, que deje por un instante de cortar flores, y que me escuche sentada aquí á mi lado.

La jóven puso sus tijeras en una ladito de la canastilla, y se sentó sobre la hierba con modesta complacencia, cruzando á la vez, con una gracia suprema, sus piés de niña y sus lindas manos, que apoyó en sus rodillas.

—Ya le escucho, me dijo; hable usted.

Mi corazon latia con violencia; mis ojos no podian separarse de aquella deliciosa figura, perdida por siempre para mí.

—Modesta, dije con voz que procuré hacer tranquila; ¿es preciso que el hombre trabaje?

Ella me miró como queriendo leer el fondo de mi pensamiento; luégo contestó grave y dulcemente:

—Es indispensable, señor Marqués; la ley del trabajo es el beneficio más grande que Dios ha hecho á la humanidad.

—¿Pues no nos fué impuesto como un castigo?

—Sin duda; en castigo de la falta de nuestro primer padre; pero Dios, como otro padre tierno y justo á la vez, que encierra á su hijo y le condena al ayuno, ha puesto en un ladito de nuestro calabozo un alimento sano y nutritivo para el alma; este alimento es el trabajo; es una dulce ley que lleva consigo la dicha; el que no trabaje, no será feliz.

—¿Luégo el trabajo es un deber?

—Sí, señor Marqués.

—¿Tenemos muchos deberes?

—¡Muchos!

—Resumámoslos todos en una palabra: llamémosles, si gustais, *deber*, dejando el plural por el singular, y ahora dígame V. ¿qué es el DEBER?

Modesta apoyó la mejilla en la palma de su blanca mano; sus dulces y grandes ojos azules erraron un instante por la campiña; meditó dos segundos, y me dijo:

—¿Ha leido V la mitología?

—Sí por cierto, respondí.

—¿Conoce V. la hidra de la fábula?

—Sí; tenía siete cabezas; se le cortaba una, y renacía, quedando siempre las siete.

—¡Justamente! Pues bien, señor Marqués; el deber es un monstruo moral; siempre que se deja uno sin cumplir, están sin cumplir todos los demas.

Yo me quedé pasmado, atónito, mirando á Modesta; aquel talento luminoso, aquel juicio sólido y claro me llenaban de admiracion.

—Yo quisiera trabajar, señora, le dije triste y humildemente y mirándola casi con timidez.

—Y hace V. muy bien, me respondió; el ser rico no dispensa de ser hombre, y el ocioso no merece este honroso dictado; pero ¡qué lástima que sea V. Marqués!

—¿Por qué?

—A ser V. de otra condicion, hoy mismo hallaria en qué ocuparse.

—¿Dónde?

—En la fábrica; Felipe necesita un tenedor de libros, al que dará un modesto sueldo y una parte en los beneficios que se obtengan.

—Yo seré ese tenedor de libros, exclamé.

—Cómo, ¿quiere V. esa plaza?

—Sí por cierto; no busco en mi trabajo ventajas positivas, sino la satisfaccion de estar ocupado.

—Luego, dijo Modesta con una candidez adorable, ya es V. bueno.

—No, ni sé cuándo lo seré; mejor dicho, sí lo sé; cuando llegue á distinguir lo verdadero de lo falso.

—Lo falso, dijo Modesta, es todo aquello tras de lo cual ha corrido V. hasta hoy; lo verdadero es esto.

Al hablar así, se inclinó sobre su florida canastilla y del fondo sacó un volúmen algo abultado, pero no muy grande, que me ofreció con ademan solemne; yo le abrí, y leí en la primera página: LOS EVANGELIOS.

Modesta volvió á tomar el libro de mi mano, le colocó de nuevo entre sus flores, levantó su canastillla, y se alejó de mí como la sombra de la dicha.

Por la noche fuí á ver á su marido: ella tocaba el piano, él la contemplaba; al verme, se levantó Modesta, me saludó y nos dejó solos.

—¿Quiere V. darme la plaza de tenedor de libros? pregunté á Felipe.

—Si el señor Marqués la desea, es suya, respondió aquel con respeto.

—Desde mañana iré, pues, á ocupar mi bufete.

Hace, en efecto, tres dias que trabajo; mi cabeza, aturdida al principio con esta atmósfera de actividad y

ruido, se va ya serenando; llevo á mi tarea una especie de ardor infantil; como nueva, me encanta, é inclinado sobre mis libros, me parece que vuelan las horas, que ántes se me hacian insoportables.

PABLO.

XVI.

Teresa á Modesta.

Valencia, Octubre de 1865.

No pienses, mi querida hermana, que, aunque te escriba poco, me olvido de tí, no; ocupada con mi dilatada familia, entregada á mis quehaceres cuotidianos, de los que ninguna ama de casa puede prescindir, mi pensamiento vaga siempre en derredor tuyo, te sigue en tu apacible vida, y no te abandona un momento.

Hoy es domingo, y entre tanto que Estéban lleva á paseo á mis hijos mayores, y que los más pequeños gorjean y juegan á mis piés, voy á dedicarte la tarde y á llenar ocho páginas de papel de mi letra, nada bonita, pero sí muy clara.

He visto en tu carta, mi querida Modesta, que vas por la senda recta que conduce á la felicidad, y por ello doy gracias á Dios y á nuestra buena madre, que sin duda vela por nosotras desde el cielo. Tal vez hallarás escollos; ¿quièn no los encuentra en su camino? ¿Quién no

tiene que sufrir pruebas, decepciones, pesares, tentaciones, dolores más ó ménos agudos? Pero una conciencia tranquila y una profunda confianza en Dios te sostendrán en todas las ocasiones en que debas hacer pruebas de valor y de conformidad.

No depende de nosotros el ser constantemente dichosos, pero siempre depende de nosotros el merecer serlo.

Sé siempre, hermana mia, caritativa, paciente, dulce, bondadosa; sé digna en el dolor, valerosa en la adversidad, moderada en la alegría.

Poco te costará; te has casado con un hombre superior; has elegido bien, y la que sabe elegir tiene segura la dicha para toda su vida.

Si te hubieras unido á un hombre inferior á tí, estabas perdida; la mujer es débil por naturaleza, y pocas pueden dar á sus maridos el ejemplo de una superioridad constante y sostenida; la mujer ha nacido para ser dirigida, y no para guiar ella al que es su natural protector.

Se ha dicho, y es verdad, que no debe despreciarse el consejo de la mujer, y que un marido debe escucharlo siempre; pero es en lo que se refiere á la delicadeza de su instinto y á lo exquisito de su percepcion, y no en lo que toca á la fuerza del alma ó á la elevacion del carácter; estos consejos toca darlos al hombre.

¡Ay de la familia en la que están invertidos los papeles! ¡Ay de la mujer imprudente ó desgraciada que toma la completa direccion de los intereses, la solucion de los negocios, la responsabilidad de todo! ¡Ella será siempre la víctima, y á los ojos del mundo pasará por el verdugo!...

No, la mujer no tiene más terreno que el gobierno interior de la casa, que la distribucion prudente y económica de lo que gana su marido; en lo demas, no debe ni puede ser responsable.

Felizmente tú, como yo, has hallado el perfecto equilibrio que te conviene guardar; eres protegida y no protectora, y á la vez señora absoluta en tu reducido espacio, tan dulce y tan fácil de regir.

Cuando los pequeños accidentes de la vida conyugal no enfrian el cariño de los esposos, éste se acrece á causa de esos mismos accidentes : una discusion sirve para que uno de los dos pueda mostrar su deferencia al otro: una leve disputa, para hacer las paces; el dolor sirve para consolarse mutuamente; la alegría para dividirla entre los dos y disfrutarla más. ¿Qué son las dichas en la soledad? Sombras dolorosas que pasan ante nuestros ojos y nos hacen sentir amargamente la falta de afecciones.

Dios colocó al primer hombre en un lugar de delicias, pero su paternal bondad halló que no era aún bastante feliz, y le dió una compañera; esta compañera no la formó — como dice San Agustin — de los huesos de la cabeza del hombre, porque no queria que le fuese superior ni áun igual; no la formó de los huesos de los piés, porque no queria que fuese su esclava; la formó de una costilla, del centro del cuerpo, de un hueso inmediato al corazon, para significar que era su compañera y no su sierva, y que debia protegerla y amarla.

Acordémonos, querida mia, de esta definicion del gran Padre de la Iglesia, tratándose de nuestra condicion, y no queramos dominar, pero evitemos ser maltratadas,

dejando nuestro sitio; hállete siempre tu marido pronta á la humildad, pero jamas dispuesta á la bajeza; resignada, pero no cobarde; si te ofende, perdónale, y que el perdon sea tu única venganza, pero que comprenda que le perdonas por ser cristiana y porque le amas, no porque la ofensa te haya sido indiferente.

Tu método de vida no puede ser mejor para que cuentes con una felicidad permanente; sin negar que tú pudieras ser una mujer á propósito para vivir en sociedad, el apartamiento de ella en que vives, es una garantía sólida de tranquilidad y de paz; el mundo pide mucho, hiere mucho, hace mucho daño, y da en cambio muy poco. Sea cualquiera su posicion social, la que es esposa y madre debe vivir muy retirada, y este retiro, que á veces no puede ser tan absoluto como se desea, te lo ha deparado á tí la Providencia como un inmenso beneficio: la religion, el amor, la naturaleza, el trabajo, todos estos elementos poderosos de la dicha humana forman la cadena de tu vida; añade á esto una independencia, una libertad para tu esposo y para tí, que todas las esposas desean y muy pocas disfrutan, y convendrás conmigo en que tu suerte es envidiable.

Acaso la cambiarian por la tuya esas dos jóvenes que se casaron en el mismo dia que tú, y que viven, la una en medio del bullicio de las grandes capitales, y la otra en la soledad magnífica de ese soberbio castillo.

Yo, Modesta mia, tengo más ruido y ménos paz: yo vivo en una ciudad populosa, y atenida sólo al servicio de una doméstica anciana y casi inútil, tengo que tomar parte en los quehaceres más rudos de la vida, y me veo

algunas veces hasta en el caso de ir á comprar la frugal comida que nos alimenta á todos y que mi pobre Estéban gana á costa de tanto trabajo; pero ¿qué importa? Otra mujer llamaria á esto duras pruebas; yo lo considero como efecto natural de la suerte que Dios me ha destinado.

Ademas, recuerdo estos versos de una de nuestras poetisas contemporáneas (1):

«La vida es buena; si en el bien se emplea,
Resbala alegre en la modesta casa:
Risueña corre en la pajiza aldea;
Vuela feliz, si en la opulencia pasa.
El que extinguirla en su rencor desea,
El que la juzga de placer escasa,
No tiene corazon; le ha destrozado,
Y en el pecho, por fin, se le ha secado.»

Tiene razon la autora de estos versos, que sólo podian brotar de la pluma de una mujer: la vida es buena en tanto que podamos rezar con fe, amar y ser amados, y en tanto que tengamos deberes que cumplir.

Adios, hermana mia; ya te lo he dicho, mi pensamiento te sigue por todas partes; te veo en tu modesta casita cosiendo, cogiendo flores por el campo, disponiendo en la cocina un plato del gusto de Felipe, y de todas maneras te admira y te abraza tu hermana

TERESA.

(1) *Plegaria á la Virgen*, de la autora de este libro.

XVII.

Cintia á Eufemia.

Valflores, *Octubre de* 1865.

¿Cómo te va, mi querida hermana, en ese Madrid donde nunca he estado, y del que tantos elogios he oido? Yo no espero, ni áun deseo ir á él. Pablo se halla bien aquí, y yo, á su lado, me hallo bien en todas partes, y acaso mejor que en otra alguna, en esta profunda soledad, donde empiezo á conocer verdades que ántes no comprendia.

Sí, hermana mia; mi alma renace aquí; mi alma se ha iluminado con la luz de la religion, que ántes no penetraba en ella; mi madre, inglesa y protestante, vivió siempre guiada por el delicado instinto de una naturaleza exquisita, y vivió muy desgraciada, pues tuvo penas amargas, y que sólo podian atenuarse con el sagrado bálsamo de la religion.

¡Cuán grande hubiera sido mi madre siendo cristiana! Aun viviria, porque á sus crueles dolores hubiera opuesto el inquebrantable escudo de la fe; aquel abatimiento en que yo la veia sumergida, aquella muda desesperacion que se hacía mayor á la muerte de cada uno de mis hermanos, aquella amargura que habia en sus lágrimas, todo hubiera sido dulcificado por su resignacion y su esperanza en un mundo mejor.

Yo misma, amada Eufemia, hoy renazco á una nueva vida; he hallado aquí á un ángel que debia iluminarme; este ángel es Modesta: su delicada percepcion comprendió al instante lo que me faltaba, pues sabía que mi madre no era católica; me lo dijo, y esclareció con la magia de su palabra el cáos en que yo vivia; como pájaro errante y herido, vagaba yo en las soledades de la vida; mi marido me asustaba; tu abuela me imponia un respeto mezclado de temor, porque su misma superioridad me humillaba, así como me humillaba su benevolencia; el vacío estaba en derredor mio; la frialdad, que sólo en mi alma residia, la achacaba yo á los seres que vivian á mi lado; mia era la culpa y lo ignoraba.

Hoy ¡qué diferencia! Modesta empezó por hacerme conocer y amar á Dios, y me ha enviado libros admirables y llenos de sencillez; los *Evangelios* y la *Imitacion de Cristo* han bastado para abrir mi alma á la luz.

El que me sigue, no camina entre tinieblas, dice Jesucristo en la primera palabra del admirable libro de la *Imitacion*, y yo, desde que le sigo, veo horizontes radiosos y magníficos.

Fuí bautizada como católica; pero ¿cómo podia mi pobre madre dar lo que no poseia? Era imposible, y, sin embargo, yo sabía que estaba en el cielo y le hablaba, no por medio de la oracion, único lenguaje que debemos emplear con los muertos, sino escribiéndole todos mis pesares y dolores para hacerme de su memoria un íntimo y tierno confidente, á falta de otro objeto terrenal que llenase mi deseo y mi necesidad de amar.

La religion cristiana me ha levantado á mis propios

ojos; conozco que, si no está en mi mano el ser una mujer superior, lo está el ser una mujer buena y digna; el ejemplo de Modesta es ademas la mejor leccion que pudiera tener, y de ella he aprendido la constante ocupacion, lenitivo dulce de los pesares del aislamiento.

Voy á decirte hasta dónde llega mi valor; he sabido que mi marido, que tu hermano, está enamorado de Modesta, y que ántes de llegar yo quiso casarse con ella; y lo he sabido por la hermana del cura, que, queriendo sin duda prevenirme, me lo advirtió; pues bien, deseando hacerme amable á los ojos de Pablo, deseando ser amada de él, he pedido á Modesta sus consejos y su amistad, y le he rogado que viniera á verme al castillo, no dudando que lo haria, pues recordaba que ántes de casarse habia sido señorita de compañía de la Marquesa.

Modesta, con noble dignidad, se ha excusado de venir á visitarme, pretextando las ocupaciones de su casa, sin duda por no encontrarse con mi marido; pero me ha invitado á ir á la suya siempre que quiera, y yo he aceptado esta amable invitacion y he estado algunas veces. ¡Qué admirable órden reina allí! ¡Qué alegre y graciosa sencillez se advierte en esa casa nueva, decorada toda de persa con grandes ramos de flores! El saloncito de Modesta, su cuarto de tocador y de trabajo y el que está destinado á su marido, todo es risueño, todo está aseado y amueblado, aunque muy sencillamente, con los objetos más á propósito.

—¡Modesta, le dije el primer dia que fuí, parece que esta casita refleja tu propia felicidad!

—Así lo creo, me respondió: ¿quién duda que nuestro

carácter imprime carácter tambien á los sitios que habitamos? Yo adivinaria dónde vive una persona desgraciada y dónde habita una que es dichosa.

—¿Cómo haces tú para ser tan feliz, para conquistarte tan profundas y durables afecciones, que son el mayor bien de la vida?

—No es por cierto sin algun esfuerzo, repuso Modesta sonriéndose: soy paciente por carácter y tambien un poco por egoismo, porque la impaciencia es el enemigo más cruel de la mujer, el que mina su buena reputacion y el que más la mortifica; yo tengo que sufrir mil pequeñas contrariedades en la vida; pero ya que no puedo escapar de ellas, las sufro resignada, en vez de soportarlas entre lágrimas y quejas.

—Pero ¿cómo has conseguido ser tan amada de tu esposo?

—Amándole y respetándole yo á mi vez; demostrándole una confianza ciega y una profunda estimacion; pensando sólo en su bienestar y preparando de antemano todo aquello que puede desear; ademas, señora Marquesa, la soledad ayuda á la dicha, y no teniendo muchas distracciones aquí, halla en su casa, más fácilmente que en una gran capital, un agradable descanso.

—¡Yo soy muy infeliz! exclamé llorando, sin poder ya contener la amarga pena que me causaba la comparacion involuntaria que hacía entre mi situacion y la de Modesta.

—No se aflija V., repuso esta amable jóven abrazánme; espere en Dios, que ayuda á los buenos y la hará llegar á dias mejores; y para conquistar el afecto de su

espóso, empiece por desechar esa excesiva timidez, y estímese en algo más que hasta aquí; el humillarse demasiado no es nunca bueno, porque debemos procurar que nos estimen los demas, empezando nosotras por hacerlo así; hable V. á su esposo de igual á igual, sin faltarle nunca, pero sin miedo ni cobardía; si V. tiene deberes, tiene tambien derechos; ni olvide V. aquéllos, ni desatienda éstos.

Modesta tiene razon; y, como para ayudarla, el cielo ha inspirado á Pablo un buen pensamiento; por un capricho feliz se le ha ocurrido trabajar, y va, desde hace algunos dias, al despacho de Felipe, que le ha empleado como tenedor de libros. ¿No hallas esto muy extraño ó muy sublime? A mí me parece lo segundo, y toco el beneficio de su contínua ocupacion, pues viene á casa más tranquilo y más satisfecho de sí mismo.

Sí, el trabajo es un eficaz remedio de las penas; Modesta es un ángel, y ménos infeliz tu hermana

CINTIA.

XVIII.

Felipe á Estéban.

Valflores, Octubre de 1865.

Ya estamos casi en el invierno, mi querido hermano; ya son largas las noches, y quiero dedicarte un rato para que no me acuses de que te olvido.

Mis ocupaciones son muchas; como tú, gano con esfuerzo el pan de cada dia; pero ¿qué importa? Yo, como tú, como todo el que tiene la conciencia sana y tranquila, soy feliz, y uno de los más poderosos elementos de mi felicidad es ese mismo trabajo, de que otros se quejan, y que tú y yo miramos como á un amigo fiel.

¡Qué dulce descanso hallo al volver de mis cotidianas tareas, al lado de mi amada y buena Modesta! ¡Qué bella, noble y hermosa vida es la del matrimonio! Acaso, al oirme expresar así, acaso, al leer estas líneas, soltará la risa uno de esos *hombres* que se apellidan *de mundo*, porque se creen capaces de despreciarlo todo y de burlarse de todo; yo, querido Estéban, respeto lo que es respetable, venero lo que es bueno, y nada encuentro más excelente que la dulce sociedad conyugal, que es la más pura y completa de la tierra. Mi mujer y yo somos uno solo para pensar y para sentir, tan acordes van nuestros sentimientos y nuestros corazones; pero si alguna vez disentimos, yo tengo á gloria el que su sólido juicio y su grata elocuencia se unan para persuadirme de lo que ella quiere: con una ternura, en la que yo conozco que hay algo de proteccion, contemplo su dulce rostro que expresa todos sus sentimientos; tan límpido es su pensamiento y tan claro para mí, como la superficie de un cristalino arroyo, que deja ver en su fondo las pintadas y menudas piedrecillas, y cada inflexion de su voz me es conocida como si su palabra fuese un armonioso cántico que resonase dentro de mi alma.

Aun existe, y existirá siempre entre nosotros, el púdico decoro, que allana y suaviza todo el áspero materia-

lismo de la vida; mi mujer es la que guarda y distribuye los fondos conyugales, y la que atesora las economías, con esa noble persistencia de quien guarda para dos y espera una vida dilatada y tranquila; nada conozco más absurdo y más degradante para la mujer que el sujetarla á una cantidad dada, reservándose el marido el derecho de disponer de todo el resto de los haberes, sin dar cuenta ninguna, como si él fuera el dueño absoluto y la esposa su esclava; la mujer, rebajada así, no tiene ni debe tener interes alguno en economizar, pues no sabe lo que existe en el fondo comun, y sabe ademas que sus ahorros no han de ser agradecidos ni reconocidos acaso; la sociedad conyugal, para que la base sea sólida y perfecta, es un compuesto de confianza, de afecto, de generosidad y de abnegacion, cuyo peso no puede llevar sola la pobre mujer, que es la parte más débil.

¡Cuántas mujeres dejan de marchar por la buena senda, porque las sinrazones de sus maridos las obligan á dejarla!

Si ellos no son generosos, atentos, laboriosos, ¿con qué derecho exigirán á sus esposas que lo sean? Si ellos se dejan llevar de la cólera, ¿con qué derecho exigirán á sus esposas una eterna prudencia, una constante sumision?

Acaso el desnivel de la sociedad consiste en que el hombre exige á su compañera tantas virtudes cuantos defectos tiene él, y la mujer, así tratada, ó se hace hipócrita, ó acaba por romper el yugo que la ahoga.

Mucha misericordia habrá allá arriba el dia del juicio eterno para la mujer, y es bien seguro que no hallará tanta el hombre.

Felizmente, y digámoslo con el modesto orgullo de la dignidad inmaculada, ni tú ni yo, Estéban, somos del gremio despreciable de los tiranos; por eso tenemos *compañeras y no siervas*, segun las enérgicas palabras de los libros sagrados; por eso tenemos esposas ejemplares, y ellas y nosotros llegamos sonriendo á los umbrales de la muerte.

Las uniones ilegítimas, tan llenas de atractivos para los libertinos, no son otra cosa que un miserable remedo del lazo conyugal; pero un marido se avergüenza de ser atento y rendido como los amantes lo son; si en la bella union que la Iglesia ha erigido en sacramento guardase las consideraciones que en las que el vicio forma, habria más enlaces felices y ménos uniones criminales.

Feliz debes sentirte al ver á tu esposa, áun bella despues de tantos años de matrimonio, con la suave belleza que nace de un alma tranquila y serena. ¡Qué límpida y pura es aún la mirada de Teresa! ¡Qué armonía en sus facciones! ¡Qué gracia en sus maneras! Quien ha padecido penas del alma no conserva ese sello de frescura, esas gracias juveniles, y la vergüenza de la decadencia de algunas mujeres es sólo para sus esposos, que no han sabido evitarles las amarguras de la vida, como era su primer deber, y como sin duda se lo ofrecieron al casarse con ellas.

¡No, no quiera Dios que mi Modesta lleve jamas impresas en su rostro las tempestades del alma! Y no las llevará nunca, porque si algun mal pensamiento la mortifica, seré yo su primer confidente y me pedirá ayuda para vencerle. ¿Cómo no, si yo he sido siempre su amigo

y jamas su *amo?* ¿Quién la socorrerá con más cariño, con más eficacia que yo? ¿Quién me aconsejará, quién me consolará, quién se identificará conmigo como ella?

Yo amo y á la vez respeto á mi mujer, y sin esta feliz union de sentimientos, no puede existir la union perfecta que la Iglesia prescribe; sí, yo la respeto cuando cada noche la veo de rodillas en su reclinatorio rezar con fervor ante la imágen del Crucificado; yo la respeto cuando la veo en la iglesia arrodillada en el confesonario, á ella tan buena y tan pura; yo la respeto cuando la veo en la Sagrada Mesa recibiendo el pan de salud, con su dulce rostro elevado hácia el altar; yo la respeto al verla ocupada en sus faenas caseras, trabajando como la mujer fuerte, aseando su casa y tomando medidas de economía y de órden para el bienestar interior que he de disfrutar yo.

No sé si tendrémos hijos; pero ¿qué importa que no los haya en nuestro matrimonio? Nuestra perfecta simpatía, nuestro eterno amor, no necesitan de ningun lazo; nuestras almas gemelas están bastante unidas por sí mismas.

Ni todos los dolores, ni todas las dichas de la tierra pueden separarnos; acaso ni una falta tampoco, porque nuestras almas se buscarian á traves de los espacios del dolor, y se hallarian siempre.

Ella vive sólo para mí; yo sólo para ella; no dudes, pues, mi bueno y querido amigo Estéban, que tu hermano y amigo es uno de los mortales más dichosos, y que, tan feliz como hoy, espera llegar á una vejez tranquila para disfrutar el fruto de su trabajo.

FELIPE.

XIX.

Eufemia á la Marquesa.

Madrid, *Octubre de* 1865.

Tus cartas, querida madre mia, son un bálsamo delicioso para mi corazon; si todas las mujeres tuvieran un guía como tú, ninguna sería desgraciada; pero ¡ay! son muy pocas las que poseen este bien inestimable, y yo misma lo veo ahora; casi todas están rodeadas de falsas amigas, abandonadas moralmente de sus esposos, sin proteccion y sin consejo. ¿Qué hará la infeliz que no esté dotada de un juicio muy recto y muy sano que la guie, careciendo de todo apoyo en el mundo? Herirse sin cesar en los escollos del camino, en los cuales dejará por despojos sus más caras ilusiones.

Yo, obedeciendo á tus cariñosos consejos, me estudio y estudio á la vez la vida, sacando de esto último muchas amargas decepciones; veo que la amistad no existe en nuestro sexo, y conozco desgraciadamente el por qué; á una mujer dichosa, aunque sólo sea en la apariencia, las primeras personas que la envidian son sus *amigas:* cuando un azar de la fortuna, una falta, una desgracia, rompe aquella superficie tan envidiada, las *amigas* son las primeras en ir á escudriñar la llaga, á profundizarla, á envenenarla y á hacer mil comentarios, más aflictivos unos que otros para la pobre desgraciada y para toda su familia.

Yo he oido hablar de una ilustre dama, esposa de un embajador, que tenía un cáncer interior del que nunca se lamentaba con nadie, del que no se quejaba jamas, no obstante lo mucho que debia padecer.

—¿Por qué no te desahogas con la queja? le decia un dia su marido, admirado de tanta constancia.

—¿Y á quién me he de quejar? preguntó ella: á tí sería afligirte, y bastante grande será tu dolor el dia que baje al sepulcro: ¿á mis amigas? su envidia contaria los dias que me quedan que vivir, y se alegrarian de que mi próxima muerte les quitase de la vista una rival que abrazaban, pero que á la vez aborrecian. No, amigo mio, he sido demasiado dichosa para que ahora sea compadecida.

Pienso, madre mia, que con las llagas morales se debe hacer lo mismo que aquella noble señora hacía con su cáncer.

¡Feliz aquella que logra una sola amiga digna de este nombre! Yo la tengo en tí, y es el primer beneficio por el cual doy todos los dias gracias á la bondad del cielo!

Magdalena Guymont, que sostenia una correspondencia activa con mi marido, la ha suspendido, y hace algunos dias me ha escrito á mí desde París.

«Yo era, me dice, señora Condesa, amiga de su esposo de V., pero he dejado de serlo desde el dia en que se mostró tan buena y afectuosa conmigo, uno de los últimos de su permanencia en Baden; los maridos de las mujeres como V. no deben tener más amigas que su esposa.

»Al afecto del Conde prefiero un poco del de V.; no

me lo niegue, y quizá algun dia, convencida por el ejemplo de V. y por sus gratas y nobles cartas, dejaré esta existencia de peligros y volveré á Dios mi alma abatida, y demasiado grande para las regiones en que vive.

»Yo, señora Condesa, estoy orgullosa de merecer un poco del interes de V., porque nosotras anhelamos tanto más el suave y vivificante contacto del bien, cuanto más cerca vivimos del mal; cuanto ménos merecemos la estimacion, la ansiamos más y tanto más preciosa la consideramos.»

Ya puedes comprender, querida mamá, que habré contestado á Magdalena en los términos más afectuosos y más cordiales, ofreciéndole mi verdadero y profundo afecto.

No ceso de dar gracias á Dios, que así ha terminado las relaciones de mi marido con esa jóven, que tanto me aventaja en seducciones y en talentos.

German parece más contento, mi querida mamá, desde que la mayor tranquilidad de mi espíritu permite más calma y reflexion á mi carácter; creo que está algo admirado de ver que ya no gasto, y que aquella fiebre de vanidad que me atacó en Baden se ha disipado.

Mis hábitos laboriosos le extrañan tambien un poco, despues de haberme visto entregada, en los primeros meses de nuestra union, á la ociosidad y al fastidio que ésta trae consigo; algunas veces, en tanto que yo coso ó bordo, se sienta á mi lado, me mira trabajar, y cuando estoy más descuidada, estampa un beso en mi cuello inclinado sobre mi labor.

Esta dulce caricia hizo caer dos lágrimas sobre mi bordado la primera vez que la recibí.

—¿Por qué lloras? me preguntó German.

—Porque soy muy feliz, le respondí: pensé que no me querias.

—¿Cómo has podido pensar eso? exclamó mi marido abrazándome; yo te quiero de un modo que tú no sabes, y te querré mucho más; quiéreme á tu vez para que puedas perdonarme mis defectos, que son muchos; yo trataré tambien de corregirlos, y para lograrlo con más facilidad, voy á tomar determinacion.

—¿Una determinacion?

—Sí, muy formal... y muy honrada.

—¿Cuál?

—La de trabajar.

—¡Trabajar! ¿Y en qué?

—En mil cosas: en mis negocios; mañana al amanecer voy á visitar unas minas de las que tengo muchas acciones que habia olvidado al volver; iré á visitar contigo la casa solariega de mi familia, que está en un pueblo á algunas leguas de aquí, y allí pondré en órden los papeles de mi archivo de familia, abandonado hace ya muchos años.

—¿Pero tú para qué quieres trabajar si eres rico? exclamé.

—Ya voy dejando de serlo, respondió German; y aunque pudiera disponer de una fortuna opulenta, la obligacion del hombre es trabajar y ser algo en la sociedad; el hombre ocioso es el ente más despreciable, porque el trabajo le está prescito como deber y como beneficio;

trabajando se mejorará mi carácter, y vendré con un vivo placer á tomar el descanso en tu compañía.

Yo abracé á mi marido y dí gracias al cielo; en efecto, si trabaja se distraerá, y si llego á lograr que lea libros serios, se despejará esa cabeza de las ideas erróneas que, á pesar de su talento, tiene acerca de todo.

Mi tia está contenta, y es, en efecto, y prescindiendo de la ligereza de su carácter, una buena compañía para el interior de la casa; algo la apesadumbra que yo no quiera continuar en mis crecidos gastos; pero le he dicho que la casa y mi guardaropa están ya provistos de todo, y se ha conformado con la dulzura de su natural frívolo, pero complaciente.

EUFEMIA.

XX.

Magdalena á Clotilde.

París, *Octubre de* 1865.

Vuélvete aquí, y desiste ya de la empresa que te has propuesto llevar á cabo.

Deja á Pablo seguir su camino, y no quieras agravar tu conciencia con la infelicidad de una familia, para que el dia de tu muerte no veas vagar sombras negras al derredor de tu lecho.

Tu última carta empezaba anunciándome que te ale-

jabas de esos sitios: ¿qué haces aún en ellos? ¿Qué interes te detiene? ¡Acaso es el fatal atractivo del mal! Vén á este París loco y elegante, que te llama, porque yo le voy á dejar; sí, yo me canso ya de esta vida, y me canso desde que ha pasado al lado mio una mujer honrada.

¡Ah! ¡me preguntas que si me acuerdo de aquella escena de la *Maison Dorée!* ¡En mis sueños más hermosos me he visto algunas veces ataviada con un traje blanco y un blanco velo como los de aquella jóven desposada! ¡Me he visto apoyada en el brazo de un hombre honrado, madre de dos bellos niños, señora de una casa risueña, aseada y encantadora!

Mi gabinete azul y oro se habia cambiado en una modesta salita con muebles de caoba y tapicerías de lana; mi loca camarera Nineta, se habia convertido en una aldeanita jóven y sencilla; las visitas galantes, que me asedian con mortal fastidio, se habian trocado en algunas amigas honradas y buenas; yo cosia, zurcia el viejo lienzo de la casa, cortaba y hacía mis vestidos, y todo esto en vez de pasar mis inútiles dias tendida en un sofá, envuelta en una bata de muselina, y rodeada de una córte de amor!

¿Pero crees que yo soñaba esto dormida? no; me bastaba cuando me quedaba sola, con cerrar los ojos para ver ese pequeño mundo, en el que hubiera deseado habitar.

En nosotras la juventud es breve; vivimos demasiado de prisa, y cuando llega nuestra madurez, apénas ha llegado á su mitad la juventud de las demas mujeres; en-

tónces, áun en los umbrales de la vida, lloramos nuestros años perdidos, sacrificados en las aras del vicio, y nos hallamos sin familia, sin afecciones y hasta sin amigos; entónces las palabras *honor*, *deber*, *virtud*, *sacrificio*, que nos parecian vacías de sentido y que acaso excitaban nuestra sonrisa más burlona, se nos aparecen rodeadas de un prestigio sobrenatural y escritas con fuego, como el *Mane*, *Thezel*, *Phares* de la Escritura! Entónces nuestra alegre vida pasada se nos aparece como un esqueleto arrastrando el formidable manto del hastío, y muchas la terminamos con nuestra propia mano, cansadas de no hallar ni un solo amor verdadero, y seguras de no hallar ninguna felicidad en lo futuro.

Toda vida sin deberes es estéril y no merece conservarse.

Yo he pensado muchas veces en la solitaria vejez que me espera, y en que no habrá quien vaya á dejar ni una flor ni una lágrima en mi sepultura; he vuelto la vista al pasado, y no he hallado más que humo; he vuelto la vista al presente... humo tambien; para el porvenir sólo veo la nada.

¿Dé qué modo llenaré yo esta laguna insondable de mi vida?

De uno solo.

Voy á colgar en los altares profanos el velo de la sacerdotisa del amor, que hasta hoy usé, y á ceñir mi frente con un manto sagrado.

Voy á hacerme hija de San Vicente, y á dedicarme al cuidado de los enfermos y de los menesterosos.

Dejaré á Francia y me iré á España al lado de una

mujer, noble y hermosa, que me ha arrebatado al hombre que amé.

Sí, es la esposa de German la que me ha redimido con una sola mirada dulce, con una dulce sonrisa; todas esas mujeres que miden la virtud á varas, me arrojaban al pasar una mirada de desprecio; la Condesa de Maceda es la única que me la ha dirigido de amistad.

Encontró un pañuelo mio y vino en persona á traerlo al hotel donde yo me hospedaba.

¿Por qué este proceder ha penetrado de gratitud mi corazon? Yo no lo sé; pero es lo cierto que desde aquel dia renuncié, no sólo á ser la rival de esa mujer, sino tambien de todas las mujeres casadas.

Escribia á German y dejé de hacerlo, despidiéndome para siempre de él; en cambio escribí á su mujer, pidiéndole un poco de su afecto, que me ha concedido.

Á este afecto, pues, voy á acogerme, cansada de las vanidades del mundo, y, á lo ménos yo, sin padres ni hermanos, yo, huérfana de toda afeccion, contaré con una sobre la tierra.

La primera mitad de mi vida se ha pasado en sueños vanos y en ilusiones mentidas; la felicidad ha sido para mí un pájaro que ha remontado el vuelo por encima de mi cabeza y que apénas ha rozado mi frente con las plumas de sus alas; la buscaré en otras regiones para que la segunda mitad de mi vida, la más importante, la más cercana á la tumba, no sea tan estéril como la primera.

Dicen que las mujeres honradas nos envidian, y comparan con amargura su vida laboriosa y llena de fatigas y cuidados, con nuestra vida alegre y ociosa; pero ¡ah! si

supieran cuánto más dulces son sus trabajos, que nuestra ociosidad! ¡Si supieran con cuánta amargura las vemos pasar modestamente á pié, desde nuestros carruajes! ¡Si supieran con cuánto gusto cambiariamos nuestra suerte por la suya! Ellas tienen un esposo, hijos, amigos; nosotras nada tenemos, pues el hombre que más amor nos profesa se avergonzaria de sí mismo, si alguna vez pensase en ofrecernos su nombre y su mano.

¡Vén, Clotilde, vén, pues, á reemplazarme! Te cedo el cetro del talento que me obligasteis á empuñar, y mi nombradía de belleza y distincion; vén, amiga mia, y deja á ese Pablo que ha desertado de nuestra compañía para que sea buen casado, si acaso esto es posible; si quieres seguir mi ejemplo te vendrás conmigo, y algun dia te felicitarás por ello; si no... si no, seguirás como hasta aquí.

Ya he empezado á vender mis muebles y mis joyas; sacaré de ellas una cantidad mayor que la que pensaba; toda la dedico á los pobres, es decir, á los necesitados, porque hay pobres de muchas clases, y desde luégo no hay nadie tan pobre como yo de los bienes más estimables.

Así que tú llegues y te haga entrega de varios legados, que distribuirás segun mis instrucciones, saldré para Madrid, y, con la ayuda de mi protectora, pronto tomaré el velo de las hijas de San Vicente de Paul.

Para los corazones heridos no hay distraccion ninguna; la lectura les hace más mal que bien, pues comparando sus dolores con los que se describen, siempre los hallan mayores; no hay más que dos bálsamos, la maternidad ó la religion.

Bajo el sagrado manto de esta última me acojo; yo buscaré mi consuelo aliviando á los desgraciados, curando á los enfermos y sirviendo en los hospitales; para mí, que no tengo familia, lo será la gran familia humana; donde haya lágrimas que enjugar y miserias que socorrer, allí estará la que, á pesar de todo, es y será siempre tu

MAGDALENA.

XXI.

Eufemia á Cintia.

Madrid, *Noviembre de* 186...

¿Cómo lo pasas, hermanita mia, en tu nuevo estado? Sólo deseo que te vaya tan bien como á mí, y estoy cierta de que así será, porque mi hermano es bueno en el fondo, aunque para esposo tenga el carácter algo áspero y sombrío.

Tienes razon: Modesta es un ángel y nada me extraña que mi hermano la haya amado; ¿quién puede verla sin amarla? Como todas las organizaciones privilegiadas, está dotada de una atraccion irresistible, que así conquista el amor como la amistad y como todas las nobles simpatías.

Yo pienso, hermana mia, que, por grande que sea el talento de la mujer, éste le será completamente inútil si

no tiene una sólida y sana razon; la razon es la base del carácter, y la razon nos impide ser dominadas por ilusiones que nos fascinan y nos engañan.

Yo he sido tambien desgraciada, y la desgracia es lo que, sobre todo, desarrolla la facultad de reflexionar; durante las horas de soledad en que mi marido me dejaba, he meditado y me he estudiado á mí misma; me he dicho que, para la vida del matrimonio, se deben tener pocas ilusiones, y que es mejor ser razonable que ser niña irreflexiva.

No puedes hallar una amiga mejor para tu vida de esposa que Modesta; esa jóven, de humilde cuna, hija de los servidores de nuestra casa, puede ofrecernos á tí y á mí el ejemplo de todas las virtudes domésticas, si bien no le es dado ofrecernos el de talentos brillantes.

Yo te envidio, hermana mia, como un bien supremo, la proximidad de Modesta; recuerdo aún con admiracion y enternecimiento ese dulce rostro, en el que brillan la sonrisa interior de la vida, la ternura inagotable del alma y de la mirada, y, en particular, ese rayo de luz y de razon, tan sereno y tan impregnado de sensibilidad, que se desliza, como una caricia eterna, de sus ojos profundos y pensativos.

Se comprende nada más que con ver á Modesta las pasiones que ella hubiera despertado en el mundo, y la que ha inspirado á mi hermano, pasion noble que ella no podrá apagar, pero á la que hará tomar un elevado carácter.

Sí, Cintia; Modesta es, sin duda, la que ha inspirado á tu marido la noble idea de trabajar para ocupar su

tiempo y para matar el hastío devorador que le abrumaba. Medesta no será nunca una enemiga tuya, sino tu amiga mejor y más sincera; ella, con su orgullo que la honra mucho, rehusó casarse con mi hermano, al que seguramente amaba, para dar su mano á un honrado industrial, conociendo, en su sana y luminosa razon, que los casamientos desiguales sólo desgracias producen.

Por una coincidencia singular, tambien mi marido ha decidido trabajar como el tuyo; ¿se habrán escrito y comunicado su deseo de ser útiles á la sociedad y á sí mismos? Estoy segura de que sí, porque ellos no se ocultan ninguno de sus pensamientos, y á pesar de que ambos se han separado por diferentes y contínuos viajes, su afecto no se ha enfriado nada con la ausencia.

German se halla ahora visitando unas minas de las que habia comprado diferentes acciones, y que tenía absolutamente descuidadas.

Yo me ocupo de trabajar tambien; el trabajo manual en la mujer es uno de sus mejores recursos, como distraccion y como economía; yo corto y coso mis trajes de interior, reformo los que hay que variar, arreglo mi casa, llevo mis cuentas y me ocupo, en fin, de todos los detalles domésticos; haz tú lo mismo, mi querida hermana, distribuye las horas, á fin de dar algunas al descanso, otras al paseo, y la mayor parte á una ocupacion útil y sólida.

Casi todas las mujeres de nuestra clase pasan estérilmente su vida, dedicadas sólo á una tapicería ó á un bordado, que dura meses y áun años algunas veces; el bordado ocupa los ojos y los dedos, pero deja al pensamien-

to la libertad de vagar por donde quiere, y de alimentarse de sueños y de quimeras, siempre distantes de la realidad de la vida.

Por el contrario, el arreglo y la confeccion de nuestros trajes ocupa la imaginacion por completo y la absorben de una manera agradable y provechosa.

Tú, mi buena y dulce Cintia, tienes, ademas, el inestimable consejo y la grata compañía de mi buena madre. ¡Cómo te envidio esta dicha! ¡Cuán fácil es ser á su lado á la vez virtuosa y feliz! sí, porque sólo de la virtud sale la felicidad perfecta.

Yo viviria de mejor gana en esta soledad, al lado vuestro y al de mi marido, que en este Madrid, en el cual sólo alcanzan completa adoracion la fortuna y el rango social; yo, que sólo he conocido el fastidio cuando he estado en medio de todas las opulencias en las aguas de Baden, me hallaria ahí completamente dichosa dividiendo mi vida entre el trabajo, el cultivo de la música, la contemplacion del campo y la oracion en la humilde iglesia de la aldea, cuyos altares decoraria por mi mano.

Pero aunque por ahora deba permanecer aquí, espero que un dia ú otro me será dado ir á reunirme con vosotras en esa apacible y risueña soledad; mi abuela lo desea, y acaso German, cansado del bullicio, opte por la quietud y por los dulces goces de una familia dilatada y bien unida.

¡Qué felices serémos entónces y qué colonia tan envidiable formarémos!

Entre tanto que llega ese dia, yo me ocupo de una

obra, que espero será meritoria á los ojos de Dios, y que desde luégo me es sobremanera agradable.

Una jóven, á la que amó mi marido en París, y que hace pocos meses me inspiró en Baden muy serios recelos, ha determinado dejar el mundo y la peligrosa senda que seguia, para consagrarse á Dios bajo el velo de las hijas de San Vicente.

Esta jóven es encantadora, y está dotada de todas las gracias y talentos que hacen seductora á la mujer; pero ¡ay! la desdichada emprendió un mal camino, y al ver que le están vedados el de la paz del matrimonio y el de la familia, á los que no puede aspirar, ha elegido el del cielo.

Todo París conoce el nombre de Magdalena Guymont, como una de las más encantadoras loretas que deslumbraban con sus equipajes en el bosque de Bolonia, y cuyas cenas no tenian igual en cuanto á lujo y esplendidez: pues bien, esta jóven ocupa ahora en esta córte un modesto hospedaje; ha cedido toda su fortuna á los desvalidos, y yo estoy cosiendo para ella un pobre hábito de estameña.

Adios, hermana mia, y recibe un abrazo de tu

EUFEMIA.

XXII.

El Conde á Pablo.

Madrid, Noviembre de 186...

¿No arrancarás al fin de tu alma ese amor fatal que bajo tan diversas formas acaricias?

¡Modesta y siempre Modesta! ¡Este nombre no se separa de tus labios ni de tu corazon! Todas tus cartas se reducen á hablarme de ella; tú la adoras bajo todas las formas, y de todas las maneras.

Acaso, mi pobre Pablo, no es la aficion á trabajar la que te ha llevado á ser el tenedor de libros del fabricante, sino el ánsia miserable de ver á su esposa; pero, aunque te engañes á tí mismo, este deseo es laudable, y no puede ménos de dar buenos frutos.

Veamos: ¿quieres ser mi asociado para trabajar, y que yo, vendiendo los bienes que tengo extendidos por varias provincias, afiance en esa mi fortuna? Yo me iré ahí con mi mujer; nos harémos los dueños benéficos del país; edificarémos una granja modelo, y serémos la providencia de los desgraciados.

Ambos trabajarémos: la mejora de los vinos, de las legumbres, de las frutas y de los ganados, nos dará ocupaciones sérias y honrosas; en Francia va conociendo la nobleza que la época exige gastos más crecidos de lo que son las rentas, y se dedica á la agricultura y hasta

á la industria para dejar á cada uno de sus hijos un capital regular, que les ponga al abrigo de la necesidad.

Hagamos eso nosotros : seamos labradores y cosecheros, á la vez que propietarios ; ocupémonos de civilizar y mejorar ese país pobre y esquilmado por los impuestos, y, ademas, por las vejaciones de sus diferentes señores; hagámoslo todo nuestro, y derramemos en él la paz, la abundancia y el bienestar.

Creo excusado esperar tu asentimiento á este propósito, y pienso, desde mañana, poner por obra los medios necesarios á su realizacion ; es decir, voy á vender aquí, y en todas partes donde tengo propiedades, para comprar ahí y edificar un modesto palacio que nos abrigue á Eufemia y á mí.

Estoy ya tan cansado de las grandes poblaciones, que ansío la tranquila soledad de los campos, como el que ha caminado en el desierto anhela el oásis de palmas y de flores; el ruido de esta gran villa aturde mi cabeza; su contínua mentira altera mis nervios; ya no me divierten sus espectáculos, sus paseos, su eterno bullicio de gentes ; todo me cansa y me agobia, y me parece que áun no he llenado mi mision de hombre y de ciudadano.

A tu hermana y mi mujer le parece esta medida el colmo de la felicidad; aquel vértigo de festines y de gastos se le pasó al instante; su naturaleza, recta y buena, ha recobrado su imperio y se apega á todo lo que es laborioso, sencillo y honrado.

Ademas, ella será feliz en pasar con su abuela los últimos años que ésta viva; es un amor que supera á todos sus demas amores el que tiene á esa anciana madre, que

la ha criado, que la ha educado y que jamas ha dejado de velar por ella.

Tu pobre esposa Cintia se hallará tambien más feliz al lado de Eufemia, y sobre todo, tú olvidarás ese amor, que tan hondas raíces va echando en tu corazon, con los goces de la familia y con una ocupacion digna de tus facultades.

Dejemos el mundo por los campos; los dorados artesonados, por el cielo; dejemos las galas por los sencillos vestidos; las joyas, por las flores; los mentidos encantos del mundo, por los de la naturaleza; ésa es la amiga mejor, y la que no engaña jamas.

Es cosa singular que este pensamiento de soledad, este deseo de trabajo útil y benéfico llenen ahora mi alma de tan dulce y tan completa paz, como nunca la habia conocido; en las más arriesgadas empresas, en todos mis proyectos de galanteos y de fiestas, hallaba siempre en mí el eterno vacío del corazon, y es que cuanto pensaba hacer eran cosas muy pequeñas disfrazadas con grandes y altisonantes palabras; lo que ahora pienso, no tiene más que un nombre: *trabajar;* y una sola acepcion: *hacer bien.*

Lo que ignoro es lo que harémos de tu tia, la buena Baronesa; ayer, almorzando, la pregunté, para conocer sus intenciones:

—¿Tia, si nos fuéramos al campo, nos seguiria usted?

—Tú no puedes irte al campo, contestó.

—¿Por qué?

—Porque te aburririas de fastidio.

—Pero supongamos que yo quisiese probar; ¿vendria usted con nosotros?

—No, me respondió resueltamente.

—¿Por qué?

—El campo no es para mí; Madrid es mi centro, y fuera de Madrid moriria, á no ser que me fuese á vivir á París, donde sería aún más dichosa.

—Pues nosotros es probable que nos vayamos, le dije con gran asombro de mi mujer, que áun no sabe nada de mis proyectos.

—Entónces me quedaré.

—¿Se quedará usted?

—Sí.

—¿Pero dónde?

—Ya verémos; lo que te aseguro es que al campo no iré.

—Pero usted no es rica para vivir por sí sola.

—Desgraciadamente, es verdad.

—¿Y qué haria usted?

—Entraria de señora de compañía en casa de alguna de mis amigas.

—¡Cómo! ¡Aceptaria usted esa especie de servidumbre?

—¡Todo, ménos ir al campo!

—¿Ni por una temporada?

—Ni por un dia.

La buena señora tiene razon: ¿qué haria ella en el campo? Su campo son los salones, donde puede distribuir palabras dulces como la miel; risas gratas que dejan ver su magnífica dentadura postiza, miradas expresivas y llenas aún de coquetería.

La Baronesa está dotada de un carácter bueno y fácil,

poco dispuesto á la contemplacion, pero muy propio para todo lo agradable; en el campo se aburriria, porque es frívola; la apacible vida que algunas naturalezas privilegiadas desean, no agrada á otras más superficiales, y que están dispuestas á las diversiones y á los placeres.

Te voy á dar una noticia que te sorprenderá mucho. Magdalena, nuestra bella amiga, se ha hecho hermana de la caridad y la mejor amiga de mi mujer, que se ha encargado de todas las diligencias necesarias al efecto; esta decision, llevada á cabo con tanto valor por esa noble criatura, ha contribuido á abrir mis ojos á las ideas más graves y más saludables; ella me amaba, no puedo dudarlo, y se ha sacrificado en las aras del honor y de la virtud.

GERMAN.

XXIII.

Pablo al Conde.

Castillo de Valflores, Noviembre de 186.....

Ya he empezado á comprar estos valles, estos fértiles campos, estos terrenos feraces, que, desbastándolos, se convertirán en otros tantos verjeles.

Esta es la respuesta que doy á tu proposicion; para

las fiestas de Navidad os esperamos Cintia y yo, y darémos el espectáculo, nuevo al mundo, de un conde y un marqués convertidos en agricultores y en bienhechores de su país.

He escrito tambien á los párrocos de los pueblos vecinos, á fin de que ajusten en mi nombre y me envien á todos los trabajadores de familias honradas y honrados ellos mismos que conozcan, para ocuparlos en la edificacion de la granja modelo que tú proyectas, y en la que yo habia soñado tambien.

Esta granja ha de ser inmensa, casi como un pueblo, y en su direccion, cuidado y labores, darémos ocupacion y pan á muchas personas dignas, que hoy yacen en la miseria.

Al venerable cura de Valflores darémos tambien de nuestro bolsillo particular un sueldo decente, que le permita vivir con alguna más comodidad que la que le proporcionan sus mezquinos honorarios.

Mi abuela y Cintia quieren que fundemos asimismo un hospital, á lo que ni tú ni yo nos opondrémos, y los pobres de Valflores no tendrán ya que temer el abandono en sus enfermedades.

Creo que serémos así más grandes que cuando teníamos fama de Tenorios, y que nuestras almas alcanzarán una tranquilidad envidiable practicando el bien: por lo pronto, ya podemos, desde la semana que viene, dar pan á muchas familias menesterosas, ocupando á infinitos jornaleros en la granja, en los desmontes y en el hospital: mi abuela colocará en él la primera piedra.

Puedes figurarte que, desde que ando ocupado en es-

tos quehaceres, he dejado mi teneduría de libros, y Felipe ha hallado ya quien me reemplace.

¡Qué feliz me contemplo ahora! Los restos de tu fortuna y de la mia nos constituian casi en pobres vergonzantes en una gran capital: con esos restos podrémos llevar á cabo empresas nobles y bellas, en medio de estos campos.

Cintia parece otra mujer; se ha vuelto activa, entusiasta, casi vivaz: se ocupa incesantemente de costuras, que reparte entre los pobres, estudia y aprende en el piano un bello himno á la Vírgen, que quiere cantar en la iglesia del pueblo, el dia que se ponga la primera piedra del hospital.

Parece que me ha perdido ya aquel terror exagerado, que, sin quererlo y sin saberlo, le inspiraba: hace dos ó tres dias estaba yo en mi cuarto escribiendo y entró ella; apoyándose en el respaldo de mi sillon é inclinándose hácia mí, me dijo:

—Respóndeme á lo que te voy á preguntar con toda franqueza.

— Enhorabuena; habla, le respondí sonriendo.

— ¿Cómo te gustaria que fuera yo?

Tomé un libro, y al azar, escogí estos versos franceses, que le leí en castellano, y dejando á un lado la rima:

«Quiero una mujer indulgente
Cuyo humor dulce y compasivo
Sea fácil de plegarse á mis defectos,
Y sepa reconciliarse conmigo:
Que me corrija sin tomar un tono cáustico,

Que me gobierne sin tiranía,
Y que penetre en mi corazon poco á poco
Como una dulce luz en los ojos delicados.»

—¿Es esta lectura tu respuesta? me preguntó Cintia sonriendo á su vez.

—Sí, le respondí : lo que dice ese autor es lo que yo deseo, y tú lo eres ya.

—No, repuso mi mujer meciendo su rubia cabecita: no hay tal cosa : no lo soy, pero lo seré : para ello sólo necesito un poco de valor: ayúdame tú, y cuando haga algo bueno, dímelo.

Cintia me besó en la frente y me dejó.

Esta dulce humildad de niña va penetrando poco á poco en mi corazon, como la luz suave de que hablan los versos citados : Cintia va dejando de ser una mujer vulgar, educada con el ejemplo de mi abuela, que, ya tan anciana, es aún la poesía de mi casa.

¿Por qué he de exigir yo tampoco que mi pobre esposa sea un sér superior, un ángel, una creacion ideal? Desde que medito, veo las cosas con una mirada más justa y más equitativa: creo que debemos buscar en la mujer propia dulzura, castidad, sobriedad, actividad, paciencia, inteligencia regular y buen carácter; y creo que, á no ser una tierra muy estéril, la mano de un esposo puede sembrar todo esto y recoger rica cosecha.

Envanezcámonos, pues, German, de nuestra superioridad, porque ella nos puede servir para educar á nuestras compañeras y para tener un hogar doméstico, el cual, si es esencialmente cuidado y embellecido por la

mujer, es al hombre á quien corresponde establecer su base.

No hay hogar sostenido sólo por la esposa, que ántes muere mártir que llega á ver el fruto de su penosa tarea.

Emprendamos la buena vía, German, y nosotros no caerémos: alegrémonos en el seno de la familia y de la virtud; la alegría del corazon es la vida del hombre, y lo que hace más larga su existencia.

¡Qué felicidad tan pura y tan deliciosa hemos desdeñado! La inocente y sencilla Modesta me iluminó acerca de la aridez de mi vida el dia que me definió el deber, y me dijo que la sola verdad era Dios. ¡Cuánto debo á esa celestial criatura! ¡Cuánto le debe Cintia! Ambos la amamos ahora con un cariño enteramente fraternal, y su casta virtud ha purificado todas las sombras que habia en derredor nuestro, como la luz del sol barre los celajes del cielo.

Tanto estimamos ahora á Modesta como á su marido: este noble jóven tan digno, tan honrado, es muy superior á nosotros, locos desenfrenados, que hemos arrojado en el polvo del camino los más ricos tesoros del alma. El me abrió los horizontes del trabajo, y á su lado aprendí la perseverancia en la ocupacion, esa virtud humilde, pero fecunda en buenos resultados, como todas las virtudes.

Venid, pues, á habitar tambien este antiguo y majestuoso castillo. ¡Qué digna corona para la noble vida de mi abuela va á ser su dichosa vejez! Sin cesar da gracias á Dios, á ese Dios á quien ha servido y amado siempre con tanta fidelidad como ternura, y que ahora nos

reune en derredor suyo para acompañar los últimos años de su vida ejemplar.

El árbol de Navidad se va á colocar en el gran salon del castillo; venid Eufemia y tú á sentaros á su sagrada sombra.

PABLO.

XXIV.

La Marquesa á Eufemia.

Castillo de Valflores, Diciembre de 186.....

Ya puedo llamarme la más dichosa de las mujeres y de las madres, porque dentro de pocos dias tendré alrededor mio á los restos queridos de mi familia.

¡La familia! ¡Santa y dulce palabra! El que no ama á su familia, dice el gran apóstol San Pablo, ha renegado de la fe y es peor que un infiel.

¡Qué bella recompensa me guardaba Dios por todo lo que he sufrido! ¡Bendito sea! ¡Mi muerte será tranquila, pues veré á todos mis hijos junto á mi lecho!

Ya estos campos florecientes anuncian vuestra venida: ya las familias vienen al valle en busca del trabajo que se les ofrece en el desmonte, en la roturacion y en el cultivo; tu marido y tu hermano, hija mia, se han constituido en dueños exclusivos y en providencia del país.

¡Qué bella colonia va á formarse en esta tierra que ha mecido mi cuna y las de todos vuestros mayores! Aquí me vine á vivir sola con mis recuerdos, y aquí venís á buscarme vosotros todos, hijos mios, y á acompañar los últimos dias de mi vida.

La vida íntima va á empezar para nosotros con todos los elementos de la felicidad más pura. Pablo constituirá el talento; German, la fuerza de voluntad; Cintia, la bondad; tú, la poesía y la belleza; yo, la devocion; Modesta y Felipe, el trabajo y la actividad; el señor cura, la dulzura y la fe; no, no habrá nubes en nuestro horizonte.

Los hombres trabajarán, proyectarán, mejorarán los frutos, las lanas y los ganados; nosotras cuidarémos de los pobres del hospital, y volverémos á abrir la escuela, que Modesta dirigirá; por la noche nos reunirémos en este salon, que estoy decorando á la inglesa; es decir, con perfecto *comfort* y comodidad, y pasarémos deliciosas veladas haciendo labor, leyendo y oyéndoos á vosotras cantar, acompañadas de Modesta.

No serémos por ahora muy ricos, pues los trabajos exigen grandes desembolsos; pero ¿qué importa? La verdadera medida de la riqueza es la de no estar ni demasiado cerca ni demasiado léjos de la escasez, y pocas riquezas, manejadas con economía, valen más que grandes tesoros mal empleados.

Aquí, cerca de mí, yo os enseñaré la ciencia de la economía á Cintia y á tí, porque la economía es virtud en la pobreza y cordura en la medianía, aunque sea vicio en la opulencia.

Os enseñaré á observar para todo el órden más per-

fecto, porque el órden alivia la memoria, economiza el tiempo y conserva las cosas.

Todas las habitaciones están ya preparadas: tú y German habitaréis el ala del jardin, que consiste en un saloncito con su antecámara, dos cuartos de dormir, dos de tocador, un despacho para el Conde y un cuarto de labor para tí.

Pablo y Cintia seguirán en la que hoy tienen, que mira al valle, y que consta, poco más ó ménos, de las mismas piezas.

Se han renovado las tapicerías, se han estucado de nuevo las paredes; cada uno de vosotros hallará en su estancia los objetos que sean más de su gusto.

Y bien, hija mia, ¿participas tú de la felicidad de tu anciana madre? Segura estoy de que sí y de que á mi lado acabaré de educaros, como á niñas que sois, y acaso podréis ser un dia el modelo de nuestro sexo.

Para cerrar la coleccion de consejos que por escrito te he enviado con mejor voluntad que suficiencia, voy aún á poner algunos al final de esta carta, última que, por ahora, he de escribirte.

Arroja de tí, como á un enemigo implacable, al seco y estéril egoismo, prefiriendo el placer y el bienestar ajeno, al tuyo propio: aquel sentimiento es, no lo dudes, el más ingrato de todos; el que no busca más que la propia satisfaccion, se agita sin descanso y sin fruto, y siempre desagradando á los demas; no llega nunca á contentarse á sí mismo; el egoismo, es decir, el amor propio, si pudiera ser bien entendido, debiera trasformarse para satisfacerse; dedicándose á los demas, podrá hallar la calma

que persigue en vano, cuando se obstina en recorrer la vía que conduce á un fin únicamente personal; el amor propio es un abismo que no se puede llenar, y en el cual se arrojan inútilmente los sentimientos de abnegacion, los deberes, y la sola alegría verdadera, que es el sacrificio; se multiplican los esfuerzos, y se imponen á los demas las cargas que nosotros no queremos soportar; llegamos á ser exigentes, inicuos; mas la moral queda vengada, porque el egoismo, cada vez más insaciable, se aumenta con todo lo que quita á los extraños, y los límites que extiende sirven sólo para dar una intensidad más insoportable á sus deseos y á sus exigencias.

Sé amable, si quieres ser amada, hija mia, y desconfia siempre de las palabras altisonantes que se aplican á las cosas pequeñas, porque son una máscara; ántes de dejarte seducir por su sentido, examina su orígen y su fin, y consiente sólo en concederle el beneficio de tu admiracion, si ese fin es irreprochable.

En nuestros dias, muchos sentimientos mezquinos y muchas malas pasiones, se abrigan bajo nombres poéticos; la organizacion femenina, y sobre todo la tuya, es tan rica, tan variada y tan múltiple, que contiene á la vez todas las debilidades y todas las fuerzas, todas las pequeñeces y todas las grandezas; posee una elevacion nativa que, poniéndola al abrigo del mal, la expone á grandes errores, porque sabe evocar grandes imágenes, que cubren, con su sombra, tendencias culpables; las mujeres confundimos fácilmente la expresion con la accion, y buscamos muchas veces en la primera la grandeza y la poesía, que sólo pueden hallarse en la segunda:

toda alma verdaderamente elevada, es decir, dotada de sentido poético, sabe encontrar la poesía, lo mismo en la hierbecilla que en la gigantesca encina; la poesía vive ó no en nosotros, y en el primer caso, la reconocerémos y sabrémos repartirla en los más humildes deberes de nuestra existencia, cumpliéndolos en nombre de un sentimiento generoso; pero cuando huye la poesía de la accion para refugiarse en las palabras, no es otra cosa que una máscara que sirve para ocultar cosas que son, no solamente muy positivas, sino realmente culpables; la poesía entónces enerva el corazon, sustituyendo las quimeras más pueriles á las realidades sanas y fortificantes, en medio de las cuales debemos buscar el valor y la satisfaccion; en una palabra, así comprendida, la poesía degrada, en vez de elevar, desde el momento en que se quiere hallar en ella una excusa á los sentimientos egoistas.

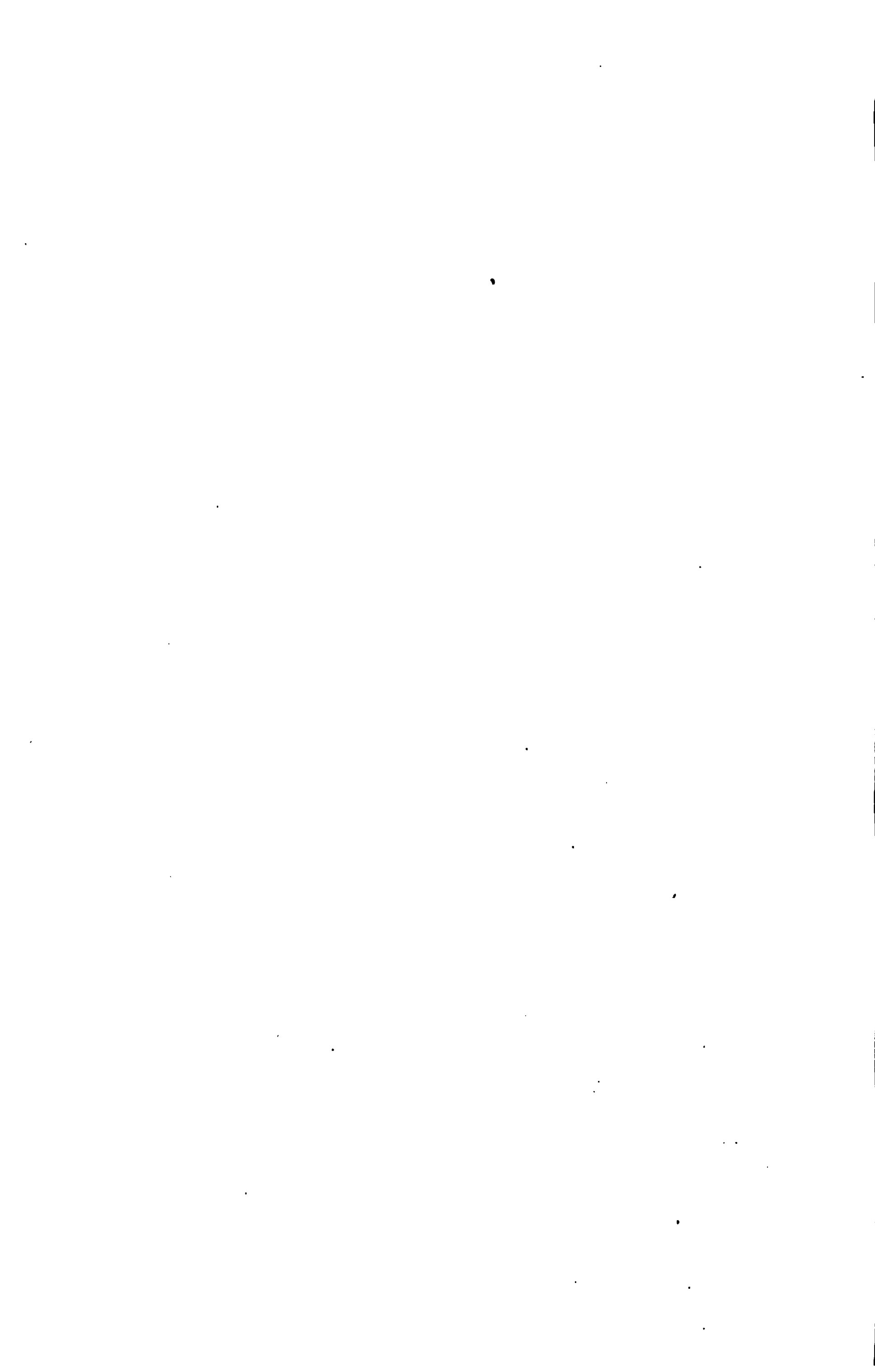
Te digo todo esto para precaverte de la dureza de carácter, apoyada siempre en el egoismo, y en la impaciencia de que los demas nos incomoden.

Te lo repito, sólo la persona amable es amada, y la complacencia es un capital que se pone en circulacion, y que nos da muy pingües rentas.

La verdadera grandeza estriba sólo en la moderacion, la justicia y la modestia, y yo confio, mi querida hija, en que, ántes de mucho, ofrecerás el modelo de todas las virtudes.

ANA.

FIN DE LA VIDA ÍNTIMA.



EN LA CULPA VA EL CASTIGO.

NOVELA ORIGINAL

DE

MARÍA DEL PILAR SINUÉS.



I.

SANGRE ILUSTRE Y ALMA NOBLE.

Don Pedro de Villalta era, á principios del año de 1838, uno de los señores más opulentos de las dos Castillas.

La nobleza de su cuna, apoyada en muchos pergaminos, era de las que áun hoy llama la aristocracia rancias, es decir, que tenía el registro de remota antigüedad, tan venerado por nuestros abuelos.

Mas á pesar de pertenecer su familia á la más elevada grandeza del reino, él habia ganado su colosal riqueza paso á paso, gracias al gran poder de su inteligencia y al gran caudal de su actividad.

Era el hijo cuarto del duque D... y habia seguido la carrera de la magistratura.

Su familia, y sobre todo su padre, se habian opuesto á que estudiase como cualquiera jóven de la clase media.

—Pedro, le dijo un dia el Duque: no comprendo qué miras son las tuyas, ni por qué, teniendo bastante para vivir, quieres darme ese disgusto mortal: ¡estudiar tú

como un plebeyo! ¡Como el hijo de un pobre artesano! ¿Qué supones adelantar? ¿Qué vas á conseguir?

—Padre mio, respondió el jóven con respeto, pero tambien con la extrema firmeza que formaba la base principal de su carácter: padre, no quiero ser un ocioso ó un ignorante como muchos jóvenes de la grandeza. Dios, al concedernos el favor, que seguramente lo es, de nacer en noble cuna, no me ha exigido que ahogue mi inteligencia en una culpable ociosidad: todo ciudadano tiene el deber de ser útil á su patria; todo hombre el de ser útil á su familia; todo padre el de vigilar y cuidar de la educacion de sus hijos: ¿qué haré por mi patria si no penetro en la senda de la ciencia y del saber humano? ¿Qué haré por mi familia si he consumido toda la savia de mi vida en una inútil y culpable ociosidad? ¿Cómo velaré por mis hijos si me acostumbro á una existencia de afeminacion y de molicie, que les ha de ofrecer un pernicioso ejemplo? ¡No, padre mio! ¡Déjame el ejercicio de la inteligencia, déjame que pruebe si tengo algun talento, y déjame que lo haga brillar en ese caso! El hombre ha nacido para el trabajo, y ya con la pluma, con la toga ó con la espada, debe elevar áun más su nombre, por muy elevado que éste sea ya: yo elijo la toga; quiero probar si sé llevarla con dignidad, y si sé cumplir los arduos deberes que impone; si no es así, te aseguro que la dejaré, y que no me empeñaré en llevarla indignamente.

—¿Desistirás entónces de seguir una carrera? preguntó el Duque, en cuyos ojos brilló un destello de orgullosa esperanza.

—No, padre mio, respondió Pedro: entónces empuñaré la espada: si es mi mano débil para sostenerla, acudire á la pluma del escritor; y si áun entônces viese que el cielo me habia negado ese rayo luminoso que se llama genio, y sin el cual ni las obras viven, ni el escritor tiene nombre, áun buscaré otros caminos.

—¿Y cuáles, desgraciado, cuáles? exclamó el Duque, que no podia creer en aquella, á su parecer, espantosa obcecacion.

—Los arcanos de la medicina, las carreras facultativas, y recorreré, ántes de darme por vencido, todos los ramos del saber humano: todos aquellos que llevan léjos de la ociosidad, cáncer vergonzoso de las más bellas aspiraciones del hombre.

El jóven hablaba con creciente y generoso entusiasmo; pero su padre le volvió la espalda, y salió de la habitacion poseido á un tiempo de asombro, de indignacion y de dolor.

Pocas horas despues Pedro sostuvo con su hermano mayor una conversacion muy parecida.

El heredero del título y de las riquezas de aquella ilustre y opulenta casa era mucho más orgulloso é intolerante que su padre, pues es cosa sabida y probada por la experiencia que los defectos de los padres crecen en los hijos.

—Hermano mio, dijo á Pedro, suavizando todo lo posible el timbre áspero y altanero de su voz: nuestro padre me ha dicho de tí cosas extrañas; que deseas estudiar y seguir una carrera, del mismo modo que si fueras un pobrete.

—Te ha dicho, pues, la verdad, querido Enrique, respondió Pedro con entereza: quiero estudiar y ser algo, porque el título de hombre impone obligaciones.

—Te impone la de ser honrado, ó más bien la de no hacer ninguna accion que ofenda la nobleza de tu cuna; pero nada tiene que ver nuestra clase con esas utilidades á la sociedad y al país, de que has hablado á nuestro padre, y que, segun se ve, quieres tú prestarles, llevado de las locas utopias proletarias que han seducido tu juventud y tu inexperiencia.

—¡Y qué, hermano mio! exclamó calurosamente el hermano menor, ¿serás tú el defensor de esa hermosa parte de nuestra clase, que pasa su juventud fumando en el fondo de sus gabinetes, y consumida por la ociosidad y el tedio? ¿Crees que es la mision del hombre el ver deslizarse su vida entre estúpidos y materiales placeres, refiriendo aventuras galantes, y riéndose de los maridos burlados? ¡Pues si esto es así, si tu pensamiento no ha salido del círculo miserable que le trazan las preocupaciones, te compadezco! Yo creo, por el contrario, que el trabajo y el estudio constituyen una gran parte de la felicidad, y no sé por qué mi cuna ilustre ha de condenarme á una inaccion, no ménos vergonzosa que desesperante para mi carácter activo y entusiasta! ¿Acaso porque es noble mi nombre he de renunciar á darle yo más gloria? ¿Porque soy gran señor, he de verme obligado á envidiar al pobre estudiante que se sienta en el aula para explicar su leccion con brillantez, despues de algunas horas de estudio? ¿No me ha dado Dios la voluntad, el libre albedrío y quizás algo de eso que llaman talento,

y que, si ocasiona dolóres, da tambien al alma supremas alegrías? ¡No, no! ¡Yo quiero ser algo, y lo seré! Te repito á tí las mismas palabras que ya he dicho á nuestro padre.

Tal fué el fin de esta entrevista.

Desde aquel dia cesaron los consejos y las reflexiones del Duque y de su hijo mayor. Pedro estaba tàn obstinado, y su carácter estaba dotado de tal firmeza é inflexibilidad para lo que consideraba bueno y justo, que conocieron la inutilidad de insistir.

Siguió, pues, el jóven la carrera del foro, ejerciendo durante muchos años su honrosa profesion; la más severa probidad era el norte de todas sus acciones, y su nombre alcanzó una gloria tan justa como merecida.

Pedro de Villalta salió bien de algunas empresas arriesgadas, en que se habia interesado, y en premio de sus desvelos y de su trabajo, llegó á reunir una fortuna de doce millones de reales.

Su familia desapareció de su lado; su padre murió, y sus hermanos se casaron.

Una hermosa mañana de invierno, en que paseaba por el bello y poético Retiro, sintió por primera vez un vacío en su corazon, un malestar inexplicable.

Veia pasar incesantemente á su lado amantes parejas embebecidas en dulces coloquios; delante de él familias cercadas de risueños niños, caminaban alegremente: y el radiante sol de aquel dia, y el tibio ambiente que ya empezaban á embalsamar las primeras flores de Febrero, le hicieron suspirar por un amor y una familia nueva.

—¡Soy rico! se decia para sí Pedro de Villalta, en

tanto que seguia con lentos pasos una de las hermosas calles del paseo: tengo doce millones de reales; un soberbio palacio, dos carruajes, hermosos caballos y muchos criados; el lujo y la esplendidez me rodean; pero tengo cerca de treinta y tres años, y no he conocido aún el verdadero amor. ¿Será eso lo que falta á mi felicidad? ¿Será eso lo que anhelo con esta sed inextinguible, que nada puede apagar?

Los placeres, las diversiones me hastian y me fastidian: el tedio me consume; es, pues, preciso que piense en casarme.

Pedro dió fin aquí á su monólogo mental, y tomó el camino de su casa para reflexionar con más libertad en su proyecto.

Sus meditaciones no hicieron más que afirmarle en su primer pensamiento: la soledad de su palacio le abrumaba; dotado de un alma vehemente y apasionada, necesitaba una afeccion que absorbiese la actividad, la atencion y el tiempo, que ántes habia dedicado al estudio y á los negocios.

Su fortuna estaba hecha; sus arcas llenas; pero necesitaba llenar su corazon.

Pedro pensó en quién podria ser la compañera de su vida; mas ninguna de las jóvenes que conocia, y que se hubieran envanecido con su eleccion, le agradaba para hacerla su esposa, ni le inspiraba ese amor profundo y razonado, base indispensable de la felicidad conyugal.

Esta le parecia llena de vanidad y de caprichos.

Aquella, dominante y egoista.

La otra, falta de corazon y sensibilidad.

Pedro de Villalta era demasiado rico para buscar riqueza, y tenía demasiado talento para contentarse con mujeres vulgares.

Hubiera deseado una jóven pobre, pero dulce, modesta y dotada de buen talento y de sensibilidad.

Aun estaba sumergido en sus reflexiones, cuando recibio un billete del Conde B... uno de sus amigos, concebido en los términos siguientes:

«Mi querido Pedro: Esta noche, á las nueve, iré á buscarte con mi carruaje para que me acompañes á casa de mi tio, el magistrado D. Salvador de Mendoza.

»Sabes que hace mucho tiempo deseaba presentarte á mi tia y á mi prima Gabriela, y he elegido hoy, porque por ser cumpleaños de mi tio, tienen una pequeña reunion de familia.

»Creo, sin vanidad, que pasarás una velada agradable, y bien distinta de las que pasamos ambos aburriéndonos en esas suntuosas *soirées*, en que todo es mentira y fingido oropel.

»Adios, querido Pedro: hasta las nueve.

»Tuyo de corazon,

»*El Conde de B...*»

Pedro se alegró de tener un motivo para pasar distraido el resto del dia y una noche que prometia serle muy fastidiosa por la mala disposicion de su humor; comió, se vistió muy sencillamente, y apénas acabada su *toilette*, entró su amigo.

Era este un jóven de veinte y ocho años, hermoso co-

mo Apolo, calavera, alegre y disipado, pero dotado del más bello corazon del mundo.

—¡Ah, qué irresistible estás esta noche! exclamó mirando á Pedro de Villalta. ¡Qué talle! ¡qué cabellos! ¡qué elegancia tan sin pretensiones y de tan buen gusto!

—¿Quieres callar, loco? repuso Pedro, que en pié, delante de un espejo, daba la última mano á sus hermosos cabellos, que formaban gruesos anillos naturales.

—Te digo que estás irresistible; hasta ese aire de altivez, que siempre te estoy reprobando, te sienta hoy maravillosamente.

—Me alegro, pues me aburres con las reconvenciones que me haces acerca de él.

—Es que ya sabes, Pedro, que me intereso por tí, y siento que tu carácter se refleje en tu semblante y en toda tu figura.

—¿Por qué?

—Porque así nadie puede desconocer tu defecto capital.

—¿Cuál es?

—Una soberbia desmesurada: tienes un carácter de hierro.

—No te lo negaré, tienes razon; pero ¿es esto un defecto capital?

—Sí: á ménos que no halles carácteres muy dulces, tendrás que sufrir mucho; á bien que el principal peligro para tí no ha llegado todavía.

—¿Cual?

—El de casarte.

—Pues te equivocas; ha llegado ya.

—¿Cómo?

—Pienso sériamente en casarme.

—¿De véras?

—De véras.

El Conde quedó pensativo: luégo, acercándose á su amigo, tomó su mano, y le dijo con una gravedad tanto más conmovedora, cuanto más extraña era en él:

—Pedro, te suplico que fijes tu atencion esta noche en mi prima.

—¿En la señorita Gabriela de Mendoza?

—Sí: es un ángel, y si realmente piensas en casarte, como dices, con nadie podrias ser tan feliz; sólo te advierto una cosa.

—¿Cuál?

—Que es pobre; su padre es segundon y no tiene caudal.

—¡Bah! ¿Y eso qué importa? Yo soy rico para los dos.

El Conde y Pedro salieron de casa de este último, y se dirigieron á casa de Gabriela.

II.

GABRIELA.

Don Salvador de Mendoza—hijo, lo mismo que Pedro, de una ilustre casa,—habia tenido que buscar en la misma carrera, que aquél habia seguido por entusiasmo, un remedio á la pobreza que le amenazaba: siguió con brillantez su carrera de leyes, y siendo ya un abogado de reputacion bien sentada, se casó con una señorita bella y de una familia tan distinguida como la suya.

Dios bendijo su matrimonio y su holgada medianía con cinco hijos todos varones: la madre adoraba en ellos y los cuidaba de tal modo que, á su parecer, les ofendia el aire y la luz: su padre se pasaba jugando con ellos todos los ratos que le dejaba libres el asiduo trabajo á que se consagraba.

Era de verle por las tardes, despues que salia de su despacho, tendido sobre la alfombra y jugando con sus cinco niños, como un niño mayor y más loco que todos: y no pocas veces, al ir á buscarle un cliente ó un amigo, habia repetido las palabras del monarca frances al embajador de una córte poderosa:

—Vuestra señoría es padre, y así me permitirá que dé otra vuelta, sirviendo de cabalgadura á mi hijo.

Puede suponerse si los niños adorarian á un padre semejante y si la madre sería dichosa al ver á los seis: mas ¡ay! una fiebre maligna cortó los dias del mayor, y sus hermanos le siguieron al cementerio, inficionados del mismo veneno.

La madre sufrió una enfermedad que la condujo á las puertas del sepulcro: del padre se apoderó una languidez y una tristeza que, durante algunos meses, tomó el aspecto terrible y helado del idiotismo.

Al salir de aquella terrible crísis de su dolor, se hallaron rodeados de la más dolorosa soledad: aquella casa, ántes tan alegre, tan animada con las bulliciosas risas, y con los alegres juegos de los niños, se hallaba convertida en una tumba.

Así pasaron tres años: al cabo de este tiempo se anunció otro hijo, que fué esperado con ánsia como el consuelo único de tanto dolor.

Pero en vez de un varon, vino una niña delicada y bonita como una miniatura, y á la que se le puso por nombre Gabriela.

Nada hay comparable á la ternura y al minucioso cuidado con que fué educada por su madre: no tuvo aya, ni otros maestros que un sacerdote ilustrado y amigo de la casa, que la enseñó á leer, á escribir, y cuando llegó el tiempo, la preparó á la primera comunion.

Su madre la enseñó el dibujo y la música, artes ambas que poseia medianamente, y lo bastante para que su hija amenizase algun tanto las veladas domésticas: por lo demas, le bastaba tan mediana instruccion, pues, segun el propósito de sus buenos padres, jamas habia de asis-

tir Gabriela á *soirées* ó reuniones, diversiones á las que eran muy opuestos, y que sobre los inconvenientes de los grandes gastos, tienen—decian ellos—otros muchos para las jóvenes, y sobre todo para las jóvenes que sólo aspiran á un modesto enlace.

Gabriela creció, pues, en la sencillez, en la modestia y rodeada de buenos y santos ejemplos: su padre era la misma probidad; su madre la misma virtud; no esa virtud ceñuda, austera, descontentadiza, sino la virtud dulce, amable y llena de tolerancia y de bondad.

Hermosa, sencilla, llena de gracias y de encanto, no faltaron seducciones en derredor de Gabriela; pero aquella jóven alma era demasiado delicada, y su sensibilidad demasiado profunda y exquisita, para prendarse de cualquiera, para tener coqueterías, ó para dejarse llevar de ilusiones mentidas: por otra parte, sus padres no se decian sino con sumo pesar que llegaria un dia en que Gabriela les abandonase por un esposo digno de ella: la soledad que volvia á amenazarles les aterraba para los dias de su vejez, que ya no se hallaban muy lejanos.

Lo que más sobresalia en Gabriela era una extrema dulzura de carácter, la que, unida á su exquisita sensibilidad y penetrante talento, hacía de ella un sér angelical y perfecto.

Vemos muchas veces en la vida equivocar la impasibilidad con la mansedumbre: las personas que nada sienten son las que comunmente pasan por bondadosas y sufridas: por el contrario, las naturalezas muy sensibles son desiguales é impetuosas en sus manifestaciones, que siempre siguen el curso de sus pensamientos; pero

hallar reunidas en una misma persona un gran talento, una imaginacion viva y mucha bondad, prudencia y tolerancia, es tan extraño como digno de admiracion.

Gabriela, dichosa y tranquila al lado de sus padres, nada más deseaba: pocas veces habia pensado en las dulzuras de la vida conyugal: presentáronla, de los diez y seis á los diez y nueve años, algunas proposiciones de matrimonio: vió á los pretendientes, y dijo á sus padres que no le agradaba ninguno de ellos para esposo suyo.

Una vez que su padre la estrechaba algo más que otras para ver si su negativa era falta de reflexion ó aversion decidida al matrimonio, la jóven le dió la más completa y satisfactoria explicacion de sus ideas y sentimientos.

—Padre mio, le dijo, no creas niñerías lo que es efecto de maduras y largas reflexiones; esta jóven cabeza que tanto amas, es ya bastante pensadora: sé que la carrera de la mujer es casarse; pero no me uniré jamas á un hombre á quien no ame con todo mi corazon, á quien no respete profundamente, á quien no estime tanto como le ame y respete: el dia que halle ese hombre en mi camino, le consagraré mi vida y mis pensamientos, sea pobre ó rico, de noble ó de humilde cuna: hasta ahora no le hallado aún, y creo una baja traicion casarme con el corazon vacío, y no amar al que elija para compañero de toda la vida.

Pocos dias despues de esta conversacion fué cuando tuvo lugar la pequeña fiesta de familia, que sólo en los cumpleaños de su esposa y de su hija daba el honrado y grave magistrado D. Salvador Mendoza, y en la cual

fué presentado Pedro de Villalta por su amigo el Conde de B..., sobrino de la madre de Gabriela.

Fuese que Pedro estuviese fuertemente impresionado con las palabras de su amigo, ó bien que su deseo de casarse influyese en la disposicion de su ánimo, ello es que Gabriela subyugó completamente su corazon.

Encontró en ella una jóven que áun no habia cumplido veinte años, hermosa, dulce, dotada de un carácter angelical, de un alma tierna y de una belleza simpática y llena de encantos.

Era una flor suave y perfumada, nacida bajo el abrigo del amor maternal, y que habia crecido en el retiro, sin haber sido azotada jamas por el vendaval de las pasiones.

Figuraos una jóven alta y esbelta, de cabellos dorados, ojos de color de cielo y sonrisa de ángel, y tendréis una idea de Gabriela de Mendoza, aunque sea esta idea bastante imperfecta.

Su traje era de una extremada sencillez: llevaba un vestido de muselina blanca y lisa, sujeto á su delicado talle con un cinturon azul como sus ojos: sus rubios cabellos, ondeados naturalmente, sombreaban graciosa y púdicamente su frente de nácar, y un leve color de rosa animaba sus mejillas, redondas y satinadas con el fresco color de la inocencia, de la juventud y de la plácida alegría, que constantemente reinaba en el fondo de su alma.

Cuando se acercó Pedro á su lado, alguna cosa se estremeció en el fondo de su corazon, que le avisaba haber llegado el instante de amar, como sólo debia ella amar una vez durante su vida.

Aquella apacible velada, que se pasó cantando muy medianamente algunas jóvenes amigas de Gabriela, y tocando ésta el piano para que los demas bailasen, pareció muy breve á Pedro de Villalta, acostumbrado á los círculos más aristocráticos de la córte, en los que se aburria de muerte.

Comparaba el semblante de nieve y rosa de Gabriela, su talle de ninfa y la gracia virginal y pudorosa de todos sus movimientos, con las caras arreboladas, los rizos postizos y los oprimidos talles de algunas grandes señoras, que se empeñan en gozar de una eterna juventud, y la sencilla cordialidad que presidia en aquella reunion, á la fatigosa etiqueta de los brillantes saraos.

Fué de los últimos que se retiró, y se despidió con pena de Gabriela y de sus padres, ofreciendo volver á visitarlos.

—¿Qué tal te ha parecido mi prima? le preguntó el Conde al llegar á la calle.

—¡Adorable! ¡mil veces adorable! exclamó Pedro con un entusiasmo que no pudo ahogar el rumor de las ruedas del carruaje.

—Ya lo sabía yo, repuso aquél: si yo no la amase como á una hermana, ya sería mi esposa.

—Pues qué, ¿ella te ama? exclamó Pedro poniéndose pálido.

—No, respondió el Conde tranquilamente: sólo me profesa un cariño fraternal: pero yo hubiera sido capaz de los mayores sacrificios por conquistar su amor: querido Pedro, mi prima es una de esas mujeres-ángeles que tan pocas veces se hallan sobre la tierra: ya que mi

destino no ha sido hacerla mia, que sea tu esposa y los dos seréis dichosos.

El silencio reinó entre los dos amigos hasta llegar á casa de Pedro, donde le dejó el Conde, retirándose en seguida á la suya.

Inútil es decir que el hijo menor del Duque D..... no durmió en toda la noche.

Cuando se levantó, su resolucion estaba definitivamente tomada: si Gabriela le amaba, queria casarse con ella.

Volvió á verla, y á la luz del dia le pareció mil veces más bella y más encantadora.

Dos dias despues la habló de su amor, y una deliciosa turbacion le dijo que podia esperar ser dichoso: pasaron algunos días más, y una noche, al dar el magistrado á su hija el beso de despedida, retuvo entre las suyas las manos de la jóven y le dijo:

—Gabriela mia, me han pedido tu mano.

La jóven se puso encarnada, y ocultó su semblante en el seno del anciano.

—Ya presumo que conocerás á tu pretendiente, dijo éste con una bondadosa sonrisa: ahora bien, dime la verdad: ¿le amas?

—Sí, padre mio, respondió Gabriela levantando su frente con noble firmeza: le amo: estoy segura de ello: es el solo hombre á quien he querido con ese amor profundo, indispensable, á mi parecer, para la dicha conyugal.

—Entónces le concederé lo que me pide: pero advierte que hay un inconveniente.

—¿Un inconveniente? exclamó Gabriela palideciendo.

—Vamos, no te asustes así, hija mia: lo que yo llamo un inconveniente, para otros padres y para otra novia sería una gran ventaja: lo que tu madre y yo llamamos inconveniente consiste en que él es muy rico y tú eres pobre.

—¡Oh! eso no debe darnos cuidado, padre mio, exclamó Gabriela con un candor y una sencillez sublimes por su nobleza y espontaneidad: sé que es incapaz de sospecharme interesada: le perdonarémos su riqueza en gracia de otras mil bellas cualidades que le adornan.

Pedro recibió aquella noche un triple *sí* de los padres y de la hija.

¡Qué deliciosa velada se pasó, pensando en cómo se habia de arreglar la casa de Pedro para dar gusto á Gabriela!

¡Cuántas pequeñas disputas! ¡Cuántos graciosos altercados!

La novia queria cortinas rosadas en su gabinete de tocador: el novio las preferia azules y, como gran razon, daba la siguiente:

—Amo ese color, porque así era el cinturon que llevabas la primera noche que te vi.

Arregláronse por fin todas las diferencias, y un mes más tarde Gabriela de Mendoza juraba al pié del altar amar siempre á su esposo, el feliz, el orgulloso y enamorado Pedro de Villalta.

III.

UN GRAN SEÑOR.

Diez y ocho meses cumplian de su matrimonio Pedro y Gabriela, cuando dió ésta á luz una niña, á la cual se puso el nombre de Regina, y como si el cielo hubiera querido rodear á esta criatura del amor más exclusivo y de la solicitud más tierna, hizo estéril para lo sucesivo el seno de su madre.

Pedro adquirió entónces el título de Marqués de Villalta, para dar á su hija un rango igual al de la primera nobleza de España.

Regina creció hermosa y gallarda, entre las caricias de sus padres : la adolescencia aumentó las gracias de su niñez, y la juventud coronó su espléndida belleza con un nuevo brillo.

A los diez y seis años, época en que la doy á conocer á mis lectores, era la jóven más linda, de más talento y más rica de cuantas pertenecian á la aristocracia española; y el espléndido lujo que la rodeaba, unido al apasionado y proverbial amor de sus padres, la hacian el objeto de la envidia de todas las jóvenes de su clase.

Pedro de Villalta no habia cambiado mucho : á la sazon era un hombre de cincuenta años, de carácter fuer-

te como el hierro, pero de noble y bellísimo corazon.

Acostumbrado, desde la cuna, á vivir rodeado de sumision y respeto, no dispensaba á su numerosa servidumbre el más leve descuido en la severa é invariable etiqueta que tenía establecida en su palacio.

Los ayudas de cámara usaban, por órden suya, traje negro y corbata blanca: las libreas de los lacayos eran magníficas, y todos los muebles que habia desde la primera antesala del palacio hasta su más oscuro rincon, ostentaban la corona de marqués sobre el doble y antiquísimo blason de su familia y de la muy ilustre de su esposa.

La nobleza antigua de la córte respetaba, en vez de zaherirla, la severa etiqueta del Marqués Pedro de Villalta: sabian todos que su cuna era buena, y que las riquezas, que le habian servido para alcanzar el título que le igualaba con ellos, habian sido honrosamente adquiridas.

El mundo, por más que nos empeñemos en creerle injusto, no siempre lo es: si fuéramos á buscar el orígen de sus juicios, de sus simpatías y de sus odios, hallaríamos que no pocas veces tiene razon en lo que rechaza y en lo que acoge.

El *gran mundo* del año de 1838 apreciaba sinceramente al Marqués de Villalta: admiraba la belleza poética y encantadora de la Marquesa, su esposa, al mismo tiempo que su dulcísimo carácter, su corazon sensible y benéfico sobre toda ponderacion, y la ternura tranquila de su alma, viendo en su hija la señorita Regina lo que se llama un *soberbio partido*, para cualquiera de los jóvenes de la grandeza.

No obstante, el mundo en su inapelable justicia, habia descubierto en la hija de los Marqueses de Villalta un orgullo feroz, y un corazon viciado por el loco amor que sus padres le profesaban.

La dignidad orgullosa del Marqués no se limitaba á pueriles exterioridades: él era magnífico en todo cuanto hacía, sin pretender ostentarlo: era ademas sinceramente religioso: todos los sábados—dia consagrado á la Vírgen, á la cual profesaba una tierna devocion—salia de su casa por la mañana muy temprano, solo y á pié, visitaba muchas familias menesterosas de las cuales era el protector hacía algunos años, y sus bolsillos, llenos de monedas de oro y plata al salir de su palacio, volvian enteramente vacíos.

Sus arrendatarios eran felices, porque él tenía el mayor cuidado de que nada les faltase, á condicion de que fuesen laboriosos é irreprensibles en su conducta: si alguno cometia una falta se le reprendia, séria, pero blandamente: mas si reincidia con pocas intenciones de enmienda, le echaba de su casa sin hacer caso de sus quejas.

De este modo era una especie de providencia terrestre, que, á la imágen de Dios, castigaba y daba premios con tanta equidad como justicia.

Un solo sentimiento dominaba el corazon del Marqués: el amor á su hija.

Regina era el único fruto de su union, y jamas hija alguna reinó con más absoluto imperio en el corazon de su padre.

Cuando aquella despertaba, veia al lado de su lecho

al Marqués que espiaba el momento en que abria los ojos para abrazarla, con la misma ambiciosa ternura que si hiciese muchos dias que no la hubiese visto: poco despues entraba su madre, y el Marqués salia para esperarlas en el comedor.

La Marquesa, no ménos idólatra de su hija que su esposa, la vestia por sí misma con aquel cuidado prolijo que sólo saben emplear las madres: quitábale su gorro de cama de batista y encajes y alisaba sus cabellos con un peine de concha: cruzaba su bata con previsora solicitud é iban ambas á reunirse con el Marqués.

Regina pasaba la vida entre aquellos dos tiernos y solícitos amores, sin deseos, porque jamas le daban tiempo para tenerlos: su habitacion, alhajada con tanta riqueza como elegancia, era la más deliciosa que puede imaginarse: sus consolas estaban llenas de juguetes de plata, china y nácar; la sillería de su gabinete de labor era de nácar con asientos de terciopelo blanco bordado de seda: las mesas de mármol de Carraca y su lecho de plata maciza y digno de una reina por su magnficencia, estaba rodeado de cortinas de damasco blanco, con cordones y borlas de plata.

Mas la jóven estaba rodeada de tan fastuosa opulencia y usaba diamantes y encajes, contra su gusto y únicamente porque así lo querian sus padres.

Todos sus trajes eran de terciopelo y de seda: tenía carruajes y criados destinados exclusivamente á su servicio particular, pues aunque para ella estaban de más, el Marqués anhelaba manifestarle su amor por todos los medios posibles: creia ¡pobre y obcecado padre! que la

opulencia y el fausto tienen que ver algo con la felicidad del corazon: creia que los bienes materiales son el todo; que la ostentacion de la riqueza puede significar el amor entre un padre y su hija; y su pasion por Regina le habia cegado hasta el extremo de juzgar vulgarmente el corazon de la jóven, y de desconocer que preparaba para entrambos un porvenir de lágrimas y de dolor; un manantial inagotable de penas, cuyo término debia ser la muerte.

IV.

REGINA.

Ya he dicho que la Marquesa de Villalta era tan amante de su hija como su esposo: pero su carácter, mucho más suave y dulce que el del Marqués, la hacía aún más cariñosa que éste para Regina: pasábase el dia besándola, mirábase en sus ojos y no permitia que nadie, más que ella, se ocupára del adorno de su hija.

Regina era alta, esbelta y muy hermosa: era en cuerpo y alma el verdadero retrato de su padre: solamente habia en ella aquella delicadeza propia de la mujer, y que estaba en contraposicion directa con la tez morena del Marqués y con sus facciones pronunciadas.

La jóven tenía la tez blanca y trasparente como el nácar, lo que formaba un precioso contraste con sus grandes y ardientes ojos negros: su cabello, negro tambien, era abundante y rizado: su boca y su nariz no podian ser más perfectas: su porte respiraba majestad, y su talle era tan gracioso como elegante y flexible.

Pero en su frente elevada, y blanca como el mármol, notábase cierta cosa que eclipsaba, como una nube, todas las perfecciones de su rostro, y que era como una especie de triste anomalía de sus diez y seis años: era

una expresion de orgullo casi salvaje, que se reflejaba tambien en la mirada arrogante y fija de sus negros ojos, y que se advertia aún mejor en su carácter fiero é indomable.

Regina tenía la energía y la dura altivez de su padre: aquella altivez por la cual hemos visto reconvenirle en tiempo más remoto á su amigo el Conde D... que era innata en él lo mismo que en su hija.

Ésta, que veia que nadie la contrariaba en nada, fué adquiriendo un dominio absoluto sobre todos los que la rodeaban, sin exceptuar á sus mismos padres: no obstante, su corazon excelente, la hacía ceder en aquello que ella conocia que podia halagar á los autores de sus dias, y una prueba no pequeña del amor que les profesaba era la incómoda opulencia á que se sujetaba, y á la que, á la verdad, era muy opuesta, pues gustaba mucho de la comodidad y sencillez.

Como á nadie veia á su lado más que á sus padres, el carácter de Regina no habia podido manifestarse dulce ó indómito: jamas tenía que hablar una palabra con sus doncellas ó lacayos, porque su madre era la que prevenia todos sus deseos: carecia de amigas, porque el celoso y extremado cariño del Marqués no admitia más intermediarios entre él y Regina que su esposa: así, pues, tampoco habia podido dar á conocer la sensibilidad de su corazon ni el temple de su alma: es verdad que más de una vez, al ver desde su carretela á un mendigo, habia sacado de sus cabellos una flor de diamantes ó perlas y se la habia arrojado: pero el que en aquellas ocasiones hubiese observado cuidadosamente la expresion de los

grandes ojos de Regina, hubiera calificado semejante accion, no de benéfica, como la calificaban sus padres, sino de arrogante y soberbia.

La pobreza era una cosa tan desconocida para Regina, que, ni áun viéndola, podia persuadirse de su existencia: no habia carecido en su vida de nada, ni áun habia tenido tiempo de formular deseos, porque todos se le prevenian, como ya he dicho, con la más exquisita solicitud.

Tenía dos doncellas dedicadas exclusivamente á su servicio particular, aunque la verdad es que apénas se ocupaban en él, porque su madre tenía gusto en atender á todos los cuidados de su traje y tocador; sin embargo, una de aquellas jóvenes, cuya habilidad para el peinado era muy notable, arreglaba los hermosos cabellos de Regina con una maestría que realzaba su riqueza y abundancia.

Las jóvenes y todas las personas del mundo, sean cualesquiera su edad y condicion, no están exentas de algunas variaciones en el humor, y es locura exigir constantemente de un criado paciencia y sumision á toda prueba.

Una mañana, la camarera se levantó triste: habíase enojado la noche anterior con su novio, y habia pasado llorando las horas que hubiera debido dedicar al sueño.

Cuando entró en el tocador de Regina, ésta, que nunca miraba á sus criados á la cara, no advirtió que la jóven tenía los ojos hinchados y el semblante abatido, y se dejó poner un peinador de batista, abandonando luégo su cabeza á las manos de la camarera.

Esta desató con suma lentitud aquella soberbia cabellera negra como las alas del cuervo, y rizada como las aguas de un lago: la pobre muchacha pensaba en las infidelidades de su novio y en las palabras duras que le habia dirigido, y gruesas lágrimas se desprendian de sus ojos y rodaban por sus mejillas.

Sorprendida Regina de lo poco que adelantaba en su tocador, se volvió hácia la camarera, y le preguntó con un acento de desden, lleno de acritud y dureza:

—¿Qué es esto?

La camarera se estremeció como si saliera de un sueño, y murmuró:

—¿Me hablaba la señorita?

—Te pregunto qué es lo que haces, dijo Regina con mayor dureza: ¡no parece sino que estás dormida! vamos, acaba pronto, que ya me estás molestando demasiado con tu calma.

Un pensamiento amargo cruzó por la mente de la camarera al oir aquel duro lenguaje; un pensamiento que siempre se presenta sombrío y desolador en los que sufren mucho y están en contacto con las personas felices.

—¡Ah! se dijo: esta jóven tan querida, tan mimada, tan rica, tan adorada por sus padres, ¿qué otra cosa ha hecho que yo, pobre, huérfana, desvalida y abandonada por el hombre á quien tanto amaba? ¡Es horrible que, ademas de soportar mi desgracia, tenga que soportar tambien sus insultos!

Estas reflexiones que herian su corazon, crisparon sus manos y enredaron entre sus dedos los largos cabellos negros de Regina, lastimándola algun tanto.

Ésta, que no conocia ningun dolor moral ni físico, porque su salud era excelente, se volvió como si hubiera recibido una injuria mortal.

La irritacion nerviosa de la camarera, aquel acceso de ira, la habian sorprendido y asombrado tanto, por ser la primera vez que hallaba al lado suyo alguna cosa fuerte y hostil, del todo diferente al servilismo á que estaba acostumbrada, pues que el amor excesivo de sus padres se hallaba destituido, por su mismo exceso, de toda dignidad.

Pero no queriendo rebajarse hasta hacer conocer su falta á la camarera, se contentó con medirla de arriba abajo con una mirada llena del más supremo desden, y con decirle señalándole la puerta:

—¡Sal!

La desgraciada jóven comprendió por medio de una intuicion dolorosa lo enorme de su falta, tratándose de una persona del carácter de Regina: se dijo que su jóven señora la detestaria en adelante, que habia perdido no su gracia, sino el precioso bien de su indiferencia, y que siendo Regina la deidad que imperaba en todos los de la casa, participarian de su aversion y de su enojo; así fué que, dejándose caer de rodillas delante de ella, y cruzando las manos, exclamó con voz alterada:

—¡Ah, perdon, señorita, perdon!

—¡Sal! repitió Regina volviendo á señalar la puerta con la misma implacable frialdad.

—¡Oh, señorita! ¡No sabía lo que hacía! gimió la muchacha: ¡pensaba en otra cosa.... si supiera V. cuán desgraciada soy!

—¡Sal! volvió á decir por tercera vez Regina, cuyas mejillas de nácar se vistieron del carmin de la ira, y cuyos grandes ojos iban tomando una expresion sañuda y casi cruel.

—¡Yo no quise disgustar á V., señorita! prosiguió la pobre jóven sin dejar su humilde postura; yo no pensé ofenderla!.... ¡Señorita, yo tenía un novio... yo... soy tan desgraciada!...

Regina se levantó con una majestad fria y aterradora, fué á la campanilla y tiró de ella.

A su sonido, anonadada la camarera, se puso de pié, y permaneció inmóvil y palpitante.

Apareció un criado.

—Pon á ésta á la puerta de la escalera, le dijo Regina señalándole á la muchacha.

—¡Pues qué! exclamó la camarera retrocediendo ante la tosca mano del criado que ya se extendia hácia ella, con una docilidad automática; pues qué, ¿me despide la señorita de su servicio? ¿Llega á tanto su cruedad, sólo porque la he lastimado sin querer?

—Vamos, basta de charlar, repuso el criado: sal al instante de casa... ayer se te pagó el mes.

—¡No quiero irme, y no me iré! gritó exasperada la camarera: la señora Marquesa de R... me recomendó á la señora, y pues ella me admitió, ella sola es la que puede despedirme! ¡Aquí la señorita no es nadie! ¡Una hija de familia no puede ni admitir ni despedir criados... y yo no la obedeceré!...

—¡Desgraciada! ¡Qué es lo que dices! murmuró el lacayo en voz baja: ¡sal, y no hables una sola palabra más!

—¡Y bien! ¿Qué me harán aunque hable? gritó la camarera, que ya no se contenia ante ninguna consideracion, exasperada como se hallaba por la ira. ¡Hablaré... y diré lo que digo ahora.... que no me voy hasta que la señora me despida!...

—Sal al ménos de aquí, dijo el criado: ventilarás eso con la señora Marquesa, pero no incomodes más á la señorita!...

—No, repuso Regina friamente, no saldrá de aquí: tú vé á llamar á mi madre.

El criado salió, y la Marquesa entró un instante despues.

—Mamá, dijo Regina, echa ahora mismo á esta muchacha de casa.

—¿Qué ha sucedido? preguntó Gabriela.

—Ha sucedido, señora, respondió la camarera, que, sin querer, lastimé un poco á la señorita estando peinándola, y que por eso quiere que me vaya de esta casa.

—Hazte cuenta que nada de eso ha sucedido, repuso Regina: daré un motivo áun más injusto á mi determinacion; te despido y quiero que salgas al instante de casa porque no me gusta verte: sal ahora.

—¡Véte! ¿Qué esperas? preguntó la Marquesa haciendo esfuerzos inauditos para no demostrar su pena, por el estado lastimoso de afliccion y de estupor en que veia á la infeliz camarera.

—¡Oh! gritó ésta retorciendo sus manos desesperada: ¿Con que tambien V. E. me despide, señora?

—¿Has podido pensar que tuviera otra voluntad que la de mi hija?

—¡Sí, sí! ¡ya debia saber que sus padres son tambien sus criados! exclamó la jóven. ¡Que en esta casa sólo hay esclavos, y que el tirano no tiene alma ni entrañas!... Pero, señora... déjeme V. E. decirle... V. E. es más justa, más humana, mil veces mejor que su hija... yo tenía un novio.... un novio á quien queria mucho.... y él tambien me queria á mí... Supe que me hacía traicion con otra, y no sabe V. E. lo que pasó en mí... entré á peinar á la señorita, distraida... parecia que me abrian el pecho y la cabeza de lo que me dolian...

—¡Basta ya! ¡Tú haces que me duela ahora á mí! gritó impaciente Regina; sal al instante.

—¡Sal! repitió la Marquesa.

—¡Ah! ¡esa hija será el castigo de sus padres! gritó irritada la jóven, precipitándose fuera de la estancia con la cabeza trastornada por la ira y por el dolor.

—¡Qué fastidio! exclamó Regina bostezando: ¿Qué me importará á mí de su novio y de sus pesares amorosos? ¡Yo creia que no nos dejaba en paz!

—¿No te da pena, hija mia? preguntó Gabriela, cuyos ojos estaban arrasados de lágrimas: ¡Yo quisiera que la perdonáras y que no saliera de casa! La pobre nos queria... y ahora... ¿adónde irá?

—No sé, mamá, ni me importa eso, respondió Regina; en cuanto á que esa mujer, que me ha faltado de un modo tan insolente, pueda volverse á quedar, disponlo si tú quieres; pero ni sufriré que se ponga jamas delante de mí, ni saldré de mi habitacion para no tener el disgusto de verla.

La Marquesa no quiso insistir más: amaba á su hija

sobre todas las cosas del mundo; por nada queria disgustarla, y la tranquilidad y la alegría de Regina eran para ella tan interesantes, que la hacian olvidarse de todo lo demas. Hizo sentar de nuevo á su hija delante de su tocador, y ella misma peinó con el mayor esmero su hermosa cabellera.

No volvió á nombrarse á la camarera despedida delante de Regina; pero su madre, que conocia y apreciaba las excelentes cualidades de aquella pobre muchacha, le envió algunos socorros, y la buscó otra colocacion en casa de una señora amiga suya.

De esta suerte el carácter duro de la jóven alcanzaba siempre la victoria; y, sin embargo, la mayor parte de su fuerza, de su rara energía, permanecia aún medio velada entre los risueños recuerdos de su infancia, tan recientemente pasada, y las bellas y radiosas esperanzas de su naciente juventud.

¡Ay de aquellos padres, que la amaban con tan loco amor, el dia destinado para la total aparicion de tan funestas dotes!

V.

LA CASITA.

El palacio de los Marqueses de Villalta daba, por la parte donde estaban situadas las habitaciones de verano de Regina, á una calle estrecha y sin salida, sombría y oscura, y por consiguiente, sumamente fresca.

Su madre, deseando preservarla de todo ruido que la molestase, habia colocado allí su dormitorio, y Regina habia aceptado gustosa semejante arreglo que la era ventajoso, sin pensar en rogar á su madre que se aprovechase tambien de él, pues el excesivo cariño con que estaba criada, habia desarrollado en su alma un egoismo extremado.

La primera vez que ocupó su alcoba de verano fué para dormir en ella la siesta: ésta se prolongó hasta la hora de comer: pero, no queriendo sus padres despertarla, esperaron con paciencia hasta que ella abrió los ojos, que fué cerca del anochecer.

Todavía no se habian entrado luces al aposento, porque la Marquesa temia turbasen el sueño de Regina: por lo tanto, lo primero que vió ésta, al despertar, fué la débil luz del crepúsculo.

Saltó del lecho, y despues de recibir un beso de su

madre, aproximóse á la ventana, guarnecida de cortinas de raso azul y blanco recogidas con gruesos cordones de perlas, y la abrió de par en par, para respirar el aire libre de la tarde.

Sólo una casa se veia en aquella estrecha calle; pero su apariencia llamó vivamente la atencion de Regina por el contraste que formaba con el magnífico palacio de sus padres.

Era una casita de un solo piso muy bajo, y que únicamente tenía dos angostas ventanas para recibir la luz: una mezquina puerta le daba entrada; pero sin duda por estar cerrada constantemente, tenía un humilde aldabon de hierro, semejante á los que vemos en las casitas de las aldeas.

Las dos ventanas tenian cortinillas blancas: la una, cerrada, ostentaba en su reducido antepecho dos pequeñas y pobres macetas de barro encarnado; en una de ellas crecia, cuidada con esmero, una mata de alelíes, y en la otra una frondosa albahaca verde y recortada.

La segunda ventana estaba abierta de par en par, y á pesar de la escasa luz del crepúsculo, pudo Regina distinguir, sentada junto á ella, á una jóven vestida de luto, que bordaba aprovechando la última claridad de la tarde.

La hija de los Marqueses de Villalta permaneció, durante algunos instantes, mirando aquella limpia y pobre casita tan humilde y tan triste.

Un sentimiento inexplicable se iba apoderando de ella sin que lo advirtiese ni se apercibiese de ello su voluntad: habia cierta armonía entre la casa y su habitadora,

y ambas hablaban al alma un lenguaje lleno de poesía y de elocuencia.

Regina, nacida y criada entre el fausto y la ostentacion, se sentia agobiada por él como por un peso que traia en pos el hastío y la indiferencia para todo; aquella alma enérgica y fuerte se helaba falta de sensaciones, porque á la edad en que la sangre arde en las venas, á la edad en que el corazon se inunda de sol y de perfumes como un jóven árbol, era ella tratada lo mismo que una niña de diez años.

. Es verdad que sólo tenía seis más; pero en seis años, ¡cuántas mudanzas se operan en el corazon de la mujer! ¡Qué cambios de sentimientos! ¡Cuántas ilusiones pasan por su mente en mágico tropel y le doran el presente y el porvenir! ¡Y cómo necesita de una amiga!

Nadie mejor que la Marquesa podia haberlo sido de su hija: más para esto era necesario que ambas hubieran estado dotadas de otro carácter.

Gabriela era demasiado tímida, demasiado tierna, demasiado sencilla para aquella hija fuerte, imperiosa, arrebatada: para aquella hija que muchas veces le imponia respeto por la varonil sublimidad de su entendimiento, y un doloroso temor con los arranques de su carácter áspero y soberbio, tanto como apasionado.

Gabriela hubiera deseado una hija más dulce: Regina, una madre más fuerte.

Debe haber, entre una madre y su hija el mismo equilibrio que en el matrimonio para que el respeto, el cariño y la ternura sean verdaderamente sentidos y formen ese lazo dulce é indisoluble que dura tanto como la vida.

En el matrimonio, el esposo, que es el que protege, debe valer algo más que la mujer, que es la protegida.

Asimismo la madre, que es la que debe ser respetada, debe ser superior á su hija, aunque sólo sea por las prendas del alma, para que ésta la respete.

Entre aquellas dos mujeres, la una dulce, tímida, risueña, débil; la otra austera, valerosa, grave y fuerte, habia de haber algo que las separase, ó mejor dicho, algo que apartase á la fuerte Regina de su madre, suave, humilde y resignada siempre, por hábito y por prudencia, colocada como se hallaba entre los férreos caractéres de su esposo y de su hija.

Regina ansiaba mucho tener una amiga de su edad: áun no habia amado más que á sus padres, y su corazon estaba lleno de afectos: no habia conocido ni el amor ni la amistad, sino el cariño de la familia, para ella más monótono que grato, por lo excesivo y por lo previsor y fácil.

Aquella jóven vecina le hizo pensar de nuevo y con mayor fijeza en lo que tantas veces habia pensado: ¡Qué bueno debe ser tener una amiga á quien poder comunicar todos sus sentimientos, á quien poder hablar con desahogo y confianza!

Despues de este pensamiento, otro nuevo se levantó en el alma de Regina, que estaba más en armonía con su carácter fuerte que el deseo de una intimidad que nunca habia conocido.

—Esa jóven parece pobre, pensó; pero no con esa pobreza que se ostenta y que ofende, como la que vemos en los mendigos que imploran nuestras limosnas: esa

pobreza es la pobreza modesta, ruborosa y combatida sin cesar por el trabajo y el aseo. ¡Cómo borda! ¡Y cuán grato debe ser el vivir ocupada por deber y para ganar algo! Esa jóven tendrá sin duda padres, hermanos pequeños, ó tal vez un esposo á quien ayudará á tener alguna comodidad con el fruto de su trabajo..... Y ellos, en cambio, ¡cuánto amor le darán y qué placer tan puro experimentarán al reunirse todos cada noche en derredor de la mesa de la familia!

De esta suerte, y por esa imprescindible necesidad del corazon humano, Regina llegaba á envidiar lo que es reputado en la vida como el mayor de todos los males, la pobreza. ¡Ella, la rica heredera, la jóven dama, tan bella, tan opulenta, tan envidiada á su vez de cuantas jóvenes la conocian! ¡Ella, que imperaba como soberana absoluta en aquel magnífico palacio! ¡Ella, ante cuyos ojos todo se doblegaba y se plegaba todo!

Su voluntad, hasta entónces oculta entre los sueños de la adolescencia; el deseo de ser algo por sí misma que no fuese debido á la influencia de su riqueza y de su posicion; la sed de independencia inseparable de su carácter fuerte y enérgico, todo esto habia formado en su alma una tempestad que la sacudia con una fuerza desconocida, y de la que ni ella misma podia darse cuenta.

La dulce voz de su madre la sacó de sus reflexiones; la Marquesa, admirada de lo largo de aquella contemplacion, la llamó para conducirla al comedor.

Regina dejó con trabajo su ventana; hubiera deseado permanecer en ella hasta que la jóven hubiera dejado su labor, y hasta que la luz artificial hubiera reemplaza-

do en la casita los últimos resplandores del crepúsculo.

Pero no sabiendo cómo expresar aquel deseo lleno de vaguedad para ella, siguió á sus padres á la pieza de comer, que era una maravilla de lujo aristocrático é inteligente, no ménos que de riqueza y de suntuosidad.

La gran mesa redonda que ocupaba el centro estaba alumbrada por cuatro candelabros de oro cincelado, cargados de bujías : la vajilla de plata era de un valor incalculable, y el cristal de Venecia reflejaba las luces en mil cambiantes, retratándose tambien seis enormes ramilletes, que, colocados en soberbios vasos de porcelana del Japon, guarnecian la mesa.

La jóven, grave y silenciosa segun su costumbre, se colocó en su sitio, que estaba entre los de su padre y su madre, y poco á poco se fué olvidando de su vecina.

VI.

AMOR FILIAL.

El calor sofocante de la noche impidió á Regina dormir más allá del alba: en su intranquilo sueño apareció muchas veces la imágen de su vecina, y su mente acalorada la revestia del más gracioso rostro, si bien alterado por una tristeza profunda.

Otras veces la aparicion se desvanecia, y ocupaba su sitio un gallardo jóven, que la miraba con expresion amarga y desolada, como diciéndole:

—¿Qué has hecho tú para ser tan rica en tanto que yo vegeto en la miseria? ¿No te pesan tantas joyas, tanta opulencia y tanta soledad en el corazon? ¿Eres otra cosa que un pequeño juguete, una linda muñeca en las fuertes manos de tu padre? ¿Has tenido hasta hoy voluntad ó pensamiento? ¡Ah! ¡La riqueza, si está sola, es la muerte del alma!

Regina, fatigada con sus visiones, abrió por fin los ojos, y no bien el cielo se tiñó con esa primera luz tan suave y pura que anuncia la venida de la aurora, saltó del lecho, y echándose un peinador de batista sobre los hombros, abrió la ventana para respirar el ambiente de la mañana.

La jóven del dia anterior volvió á presentarse ante sus ojos, no bajo un aspecto varonil, sino dulce y llena de belleza.

El cuarto de Regina, situado en el piso bajo del palacio, daba tan enfrente de las ventanas de la casita, que podia verse desde él cuanto ocurriese en aquélla, y la hija del Marqués aprovechó esta circunstancia para examinarla bien á su sabor.

Ya estaba la jóven ocupada en su bordado: al ruido que hizo Regina cuando abrió su ventana separó los ojos de la labor, y la saludó graciosamente con la cabeza sin manifestar embarazo alguno.

Tendria aquella jóven dos años más que Regina, aunque podria asegurarse que no habia cumplido diez y ocho: su tez blanca era pálida y mate, como la de aquellas personas que nunca ven el sol: sus rasgados ojos azules eran dulces, expresivos y melancólicos: sus cabellos castaños, con reflejos dorados y brillantes, estaban recogidos con graciosa sencillez detras de su cabeza: tenía la boca linda, pequeña é inocente: su cuello, dotado de una gracia indescriptible, era un poco largo, sin duda á causa de estar muy delgada: llevaba un vestido de lana negro, basto y usado, pero cortado del modo más á propósito para hacer resaltar la distincion de su flexible talle.

A pesar de lo poco avanzado del dia, trabajaba con afan y rapidez, y sus cabellos, cuidadosamente peinados, y su tocado elegante y sencillo, decian claramente que hacía largo rato que estaba levantada.

Bordaba un pañuelo de batista finísima, y lo prolijo y hermoso del dibujo, así como la perfeccion del bordado,

eran harto visibles para que se escapasen á la penetrante mirada de Regina.

Delante de la jóven veíase, sentada en un sillon de vaqueta oscuro, una mujer como de unos cincuenta años de edad, pero que, al parecer, estaba casi enteramente paralítica: su fisonomía, no obstante sus padecimientos, era tan semejante á la de la jóven, que fácilmente se adivinaba que era su madre.

Llevaba, como aquélla, un traje de luto muy usado, y sobre él un pañolon de lana negro.

Los muebles eran escasos y pobres: algunas sillas de tapicería antiguas y muy viejas; una mesita de nogal, tambien de forma anticuada, y dos ó tres cuadros de bastante valor, componian todo el mueblaje: el pavimento, lavado con esmero, no tenía alfombra, ni siquiera una de esas humildes esteras de paja que cubren en la estacion del calor casi todas las habitaciones de verano.

Regina, inmóvil, contemplaba aquel cuadro triste é interesante á la vez; su corazon, bueno por naturaleza, la inducia de nuevo á comparar la pobreza de aquella casa con la magnificencia de la suya, y la diferencia que existia entre el traje de aquella jóven y los que ella usaba.

Y sin embargo, aquella jóven era hermosa: quizá más hermosa que ella, pues el atractivo que encontraba en su semblante nunca se lo habia encontrado á sí misma.

En aquel momento, la mujer del sillon habló algo que no pudo entender Regina: la jóven se levantó, desapareció, y un instante despues volvió con una taza de chocolate en una bandejilla, que contenia tambien un vaso de agua.

Dejóla sobre su silla : fué á buscar una almohada, que colocó detras de la cabeza de la pobre tullida, y luégo, arrodillándose á sus piés en el suelo, empezó á darle lentamente y con sumo cuidado el chocolate, que no podia tomar por sí propia, por tener muertas las manos.

Cuando acabó su ocupacion la jóven dió un beso á su madre y se llevó la bandejilla, volviendo á poco con una caja de carton y una aljofaina, que colocó en una silla cercana: hecho esto trajo una toalla, la humedeció con el agua, lavó con extrema solicitud y admirable delicadeza el rosto paciente y dulce de su madre, y lo secó suavemente; en seguida sacó de la caja un peine, y desatando los escasos cabellos de la pobre tullida, los peinó con esmero, volviéndolos á enlazar, y cubriéndolos despues con una cofia blanca, adornada con cintas de luto.

Despues volvió á abrazar tiernamente á su madre, la cual, por no poder mover sus muertos brazos, sólo pudo depositar un amoroso beso en la blanca y pura frente de su hija; pero la expresion de los ojos de la enferma dijo á Regina que aquel beso encerraba una ferviente y cariñosa bendicion, formulada por la gratitud y el amor maternal.

La jóven desapareció, llevándose los objetos que habian servido para el tocador de su madre, y Regina quedó de nuevo meditabunda.

—¡Cómo! se decia á sí misma, ¡cómo es posible vivir de ese modo! ¡Esa muchacha está agobiada de quehaceres, en tanto que yo no tengo ni áun el trabajo de desear nada! ¡Ella sirve á su madre, miéntras la mia previene todos mis caprichos! ¿Qué haria yo, prosiguió pensando,

si mi madre quedase reducida al estado en que se ve esa pobre mujer? ¡Bah! concluyó, yo tengo muchos criados que la servirian en un caso semejante!

La voz de su padre la distrajo en aquel instante de sus reflexiones.

—¡Regina! gritó desde léjos aún. ¡Regina, hija mia! Aquí te traigo á tu primo, el coronel Vizconde del Olmo, que acaba de llegar de Sevilla y desea verte.

El ruido que hizo la puerta al abrirse terminó estas palabras: Regina se volvió vivamente y vió á su padre de pié en el umbral, y detras de él á un joven de gallarda y elegante estatura, y vestido aún con un sencillo traje de camino.

La jóven le saludó con la cabeza de un modo bastante indiferente; su carácter frio y orgulloso, áun cuando conocia á las personas desde mucho tiempo, se convertia en áspero y duro para las que le eran desconocidas.

Apoyóse en el brazo de su padre para seguir á éste y al recien llegado á otra habitacion; mas ántes de dejar la suya, dirigió una última mirada á la ventana de la casita.

La jóven vecina habia vuelto á sentarse y trabajaba en su bordado con la mayor actividad.

VII.

LOS DOS PRIMOS.

Regina, su padre y el Vizconde pasaron al salon, donde se hallaba tambien la Marquesa.

Allí la jóven fijó la atencion en su primo, que, á la verdad, lo merecia.

Aparentaba éste tener treinta años; es decir, esa edad en que se ostentan las más perfectas maneras, en que se ha adquirido ya, ademas de una posicion estable, bastante conocimiento del mundo, y en la que los desengaños no han herido aún el corazon.

Arturo, que éste era el nombre del Vizconde, tenía una fisonomía, más que bella, graciosa y distinguida; sus hermosos ojos oscuros eran á la par atrevidos y dulces; su voz, sonora; su estatura, aventajada sin exceso; su talle, suelto y elegante, como sus maneras y todos sus movimientos.

Sentóse Regina con negligencia en un sillon, y el Vizconde tomó otro que habia á su lado, en tanto que el Marqués y Gabriela cambiaban una mirada de inteligencia.

La jóven llevaba una bata blanca y muy sencilla, sujeta á la cintura con un cordon de seda, y sus cabellos

negros, cuya abundancia era prodigiosa, estaban tan mal prendidos, que sólo esperaban un pequeño pretexto para soltarse y caer por la espalda.

Arturo permanecia como fascinado al aspecto de aquella belleza deslumbradora que todo se lo debia á sí propia, y en la que ninguna parte tenía el lujo de los atavíos; jamas habia visto una mujer de facciones más perfectas, de hermosura más acabada; y una especie de angustia y de desasosiego se apoderó del espíritu del Vizconde por descubrir en el semblante de Regina lo único que faltaba, y lo que él anhelaba encontrar: la vida del alma y la sensibilidad del corazon.

Pero imposible le fué hallar lo que no existia: Regina era una hermosa estatua de alabastro; nada más.

Esta conviccion no podia penetrar sin esfuerzo en el alma de Arturo; amaba en la mujer la debilidad, la gracia, las coqueterías y todas esas sutilezas femeninas en las que ella afianza su imperio, y buscándolas en su prima, se decia:

—¡Qué adorable sería si las poseyese! Y ¿quién sabe si las descubrirá en el trato? Veamos cuál es su conversacion.

—Mi querida prima, dijo obedeciendo á este deseo y levantando la voz: las primeras palabras que voy á dirigirte son una súplica.

—Ya la escucho, respondió friamente Regina.

—¿Me la otorgarás?

—Segun sea.

—¿Luégo vas á guiarte por la justicia?

—Como siempre, primo mio.

—Yo queria, repuso el Vizconde algo picado, deber algo á tu indulgencia.

—¿Y con qué derecho? preguntó la jóven con más altivez de la que habia usado hasta entónces.

—No tengo ninguno, ya lo sé, repuso Arturo, que de picado se iba convirtiendo en ofendido; ya sé que no tengo derecho alguno á que seas indulgente conmigo; hoy me ves por la vez primera; pero eso mismo hubiera dicho mucho á favor de tu condescendencia.

—Nunca he tenido la pretension de pasar por indulgente, primo mio, repuso Regina.

—¿Por justa?

—Sí.

—Es un título que debe apetecer poco una jóven de tu edad, dijo Arturo.

—Si es por apetecer, jamas he deseado ninguno, repuso la jóven.

—Mi hija se calumnia, dijo la Marquesa: ella es más buena de lo que dice y de lo que se cree.

—Y yo te creo á tí más que á ella, querida tia, dijo el Vizconde tomando la mano de la Marquesa; á despecho suyo, creo buena á mi prima, y voy á exponer mi súplica.

—¡Cuánto se hace esperar! murmuró la jóven con una media sonrisa en la que habia algo de burla.

—Pues bien, es ésta: que me permitas tratarte con franqueza, y que me trates tú del mismo modo.

—Si no pedias más que eso, ya está concedido, respondió Regina; la franqueza es mi divisa.

—Ademas, deseo que seamos amigos.

—Lo serémos.

—Y que me cuentes todos tus pesares.

—No tengo ninguno, respondió la jóven: y luégo añadió á media voz:

—¡Ojalá los tuviera!

Esta exclamacion sorprendió al Vizconde: en cuanto á los padres de Regina, para dejar explicarse á los dos jóvenes con mayor libertad, se habian retirado al hueco de una ventana del salon, y hablaban allí á media voz.

Despues de algunos momentos de silencio que empleó el Coronel en dominar su asombro por las últimas palabras de Regina, exclamó:

—¡Cómo! ¿Desearias pesares?

—Sí, respondió la jóven: porque esta vida monótona é igual me mata de fastidio; debe ser mejor sufrir, que esta absoluta carencia de todo sentimiento; apénas salgo nunca; no veo á nadie, no tengo amigas ni distracciones, ni deseos, porque aunque la sociedad sería peligrosa para mí, segun dice mi padre, y me está vedada, aquí, dentro de mi casa, para recompensarme, soy una diosa que impera, pero que tiene mucho de autómata, porque no le dejan ni la libertad de pensar.

Regina pronunció con amargura estas palabras; pero aquella amargura no era de esas que llegan al fondo del alma, sino acre é incisiva, por decirlo así; su primo la miró absorto; le parecia imposible que aquel acento saliese de una boca de diez y seis años.

—Sin embargo, prima mia, repuso con una gravedad que no excluia la timidez, mi padre, que es el mejor, el más justo de los hombres, dice que el tuyo es un mo-

delo de generosidad y de galantería, y que tu madre es un ángel de tolerancia y de bondad.

—Es cierto, contestó la jóven: no puedo quejarme de ellos, son demasiado buenos para mí; pero siendo ménos buenos y ménos amantes para su hija, créeme, Vizconde, la harian más feliz.

—Veo con pena, dijo el Vizconde, que al decirme que no tenías pesares te engañabas á tí misma; tú sufres, Regina, y tienes el más cruel de los sufrimientos, el hastío que produce el exceso de la dicha.

—Creo que tienes razon, contestó la jóven; pero no sé si esto podrá ser un exceso de felicidad: ¿lo es acaso el que mi padre me ame con tan exclusivo afan, que no me permita una amiga de mi edad? ¿Lo es el que no vea yo jamas la sociedad, los bailes, las diversiones, tan propias de mis años? Aun no he sido presentada en el mundo, áun no le conozco... y ya sabes que las mujeres suspiramos siempre por aquello de que se nos priva.

—Pero, dijo el Coronel, ¿la amistad de tu madre no te compensa de esas privaciones que tu padre te impone? Ella, tan dulce, tan tierna, tan amable, tan bondadosa, ¿no es nada para tí?

—Mi madre deja en mi alma un vacío, como lo deja todo aquello que conozco, repuso Regina; sólo ansío, admiro, y áun pudiera decir *amo*, todo aquello que está vedado para mí; esta desgracia que llevo conmigo es irremediable; mi madre es demasiado buena, tímida y sensible para una hija como yo; ella es siempre la que se doblega, yo la que impongo mi deseo.

—Prima mia, repuso el Coronel con alguna entereza, debo decirte una triste verdad: el extremado cariño de que te han rodeado desde la cuna te ha viciado el carácter y... quizás tambien hasta el corazon; mi madre era igualmente buena, tierna, ejemplar; pero yo la amaba, y la profesaba tanto respeto como admiracion.

—Tú eres hombre, respondió Regina, y los hombres estais formados para admirar todo lo contrario de lo que admira la mujer.

—No: la verdad es que la felicidad reside en nosotros mismos, y que sólo nosotros la ahuyentamos de nuestro lado ó la fijamos en él; es ley de algunos destinos, y ley muy triste, á la verdad, la de desear imposibles. Regina, huye de esa funesta ley y no sujetes á ella tu suerte; si tu padre no ha dirigido hasta ahora tu razon por no contrariarte con reflexiones algo severas; si en tu madre la ternura hácia tí ahoga toda prevision, permíteme á mí el que te diga alguna vez la verdad, que te aconseje. ¿Por qué has de ser desgraciada pudiendo y debiendo ser dichosa?

—Tienes razon, respondió la jóven: ¡elementos de dicha debe haber en mi destino, cuando tanta envidia despierto en derredor mio! Y sin embargo, Arturo, yo soy, yo me siento profundamente desgraciada. ¡Algo falta á mi vida que yo ignoro y que no sé dónde se halla, dónde buscarlo, á quién pedirlo! ¡Si me lo dices tú, si tú me ayudas á encontrarlo... bendito seas!

—Sí, yo te ayudaré, pobre Regina, dijo el Coronel, que sentia al oir á su prima una especie de espanto que él se esforzaba en tomar por conmiseracion; sé paciente,

religiosa, fuerte contra tu misma imaginacion, y conseguirás la dicha; no ambiciones lo que está léjos de tu mano, lo que no puedes alcanzar, porque estos deseos asesinan y roban al mismo tiempo la savia de la vida y la savia del alma; no hay dicha mayor que la de saber contentarse cada uno con aquello que posee, así en afectos como en todas las demas cosas...

Una sonora carcajada de Regina cortó aquí la palabra al Vizconde, que la miró sorprendido y casi asustado; tan extraña era su risa en aquel instante. Acababa de verla triste, conmovida y presa de una emocion sincera, y aquella repentina y enojosa hilaridad venía á trastornar todas las ideas de Arturo.

—Primo mio, dijo Regina, no te canses en sermonearme; si te oyese me harias más débil y más esclava de mis padres de lo que soy, lo que ya ves que sería ganar muy poco en el negocio de mi libertad, que es lo que me preocupa; léjos de procurar humildad á mis aspiraciones, quisiera elevarlas cada vez más; ahora me rio tambien de mí misma recordando que he tenido la extraña debilidad de envidiar á una jóven vecina mia, que creo está muy pobre, y cuya madre está tullida; déjame ser fuerte á mi modo, porque lo que deploro es mi debilidad, á la que desearia con todo mi corazon sacudir como á un huésped importuno.

Sobrecogido el Vizconde, no supo por el pronto qué contestar; el carácter audaz de Regina le espantaba; aquel carácter frio, resuelto, violento, dominante, era profundamente antipático al suyo, fuerte y varonil; al suyo, tan propio para proteger á la debilidad como para

resistir á la injusticia y á la violencia, como sucede con todos los carácteres generosos.

Aun permanecia Arturo abismado en su asombro, cuando la voz de su tio vino á distraerle.

—Vamos á almorzar, dijo, y despues continuaréis vuestra conversacion; yo siento ya apetito, y ademas tengo que salir.

En tanto que su marido hablaba, la Marquesa miraba atentamente los semblantes de su hija y del Coronel; pero Gabriela era más inocente que perspicaz y no distinguió el hastío amargo que pintaban las facciones de Arturo, y la expresion triunfante que se advertia en las de su hija, tan impasibles de ordinario y vestidas de tan orgullosa frialdad.

El Vizconde presentó el brazo á la Marquesa; Regina se apoyó en el de su padre, y todos juntos pasaron al comedor, dispuesto ya para el desayuno.

VIII.

PROYECTOS DE MATRIMONIO.

A la mañana siguiente, y cuando apénas hacía una hora que Regina se habia levantado, su madre, que un momento ántes habia salido de su cuarto, entró de nuevo en él con un aire tan preocupado y solemne que no pudo ménos de llamar la atencion de su hija.

—Vengo, Regina mia, dijo la Marquesa, á llevarte al cuarto de tu padre, que tiene que hablar contigo.

La jóven, asombrada por las palabras de su madre y por el modo con que habian sido pronunciadas, echóse sobre su bata de mañana un pañolon de granadina, y despues de haber arreglado los encajes de su gorro, salió de su habitacion seguida de la Marquesa, con la cual pasó al cuarto de su padre.

Estaba éste sentado junto á un balcon entreabierto, y su semblante demostraba una rara mezcla de tristeza y de contento; al ver á Regina se levantó para recibirla, porque era tal la fuerza de cariño que sentia por su hija aquel padre, que le inspiraba siempre, desde los cuidados más tiernos, hasta las más galantes y delicadas atenciones.

—Hija mia, dijo el Marqués conduciendo á la joven

al sillon más cómodo y ocupando él otro á su lado; hija mia, ayer viste á tu primo el coronel, Vizconde del Olmo.

Regina hizo con la cabeza un signo frio y afirmativo.

—Arturo, prosiguió el Marqués, es hijo de mi primo el Conde del Olmo; su corazon es tan noble como su cuna, su fortuna colosal y muy bellos sus sentimientos; en cuanto á su figura...

—¿Y qué me importa á mí todo eso, papá? exclamó Regina soltando una carcajada tan ruidosa y poco comedida, que dejó cortado á su padre, á pesar de conocer éste perfectamente su carácter.

—Te importa mucho, hija mia, repuso gravemente: te importa mucho, porque el Vizconde es portador de una carta de su padre, en la cual me pide tu mano para él.

Regina alzó los hombros con indiferencia.

—Yo sé, hija mia, prosiguió el Marqués, cuya voz se alteró visiblemente, yo sé que tú habrás de casarte algun dia, por más que toda mi ambicion se cifre en que vivas sólo para mí; así, pues, el matrimonio que más puede complacerme es el que te propongo, porque Arturo consiente en abandonar su carrera y vivir contigo á nuestro lado. Pero, no obstante, nada he contestado aún, y espero para hacerlo saber lo que tu piensas, á cuyo efecto deseo que me abras tu corazon. ¿Te casarás contenta con tu primo Arturo, cuyo padre es, ademas de mi primo, mi mejor amigo?

—No tengo dificultad en hacer tu gusto, papá, contestó Regina con su acento frio: me casaré con el Coronel.

—¡Oh, gracias, hija mia, gracias! exclamó la Marquesa abrazando con efusion á su hija: este casamiento asegura nuestra felicidad, porque nos asegura tambien para siempre tu compañía.

Regina se retiró á su cuarto sin decir una palabra más, y su padre corrió en busca del Vizconde para darle parte de su dicha.

Encontróle en la biblioteca, apoyado en una ventana y completamente absorto en la contemplacion de un objeto que, al parecer, embargaba su atencion entera.

—¿Qué estás mirando ahí, hijo mio, exclamó alegremente el Marqués: en verdad que no sé qué magia tiene esa callejuela, que es tambien muy del agrado de Regina, y á la cual dan las ventanas de su habitacion de verano: pero vamos á lo que más importa, continuó el Marqués, miéntras Arturo cerraba precipitadamente la ventana. Regina consiente gustosa en casarse contigo.

Una nube de tristeza cubrió, al escuchar estas palabras, las expresivas facciones de Arturo: mas el Marqués no pudo advertirlo, porque le distrajo la llegada de su esposa.

Gabriela abrazó á su sobrino, llamándole su querido hijo, y en verdad que este dulce nombre se extrañaba en boca de aquella hermosa mujer, que más parecia hermana del Vizconde.

Sólo seis años llevaba Gabriela al sobrino de su esposo, y á pesar de ellos era mucho más fácil que Arturo se enamorase de la esposa de su tio que de su prima Regina, que apénas salia de la infancia.

¡Qué diferencia, en efecto, entre aquella madre bella,

amorosa, dulce y poética, y aquella hija fria, orgullosa y altanera! ¡Y cuánto más hablaban al corazon los treinta y seis años de la Marquesa, que los diez y seis de su hija, aunque, segun las reglas severas de la belleza, ésta fuera mucho más hermosa!

Pero ya no habia lugar en el alma de Arturo, ni para la imágen de la una ni para la de la otra: habia visto á la jóven que bordaba, y aquella dulce imágen ocupaba su corazon.

¿De qué modo se explican esas súbitas pasiones que brotan con una mirada, y que sólo se extinguen con la vida?

Nadie puede decirlo, y, sin embargo, existen: cuando la corriente eléctrica de las simpatías se establece entre dos seres igualmente jóvenes, nobles y hermosos, una mirada es un largo beso del alma.

Los grandes ojos azules de la jóven bordadora pensaban y hablaban, y ellos dijeron á Arturo que la desgracia y la pobreza la rodeaban, pero que una y otra eran sobrellevadas con valor y resignacion y con una admirable dignidad.

Entre tanto que el Vizconde permanecia como anonadado por la noticia que sus tios le daban con tanta alegría, del consentimiento de Regina para su union, el Marqués, cuyo carácter impetuoso no sabía dominarse, fijó en él una mirada, en la que entraban por partes iguales el enojo y la admiracion.

—¡Qué es esto! exclamó: ¿rehusarias á mi hija para esposa tuya? ¿No te agrada acaso, reuniendo tantas ventajas? ¿Qué te falta para llamarte dichoso con su pose-

sion? ¿No es hermosa, jóven, rica? ¿no lleva un nombre distinguido y noble?

Todas estas preguntas fueron hechas con tal rapidez, que el Vizconde, aturdido por ellas, no supo qué contestar por el pronto, y hubo de esperar á que se detuviese, en tanto que Gabriela, aterrada con la explosion de su marido, le miraba pálida y trémula.

—Tio, respodió el Coronel, cuando una pausa del padre de Regina le permitió hacerlo: yo soy el primero en reconocer todas las brillantes dotes que adornan á mi prima: pero ¿basta esto para su felicidad, para la mia? ¿Nos conocemos? ¿Nos hemos tratado? Sólo he hablado con ella un instante ayer, y he podido comprender que es una niña oprimida, y que tiene una sed inextinguible de libertad é independencia!

—¡Oprimida Regina! exclamó el Marqués.

—Oprimida, sí, repuso Arturo. ¿Qué más da que el yugo sea impuesto por el excesivo amor que V. le profesa, si es yugo al fin? Tio, una eterna union no es cosa de hacerla así, repentina y apresuradamente. ¿Qué prisa tenemos ni ella ni yo? Mi licencia durará seis meses: permita V. que el trato, la intimidad, la confianza, nos enseñen si nuestros corazones se entienden, y si, siendo uno de otro, serémos mútuamente dichosos: ella es muy jóven, casi es una niña; yo soy jóven tambien, y podemos esperar.

—¡Jamas pensé que mi hija necesitase esperar para ser amada como ella se merece y yo quiero que lo sea! dijo el Marqués con amargura.

—Pues eso es un error, tio mio, respondió Arturo con

firmeza. Hoy, ni ella me ama á mí, ni yo á ella tampoco: mi padre me ha contado muchas veces que V., ántes de casarse, lo pensó mucho, é hizo bien, porque no podia haber elegido mejor: déjeme V. á mí pensarlo un poco.

—¡Es inútil! respondió el Marqués, que no podia contener su irritacion: ¡no te casarás con ella!

—Amigo mio, se atrevió á decir Gabriela, ¿á qué esa incomodidad con Arturo? ¿No es su padre tu mejor amigo desde la infancia? ¿No sabes que él mismo es bueno y justo? Dejemos que conozca lo que vale Regina y que ésta comprenda lo que vale él: su casamiento nos asegura de su compañía para siempre, y tal vez, cuando se conozcan más, si es su inclinacion naciente, se convertirá en verdadera y durable.

El Marqués permaneció silencioso y pensativo: aquellas frases tan hábilmente pronunciadas por su esposa: —«este casamiento nos asegura su compañía para siempre»—contuvieron los ímpetus de su ira, porque aquel carácter fogoso é intolerante no habia podido dulcificarse con la edad, y apénas la reflexion tenía sobre él algun imperio.

No obstante, su esposa, con su exquisito instinto de mujer, habia despertado aquella chispa fugaz de raciocinio que algunas veces, pero con sumo trabajo, aparecia en el carácter del Marqués: el temor de perder á su hija por otro casamiento que la separase de él dominó su vanidad de padre, y le hizo comprender que no le era tampoco posible luchar con el carácter fuerte de su sobrino.

—Esperaré, dijo con una altivez que no carecia, sin

embargo, de mesura; esperaré á ver si vuestros corazones se entienden, pero no por mucho tiempo. Regina de Villalta sólo necesita querer para casarse; pero si yo te prefiero á tí, es porque, siendo tu esposa, ambos permanecerçis para siempre á mi lado; hazte, pues, amar de ella lo ántes posible, para que pueda perdonarte tus inconcebibles dilaciones, por más que tengan por pretexto el asegurar la felicidad de mi hija.

Salió de la estancia, dichas estas palabras, y la Marquesa volvió hácia Arturo sus hermosos ojos llenos de lágrimas.

—¡Ah, hijo mio! exclamó asiendo sus manos con un movimiento lleno de ternura y de cariño; ¡si algun interes te inspira mi tranquilidad, no irrites, por Dios, esos dos carácteres de hierro! Regina se parece á su padre en la férrea firmeza de su voluntad, y tiemblo el dia en que choquen. ¡Arturo, mi hija es buena, hermosa, intachable, y creo que te ama! ¡Déjate amar de ella, y creo que serás feliz, porque sólo el amor puede suavizar y hacer flexible su carácter!

—Tia mia, respondió Arturo conmovido al ver rodar gruesas lágrimas por el semblante de la Marquesa; ¡pluguiese al cielo que tu hija se pareciese á tí, y mañana nos unirian al pié de los altares!

IX.

REGINA MEDITA; ARTURO SIENTE.

Regina estaba demasiado entretenida para salir de su cuarto, ni áun para separarse de su ventana, pues tenía ante los ojos un espectáculo muy interesante.

Las dos ventanas de la casita estaban abiertas de par en par; la jóven bordadora, armada de un plumero, limpiaba sus muebles con una ligereza y esmero admirables, entonando á media voz una melodía dulce y sencilla á la vez; sin duda por el deseo de conservar su usado traje, llevaba puesto sobre él una especie de camiseta blanca, y sus cabellos, que no tenian cofia ni sujecion alguna, caian en dos ricas y larguísimas trenzas por su espalda.

En la estancia contigua, y sentado ante una mesita de pino pintado, escribia un jóven que podria tener veintidos años, y cuya gallardía y hermosura eran superiores á toda descripcion.

Estaba vestido con un modesto pero elegante traje de luto; una cascada de cabellos negros como el ébano y rizados, caia sobre su frente y parte de la mejilla, descubriendo, no obstante, toda la belleza de su perfil.

Escribia rápidamente, mirando á cada instante un

grueso manuscrito colocado á su izquierda, cuya circunstancia hizo conocer á Regina que estaba traduciendo.

Cuando la jóven acabó de arreglar la estancia, fué á cerrar la ventana; vió á Regina y la saludó, pero sin dejar por eso de cerrar en seguida.

Poco despues volvió á abrir, y Regina halló, ya sentada en su antiguo sillon, á la pobre señora tullida.

Entónces levantó la cabeza el jóven que escribia; vió tambien á Regina, y la saludó grave y friamente, cerrando, pasados algunos instantes, los cristales de su ventana, al traves de los cuales se le vió continuar su tarea.

Regina fué á sentarse en un sillon próximo, triste y pensativa.

Su corazon, acostumbrado á la adulacion, estragado por las complacencias, vacío de amor, se interesaba por los inquilinos tan graves y dignos de la pobre casita, y acababa de ser herido por una impresion muy viva, por la belleza y la expresion melancólica del jóven que escribia.

Largo rato permaneció pensativa la hermosa hija de los Marqueses de Villalta; luégo llamó en su timbre de plata, cuyo sonido atrajo á la doncella.

—Flavia, dijo al verla Regina, levantándose y llevándola hácia la ventana; ¿ves esa casita?

— Sí, señora, contestó la jóven.

—Para la noche, despues que me haya librado del insoportable cuidado de mi madre, necesito que sepas cómo se llaman, y qué son las personas que la habitan.

Una profunda expresion de asombro se pintó en los

ojos de Flavia, al oir que su jóven señora calificaba de *insoportable* el tiernísimo y solícito cuidado de su madre; pero reponiéndose al instante, contestó:

—Ahora mismo puedo dar á V., señorita, cuantas noticias desee acerca de esa pobre familia.

—¡Cómo!... ¿Sabes?... ¡Habla, habla!

—En esa casita viven, hace ya siete años, una señora viuda de un negociante arruinado, con un hijo y una hija; el primero, que tiene más edad que su hermana, se ocupa contínuamente en traducir del inglés y del aleman algunas obras, que le paga regularmente uno de los más acaudalados editores de Madrid; la jóven se ocupa en bordar, pero tan primorosamente, que siempre tiene trabajo de sobra.

—¿Cómo se llaman?

—Sólo se conoce á la madre por la señora de Rivera; su hijo se llama Justino, su hija Eugenia.

—Está bien, dijo Regina, deseando cortar ya la conversacion; retírate, y mañana á las ocho, es decir, ántes que mi madre se levante, vén aquí á buscarme.

Inclinóse Flavia en silencio, y desapareció; al cruzar el comedor, vió levantarse de la mesa á los Marqueses y á Arturo; aquéllos fueron solícitos á buscar á su hija; éste volvió á la biblioteca, y se puso á contemplar á la jóven vecina, que ya estaba bordando, sentada enfrente de su madre.

Arturo se ocultó entre los pliegues de las cortinas, y cayó en una meditacion profunda; aquella jóven tenía para él un encanto poderoso; aquella anciana le atraia de un modo irresistible.

¡Se parecia á su madre!

A su madre, á quien habia perdido cuando apénas contaba catorce años, y cuyo recuerdo vivia indeleble en su memoria, coronando los sueños de su edad primera.

El recuerdo de aquella madre era puro, hermoso, sublime, como el que deja tras de sí toda madre buena y amorosa.

Arturo habia nacido con pasiones fuertes; rico y en libertad de satisfacerlas, por la carrera que habia abrazado, habia probado todos los placeres de la vida en una edad muy temprana; pero su corazon, tierno y sensible, permaneció vacío, y vacío siguió aún despues de ver á su prometida.

Es verdad que la belleza de Regina halagó sus ojos á primera vista; pero nada dijo á su alma, y la segunda vez que aquélla se presentó delante de Arturo, éste no sintió nada más que desvío.

La glacial audacia, la soberbia de Regina, le causaban un sentimiento de repulsion instintiva; aquella soberbia no parecia hija de la naturaleza y del carácter, sino efecto más bien del cálculo.

La mujer que nace altanera tiene arranques apasionados y naturales; pero Regina no tenía arranques; su naturaleza, viciada por la contínua prevision que la rodeaba, no habia despertado, porque no habia sentido el choque más pequeño, ni la contrariedad más leve.

Era una estatua de mármol, á la cual no habia animado todavía el beso de Pigmaleon.

Pero un observador inteligente que hubiera analizado su frente elevada y sus delgados y hechiceros labios,

deprimidos en sus ángulos, hubiera adivinado en la hija de los Marqueses de Villalta una energía indomable, que sólo esperaba una ocasion para desplegarse de una manera terrible.

Largo rato permaneció el jóven Coronel contemplando á su encantadora vecina; todo hablaba en aquella humilde morada á su corazon, apasionado y sensible á la par; aquella mujer de aspecto enfermizo y apacible; aquellos muebles anticuados y oscuros; aquellas blancas cortinas; aquellas pequeñas ventanas, una de las cuales estaba adornada por dos pobres y lozanas macetas, y sobre todo, aquella niña tan bella, dulce y resignada, que bordaba incesantemente en una habitacion insalubre y falta casi totalmente de luz. Arturo contemplaba sus ojos, en los cuales el trabajo y las vigilias habian dejado el ancho círculo azul que los rodeaba; su tez pálida por las privaciones y las fatigas; su boca tan preciosa y tan triste; sus facciones, en fin, tan bellas, dulces y expresivas, y se preguntaba si no sería muy justo que Regina arrojase su corona de marquesa á los piés de aquella adorable imágen del sufrimiento.

La palidez de la jóven Eugenia era aquel dia más intensa que el anterior; de vez en cuando alzaba la cabeza de su bordado y se detenia, pasándose la mano por la frente con una dolorosa expresion de padecimiento y de fatiga.

Hubo un instante en que volvió los ojos á la puerta, atraida por el ruido de unas pisadas que se aproximaban, y al ver á su hermano sonrió violentamente.

Pero la presencia de aquel hermoso jóven hizo que

saltase en el pecho el corazon de Arturo, herido súbitamente por el aguijon de los celos; acercóse éste más á la ventana, y pudo oir algunas palabras, que bastaron para tranquilizarle.

—¿Cómo estás, mamá? preguntó el jóven aproximándose á la infeliz tullida.

—No muy bien, hijo mio, contestó ésta con voz débil y cascada; he pasado una noche malísima, y se la he hecho pàsar peor á tu pobre hermana.

—¡Dios mio, qué pálida estás, Eugenia! exclamó Justino fijando sus negros ojos en el abatido y dulce semblante de la jóven.

—¡Deja ese bordado, hija mia! dijo á su vez la enferma; ¡es imposible que hoy puedas trabajar!

—¿Por qué, mamá? repuso la jóven haciendo un poderoso esfuerzo para sonreirse; ¡si estoy como siempre! Aun dormí tres horas á la madrugada, cuando tú quedaste en reposo.

Eugenia mentia generosamente; ni siquiera habia cerrado los ojos en toda la noche, y ántes de amanecer se habia levantado á trabajar.

—¿No me habeis oido cantar? continuó dirigiéndose á su madre y á su hermano; nunca he estado tan contenta como hoy.

—¡Tú cantarás cuando mueras, dulce jilguero mio! murmuró la señora de Rivera con ese lenguaje poético que sólo saben usar las madres.

Estas palabras fueron seguidas de un agudo grito de Justino, que se precipitó á sostener el cuerpo de su hermana; la pobre niña, agobiada por muchos meses de fa-

tiga y de extremado trabajo, acababa de perder el sentido, y hubiera caido al suelo á no haberla sostenido su hermano.

—¡Dios mio, yo soy la causa de que mis pobres hijos se maten á fuerza de miseria y de trabajo! exclamó la enferma desesperadamente: y por sus demacradas mejillas se deslizaron dos gruesas y amargas lágrimas.

Justino tomó á Eugenia en sus brazos y la condujo á su lecho.

Un pensamiento rápido atravesó por la mente del jóven Coronel; dirigióse á su cuarto, se envolvió en una capa, cubrió su cabeza con un sombrero de anchas alas, y tomando un bolsillo, salió á la calle.

Dió la vuelta al palacio de Villalta, y entrando en la callejuela, penetró en la casita, cuya puerta estaba entornada.

Subió la escalera con el corazon palpitante, y entró en la estancia en que la pobre paralítica lloraba silenciosamente.

—Tome V., señora, dijo poniendo en la única mano que tenía libre la señora de Rivera el bolsillo lleno de oro; ¡tome V., esto es suyo... le pertenece!...

—¡Dios mio, yo no sé!... ¿quién es V., caballero? balbuceó la pobre enferma.

—¡Un deudor de su señor esposo! contestó Arturo, saliendo precipitadamente de la estancia.

—¡Ah, Dios sea bendito! exclamó la paralítica; ¡su bondad nunca desampara á los que esperan en él!

X.

LA FAMILIA DE RIVERA.

Dejemos descansar un poco á los dos primos de sus diversas emociones, y entre tanto, lector mio, te iré yo informando, algo mejor de lo que Flavia informó á Regina, de quién es la familia tan pobre como honrada que habitaba la sombría callejuela adonde daban las ventanas del soberbio palacio de Villalta.

Don Francisco de Rivera, rico negociante de Cádiz, vivió muchos años en aquella ciudad, considerado y feliz; tenía una esposa muy bella y muy buena, y tres hijos hermosos.

El mayor llevaba á sus hermanos algunos años; contaba él veintitres cuando acababa de cumplir Justino quince y entraba Eugenia en los once; era un jóven de carácter vivaz y apasionado, pero de un bellísimo corazon, y toda la esperanza de sus padres.

Un asunto de interes obligó al negociante á enviar á París á su hijo mayor, el que partió, si bien lleno de tristeza por dejar á su familia, de la que jamas se habia separado, lleno á la par de alegría, porque veia realizado en aquel viaje repentino uno de sus más dorados sueños.

¡Iba á París! ¡A París, del que se contaban tantas y tan bellas cosas! ¡A París, centro del lujo, de la magnificencia y de los placeres! El jóven tocaba aquella dicha, y no podia resolverse á creerla.

Partió, al fin, y su padre ahuyentó el pesar que le dominaba con el pensamiento grato de su pronta vuelta, y del feliz desempeño del negocio que iba á evacuar; pero no así su madre, que le lloraba con la persistente amargura que se dedica á un hijo que se ha perdido.

—Querida mia, le decia un dia su marido, pasados ya algunos desde la partida de Luis, ¡cualquiera, al verte, diria que tu hijo ha muerto! ¿A qué viene tanta afliccion?

—No lo sé, Francisco, respondió la pobre madre haciendo vanos esfuerzos por reprimir sus lágrimas; conozco que no soy razonable, y, sin embargo, ¡hay dentro de mí una voz que me anuncia terribles desgracias! ¡que me dice que, aunque vive mi hijo, no le volveré á ver!

—Pero, ¿no recibimos carta suya cada dos dias?

—¡Sí!

—¿No le ves en ella bueno, sumiso y afectuoso como siempre? ¿No dice que el negocio toca á su conclusion?

—Sí, todo eso es cierto; ¡pero no basta á tranquilizarme! y, si me atreviera, te aconsejaria una cosa.

—¡Habla!

—Pues bien, amigo mio, ¡parte esta misma noche á París! ¡Yo no sé lo que temo por Luis... pero creo que tú haces falta allí!...

—¿Estás loca? ¿No sabes que él ha ido por no poder dejar yo nuestra casa?

La señora de Rivera sólo contestó á esta justa observacion dejando correr de nuevo sus lágrimas.

Pasaron los dias, y las cartas de Luis empezaron á ser escasas; su padre, seguro ya de que el asunto que habia llevado debia estar terminado, le llamó con severidad, mandándole expresamente que volviese al lado de su familia.

Las cartas cesaron entónces.

Tres meses se pasaron en la más angustiosa expectativa: tres meses de martirio para aquella familia desventurada; la madre, no pudiendo resistir á sus crueles temores y al exceso de su dolor, se postró en el lecho agobiada de una fiebre maligna, y, en medio de su delirio, no cesaba de rogar á su esposo que marchase á París.

Decidióse, por fin, á emprender el viaje, y dejó á Madrid y á su familia, con el alma traspasada de dolor.

Al dia siguiente se recibió una carta de su corresponsal en París, concebida en estos términos:

«Su hijo de V., realizado el negocio de la casa G... y compañía, ha disipado todos los fondos que cobró, con una actriz de moda; por consiguiente, las operaciones que debia llevar á cabo las olvidó, y no se ha realizado ninguna; esté V. muy sobre aviso, pues la casa Duplessis, cuyos pagarés han vencido sin haber satisfecho ninguno, va á acudir á los tribunales; este pleito ruinoso le perderia á V., y es preciso evitarlo. Luis ha huido con la mujer causa de su desgracia; de todas mis indagaciones sólo he podido saber que se han embarcado en el Havre, hace diez dias, en una fragata que salia para Nueva Orleans.

»Digo á V. la verdad entera, aunque sea muy amarga, porque en casos como el presente no caben subterfugios; venga V. al instante ó remita poderes, aunque el haber enviado á su hijo para concluir ese malhadado negocio, me prueba la poca confianza que le inspiro.»

Aquel hombre, resentido, en efecto, de que no se le hubiera confiado á él la direccion del asunto que habia llevado al hijo de Rivera á París, se vengaba refiriendo al pobre padre toda la extension de su desgracia, sin consideracion alguna.

La desdichada enferma fué la que leyó esta carta fatal; la pobre niña Eugenia, muy contenta al ver una carta que traia el sello de París, se la llevó sin sospechar lo que encerraba.

La infeliz madre cayó en horribles convulsiones ántes de terminar su lectura, y su vida ofreció tanto peligro durante muchos dias, que los médicos desconfiaron de salvarla.

Dios, en sus sabios juicios, quiso sin duda que se quedase sobre la tierra para seguir sufriendo, y salió del lecho con vida, pero con todo su cuerpo invadido por una terrible parálisis.

El asunto Duplessis llegó, por fin, á los tribunales, y el señor Rivera se desposeyó de cuanto tenía, para dejar su honor en salvo.

Pero el temple de su alma no era bastante fuerte para soportar tantas desgracias; una tristeza voraz é incurable se apoderó de él, y sólo cuatro años sobrevivió á su ruina.

Justino creció sin estudiar en medio de aquella serie

de desgracias, y se halló á la muerte de su padre que contaba veinte años, sin más medios de subsistencia que los que le proporcionaba lo que habia aprendido por adorno.

Algunos meses despues de la muerte del señor Rivera se recibió una carta de América cerrada con sello negro; abrióla Justino por órden de su madre, que temblaba convulsivamente, y cayeron dos del sobre.

Al ver una de ellas, el jóven dejó escapar un grito de alegría: habia reconocido la letra de su hermano mayor.

Pero la madre vió el enlutado sello y miró al cielo, como demandándole valor.

Justino leyó estas palabras, que no tardaron en ser entrecortadas por sus lágrimas.

«Padres mios: próximo á morir, víctima de una de las enfermedades endémicas del país, os escribo estas líneas para daros un eterno adios y para suplicaros que me perdoneis y no maldigais mi memoria... He sido muy culpable... pero tambien muy desgraciado... Perdonad si no os refiero la larga serie de mis dolores... no quiero entristeceros, y ademas no tendria tiempo... Dios me ha castigado con amargos desengaños... y con hacerme dormir el último sueño léjos de vosotros... y en país extranjero... ¡Adios! rezad alguna vez y haced que recen mis hermanos, por el alma de vuestro culpable y desventurado hijo

LUIS.»

En la otra carta avisaba el dueño de la casa en que

habitaba el jóven, el fallecimiento de éste, acompañando su partida de defuncion.

La infeliz viuda estuvo cerca de sucumbir al rigor de aquel nuevo pesar: pero sus hijos lograron calmarla suplicándole, anegados en llanto, que se consolase por ellos y para ellos.

Desde aquel dia Justino y Eugenia buscaron ocupacion: mucho tardaron en encontrarla: pero al fin la consiguieron: ella en un almacen de bordados, y él en casa de un editor, que aprovechó su talento para traducir, y su perfecto conocimiento de los idiomas frances, inglés y aleman.

Sin embargo, el estado de aquella desdichada familia era deplorable. ¡Cuántos sufrimientos, cuántas humillaciones tenian que soportar los desgraciados jóvenes para conseguir una módica ganancia! ¡Qué de privaciones, ellos que habian nacido y se habian educado en el seno de la opulencia!

Hubo que mudar de vivienda para buscar otra más barata, y fueron á habitar á la oscura y triste callejuela adonde daba una de las fachadas del palacio de los Marqueses de Villalta.

Los dos hermanos se esforzaban en hacer ver á su madre que su situacion no era tán penosa como ella creia. Sobre todo, el carácter angelical y dulce de Eugenia era á propósito para esta piadosa ficcion: pero ¡ay! sus fuerzas físicas no estaban en relacion con su valor moral, y la pobre niña palidecia y se tronchaba como la flor azotada por el huracan.

Ya hemos visto de qué modo sucumbió á su fatiga, y

de qué modo Arturo, llevado de la generosidad de su carácter, socorrió á aquella pobre familia con un pretexto, que no por ser el único que se le ocurrió era ménos verosímil, tratándose del difunto Rivera, que tantos beneficios habia hecho durante toda su honrada y laboriosa vida.

XI.

JUSTINO.

Al dia siguiente al en que Arturo entró por la primera vez en casa de la viuda de Rivera para socorrerla con un pretexto tan ingenioso como noble y delicado, se presentó la doncella de Regina en la habitacion de la jóven á la hora en que ésta le habia prefijado.

La hija de los Marqueses de Villalta acababa de despertarse, y estaba entregada á esa dulce vaguedad que precede y sigue al sueño.

Tenía la tez sonrosada, la boca entreabierta, los cabellos destrenzados y entornados sus grandes ojos: las anchas mangas de su bata de noche se habian subido hasta cerca del codo y dejaban ver la belleza de sus brazos. Regina en aquella postura se asemejaba á una hermosa estátua de la molicie, del abandono y de la pereza.

¿En qué pensaba aquella jóven tan hermosa y tan halagada por la fortuna? Sin duda que en alguna cosa muy risueña, pues en sus frescos labios vagaba una sonrisa, y sus facciones, léjos de ostentar su habitual expresion severa, mostraban entónces un plácido y casi alegre bienestar.

Regina, vestida y ataviada parecia tener más edad:

sus diez y seis años se convertian en veinte y á veces en veinticinco : tanta era la gravedad de su porte, y la altivez de su fisonomía.

Pero así, era la niña risueña, alegre, que ve el porvenir vestido de rosa y el presente sin nubes ni amagos de tormenta.

Acababa de despertar, y á la dulce languidez del sueño, no habian sucedido aún las realidades de la vida.

—¡Ah! ¿eres tú, Flàvia? murmuró dando una media vuelta y acabando de abrir los ojos para fijarlos en el semblante de su camarera : dame una bata.

Flavia trajo una de batista blanca, guarnecida de encajes y forrada de raso de color de rosa, y envolvió en ella á su señora : luégo encerró sus diminutos piés en unas babuchas de tafilete rosado, bordado de plata, y esperó á que Regina le diese sus órdenes.

Ésta se acercó á un armario de concha, con embutidos y cerradura de plata, le abrió y sacó de él una pieza de batista, semejante en lo fina á la espuma del mar.

—Toma, Flavia, dijo á la camarera, ve á la casita de enfrente y da á la jóven bordadora esta tela de parte mia, encargándole que corte de ella y borde dos peinadores y haga de lo que sobra algunos gorros y pañuelos: toma tambien este bolsillo y págale su trabajo adelantado, diciéndole que cuando se acabe venga á buscar más labor.

Flavia se inclinó, salió para obedecer las órdenes de Regina, y ésta fué á apoyarse en su ventana pensativa ya y meditabunda.

En la de la casita adornada de macetas vió la hermosa

y grave figura de Justino, quien, sentado junto al alfeizar, apoyaba en él el codo y la cabeza en la palma de su blanca y pálida mano; su fisonomía estaba alterada por una expresion de profunda pena.

Regina clavó con hondo afan su mirada en aquella bella y abatida figura: un subido carmin coloreó su frente, y sus grandes y arrogantes ojos tomaron, por la primera vez de su vida, un sello de dulce melancolía.

—¡Oh, qué hermoso es! murmuró juntando con fuerza las manos sobre el pecho y como respondiendo á sus propios pensamientos.

En aquel instante alzó Justino la cabeza y su mirada se fijó en Regina: la jóven, envuelta en su rosada bata, con sus espléndidas trenzas negras flotantes sobre su espalda, con su magnífica belleza realzada por una expresion apasionada y tierna, y sus blancas manos cruzadas sobre el pecho, se asemejaba á una aparicion divina.

Justino la contempló con muda sorpresa durante algunos instantes, y con el mismo arrobamiento con que contemplaria un infeliz cautivo al objeto de su primero y dichoso amor.

Mas de súbito se volvió rápidamente, y Regina columbró en la pobre salita la esbelta figura de Flavia.

El corazon de la jóven Marquesa de Villalta empezó á dar violentos latidos, y ésta aplicó el oido con afan para escuchar la voz de Flavia que sonaba en aquel instante.

—¿No está la señorita Eugenia? preguntó con la dulce política que la hacía estimable, á pesar de sus innumerables defectos.

—Mi hermana está enferma, contestó Justino gravemente.

—Queria encargarle un trabajo de parte de mi señora, repuso Flavia.

—Ya he dicho á V. que está enferma.

—Le dejaré, sin embargo, para que se ocupe en él cuando esté buena y pagaré su importe, porque así me lo ha ordenado mi señora.

—¿Quién es su señora de V.? preguntó Justino, cuyas bellas facciones se enrojecieron con un noble rubor.

—No la conoce V., caballero.

—Pues dígale V., sea quien quiera, que mi hermana no cobra trabajos que quizás ya no podrá desempeñar.

Al decir estas palabras señaló Justino la puerta á Flavia, que salió confusa, á pesar de que muy pocas cosas alteraban su natural descaro.

Justino, como para consolarse de la mortificacion que acababa de sufrir, se volvió á Regina, á fin de contemplarla de nuevo con silenciosa adoracion.

Sus ojos decian en su mudo y elocuente lenguaje:

—¡Consuélame tú de todos los sufrimientos de mi vida!

—¡Véte, véte! murmuró Regina en voz baja, pero imperiosa, á Flavia que entraba en aquel momento en su cuarto: ¡que no te vea! ¡Que jamas sepa él que yo fuí la que te envió á herir su noble orgullo!

La camarera se retiró llevando en sus labios una maliciosa sonrisa.

—¿Qué saldrá de aquí? se preguntó cuando estuvo

fuera del aposento de Regina: yo no lo sé; pero allá verémos: entre tanto guardaré para mí el bolsillo lleno de plata, y la pieza de exquisita batista que la señorita enviaba á la bordadora, y que se ha olvidado de pedirme.

XII.

FLORESCENCIA.

¿Habeis visto al soplo vivificante de la primavera, cómo las secas ramas se cubren de tiernos pimpollos, que luégo se convierten en verdes hojas y aromadas flores?

¿Habeis notado el penetrante perfume que se desprende de los árboles, y cómo toda la campiña sonrie exuberante de vida?

¿Habeis contemplado el azul del cielo y los efluvios que suben hasta él, de la selva y de la floresta?

Pues nada mejor puede daros una idea aproximada de lo que pasaba en los corazones de Regina y de Justino despues de aquella mirada, beso de sus almas, y que mutuamente les prometia tanto amor. .

¿Cómo llegaron á decirse que se amaban?

Acaso si se les preguntára á ellos mismos, no sabrian responder.

¿Por ventura se traduce el lenguaje del alma?

Muchas tardes halló á Regina la luz del crepúsculo apoyada en la ventana de su cuarto, y mirando á Justino con la sublime confianza de su edad, y de una naturaleza vírgen de toda impresion de amor.

El pudor— mentido muchas veces de otras jóvenes—

no hallaba cabida en aquella alma fuerte y recta, pero avasallada por una pasion demasiado profunda para que intentase resistirla.

¿Y por qué la habia de resistir tampoco? Amaba sin saberlo, como ama la cierva la espesura del bosque y el ruiseñor las noches de luna, sin que pretendan lucir su poderoso encanto.

Amaba, porque su alma enérgica y apasionada necesitaba amar y hasta entónces no habia hallado objeto en que fijarse.

Es verdad que hubiera podido amar á su primo, que era el hombre que le destinaban: pero en aquella ocasion, como en otras muchas, el corazon de Regina no se hallaba acorde con su deber, y con los deseos de sus padres.

Sin saber ellos mismos cómo se atrevieron á tanto, una noche de luna cruzaron Regina y Justino algunas palabras.

La Marquesa y su numerosa servidumbre dormian: tambien dormia la familia de Rivera: Regina se habia levantado fatigada del insomnio, y se habia apoyado en la ventana de su cuarto: Justino se hallaba apoyado en la suya.

La voz de ella fué la primera que se oyó: él contemplaba melancólicamente el cielo y las estrellas.

—¡Qué hermosa noche! dijo Regina como hablando consigo misma.

—¡Muy hermosa! repitió Justino: esta noche hace olvidar todos los dolores por amargos que sean, y hace bendecir la bondad de Dios.

Justino habia hablado más de lo que queria; pero roto el dique de su rubor, hubiera estado hablando todo un dia.

Regina le interrumpió.

—¿Tiene V., pues, algun dolor? le preguntó con un acento lleno de tanta ternura, que resonó en el corazon del jóven como una música celestial.

—Sí, señorita, respondió; tengo enfermas á mi madre y á mi hermana.

—¿De gravedad?

—¡Sí, señorita! ¡de mucha gravedad! ¡En este momento reposan, y yo he venido aquí para mirar al cielo, ese cielo que parece brindar el consuelo con su serenidad y sus estrellas!

—¿No sería mejor que aprovechase V. estas horas de quietud para dormir?

—No, respondió Justino con voz baja y conmovida: no, señorita: soy aquí más feliz que cuando duermo: pues, aunque entónces veo lo mismo que despierto, aquello es sueño y esto es realidad.

Regina no le preguntó qué era lo que veia: su corazon se lo decia demasiado, porque ella, cuando dormia, le veia tambien á él.

Un largo silencio siguió á estas palabras: al cabo de algun tiempo dijo Regina:

—Buenas noches, amigo mio.

—¡Qué! ¡ya! murmuró el jóven dolorosamente.

—Ya es cerca del dia, respondió Regina.

Y áun permaneció algunos instantes más, apoyada en su ventana, como si una fuerza invencible la detuviese allí.

La luz del alba llegó, por fin, á alumbrar con sus primeros rayos aquellas dos bellas y melancólicas figuras, y á su dulce claridad áun permanecieron contemplándose los jóvenes, en tanto que sus corazones cantaban ese eterno himno de amor, que anima á la creacion entera.

Regina fué la que volvió á despedirse con un tierno y dulcísimo ¡adios! y se apartó de la ventana para recostarse en su lecho.

Pero ¡ay! que el reposo habia huido de ella para siempre: en vano procuró conciliar el sueño: el sueño huia de sus ojos, y la jóven sólo abrigaba un deseo: el de que llegase pronto la noche para volver á hablar con Justino; hubiera anhelado que el dia no durase más que un instante.

Desde la noche siguiente, los coloquios se hicieron más largos y más íntimos. Pronto la confianza borró toda desigualdad entre los dos amantes. Regina dijo á Justino quién era: se quejó de la esclavitud en que la constituia el amor de sus padres, y se quejó tambien de su elevada clase y de sus inmensas riquezas, que la separaban de Justino.

Justino le refirió la triste historia de las desgracias de su familia, y despues de escucharla, se quejó de nuevo y con mayor vehemencia Regina, de la injusta desigualdad de sus destinos.

—Pero no importa, añadió: yo seré tuya: me casaré contigo... todo lo abandonaré por tí... y como el amor de mis padres raya en locura, me perdonarán y te llamarán su hijo.

En tanto que los dos jóvenes adelantaban tan rápida-

mente en la carrera de su amor, Arturo, cuya pasion por Eugenia habia crecido con no menor fuerza y rapidez, formaba tambien sueños de felicidad, si bien mezclados de amargura.

La pobre jóven seguia enferma: despues del dia en que, apelando á la estratagema que ya conocemos, dejó su bolsillo en las manos de la viuda de Rivera, habia vuelto á informarse de la salud de Eugenia: bien pronto la de su madre inspiró serios temores, y Justino, aislado, vió en él el sólo amigo con quien, en su afliccion, podia contar.

Arturo era, en efecto, un amigo delicado y fiel: todas las noches iba á acompañar y á consolar á Justino, durante las primeras horas de la velada: cuando éste le preguntaba la causa de su celo, le decia que habia debido á su padre un gran favor.

—¿Dónde? ¿Acaso en París? preguntó un dia Justino: porque lo que es en Madrid no recuerdo haber visto á usted jamas!

—Sí, fué en París, respondió Arturo.

Y enterándose muy pronto de que Justino y su familia ignoraban todas las circunstancias referentes á la vida de Rivera en tanto que residió allí, pudo referir una historia á su gusto, y continuar socorriendo á aquella desgraciada familia.

Pronto supo Justino que habia venido para casarse con Regina, segun los deseos de su padre; pero los dolorosos celos que esta noticia le produjo se aquietaron bien pronto, porque Arturo añadió:

—Este matrimonio es imposible.

—¿Por qué? preguntó Justino cuya voz temblaba.

—Porque no la amo.

—¡Cómo! siendo tan hermosa...

—Tal vez es porque la encuentro demasiado bella, respondió el Coronel, evitando con esta respuesta evasiva el dar otra que favoreciese poco al carácter de su prima.

¿Hubiera, sin embargo, logrado apagar el amor de Justino aunque hubiera hablado de la antipatía que le inspiraba el carácter de la jóven?

¡No! el amor es fuego que avivan todas las contrariedades, como el aire, ya sea leve ó ya fuerte, aviva un incendio.

Una amistad suave y dulce unia al pobre Justino con el opulento Vizconde, con el brillante Coronel; pero aquél jamas pudo resolverse á confesar á éste su amor por Regina: la timidez era una de las cualidades negativas del carácter de Justino: le parecia que Arturo podria enojarse de su atrevimiento en amar á la hermosa y deslumbradora heredera de los Marqueses de Villalta, él, tan desgraciado, tan pobre, y cuyo nombre no habia salido nunca de una plebeya oscuridad.

De este modo su amor por Regina, si bien le proporcionaba delicias inefables, jamas abrió su alma á la vanidad, y era como la humilde violeta que se oculta en su lecho de grama para no ser descubierta.

XIII.

EL ENCUENTRO.

Algunos dias despues de las escenas que acabo de referir y en una calurosa noche de Julio, Regina, apoyada en la ventana de su dormitorio, clavaba, con más afan que otras veces, sus negros ojos en las ventanas de la pobre casita que habitaba la familia de Rivera.

Aquel rayo amoroso de luna que habia presidido otras veces las entrevistas de los amantes, bajaba del firmamento al oscuro callejon y reflejaba en los cristales de la casa de Justino.

Diríase que el astro de la noche huia de las ostentosas colgaduras del palacio de Villalta y se hallaba bien en aquella mísera vivienda.

El palacio estaba cerrado, excepto la ventana del aposento de Regina: en ella y como una marmórea efigie engastada en un marco negro, se destacaba la deliciosa figura de la jóven.

Su belleza habia cambiado enteramente de carácter: el carmin de sus mejillas se habia extinguido: sus labios, de púrpura en otro tiempo, eran ahora rosados, y sus grandes y magníficos ojos habian perdido algo de su

poderosa altanería para dar lugar á una expresion más dulce.

Sin embargo, su frente de mármol conservaba la misma impasibilidad altiva, y en vano era que todo el resto de su fisonomía hubiese dulcificado sus líneas, pues en aquella elevada y majestuosa frente estaba escrito con signos indelebles su carácter dominante, orgulloso y avasallador.

En la noche en que la presento de nuevo á mis lectores, se la hubiera podido tomar por la estatua de Diana esperando á Endimion. Regina esperaba tambien, y la ansiedad se pintaba en la apasionada mirada que clavaba en las ventanas de la casa de enfrente, como si hubieran tenido para ella una invencible atraccion.

—¡Oh, cuánto tarda! murmuró con voz ahogada y cruzando sobre su pecho sus blancas manos, que temblaban de emocion y de impaciencia.

Volvió á reinar el silencio: pero el acento de Regina, al pronunciar las anteriores frases, encerraba un mundo de ideas y de pensamientos.

Y, en efecto, la jóven habia recordado, al dejarla escapar de sus labios, la metamórfosis que, en el corto espacio de algunos dias, se habia operado en todo su sér.

Ella, ante quien todo se doblegaba, estaba esperando ahora con tan incansable paciencia.

Ella, tan altiva, tan indomable, estaba allí, tan exclusivamente dominada por su amor.

Estas reflexiones pasaban por la mente de Regina, sin que en ninguna de ellas se mezclase la imágen de sus padres, á los cuales desobedecia y engañaba: y sus

ojos no tuvieron una lágrima, ni su corazon un pensamiento para aquellos dos seres que le habian consagrado su vida con tanta ternura y abnegacion, y para quienes preparaba un porvenir lleno de dolor.

Aquella naturaleza, indómita ya de sí y viciada desde su nacimiento, estaba enteramente dominada por una pasion, fuerte como su alma, dura como su orgullo, é inamovible como sus creencias.

Abrióse, por fin, una de las ventanas y la luna iluminó de lleno la pálida y hermosa cabeza de Justino.

—¡Cuánto te he hecho esperar, Regina mia! dijo con una voz melodiosa como un canto de amor: perdóname, añadió con tristeza: no tenía á quien encomendar el cuidado de mi madre y de mi hermana.

—¿Qué importa mi impaciencia pasada si al fin logro verte? dijo Regina con profunda exaltacion, y sin fijarse un instante en la dolorosa tristeza con que pronunció Justino sus palabras.

—¡Mi madre se muere! murmuró éste con voz queda y medrosa, como si temiera oir el eco de sus propias frases.

—Cuando te veo, cuando te oigo, Justino, continuó Regina que habia apercibido el acento de su amante sin comprender lo que decia; cuando escucho tu voz, todo lo olvido! ¡sí, todo! ¡La esclavitud en que vivo, la contínua violencia que tengo que hacerme, para no volar á tu lado, las horas que te espero ansiosa... sólo pienso en la dicha de oir tu acento y de mirarte!

—¡Perdóname, Regina, si mis pesares me privan de corresponder, como quisiera, á tu amor! ¡Estoy colocado

entre el lecho de muerte de mi madre y el lecho de agonía de mi hermana!

Justino pronunció estas palabas con voz desfallecida y embargada por los sollozos: conocíase que el corazon del infeliz jóven se desgarraba.

Pero Regina, llevada de su impetuoso carácter, no pudo comprender lo que pasaba en aquel corazon dolorido, que necesitaba, más que amor, el bálsamo del consuelo: irguióse altanera, crispáronse sus manos y gritó con sorda y dolorosa cólera:

—¡Tu madre! ¡tu hermana!... ¡hé aquí los nombres que constantemente opones á mi pasion! ¡Justino! si tanto las amas, si ellas logran llenar tan completamente tu existencia, ¿por qué te mostraste á mis ojos para envenenar la mia? ¿por qué no sellaste tus labios, en vez de decirme que me amabas? ¡Yo hubiera muerto ántes que confiarte la pasion que me inspirabas, y tú hubieras vivido más tranquilo, pues para vivir te basta el cariño de tu familia!

—¡Regina! ¡me estas desgarrando el corazon! exclamó Justino, de cuyas negras pupilas brotó una lágrima, arrancada por la fuerza de su dolor. ¡Regina! ¡el amor que no comprende ni consuela las amarguras de la persona amada, que no la alienta á cumplir sus deberes más sagrados, no es amor, ó si lo es se asemeja á un torrente desvastador que convierte un corazon en yermo! ¡Mi madre y mi hermana... se mueren!

—¡Yo no me acuerdo de mis padres, á quienes engaño por tí!

El silencio más profundo siguió á estas crueles pala-

bras, que Regina pronunció en medio de la mayor exaltacion.

—¡Háblame, Justino, continuó la jóven torciendo con fuerza sus blancas manos: háblame aunque sea de tu familia! ¡Oiga yo tu voz, ya que me has prohibido que vaya á tu lado! ¡Ya que tu voluntad me encadena aquí, donde muero sin verte, como la planta sin ambiente y sin sol!

Un sollozo seco y profundo fué la única contestacion que obtuvo su ruego.

—¡Ah, cuanto te hago sufrir! gritó con penetrante acento Regina, lanzándose á la ventana con los brazos extendidos y con un ímpetu tal que se hubiera creido iba á precipitarse por ella: oye, continuó tras una breve pausa, oye, Justino: voy á volar ahora mismo junto á tí; yo pondré fin á la miseria que os oprime: soy muy rica: tengo dinero, joyas y objetos de gran valor: yo quiero devolver á tu familia la dicha y el bienestar; la amaré, puesto que te pertenece, y tendré por sola recompensa la felicidad de verte y de partir contigo tus pesares y tus alegrías.

—¡Gracias, Regina! repuso Justino con voz conmovida y triste: ¡gracias! jamas será mi amor el que te arrebate á tus padres y á tu dicha actual, para hacerte participar de mis desgracias.

—Pero yo soy muy rica, Justino: ¡la fortuna entera de mis padres me pertenece!

—¡Dios mio, no la arranqueis nunca semejante creencia! murmuró Justino, elevando al cielo una mirada de fervorosa súplica.

Pero aquellas palabras quedaron como ahogadas en sus labios: de súbito Regina vió pasar una sombra al lado del jóven que, por su elevada estatura, creyó ser la de un hombre: aquella sombra dijo algunas palabras al oido de Justino, y éste, dando un grito penetrante, se lanzó al centro de la estancia.

La sombra desapareció en pos de él.

Regina quedó apoyada en su ventana, pálida y temblando: los violentos latidos de su corazon le decian que algo extraordinario tenía lugar en la casita, y ella sabía que cualquier acontecimiento debia ser muy funesto.

De repente, otro nuevo grito, en el cual reconoció la voz de Justino, fijó toda su atencion y escuchó palpitante y aterrada.

—¡Adios, madre mia, adios! gritó éste con tan penetrante acento, que traspasó el corazon de Regina.

Esta se dirigió presurosa á una escalerilla excusada que habia en su alcoba y que daba á las habitaciones de las camareras.

Regina la bajó, y entró en el cuarto de Flavia.

—Vé á buscarme la llave del postigo, le dijo Regina con voz ahogada.

—Señorita, la tiene Juan en su cuarto.

—Pues la necsito.

Flavia bajó á la portería y se apoderó de la llave de la puerta pequeña del palacio, que estaba pendiente de un clavo.

—Es para el señor Marqués, dijo la astuta camarera desapareciendo á los ojos del portero.

Regina tomó la llave que Flavia le presentaba, se lan-

zó por un pasadizo excusado, llegó á un ángulo del patio y salió por el postigo, cerrando tras de sí y llevándose la llave.

Un minuto despues llamaba con mano trémula en la puerta de Justino.

Una mujer, de alguna edad, abrió y retrocedió asustada á la vista de aquella jóven envuelta en un peinador blanco, más pálida que el alabastro y con los cabellos sueltos.

—¿Adónde va V.? preguntó al ver que se dirigia á la escalera: la señora acaba de morir, y la señorita está agonizando.

Regina no oyó estas palabras; precipitóse, como una cierva herida, en la primera estancia que halló abierta, y descorriendo las pobres cortinas de la alcoba penetró en ella.

Dos lechos habia allí: en el uno descansaba un cadáver, caliente todavía; Justino, arrodillado á los piés, ocultaba la frente entre las ropas sollozando amargamente.

En el otro estaba acostada una jóven, blanca, inmóvil, y, al parecer, sin vida: inclinado hácia ella, y mirándola con ansiedad, estaba el coronel Arturo, con el semblante trastornado por un intenso dolor.

No obstante, al ruido que hizo Regina levantó la cabeza, y sus grandes ojos pintaron un huraño y profundo asombro.

El orgullo de raza, el fuerte é indomable orgullo de la sangre, se levantaba en su pecho como una terrible tempestad.

—¡Mi prima aquí! murmuró sordamente.

Luégo quedó indeciso y silencioso durante algunos momentos, miéntras que la jóven apoyaba en su hombro la cabeza de Justino.

—Vén, dijo por fin el Coronel: vuelve á tu casa, Regina: eres una niña, y sólo tu edad puede servir de disculpa á tan imprudente paso: vén, toma mi brazo: no puedo permitir que estés aquí ni un instante más.

—Señor Vizconde, contestó Regina cruzando sus torneados brazos sobre su hechicero seno, y mirando á su primo con su helada altivez: señor Vizconde, yo no le pregunto á V. por qué razon ha venido á esta casa, ni le exijo que salga de ella; no vuelva V., pues, á recordar hasta que yo le hable, que nos hallamos en el mismo sitio.

Y dichas estas palabras, volvió la espalda al Coronel, ocupándose de nuevo en sostener la abatida cabeza de Justino y en consolarle con algunas palabras cariñosas.

XIV.

LOS REGALOS DE BODA.

Cuando la primera luz del alba penetró por los cristales de las pequeñas ventanas de la casita, Regina tendió en derredor suyo una mirada de tristeza.

Para ella, acostumbrada desde su nacimiento á la opulencia y á toda clase de comodidades, cuanto veia era extraño y la heria como una reconvencion.

Comparaba aquella reducida, sombría y húmeda habitacion, con las suntuosas que ella ocupaba en su espléndido palacio: aquellos muebles humildes y deteriorados, con el magnífico mueblaje que ella usaba; aquella atmósfera miserable y helada, con la saturada de aromas en que ella habia pasado su vida, y al bajar los ojos sobre el hermoso sér que lloraba á su lado, sentia alzarse en su seno, más fuerte y voraz, el volcan de su pasion, y de su centro un ferviente deseo de hacer dueño de cuanto poseia á aquel hombre, objeto é ídolo de su primero y único amor.

Unico, sí, porque las mujeres del temple de Regina no pueden amar dos veces; consumen en su primera pasion toda la ternura que su corazon puede albergar, y

éste se convierte en cenizas ó en nieve cuando muere su amor ó la persona por quien lo sentian.

Poco á poco fué apareciendo en el semblante de Regina una resolucion firme é inmutable, y hubo un instante en que sonrió confiadamente ante las bellas imágenes que nacian en su alma.

Por fin se levantó del pequeño sofá donde hacía dos horas que se habia sentado al lado de Justino, dirigióse á la alcoba, y fijó sus ojos en la apacible fisonomía de Eugenia, que permanecia sumergida en una especie de letargo.

La pobre niña estaba más blanca que las almohadas que sostenian su cabeza; dos magníficas y apretadas trenzas de cabellos castaños señalaban el gracioso córte de su pálida frente; sus ojos azules, cerrados por anchos y trasparentes párpados, estaban guarnecidos de dos largas y rizadas franjas de oscura seda; y á pesar de los estragos que habian hecho en ella las fatigas y la enfermedad, áun conservaban sus facciones aquella blanda redondez de líneas que patentiza al mismo tiempo la inocencia del alma, la juventud de la vida, y la dulce ternura de los sentimientos.

Sentado á corta distancia del lecho de Eugenia, y velando el cadáver de su madre, estaba el Coronel, con la frente apoyada entre las manos y como sumergido en un mar de dolorosas reflexiones.

—¡Arturo! dijo suavemente Regina, despues de haber mirado durante algunos instantes al ya helado cuerpo de la señora de Rivera, y la blanca y angelical figura de su hija.

El Coronel levantó la cabeza y se puso en pié, con aquella grave cortesía que nunca olvidaba con su prima.

—Vuelvo á casa de mi padre, Arturo, continuó Regina, y excuso decirte cuánto te agradeceré que evites á Justino todos los amargos cuidados que su posicion ha de ocasionarle.

El Coronel se inclinó.

—A las cuatro de la tarde de hoy, prosiguió la jóven con acento sereno y reposado, te esperaré en mi cuarto: no faltes.

—No faltaré.

Regina se arrodilló á los piés del lecho donde descansaba el cadáver de la señora de Rivera, y rezó con las manos cruzadas durante algunos momentos; luégo besó á Eugenia en la frente, estrechó con pasion las manos de Justino y salió de la estancia, con los ojos llenos de lágrimas de enternecimiento, quizá por la primera vez de su vida.

Diez minutos despues estaba en su cuarto.

Quitóse el peinador que se habia puesto la noche ántes, y se hundió en su lecho de pluma para meditar lo que iba á hacer.

Dos horas pasaron sin que Regina saliese ni un instante de la inmovildad en que la tenian sus reflexiones, y sólo la llegada de su madre la volvió al mundo de la realidad; recibióla muda y friamente, y permaneció como insensible á sus amantes caricias y á sus apasionados besos; pero una intensa palidez bañó sus facciones cuando ésta le dijo:

—Hija mia, mañana á las diez de la noche se firma-

rán los contratos; te he mandado hacer para este acto un magnífico traje de brocado azul celeste, con palmas de plata; mira ademas el regalo que te traigo.

La Marquesa abrió un estuche de terciopelo blanco, y presentó á los ojos de su hija una cascada de perlas finas, de un tamaño muy notable.

—Mira, continuó extendiendo las piezas del aderezo sobre la mesa de plata y de marfil que sostenia el tocador de Regina: ¡mira esta sarta de perlas para el cabello! ¡Mira qué soberbio collar! ¡Qué preciosos brazaletes! ¡Qué riquísimos pendientes! ¡Mira qué admirable flor para el pecho! ¡Una rosa blanca natural no es tan perfecta como ésta de perlas! Este aderezo me ha costado diez mil duros; pero nada hay demasiado caro para mi amada Regina.

La Marquesa abrazó apasionadamente á su hija, que permaneció silenciosa y helada.

La tierna madre la miró llena de asombro.

Aunque siempre testigo de la frialdad de Regina, jamas habia podido acostumbrarse á esta indiferencia que pecaba en ingratitud.

Eran siempre como el rudo viento de las noches de Diciembre azotando una delicada flor llena de aroma, de suavidad y de hermosura, que viviese oculta en el hueco de un árbol en un hermoso jardin.

—¿Qué es lo que tienes, Regina? preguntó la suave madre á la adusta hija; te veo triste, ceñuda..... ¿tienes alguna pena? En ese caso, hija mia, confíasela á tu madre.

—No tengo nada, respondió la jóven lacónicamente.

—Pues yo aseguraria que sí..... Te veo descolorida, preocupada....., no, tú no estás como otros dias.

Regina guardó silencio.

—Veo que no tienes confianza en mí, dijo su madre con tristeza; y esto, aunque ya lo sabía yo, me aflige profundamente, hija mia; las penas confiadas se quedan en la mitad, y cuando se confian á una madre se alivian más todavía.

—Ya te he dicho, madre mia, que no tengo ninguna.

—Preciso es que te crea, y lo necesito ademas para mi sosiego, hija mia: no sabes tú cuánto sufro al verte triste... y eso no lo sabrás hasta el dia en que tengas hijos... sólo siendo madre puede comprenderse lo que una madre vale; pero vamos al salon, para que veas los regalos que te han enviado algunas de nuestras amigas.

—¡Regalos! repitió Regina con una especie de terror.

—¡Regalos, sí, y magníficos! ¿Pero por qué te extraña esto? Yo he tenido siempre la costumbre de enviar un recuerdo á todas las jóvenes de las familias relacionadas con nosotras que se han casado; las jóvenes son dichosas con cualquier pequeñez, y yo he sido tambien dichosa al saber el gozo que les causaba mi presente, y al ver la alegre gratitud impresa en sus rostros, la vez primera que iba á visitarlas.

—En verdad, mamá, repuso Regina gravemente, que deberia tener celos al ver la ternura con que amas á todo el género humano y te interesas por él: ¡tu corazon es una mina de cariño que no se agota jamas!

—No se puede alcanzar cariño si no se da tambien, hija mia, dijo Gabriela lastimada del acento amargo de

su hija, cuyo frio egoismo pesaba como una escarcha sobre las flores de aquella alma; nadie que no ame será amado, y gracias que amando, que siendo benévolos y sufridos, alcancemos en premio el aprecio de los demas.

—¿Y para qué es bueno el afecto de ese mundo injusto? preguntó desdeñosamente Regina; nada me importa á mí, madre mia, de ese mundo que exige y que no da.

—Tú nada sabes de eso, pobre ángel mio, dijo Gabriela; pero vén al salon á ver los regalos, que tiempo de sobra te quedará para comprender las amargas verdades de la vida.

La Marquesa, dichas estas palabras, cruzó sobre el pecho de Regina su rica bata de seda y recogió por sí misma los negros cabellos de la jóven con un peine de nácar, con el mismo solícito cuidado que si contase seis años, encaminándose despues ambas al salon.

Allí y sobre una mesa larguísima, cubierta de damasco carmesí, se ostentaban brillantes y deslumbradores los regalos de boda.

La mesa ocupaba el centro, y la dorada luz de aquella bella mañana de estío iluminaba con sus cambiantes los presentes, yendo á quebrar sus rayos en las blondas y en los diamantes.

Aquellos regalos los debia Regina á su madre, porque ella, fria, altiva y casi dura, tenía en la sociedad pocas simpatías.

En cambio adoraba á la Marquesa, tan amable y tan dulce; á la Marquesa, que si lo hubiera deseado, hubiera

reunido en su casa la parte más distinguida de la alta sociedad madrileña.

Regina paseó una mirada indiferente sobre aquellos objetos, que constituian una fortuna; los regalos eran dignos de una princesa real.

En el centro de la larga mesa descollaba, sobre inmensas bandejas, una vajilla de plata para dos personas, con las armas de Regina grabadas en oro abrillantado con esmaltes carmíneos.

En los dos extremos brillaban dos aderezos completos de diamantes el uno, y el otro de rubíes.

Algo más léjos una caja de sándalo mostraba en su perfumado seno una coleccion de soberbios encajes.

Allí reia una familia china, con sus caras gordas y bonachonas, sobre una sombrilla blanca, que parecia bordada de oro y seda por los dedos de alguna hada.

Más allá, un abanico con varillaje de oro y clavillos de esmeraldas, recogia pudorosamente su guarnicion de plumas blancas y rosadas, que parecia robada de la corona real de una princesa del Asia.

Despues, innumerables cajas llenas de perfumes, frascos, cajitas para pastillas, de plata afiligranada, de nácar y de carey: tres ó cuatro relojitos esmaltados y guarnecidos de perlas, rubíes y ópalos; sartas de perlas para los cabellos; diademas de baile, de pedrería, y todo un adorno de flores de coral, entre olas de encaje, para guarnecer un vestido.

Canastillas llenas de flores del más exquisito colorido y la más rara finura, conteniendo en el centro algunos pañuelos bordados, de vaporosa batista; una lámpara de

plata maciza compuesta de dos palomas; una copa de nácar y oro guarnecida de turquesas ; collares, brazaletes, sortijas, cadenas de reloj, dijes, devocionarios encantadores, carteras llenas de guantes de un bordado exquisito, carteras para papeles, alfileres de brillantes para sujetar los cabellos, chucherías de tocador, y una infinidad de objetos necesarios á la coquetería de la mujer, y cuya posesion llena de alegría á todas las jóvenes de la edad de Regina.

Pero ésta no dió ni la más leve muestra de contento.

En vano su madre le fué enseñando todos aquellos objetos con su solícita ternura.

La jóven la escuchó fria y distraida, y apénas prestó atencion ni á las palabras de su madre, ni á los suntuosos regalos allí extendidos.

La magnificencia no habia tenido jamas grandes atractivos para aquel espíritu sobrio y fuerte; y ahora, impresionada por su amor al pobre y desgraciado Justino, odiaba aquellas riquezas por la misma razon que la separaban de él.

—¿Qué te parece todo esto? le preguntó su madre. ¿No es verdad que hay aquí algunos objetos preciosos?

—No los encuentro tanto, respondió la jóven ásperamente: esas señoras creian sin duda que yo no tenía pendientes ni brazaletes que ponerme, ni sombrillas con que quitarme el sol: mamá, los regalos me parecen muchas veces una especie de insulto á la persona á quien van dirigidos, porque dan á entender que se la cree privada de lo que se la da.

—Los regalos, hija mia, repuso la Marquesa, son á

mis ojos el dulce recuerdo de la amistad, y uno de sus mejores sostenes.

Regina iba á responder, pero la distrajo la entrada de su padre, que llegaba tambien para admirar los regalos.

XV.

EXPLICACIONES.

Á las cuatro de la tarde de aquel mismo dia entró el Vizconde en el cuarto de su prima, que le aguardaba sola.

Regina estaba vestida de negro.

Su traje, de raso, descubria las bellas proporciones de su talle, completamente desarrollado ya, á pesar de su corta edad: su vestido, cerrado hasta su hermosa garganta, era liso y severo y únicamente animaba su sombrío y uniforme color un pequeño y rico cuello de encaje blanco que llevaba sobre él, y unas mangas, de igual clase, que, por su hechura holgada y elegante, permitian descubrir una parte de sus torneados brazos.

Llevaba guantes puestos, como si se tratase de un acto oficial, y la piel gris-perla que cubria sus manos era tan fina, que en nada aumentaba lo diminuto de su tamaño.

Arturo estaba tambien vestido de negro.

Habia visto tan pocas veces á su prima, aunque vivia bajo el mismo techo que ella, y por otra parte el carácter de Regina le inspiraba tan poca confianza por su grave frialdad, que, para él, no existia persona en el

mundo á quien pudiese tratar con ménos lisura y franqueza.

El Vizconde entró sin anunciarse, pues Regina habia alejado á todos sus criados.

—Te esperaba, dijo friamente á Arturo, cuando éste apareció en el umbral.

—Perdóname, pues, repuso el jóven inclinándose con grave cortesía.

—¡Oh, no es esto decir que hayas tardado, no! repuso Regina, con la sonrisa fria y tranquila que le era habitual.

Y señalando al Vizconde un asiento enfrente de ella, añadió:

—Breve será nuestra conferencia, pues en ella sólo tengo que hablarte de sentimientos que conoces muy bien.

—Ignoro lo que quieres decir, Regina, murmuró el Vizconde un tanto confuso.

—Tranquilízate, repuso aquélla, sin perder su fria sonrisa: yo te explicaré con toda claridad lo que deseo que comprendas; ya sabes, Vizconde, continuó eludiendo con este tratamiento toda franqueza, ya sabes que tu venida aquí tuvo por objeto el traer una carta de tu padre al mio, en la cual aquél pedia mi mano para tí.

—Lo sé lo mismo que tú.

—Tampoco ignoras que la tal peticion agradó mucho á mi padre, pues en aquella carta se le prometia que tú dejarias la carrera militar, para vivir conmigo á su lado: asimismo sabes que yo, que entónces tenía libre, ó por mejor decir vacío mi corazon, accedí sin oponer objecion ninguna.

—Lo sé tambien, contestó el Vizconde, picado algun tanto de la palabra *vacío* que Regina habia usado, tratándose de la época en que ya le habia conocido.

—Está bien, repuso Regina; pero lo que no sabes y voy á revelarte, es que he mudado de parecer, y que no quiero ya casarme contigo.

Al oir aquella osada declaracion, el Vizconde retrocedió asustado, y clavó sus grandes ojos oscuros en el bello rostro de su prima, que no se alteró ni pintó la emocion más leve.

—Creo, Vizconde, prosiguió la jóven, que tú eres de mi mismo parecer: que no me amas, y que serás dichoso evitando nuestro enlace.

—No se trata de averiguar si yo seré feliz casándome contigo, ó no, Regina, dijo Arturo que poco á poco habia ido recobrando su serenidad: se trata del honor de tu familia, que es la mia, y es forzoso que, aunque nos haga infelices á entrambos este casamiento, aunque sea para nosotros una pesada cadena, es forzoso que se lleve á cabo.

—No tal, Vizconde, repuso Regina sin alzar la voz, sin inmutarse, sin alterarse en lo más leve.

—Por Dios, Regina, exclamó Arturo, levantándose con el semblante pálido y los ojos animados: por Dios, reflexiona que todo Madrid tiene ya noticia de nuestro proyectado enlace; piensa en que mañana van á firmarse los contratos, y en que está invitada para asistir á este acto la más escogida nobleza de la córte.

—A pesar de todo, no quiero casarme contigo.

—Pero dime al ménos, por qué.

—Te lo diré, á pesar de que lo debes suponer: porque no te amo.

—¿Y piensas acaso que yo te amo á tí? exclamó el Vizconde con amarga exaltacion y olvidando ya todo miramiento.

—¿Y qué me importa que me ames ó no? prorumpió Regina soltando una carcajada tan fresca, serena y jovial, que Arturo quedó atónito otra vez.

—Basta, señorita, dijo éste tras un rato de silencio, y pasando ambas manos por su abrasada frente: ¡Basta! Se casará V. conmigo, pues prefiero sacrificarme y sacrificarla, á dejar á V. en libertad para que cometa alguna imprudencia que mate á sus padres.

—Si yo fuera como las demas mujeres, caballero, me desharia ahora en lágrimas y haria á V. sentimentales amenazas; le diria: *¡Ya he avisado á V. que no le amo! ¡Será V. infeliz! ¡Me mataré!* Pero, señor Vizconde, en mí no cabe esa blandura que por lo regular siempre queda reducida á palabras. Yo digo lisa y llanamente «no quiero casarme con V. porque no me agrada para marido, y no me casaré.»

—Pero ¿y sus padres de V...? ¿Sus padres, que con tanto amor la han criado, que con tal extremo la aman?

—Si es así, no se opondrán á mi dicha: ahora es cuando trato de probar su decantado amor. ¿Tengo, por ventura, que agradecerles el que me hayan educado en el fausto y la opulencia? ¿El que me hayan hecho orgullosa y altiva? ¿O pretende V. que les esté reconocida porque le han presentado á mí diciéndome: «Cásate con

ese hombre, porque así podrás permanecer á nuestro lado divirtiendo nuestra vejez?»

—¡Oh, qué ingratitud! exclamó Arturo dolorosamente afectado.

—Soy ingrata, sí... ¿qué quiere V.? Desde que he nacido, todo se ha doblegado á mis deseos, á mis caprichos. Si tiene usted hijos, Vizconde, no desoiga mi consejo: quebrante su voluntad, para que le sean sumisos y, sabiendo vencerse, sean felices: ahora le repito por la última vez, que no quiero casarme con usted.

—Pues vea V. cómo ha de ser, porque yo no renuncio á su mano de usted.

—¿Prefiere V. que le haga el desaire de renunciar yo á la suya?

—Ese desaire dejará, al ménos, ileso mi honor, exclamó Arturo.

—Pues sea: no se apure V. por tan poco y déjelo todo á mi cargo.

—¡Reflexiona todavía! ¡Piedad para tus padres, piedad para tí misma, Regina! Yo tambien amo á otra mujer y sacrifico mi amor: ¡imítame por tu bien! exclamó Arturo volviendo á tratar á su prima de tú para suplicarle.

—Yo tengo por costumbre no imitar nada, Vizconde, dijo Regina con helada y desdeñosa altivez; pero si alguna vez caigo en la tentacion de imitar algo, no será en verdad un sacrificio que, por lo bajo y vergonzoso, no merece el nombre de tal.

El Vizconde, mudo de sorpresa, de indignacion y

combatido por mil diversos pensamientos, salió de la estancia: al llegar al corredor oyó la fresca voz de Regina que cantaba el aria de salida de Rosina en *El Barbero de Sevilla*, con tanta agilidad como perfeccion.

XVI.

PRESENTIMIENTOS Y ESPERANZAS.

La aurora del siguiente dia encontró despiertos á los Marqueses de Villalta y á Regina. Aquellos padres, idólatras de su hija hasta un extremo culpable, vieron aparecer con íntima tristeza el dia en que los contratos matrimoniales ligaban á aquella hija tan amada, á otro sér que no era ellos.

—¡Hoy perdemos á nuestra hija! dijo la Marquesa, no bien entró en el cuarto de su esposo, dejándose caer bañada en llanto en un sillon.

¿Sería que el instinto materno hacía adivinar á aquella mujer tan buena, tan generosa, tan amante, la catástrofe que se preparaba?

El corazon de una madre adivina todo lo que interesa á sus hijos.

—¡Perder á Regina! repitió el Marqués, cuyos severos ojos chispearon y cuyas mejillas palidecieron intensamente: si tal supiera, continuó, ¡no la casaria jamas!

—¡Perdemos la mejor parte de su corazon! dijo la pobre madre meciendo tristemente la cabeza. ¡Ella

amará á su esposo mucho más de lo que nos ama á nosotros!

—¡Oh, no, no! ¡Eso no puede ser... no será! exclamó impetuosamente el Marqués, levantándose y cruzando la estancia á grandes pasos. ¿Hará por ella su marido lo que nosotros hemos hecho, y no es ella el espejo donde siempre nos hemos mirado? ¿No hemos buscado para ella nobleza cuando sólo éramos unos simples particulares? ¿No he conquistado en mil empresas arriesgadas, y con mil inauditos trabajos, un caudal inmenso, para que ella fuese rica y opulenta? ¿No he prevenido con tu ayuda todos sus gustos, todos sus deseos, todos sus caprichos?

—¡El amor ahogará el recuerdo de todos nuestros sacrificios! murmuró la Marquesa sin dejar de llorar.

—¡Calla, por Dios, Gabriela, ó vas á volverme loco! gritó el Marqués con todo el ímpetu de su violento carácter; ¡calla por compasion!... ¿No sabes que tengo celos del que baila con ella en los saraos, del que la mira, y hasta del aire que azota sus cabellos, y de la luz que ilumina su frente? ¿No sabes que no admito más intermediarios entre ella y yo que tú? ¿No sabes que os confundo á entrambas en un mismo y tierno amor, como ella confunde en el mismo beso á la rosa y al capullo que corta de la maceta para adornar su pecho?... ¡Oh, Gabriela!... Si tú me faltas, ella sola será el lazo que me ate á la tierra, porque es tu hija!... Si ella vuela al seno de Dios, sólo miéntras tú vivas permaneceré en este mundo de dolores, y mi alma, unida con la tuya, irá en busca de Regina á otro mundo mejor!...

Un largo silencio, interrumpido á cada instante por los sollozos de la Marquesa, sucedió á las ardientes frases de aquel hombre, tan amante esposo como cariñoso padre.

—Basta de llorar, Gabriela, dijo el Marqués cuando hubo logrado serenarse: reflexiona que el que va á ser esposo de tu hija no la separará de nosotros: piensa que él conservará en el corazon de su esposa el cariño que nos debe, y que en él tendrémos otro hijo, que nos amará tanto como Regina.

—¡Quiéralo Dios! murmuró la Marquesa enjugando sus ojos.

—Sólo á Arturo hubiera yo concedido la mano de Regina, continuó el Marqués: sólo á él, que reune nobleza antigua, gran fortuna y generosos sentimientos, hubiera yo entregado mi tesoro; sólo á él, que venía garantido con la promesa de vivir á nuestro lado: así, pues, Gabriela, consuélate; tus temores son tan injustos como infundados: ¿hay acaso algo de comun entre el amor conyugal y el filial? ¿Dejaste tú de amar á tus padres cuando empezaste á amarme á mí?

—No, respondió la Marquesa llevando el pañuelo á sus ojos, que no dejaban de verter lágrimas amargas: no dejé de amarlos: pero ¡de cuán diferente manera los amaba! Pedro, es muy triste la mision de los padres, y nosotros no podemos huir lo que Dios mismo ha dispuesto. Todos los amores de la tierra tienen en su fondo algo de amargura y de ingratitud, y acaso encierra, más que ningun otro corazon, el corazon de un hijo: nosotros hemos criado á Regina dándole la parte mejor de

nuestra vida, todos nuestros pensamientos, toda nuestra ternura, y ella nos olvidará, ó poco ménos, por su esposo, por un hombre que nada ha hecho aún por ella, y para el que nosotros la hemos guardado.

—¿Culpas acaso á nuestra hija Gabriela? preguntó el Marqués, admirado de hallar injusta y dura á su esposa por la primera vez de su vida.

—No, no la culpo, repuso ella con amargura: eso es la ley humana y no pretendo derogarla ó que se modifique por mí: pero recuerdo lo que pasó en mi corazon cuando empecé á amarte, y éste llora sangre al pensar en lo que pasará en el de mi hija.

—¿Y crees tú que Regina ama á Arturo como tú me amabas á mí? No, Gabriela, ¡no es el mismo temple el de vuestras dos almas! Regina sólo amará con pasion á sus hijos, y de esos no será por cierto de quien tengamos celos: ¡celos de unas criaturas, dos veces hijas nuestras! ¿Hay acaso en la creacion un sér más dichoso que el abuelo? Vamos, voy á hacerte la pintura de la vida que pasarémos aquí los cuatro: pero ántes de empezarla, díme: ¿no es extraño que yo, con toda la dureza, con toda la violencia de mi carácter, tenga que consolarte á tí, que eres la misma dulzura, la misma mansedumbre?

Y el Marqués, al decir estas palabras, tomó con ternura las manos de su esposa y las estrechó con cariño entre las suyas.

En la frente de aquella esposa, áun jóven, bella, y más buena que bella y jóven, apareció la serenidad y las lágrimas se estancaron en sus ojos.

Y sin embargo, su esposo, encanecido ya, no era ni galan, ni capaz de alimentar con su exterior la pasion que un tiempo habia inspirado á Gabriela.

Pero ¿acaso no vale más que la pasion más exclusiva y más fuerte, no es más durable, más santo, más puro el afecto del matrimonio? ¿No es lo que une los corazones con indisolubles lazos, lo que hace que dividan gozosos los pesares, las alegrías, y que se cruce esta vida con la sonrisa en los labios y la mirada en el cielo?

Tal era el afecto que unia aquellos dos seres; el amor de Gabriela, primero y único de su vida, era tan ciego, que no habia alcanzado á ver cómo envejecia el Marqués, que contaba catorce años más; ella, débil caña, se habia apegado al árbol robusto, y si éste era azotado por el huracan, apénas llegaba un soplo á su dulce compañera. Gabriela no habia visto el estrago que la violenta pasion de la ira habia hecho en las facciones de su esposo; para ella era siempre jóven, hermoso, gallardo, ó mejor dicho, para ella era el único hombre que existia en los ámbitos del mundo.

Dócil á su voz como siempre, todas las nubes que invadian su alma se corrieron con aquella casta caricia, como las nubes del cielo cuando las barre y las ahuyenta un rayo de sol.

El Marqués, sin soltar las pequeñas y blancas manos de su esposa, continuó así:

—¡Verás qué dulce y hermosa es nuestra vida! por la mañana nos reunirémos en el comedor; se me olvidaba decir que los novios ocuparán toda la parte principal de

la casa; á nosotros nos bastarán las habitaciones más modestas del interior; despues del almuerzo, vosotras dos saldréis un rato y yo saldré tambien con Arturo; por la tarde recibiréis algunas gentes, ó Regina tocará el piano, en tanto que tú trabajas en tu tapicería que te divierte tanto; si lo preferís, darémos los cuatro un paseo, y esto será todos los dias en el buen tiempo: despues de la comida irémos á algun teatro; tomarémos abonos en todos; darémos cada invierno tres bailes lo ménos, es justo; ahora nos hemos de echar al mundo para hacer alarde de nuestros hijos, que lo merecen: ¡no faltaba más sino que siguiéramos llevando esta vida de cartujos, fastidiosa y triste! Recibirémos ademas, de confianza, un dia á la semana; se cantará, las muchachas bailarán, se tomará té, ó el té será un pretexto, porque se les dará ademas á nuestros amigos chocolate, dulces y helados. ¿Para qué queremos si no nuestra fortuna? ¿A quién hemos de darla? Vale más que la gastemos, que la luzcamos, que brillemos... ¿No te parece lo mismo, Gabriela?

—Sí, respondió la Marquesa, que poco á poco se habia ido dejando arrastrar por las risueñas ideas de su esposo; sí, Pedro, ¡la pobre niña apénas ha disfrutado nada en el mundo; que lo vea despues de casada!

—¡Y qué gozo será cuando tengamos un nietecillo fresco, rubio y rosado, Gabriela!

—¿Rubio? no, no podrá ser rubio, porque sus padres tienen ambos el cabello negro.

—Los niños, sin embargo, son rubios casi todos; pero si el nuestro no lo fuera ¡tanto mejor! será más her-

moso y su belleza de un género más nuevo; ¡un niño blanco y rosado con el cabello y los ojos negros, sería una cosa adorable! ¡Cómo le haria yo cabalgar sobre mis rodillas! ¡Cómo jugaria con él! Se llamaria Pedro como yo, y si fuera niña, Gabriela... hay nombres jóvenes y frescos que siempre parecen de niña, y el tuyo es de esos...

—Si es niña, dijo la Marquesa, yo me las entenderé con ella, es justo; eso me pertenece á mí.

—Bien, pero te pido por Dios que no te desconsueles; no sabes lo que me hace sufrir el verte triste; ahora, querida Gabriela, anda á ver si Regina se ha levantado ya; pero no le demuestres tristeza ó pesadumbre, pues ella que, como ya sabes, no es muy alegre, se entristecerá tambien; ¿por qué hemos de recibir lo que es una dicha para todos con semblante ceñudo?

—Tienes razon, Pedro, dijo Gabriela; te prometo que Regina no me verá triste.

La Marquesa se dirigió al cuarto de su hija que, en efecto, estaba ya levantada; acababa de alejarse de la ventana, desde donde habia visto sacar el cadáver de la señora de Rivera, junto al cual iban el Vizconde y Justino, que habia querido dar así á su adorada madre la última prueba de su amor.

Regina se separó de su ventana no bien el fúnebre convoy dobló la esquina de la oscura callejuela, y se dejó caer en un sillon, con el semblante cubierto de una nube de tristeza, al pensar en el dolor de Justino.

Así la encontró la Marquesa, que pudo estrecharla

contra su corazon, sin que ella se apercibiese de su entrada.

La amorosa madre atribuyó la triste expresion difundida por el rostro de su hija al acto que se preparaba para aquella misma noche; haciendo violencia á su propio dolor, la colmó de caricias y consuelos, y se retiró para informarse del estado de los preparativos del salon.

No bien hubo salido la Marquesa, la fisonomía de su hija adquirió de nuevo esa tranquilidad perfecta, fruto de una resolucion irrevocable; toda duda, toda vacilacion habia desaparecido de su alma.

Se levantó, arregló ante un espejo sus cabellos, cambió su gorro de cama por otro ricamente guarnecido de encajes; se echó sobre los hombros una manteleta, y fué á reunirse con sus padres y su primo.

Al verla éste tan serena y reposada, al contemplar su admirable tranquilidad, un pensamiento brotó en su mente.

—¿Habrá cambiado de propósito? se preguntó. ¿Consentirá en que se lleve á cabo nuestro casamiento? ¡Oh, pluguiese al cielo! Yo sacrificaria todo el reposo de mi vida; yo inmolaria el naciente amor que ocupa mi corazon y apartaria de él la dulce imágen de Eugenia por la felicidad de ese noble anciano y de esa santa mujer, que tanto me han amado siempre.

¡Ay, el Vizconde no conocia el carácter y el corazon de Regina!

Esos carácteres de hierro, esos corazones helados, no se ablandan ni se entibian por nada.

El amor los calcina y los abrasa; pero hasta el amor que abrigan es fatal, pues semejante al cráter de un volcan, arrastra y consume cuantos sentimientos tiernos engendra la naturaleza, del mismo modo que la encendida lava devora las suaves y pefumadas flores.

XVII.

LA MALDICION.

Era llegada la hora de firmar los contratos.

Las personas más distinguidas de la córte llenaban el salon de los Marqueses de Villalta, espléndidamente iluminado.

La Marquesa, joven aún, pues no pasaba de los treinta y ocho años, hacía los honores con una gracia delicada que le era habitual y que tenía un atractivo indecible, á pesar de estar velada por una extremada tristeza.

La Marquesa de Villalta era una de esas mujeres suaves, dulces como el aroma de la violeta, cuya única ocupacion es embellecer y recrear cuanto las rodea. Tierna hasta la debilidad, su boca parecia formada sólo para los besos ó la sonrisa; pura en pensamientos y en acciones, su plácida frente era tan tersa y hermosa, como en los primeros dias de su adolescencia.

Nunca habian bramado las pasiones en su seno; su único amor se lo habia inspirado el hombre á quien dió su mano, que, aunque de bastante más edad que ella, supo conquistarse su corazon por su talento, su elevada rectitud y la apasionada adoracion que le profesaba.

El nacimiento de Regina aumentó el amor que el Mar-

qués de Villalta tenía á su esposa; confundíalas aquél con una ternura tan ardiente y entusiasta, que era difícil adivinar si el cariño que sentia por su esposa era gratitud por haberle dado á su hija, ó si la adoracion que profesaba á Regina era un reflejo de la que tenía á su madre.

Ambos colmaban á la niña de los más solícitos y exquisitos cuidados, y la Marquesa vivió entre sus dos santos amores como la azucena que tiene por abrigo un tibio y protector invernadero y un cielo lleno de luz y brisas cuando los ardores del estío matan á tantas pobres plantas.

La primera pena de Gabriela nació el dia en que se decidió el casamiento de Regina con su primo: su amante corazon de madre presintió la tempestad cuando todos gozaban aún en la calma, bien así como la gaviota gime sobre la roca mucho ántes de que retumbe el trueno y cuando áun se ve la mar tranquila y azulada.

En la noche de los contratos ocupaba el centro del salon, atendiendo, no obstante su pena, á esos mil cuidados que la sociedad impone y que no dispensa nunca.

Gabriela era muy bella todavía: áun sonreian sus límpidos y azules ojos, á la par de su boca pequeña y encendida como una flor de coral: sus cabellos rubios y sedosos eran abundantes y rizados; la frescura que tal encanto prestaba á su semblante en su primera juventud habia desaparecido, dejando en su lugar una blanca y dulce palidez.

Aquella madre, cuyo solo defecto consistia en ser demasiado tierna, habia abandonado muchas de las pre-

tensiones que ántes ostentaba en su tocador desde que Regina cumplió catorce años; vestia casi siempre de negro, reservando todo su buen gusto, toda su elegancia, para el adorno de su hija.

En la noche de que voy hablando llevaba un traje de raso negro, de manga corta y escote bajo; sobre él se habia puesto una de esas encantadoras túnicas de encaje, negro tambien, que se cerraba en su garganta, y cuyas ámplias mangas, perdidas ó venecianas, velaban la desnudez del brazo, aunque no tanto que impidiese que se trasparentasen su morbidez y hermosura.

La belleza de su cuello, un poco largo, blanco y lleno de gracia como el de un cisne, y el torneado y esbelto nacimiento de sus hombros, se adivinaban del mismo modo á traves del fino y delicado tejido del encaje.

Sus rubios cabellos, recogidos en ricas y apretadas trenzas, estaban graciosamente prendidos detras de su cabeza con largos alfileres de perlas, y dejaban completamente descubierta su blanca y serena frente.

Su collar, brazaletes y pendientes eran de perlas tambien; pero su aderezo estaba muy léjos de valer lo que valia el que habia regalado á Regina.

La Marquesa de Villalta se asemejaba á una negra nube en medio de las mujeres que la rodeaban, cargadas de sederías, diamantes y flores; pero su casta y apacible belleza radiaba á traves de su nebuloso traje como una estrella en un cielo tempestuoso.

—¡Cuánto tarda Regina! se dijo á sí misma mirando por la cuarta vez el soberbio reloj del salon, que señalaba las diez.

Y levantándose se dirigió á su esposo y á Arturo, que hablaban cerca de la puerta con algunos caballeros.

— Pedro, dijo Gabriela al Marqués mostrándole al notario de la familia, quien, sentado ante una mesa cubierta de terciopelo carmesí bordado de oro, ojeaba el contrato. Pedro, el notario hace una hora que espera, y Regina no viene.

Los labios del Vizconde temblaron convulsivamente.

— Su tocador es hoy muy complicado, Gabriela, dijo el Marqués con una sonrisa que tenía mucho de dolorosa.

— Si me hubiera dejado ayudarla, ya estaria aquí, observó la Marquesa; pero se empeñó en vestirse sola...

—¡Qué bella debe estar! ¿no es verdad, hijo mio? dijo el Marqués estrechando la mano de su futuro yerno: su vestido celeste con flores de plata y su soberbio aderezo de perlas van á producir un asombro general.

—¡La señorita doña Regina Villalta y Mendoza! anunció el portero de estrados á la puerta del salon.

Todos los concurrentes se volvieron vivamente.

El Marqués y su esposa cambiaron una mirada de profunda sorpresa.

Regina no habia querido ponerse su espléndido traje, preparado con tanto esmero por su madre: llevaba un sencillo vestido de muselina blanca, de hechura lisa, y todo su adorno consistia en una rosa blanca, medio perdida entre sus negros cabellos, rizados en lucientes ondas.

Entró ligeramente en el salon, saludando con la cabe-

za á derecha é izquierda, y fué á ocupar el ángulo que daba frente á la puerta.

Sus padres y Arturo se aproximaron á ella llenos de confusion.

—Pero, hija mia, ¿por qué no te has vestido? le preguntó el Marqués con acento profundo y concentrado.

—Se me hizo tarde peinándome, respondió friamente Regina, y no quise que me esperasen más tiempo.

Tambien así está muy bella, Pedro, observó la Marquesa con su santa y apacible dulzura; casi es más bella con esa sencillez que con su rico traje: ¿no te parece lo mismo, Arturo?

Éste, incapaz de hablar, hizo con la cabeza un signo afirmativo, miéntras que por los labios de Regina pasó una sonrisa glacial.

La Marquesa volvió á ocupar su sitio, y el Marqués se aproximó al notario.

—¿Qué vas á hacer, Regina? murmuró el Vizconde al oido de la jóven.

— A decir que no quiero casarme contigo.

—¡Semejante escándalo! ¡Aquí!... ¡Por Dios, Regina, medita lo que vas á hacer!... ¡Habla mañana á tus padres!...

—¿Para qué?

—¡Este golpe puede matarles!...

—¿No dicen que yo soy su vida? repuso Regina con una sonrisa helada como el filo de un puñal; pues yo te aseguro que no pienso morirme por ahora.

—Puede V. empezar la lectura, caballero, dijo el Marqués al notario.

Reinó el más completo silencio, y el depositario de la fe pública empezó á leer con voz altisonante.

El escrito lo merecia: los Marqueses de Villalta cedian á su hija su título y su fortuna, consistente en diez millones de reales, constituyéndose en alimentistas suyos desde el dia de su casamiento.

—¡Qué disparate!... ¡Despojarse así por su hija! murmuraron dos condesas viejas detras de sus abanicos.

—¡Qué absurdo! exclamaron á su vez tres diputados. ¿No conocen que si su hija es mala se quedarán en la calle?

El Marqués paseó una mirada brillante y envanecida por el concurso, y cesaron como por encanto todos los murmullos.

Todos se humillaban ante la deslumbrante aureola que ceñia á la adusta frente de aquel hombre su santo y heroico amor de padre.

Siguió el notario enumerando la fortuna del esposo: las rentas de su título eran en extremo pingües, y aportaban ademas cerca de ocho millones de reales.

Las madres miraban á Regina con envidioso asombro: era evidente que la nueva Marquesa de Villalta iba á ser una de las damas más ricas de la córte de España.

Acercóse el Marqués á su hija, y le presentó el brazo para conducirla á la mesa, á fin de que firmase. Regina se apoyó en él, y se adelantó resueltamente; pero al llegar junto á la mesa, colocada en el centro del salon, dejó el brazo de su padre, rechazó la pluma que el notario le ofrecia, y dijo con sonora y reposada voz:

—¡Señores, declaro que no quiero casarme con mi primo, el Vizconde del Olmo!

Alzóse un murmullo de sorpresa: la Marquesa abrió sus grandes ojos y los clavó con angustia en el rostro de su hija; el Marqués palideció como un cadáver, y Arturo se desplomó en un sillon, cubriéndose el rostro con las manos.

El escándalo era inaudito é imposible de reparar.

En aquel instante se oyó en las antecámaras una confusa gritería, que fué acercándose rápidamente al salon, y un instante despues apareció en el umbral un hombre con el cabello largo y descompuesto, la barba crecida, el rostro encendido por una violenta fiebre, los ojos relumbrantes con la expresion del delirio, y vestido de un destrozado traje negro.

Cruzó desatentado el magnífico salon, clavando en todos los concurrentes sus hurañas miradas, hasta que por fin fijó sus brillantes ojos en la blanca y serena figura de Regina.

Acercóse delirante á ella, la asió con ímpetu por un brazo, y gritó con ronca voz:

—¡Con que no me han engañado!... ¡te casas!... ¡traidora!... ¿Dónde están tus promesas de amor?

—¿Quién es este hombre? exclamó el Marqués que sentia hervir en su seno el volcan de la ira.

—¡Justino, cálmate! murmuró el Vizconde tomándole una mano.

—¡Ah!..., ¡ya te encontré!... rugió el infeliz jóven, agarrando por el cuello á Arturo y sacudiéndole furioso: ¡voy á matarte... sí!... ¿Pensabas que yo tole-

raria que engañases á mi hermana y que me robases á Regina?

—¡Atras, miserable! exclamó el Marqués dando tan fuerte empujon á Justino que le desvió algunos pasos: y luégo, clavando en Regina una encendida mirada, tornó á preguntar:

—¿Me dirás quién es ese hombre?

—¡Ese hombre, padre mio, es el hombre á quien amo! contestó sumisamente la jóven; por él, continuó, renuncio á casarme con mi primo... ¡Padre... Madre mia!... añadió con los ojos llenos de lágrimas y cruzando las manos: ¡Padres mios! si me amais tanto como decís, consentid en que este contrato sirva para unirme á él!...

Los ojos del Marqués llamearon como dos teás: dirigióse á la puerta, ebrio, vacilante, y gritó con ronca voz:

—¡Pedro! ¡Miguel!... ¡Jacobo!... ¡Nicolas!

Cuatro criados aparecieron en el umbral vestidos de toda gala.

—¡Echad á la calle á ese mendigo! gritó de nuevo el Marqués, señalando á Justino que lo miraba todo, sumido en una especie de inmóvil atonía.

—¡Padre, perdónale, y yo seré tu esclava toda mi vida!... sollozó Regina, arrodillándose convulsa á los piés del Marqués.

—¡Echadle á golpes!... ¿Lo oís? ¡A golpes! ¡Y pronto! rugió el Marqués, desprendiendo violentamente de sus rodillas los brazos de su hija que las abrazaba.

—¡Madre!... ¡Por Dios!... gimió de nuevo la infeliz niña, clavando en Gabriela una mirada de angustia desgarradora.

Ante aquella mirada, la Marquesa se sintió vacilar como si se hubiese roto todo su sér. Acercóse á su hija, y oprimió contra su seno la negra cabeza de Regina.

—¡Afuera de aquí! gritó de nuevo el iracundo padre dando tan fuerte empujon á Justino, que éste cayó como una masa inerte.

Dos de los criados que habian acudido al llamamiento del Marqués se apoderaron del inanimado cuerpo del desdichado jóven, y le sacaron del salon.

Entónces se levantó Regina, secáronse sus lágrimas instantáneamente, y la blanca palidez de su rostro se encendió con una ardiente púrpura.

—Señor, dijo con voz fuerte y serena, dirigiéndose á su padre; ya que arroja V. de su casa al hombre á quien amo, yo la dejo tambien para casarme con él.

Regina dió dos pasos hácia la puerta, por la cual ya habian desaparecido los criados que llevaban á Justino.

—¡Hija desnaturalizada!... gritó el Marqués cárdeno y tembloroso: ¡hija ingrata y cruel!... ¡Yo... te maldigo!...

La Marquesa dió un grito de agonía y cayó desplomada á los piés de su esposo. Aquella maldicion habia destrozado todos los órganos de su frágil existencia.

Regina se detuvo, volvió atras, se arrodilló junto á su madre, besó su frente y sus manos, y desapareció con paso firme y majestuoso.

El Marqués quedó en medio del salon con los brazos extendidos hácia la puerta, como si hubiera querido enviar en seguimiento de su hija el eco pavoroso de su terrible y desesperada maldicion.

XVIII.

UNA MADRE.

Algunos dias habian pasado, y era una mañana dulce y nublada de estío.

Acababan de dar las diez, cuando una de las ventanas del palacio de Villalta, de las que habian pertenecido á las habitaciones de Regina, se abrió con mucho cuidado y se asomó por la abertura un semblante plácido y encantador, si bien profundamente triste.

Aquella dulce cara era blanca como el nácar, suave aún y fresca como una de esas flores de otoño que tienen tan larga vida y tan exquisitos y delicados perfumes.

Sólo se veia una cabeza poblada de rubios rizos y sostenida por un cuello algo largo y lleno de elegancia. Despues unos hombros graciosamente arqueados, y un talle flexible y elegante medio velado por los pliegues de un peinador de tafetan blanco.

Era la Marquesa de Villalta.

Fijó sus bellos ojos, de un subido azul turquí, en la pobre ventanita de la casa de enfrente: en aquella ventana donde tuvo principio el amor de Regina con Justino, aquel desgraciado amor que tantas víctimas habia hecho ya, y tantas debia aún hacer.

La ventana estaba cerrada.

Gabriela, sin cerrar la suya, volvió al fondo de la habitacion que habia sido dormitorio de su hija, se dejó caer en un sillon y prorumpió en sollozos.

Todo hablaba allí de Regina.

Sobre el tocador se veian algunos frascos destapados; al lado de un sillon, unas lindas chinelas de terciopelo rosado, y bordadas de plata, parecian olvidadas allí por alguna niña: tal era lo diminuto de su tamaño. Más allá y sobre el respaldo de un sillon, se veia un peinador blanco.

La pobre madre, sin dejar de llorar, tendió en torno del aposento una triste mirada. ¡Ay, era un cuadro desolador, en el que no habia vida, y en el que la ausencia era imágen de la muerte!

—¡Hija mia! ¡Hija mia! ¡Con que ya te he perdido para siempre! murmuró la Marquésa con acento embargado por las lágrimas. ¡Con que has huido sin pensar en tu madre, de quien eras la vida y la luz! ¡Oh, locas esperanzas de tu padre tan pronto convertidas en humo! ¡Oh, tristes y fieles presentimientos mios! ¡El amor maternal no se engaña nunca!

Una voz dulce y sonora cortó el doloroso monólogo de la Marquesa: al oirla, se estremeció, enjugó el llanto que bañaba sus mejillas, y corrió con ánsia á la ventana.

Apoyada en el antepecho de la de en frente se hallaba Regina: ella era la que habia hablado poco ántes para despedir á Justino que ya bajaba á lo último del callejon.

Cuando la jóven le hubo perdido de vista alzó los ojos

por un movimiento maquinal hácia el palacio de sus padres, y allí vió la pálida y afligida cara de Gabriela.

—¿Estás sola? le preguntó ésta rápidamente.

—Sí, madre mia, respondió la jóven.

La Marquesa voló á su cuarto: se despojó por sí misma de su bata de levantarse, y se puso un vestido negro: cubrió sus hombros con un pañolon y su cabeza con un velo y se lanzó á la escalera.

Un instante despues abrazaba á Regina, y el raudal de sus lágrimas, contenido por pocos instantes, volvia á correr de nuevo.

—Vén, madre mia, dijo Regina conduciéndola hácia el pequeño y mísero sofá, donde ella misma se habia sentado la noche que murió la madre de Justino: siéntate aquí, descansa y sosiégate.

La hija, mucho más fuerte que la madre, no derramaba una lágrima siquiera.

La madre enjugó las suyas, apoyó ambas manos en los hombros de Regina, y clavando en ella una mirada ansiosa, le preguntó con afan:

—¡Regina!... ¿estás casada?

—¡Madre! repuso la jóven con tono de reconvencion.

—¡Basta, hija mia! te conozco y te creo.

—Me casé, madre mia, á la mañana siguiente de haber salido de tu casa.

—¡Bendito sea Dios! exclamó la Marquesa alzando al cielo sus ojos bañados en llanto, esta vez de gratitud: más te quiero esposa desgraciada, que mujer libre y manchada por un amor ilegítimo.

—¡Esta es mi madre! exclamó Regina abrazando

con pasion á la suya. ¡Esta es la santa y desinteresada virtud que convence! Yo sé que el Marqués de Villalta me preferiria amante deshonrada, para volverme á su lado, y para lograr al fin casarme con quien halagase su vanidad!

—¡Calla, que ofendes á tu padre! exclamó aterrada la Marquesa. ¿Es posible que el ciego amor que te ha tenido siempre haya de haber sembrado en tu alma esa semilla de ódio?

—¡Amor! repitió la jóven con una risa amarga: ¡mi padre me ha amado como á su mueble de más lujo, como á la *cosa* que le agradaba más en su casa! ¿Le ha impedido su decantado amor el hacerme infeliz?

—¡Hija mia, perdónale! exclamó con voz suplicante la Marquesa: ¡es su amor, no lo dudes, el que le ha hecho obrar así!... Es su deseo de verte rica, feliz y respetada... Yo lo sé: yo le conozco bien, porque vivo á su lado hace diez y siete años... Por eso he venido á aconsejarte que vayas á verle tú sola; que te arrodilles á sus piés, que beses su mano y le pidas perdon... él lo desea; él anhela dártelo... él padece más qué tú! Créeme... vén ahora mismo conmigo... y despues que se haya enternecido con tus ruegos, despues que te haya perdonado, llamará á tu marido, y los dos viviréis á nuestro lado y seréis nuestros hijos!...

Hablando así la Marquesa estrechaba contra su corazon á Regina, y besaba su frente y sus cabellos; y era tanto el calor de su palabra y brotaba de ella tanto amor hácia su hija, que ésta sintió los latidos de su corazon que la ahogaban.

Pero aquella impresion duró muy poco.

—¡No! dijo: ¡si mi padre me ama, si mi padre desea que vuelva á su lado, que me llame!

—¡Desventurada! ¿Has perdido el juicio? exclamó la Marquesa. ¡Llamarte él! ¡Antes se dejará morir de desesperacion!

—Lo mismo haré yo, ántes de ir á implorarle de nuevo, madre mia. ¡Lo hice una vez y me pesa!

—¡Pero él es el ofendido!

—Por eso le toca perdonar.

—¡Un padre no debe rogar á su hija!

—Una hija maldecida no debe volver á la presencia de un padre que, sin motivo, renunció á los derechos de tal.

Gabriela retorció sus manos con amargura, y gritó con voz sorda y angustiada:

—¡Mira, pobre hija mia, que te puede desheredar! Todos nuestros bienes son libres... ¡Todo es suyo!... Nada hereditario hay sujeto á vínculo.

—Ahora que sé eso, debo humillarme ménos, respondió Regina con firmeza y frialdad.

—Pero, ¡Dios mio! ¿Cuál va á ser tu situacion, la de tu marido, la de tus hijos? La miseria, la horrible miseria!

—¡Esa miseria me vengará del feroz orgullo de mi padre; al verla, él sufrirá más que yo!

—¡Ah, impío orgullo! gritó la Marquesa cuyo corazon se destrozaba al rudo contacto de aquella voluntad de hierro. Luégo, levantándose y acercándose á Regina, que se levantó tambien, se arrojo á sus piés y le dijo con voz ahogada por los sollozos:

—¡Hija mia, hazlo por mí! ¡Piensa en tu madre, que morirá de pena al verte desgraciada! ¡Pide perdon á tu padre!

La firmeza de la jóven pareció vacilar: sus ojos se llenaron de lágrimas al inclinarse sobre su madre arrodillada á sus piés; ésta repitió:

—¡Pídele que te perdone! Un padre es la imágen de Dios sobre la tierra, y no hay orgullo que no se deponga delante de Dios.

Regina tardó un instante á responder; su amor á aquella madre tan buena, tan dulce, tan amante, le decia que debia ceder; pero su orgullo ganó la victoria, y volviendo la cara, respondió con voz firme:

—¡No puedo, madre mia!

La Marquesa se levantó y se dirigió á la puerta: sus pasos eran vacilantes, y hubo de apoyarse en la pared para llegar á ella.

Regina corrió hácia su madre.

—¡Ah! exclamó; ¡si mi padre hubiera sido como tú!

La Marquesa la abrazó de nuevo y por largo rato sin hablar una sola palabra, y despues bajó lentamente la escalera de la casa de su hija.

Cruzó la callejuela, volvió la esquina, y entró en su casa, yerta, silenciosa y muda; iba herida de muerte.

Regina quedó tambien inmóvil, y como si toda su vida se hubiera paralizado bajo la impresion dolorosa que acaba de recibir.

Pasado un instante, corrió á la ventana, y áun vió la triste y enlutada figura de su madre ántes de que volviese la esquina de la calle.

Gabriela, en su paso lento y trabajoso, se asemejaba á la Vírgen de los Dolores despues de despedirse en el sepulcro de su Santísimo Hijo.

Cuando hubo desaparecido, Regina llevó ambas manos á su corazon y murmuró:

—¡Dios mio! ¿Eres tú el que me dice que no la veré más?

Aquel corazon rebelde se acordaba de Dios, prensado por una agonía suprema, ¡por la agonía atroz de haber perdido á su madre por su culpa!

¡*Dios* es el nombre sacrosanto, la gran idea, unida á todo dolor grande!

XIX.

DESPEDIDA.

Algunos dias despues del casamiento de Regina y de Justino, Arturo se unió á Eugenia, apénas restablecida de su penosa enfermedad.

El Vizconde, que habia cobrado un tierno afecto á la dulce y virtuosa esposa de su tio, habia intentado consolarlos en la noche de los contratos, y despues de la violenta salida de Regina de la casa paterna: pero nada pudo conseguir en aquellos dos corazones, ulcerado horriblemente el uno, y el otro profundamente ofendido.

—Déjame, le dijo el Marqués, despues que todos sus convidados fueron abandonando el salon triste y silenciosamente: no procures excusar á tu prima; ¡jamas, jamas la perdonaré el golpe cruel con que ha destruido todas mis esperanzas; el escándalo de mi ridículo! ¡Ya no soy su padre! ¡ya no es mi hija! ¡Su mano ha roto los lazos sagrados que nos unian!

La Marquesa nada decia: sin articular una palabra, sin poder derramar una lágrima, porque lo profundo de su pena las habia estancado, estaba yerta, muda y como destrozada por el terrible golpe que acababa de recibir: parecia no oir, ó mejor dicho, no escuchar las palabras

del Vizconde, que en vano se esforzaba por consolarla.

Desesperado ya de conseguirlo, los dejó solos, porque no hay dolor que no halle su lenitivo en la íntima confianza del amor conyugal, y creyó que aquellos dos esposos desventurados, sólo mútuamente podrian consolarse algun tanto.

No se engañaba: así que él salió, Pedro de Villalta se acercó á su mujer con los brazos abiertos y la estrechó dolorosamente contra su pecho, murmurando esta palabra:

—¡Solos!

Y de sus ojos abrasados por la ira, brotaron algunas lágrimas bienhechoras.

Arturo creyó, y con razon, que su presencia podria ser enojosa en una casa donde habia entrado como hijo, y en la que ya no representaba ningun papel: únicamente le era dado despertar tristes recuerdos en los lacerados corazones de sus tios, y al dia siguiente se despidió de ellos, hospedándose en el mismo barrio, para vivir cerca de Eugenia.

Aquel mismo dia pidió á Justino la mano de su hermana, que le fué concedida con gratitud.

El matrimonio se celebró sin pompa, y como si el rico y noble Vizconde del Olmo hubiera sido el hijo de una familia humilde: pero el corazon de Arturo y el de Eugenia reflejaban el cielo.

—¿Qué te enamoró en mí? preguntó cándidamente la jóven á su marido pocas horas despues de su casamiento.

—¿Lo sé yo acaso? respondió el feliz Arturo: ¿sabe el amor darse cuenta de sí mismo? En tí me enamoró

todo: tu suave y casta belleza, tu virtud, tu vida solitaria y triste y tu mismo dolor: pero, ademas de todo esto, hallaba en tí una fuerza irresistible que disponia de mi voluntad y que no permitia me alejase: era que habia encontrado en tu alma esa celestial belleza que atrae, y que es la que despierta y conserva el amor grande y profundo: es que eras tú la compañera que Dios me habia elegido y que yo habia buscado en vano por largo tiempo!

Al dia siguiente de la entrevista de la Marquesa con su hija y en la puerta de la casita que habitaba la señora de Rivera, habia un elegante coche de camino: y en el humilde aposento donde bordaba Eugenia cuando su pobre madre vivia, se encontraban aquella amable jóven, el Vizconde del Olmo, Regina y Justino.

Eugenia y Arturo estaban elegantemente vestidos de viaje. Regina tenía puesta una bata blanca, y Justino llevaba un traje de casa sencillo y de muy buen gusto.

Aun estaba descolorido, lo mismo que su hermana: pero la suave palidez de entrambos hacía resaltar la belleza de sus semblantes.

—¡Hágaos el cielo tan dichosos como mereceis, hermanos mios! dijo Justino tomando en sus manos las de Arturo y de Eugenia. ¡Ojalá que vuestro enlace sea para vosotros un manantial inagotable de ventura!

—¿Por qué no venís con nosotros? preguntó la Vizcondesa dirigiéndose á Regina; el clima de Italia os probaria bien á entrambos, hermana mia.

—No quiero salir de Madrid, contestó lacónicamete Regina.

—Al ménos, mudaos de casa, Justino, dijo Arturo: ésta es muy insalubre.

—Regina se opone á ello, observó tristemente Justino.

—Pero ¿por qué?

—Porque quiero, contestó Regina, que mi padre tenga siempre ante sus ojos al esposo de su hija, á quien arrojó de su casa,.y á la hija que abandonó.

—Regina, dijo Arturo con gravedad, eso es ofender á Dios y vengar en tí propia la desventura que te ha enviado. ¿Piensas que el corazon de tu padre ha de conmoverse presenciando tu escasez y tus penas? ¿Piensas que el dolor, la indignacion que tienen su corazon petrificado, han de dar lugar al amor que te profesó, á la compasion siquiera? ¡No, Regina: no lo esperes jamas! Quizá si te humillases á él, si le pidieses, en tu nombre y en el de tu esposo, que perdonase tu desobediencia, quizá se ablandaria y os llamaria á su lado.

—¡Humillarme de nuevo!..... ¡yo!..... exclamó Regina con fiereza: sólo una vez lo he hecho en toda mi vida, pero aquella me satisfizo para siempre! ¿No recuerdas, Arturo, que me arrodillé á los piés de mi padre, gimiendo, con las manos cruzadas, sin que me arredrasen tantas miradas burlonas y tantas risas sardónicas? ¿No recuerdas que mi padre, ese padre que decia que tanto me amaba, me rechazó bruscamente y desprendió con fuerza mis brazos que estrechaban sus rodillas? ¡Oh! ¡Ese padre, que me habia educado para el orgullo; ese padre, que, previendo todos mis deseos, habia desarrollado en mí el más grande y helado egoismo, debió com-

prender que mi vida, que mi dicha entera dependian de que me concediese lo que le pedia postrada á sus piés! ¿Dónde estaba entónces, dónde, su decantado amor que así desoyó mis ruegos?

—Piensa en tu madre al ménos, hermana, dijo Eugenia dulcemente : en tu madre, que morirá léjos de tí!

— ¡ Pobre madre mia! murmuró Regina quedándose con la mirada absorta y fija, pero sin que la humedeciese una lágrima. ¡ Pobre madre mia! ayer estuvo aquí, y me estremecí al verla, no obstante que se me figuraba ser incapaz de estremecerme!

—¡ Que dices! ¡estuvo aquí! exclamó Justino.

—Sí, espió el instante en que tú salias, y vino, recatándose de mi padre, que la creia en su cuarto, á rogarme que me humillase á él y le pidiese perdon, pues de lo contrario me exponia á que nos dejase en la miseria. Yo no sabía que mi padre podia desheredarme.

—¿Rehusarás todavía implorar su generosidad, Regina? preguntó Arturo.

—¡ Generosidad! repitió la jóven soltando una amarga carcajada. ¡ Generosidad conmigo el Marqués de Villalta! Para eso era necesario que yo me humillase mucho, y no me han educado para la humildad. El carácter de mi padre y el mio son igualmente duros, impetuosos é indomables: han chocado, y de este choque sólo puede resultar la muerte para uno de los dos, ó quizás para entrambos!

—El coche espera á los señores, dijo una muchacha bien vestida que apareció en el umbral de la puerta.

—¡ Adios, Regina! dijo la Vizcondesa abrazando á la

jóven: si sufrís, si tu esposo no encuentra un dia donde ganar el pan preciso, acude á mí, ya que ahora no quieres aceptar nuestras ofertas.

—Gracias, hermana, contestó Regina, devolviéndole el abrazo con aquella frialdad que formaba la base de su carácter de hierro, gracias; aunque no tengo intencion de aceptarle, no por eso agradezco ménos tu desprendimiento.

Arturo abrazó estrechamente á Justino, repitiendo las mismas palabras de su esposa, y bajó con ella para tomar el coche.

Justino les acompañó hasta él: pero Regina, cuya impasibilidad orgullosa se habia aumentado con la desgracia, se contentó con acercarse á una de las ventanas, sin que su hermoso rostro demostrase la menor alteracion.

Cuando Justino volvió á entrar en la estancia en que se hallaba Regina, áun brillaban en sus ojos algunas lágrimas.

—¿Por qué no te has ido con tu hermana, ya que tanto te aflige su ausencia? le dijo aquélla amargamente.

—¿Me culpas porque siento su primera separacion?

—Yo creí, contestó la jóven, que tenía derecho á exigirte que sólo por mí te entristecieras ó alegráras.

—¡Regina! exclamó Justino exasperado: ¡tu amor es un torrente devastador, que arrebata tras sí todo sentimiento dulce!

—¿No lo he abandonado yo todo por tí? preguntó Regina clavando en su esposo una mirada penetrante.

—¡Es verdad! murmuró aquel hombre de corazon tierno y sensible como el de un niño. ¡Es verdad, Re-

gina mia! ¡Tú tienes razon para decirme que sólo por tí debiera sufrir ó alegrarme! Escucha, desde hoy ya no tendrás celos de nadie, porque estoy sólo contigo en el mundo... ¡A nadie más que á tí amaré sobre la tierra! ¡Unicamente viviré para tí!

XX.

¡POBRE REGINA!

Corrieron ocho meses con la velocidad que hallan en las alas del tiempo aquellos que son felices.

Regina y su esposo le acusaban de correr demasiado aprisa, no obstante que sus recursos se acababan más velozmente que los dias que pasaban entregados á su amor.

Su felicidad, sin embargo, no estaba exenta de algunas nubes; el carácter helado y orgulloso de Regina dominaba, es verdad, al dulce y apacible de su esposo; pero esta superioridad pesaba sobre el alma de Justino, quien, como hombre al fin, tenía aquel orgullo que algunas mujeres califican de egoista y cruel, y al que yo doy el hermoso nombre de *dignidad*.

¡Ay de los esposos que cambian sus condiciones! Nunca esperen encontrar felicidad verdadera!

La mujer puede dominar al hombre, pero sólo con el prestigio de sus gracias, de su dulzura y áun de su llanto; aquellas que consiguen dominarle por su carácter irascible y altanero, tienen un imperio muy poco envidiable.

El hombre que se rebaja hasta obedecerlas ciegamen-

te, las teme y no las ama; y quizás esa hipócrita servidumbre busca y encuentra léjos de ellas su solaz en culpables y degradantes extravíos.

La mujer, por su parte, no estima al esposo que, perdiendo la dignidad, se convierte en esclavo suyo.

Hércules mismo fué despreciado hilando á los piés de Omphale.

Regina vendió las sortijas y los pendientes que llevaba puestos al salir de la casa de sus padres, para atender á sus necesidades, que durante algun tiempo fueron provistas con holgura; mas, sedienta de la presencia de Justino y ocupada únicamente de su amor, le exigió que abandonase sus traducciones al ménos por algunos dias.

—Pero, Regina mia, mi editor buscará otros traductores, le advirtió Justino con dulzura.

Su esposa le tapó la boca con su hechicera mano, diciéndole que no queria escuchar objeciones.

Sometióse, pues, Justino á un reposo que complacia á Regina y que era ademas muy necesario á su quebrantada salud, y desde aquel dia se dedicó sólo á estar al lado de su mujer y á contemplar su espléndida belleza.

Pasaba largas horas sentado á sus piés en un almohadon y adorando el hermoso córte de su frente, sus grandes y rasgados ojos negros, y sus arqueadas y sedosas cejas de ébano; divertíase en deshacer las largas trenzas de sus cabellos, en admirar sus manos, modeladas como las de una estatua antigua, y su garganta, que parecia de mármol.

Otro motivo acrecentaba aún su amor. Regina iba á ser madre, y pensando en su hijo pasaban ambos mu-

chas horas, conversando acerca de sus proyectos para el porvenir.

La necesidad apareció, por fin, en los umbrales de la casa de los jóvenes esposos, llenando de amargura el corazon de Regina; ésta pasaba crueles horas apoyada en su mísera ventana, contemplando el suntuoso palacio de sus padres, y herida á su pesar por el contraste que la opulencia de aquéllos formaba con su tristísima situacion.

Sin embargo, el palacio de Villalta permanecia silencioso y helado desde el dia en que ella le abandonó; las últimas luces que brilláran en él se habian encendido para firmar sus contratos matrimoniales con Arturo.

Justino suplicó de nuevo á Regina que le permitiese volver á ocuparse de sus traducciones, y ella consintió amedrentada por el aspecto aterrador de la pobreza que les amenazaba.

Esto era lo único que la infeliz Regina podia hacer por su parte para conjurar la indigencia; la educacion que habia recibido la habia enseñado únicamente á dibujar, cantar, tocar el piano y bailar en los saraos, á donde diariamente concurria; pero todo esto lo hacía tan medianamente, que de nada podia servirle tratándose de emplearlo como recurso.

El excesivo y ciego amor de sus padres habia hecho completamente desgraciada á Regina.

Justino, no bien arrancó á su esposa el consentimiento para dedicarse al trabajo, corrió en busca del editor que ántes le habia empleado.

Mas ¡ay, sus temores se vieron realizados! Habia

buscado á otra persona que le servia por ménos precio y casi con la misma perfeccion.

Fué á ver á otros, mas todos le dijeron que, teniendo ocupadas sus plazas, no le necesitaban.

Justino volvió al lado de Regina con el corazon traspasado de pena; pero ésta se encerró en un dolor silencioso y concentrado como su carácter; ni un solo consuelo supo dar al desgraciado jóven; y sin procurar siquiera reanimar el espíritu abatido de su esposo, se contentó sólo con mirar amargamente el palacio de sus padres.

Regina no sabía que la mujer ha nacido para ser *El Angel del Hogar* (1), y que está en su mano hacer brotar la alegría del centro del dolor.

Regina sólo habia aprendido á mandar y no á violentarse; siempre habia visto siervos en derredor suyo, y no conocia lo que era deber, ternura y abnegacion.

¡Pobre Regina!

Al dia siguiente vendió la desgraciada los pendientes de oro que llevaba y todos sus vestidos, reservándose únicamente el de ménos valor.

Justino nada tenía que vender.

Su delicadeza no le permitió hacerse, al casarse con Regina, más que un pobre y modesto traje.

---

(1) Título de una obra de la autora.

XXI.

LA AGONÍA DE UNA MADRE.

Era una noche de Octubre.

El viento, frio ya, azotaba las vidrieras del palacio de Villalta.

En el salon particular de la Marquesa, y cerca de la chimenea, se hallaban aquélla y su esposo mudos y consternados.

Gabriela parecia la sombra tristísima de la hermosa dama que, año y medio ántes, hacía las delicias de su esposo y de toda su familia.

Pálida, demacrada y envuelta en una bata de raso oscuro, su rostro tenía una lividez extraña, semejante al marfil.

Era una luz que se consumia por instantes.

El Marqués habia envejecido diez años en tan corto espacio de tiempo.

Sus cabellos estaban blancos como la nieve.

Su cuerpo, encorvado, y sus descarnadas manos arrugadas como su semblante.

La Marquesa tenía la mirada vaga y perdida.

Advertíase en su fisonomía ese sello de paz y de dulzura que en algunos rostros sobrevive á la muerte.

El Marqués, envuelto en una bata gris muy algodonada, miraba maquinalmente hácia la chimenea, que ya estaba encendida, á pesar de lo poco avanzado de la estacion.

Hubo un instante en que levantó sus ojos hácia su esposa y en que se estremeció profundamente.

—¡Hoy estás mal, muy mal, Gabriela! dijo con honda emocion, que hizo asomar una ardorosa lágrima á sus ojos: ¿qué es lo que sientes?

—¡Me siento morir, Pedro! contestó Gabriela con la misma suave dulzura, con que hubiera dicho: «¡Soy feliz!»

—¿Con que no quieres vivir para mí? exclamó el Marqués con amargura.

—¡Oh, sí! yo quisiera vivir para consolarte, para hacerte compañía, Pedro..... ¡pero.... no puedo!

—¡Cuánto la amabas! dijo el Marqués tomando la abrasada mano de su esposa.

—Tanto, repuso ésta, tanto la amaba, Pedro, que al verla salir de esta casa sentí romperse dentro de mí misma todos los hilos de mi vida! Tanto la amo aún, que si revocáras la maldicion que lanzaste sobre su frente, si le abrieras de nuevo tus brazos y tu casa.....

—¡Qué!..... exclamó ansioso el Marqués.

—¡Moriria feliz! concluyó Gabriela clavando en el cielo una mirada empapada en lágrimas.

—¡Oh, pues si he de perderte lo mismo, no quiero llamar á esa ingrata, á esa sierpe, que ha desgarrado con una herida mortal el seno que la abrigó! ¡Sólo la esperanza de conservarte la vida sería lo que me haria

olvidar su fiereza y perdonarla!..... Mas ya que he de perderte, mi ódio hácia ella crecerá, puesto que se há convertido en tu verdugo..... ¡Maldita, maldita sea mil veces!

—¡Pedro!..... gritó la Marquesa, cuyo semblante desfigurado expresó todo el terror que le inspiraba aquella terrible y repetida maldicion. ¡Pedro!... ¡Por Dios, si me amas, si me has amado, déjame que vaya tranquila al cielo!.....

—¡Pobre mártir! murmuró el Marqués tomando entre sus descarnadas manos la bella y pálida cabeza de su esposa: ¡tú no puedes endulzar con toda tu mansedumbre el raudal de hiel que inunda mi alma! ¿No sabes que tú has sido en la tierra mi único amor, hasta que diste la existencia á esa fiera á quien llamabas hija? ¡Pues bien, muerto el cariño que á ella le tuve, sólo á tí amo ya en el mundo! Si le dejas, te seguiré bien pronto.

—¡Pedro: murmuró la Marquesa apoyando su frente en las manos de su marido: ¡Regina es madre, y no tiene pan que dar á su hijo!

Un estremecimiento convulsivo agitó el demacrado cuerpo del anciano.

—¿Lo sabes tú? preguntó á su esposa tras algunos instantes de silencio.

—¡Sí, lo sé, Pedro; mi cuidado, mi amor, la han seguido incesantemente!..... ¡Cuando me apercibí de que la miseria estaba próxima á aquejarla, le envié socorros que su orgullo rehusó!..... ¡Pedro!..... ¿Sabes lo que me contestó? «¡No quiero tu limosna, madre mia, quiero

sólo que mi padre me llame á su casa con mi esposo.»

—¿Y por qué no me ha rogado que los recibiese en ella, toda vez que la abandonó? preguntó el anciano, cuyas facciones se habian ido dulcificando.

—¿Olvidas, Pedro, que ha aprendido de tí su indomable altivez? ¿Olvidas que la has fomentado tú mismo? ¡Ah, por piedad!... ¡por compasion á tí propio, llámala á tus brazos!

—¡Nunca, nunca! exclamó el Marqués. ¡No me exijas eso, Gabriela!... ¡Despues de perderte, la vista de tu verdugo me sería odiosa!

Un profundo y pavoroso silencio siguió á estas frases: pasado un instante, el Marqués alzó la cabeza para dirigir de nuevo la palabra á su esposa.

—¡Gabriela.... Gabriela! gritó desesperadamente al verla pálida y desencajada. ¡Gabriela mia, yo haré todo lo que tú quieras!... ¡Te devolveré tu hija... pero vive!... ¡Gabriela, vuelve en tí!...

La Marquesa abrió sus moribundos ojos, y estrechó débilmente la mano de su esposo; éste llamó, y dos camareras que se presentaron condujeron á Gabriela á su lecho.

La noche se pasó en una agonía dulce y lenta: ¡era la agonía de una santa!

Al rayar el alba, Gabriela de Mendoza, Marquesa de Villalta, jóven aún, y bella como el último sueño de amor, puso sus labios en la mejilla de su esposo, que la abrazaba sollozando, y murmuró:

—¡Pedro... perdona á nuestra hija... y vén á buscarme al cielo!...

Luégo entornó sus grandes y hermosos ojos, lanzó un suspiro, y su alma voló al seno de Dios.

Los ángeles entonaron un himno de alegría, y los mártires recibieron el alma pura y hermosa de la Marquesa de Villalta.

XXII.

LA MENDIGA.

Una escena distinta, pero más triste áun, tenía lugar en la casita que ocupaban Justino y su esposa.

Ambos se hallaban en la primera de las salitas, completamente desmantelada ya, porque habian vendido todos los muebles que ántes llenaban la pequeña habitacion.

Sentada Regina en una de las dos únicas sillas que se veian, mecia sobre sus rodillas á un niño de pocos meses, hermoso, pero flaco y descolorido como su madre.

Ésta se asemejaba á un cadáver: sus grandes ojos parecian haber crecido; su tez, blanca como el alabastro, habia perdido del todo sus matices de rosa, y en cada una de sus mejillas descubríase un hoyo profundo, señal infalible de sus privaciones y miserias.

Apoyado en la otra silla, y mirando á la madre y al hijo con desgarradora expresion, estaba Justino, flaco, pálido, con la barba larga y el cabello descuidado; sus ojos, hundidos, fulguraban con una luz sombría; de vez en cuando un temblor convulsivo agitaba sus labios, recorriendo despues todo su cuerpo, que se estremecia como un arbusto azotado por el viento.

Jamas ha ofrecido la miseria un cuadro más elocuentemente triste.

Largo rato hacía que reinaba un profundo silencio. Regina, sin acentos, sin gemidos, sin lágrimas, porque en aquella naturaleza de hierro no tenía entrada ninguna emocion ostensible, estrechaba á su pequeño hijo contra su seno helado, por un último y supremo esfuerzo de maternal amor.

Habia llegado á la miseria paso á paso, sin susto, casi sin dolor; ni la muerte misma la arredraba.

La maldicion de su padre no pesaba sobre su frente, porque la juzgaba injusta. Sus creencias religiosas se habian desarrollado tan poco con su funesta educacion, que sólo le permitia distinguir lo bueno de lo malo segun su conciencia recta y altiva, sí; pero orgullosa y egoista como su corazon, como todo su sér.

El loco amor de su padre habia prohibido que se le hablase del infierno y de la justicia de Dios, temiendo amedrentarla.

Sólo le habia dicho que el sumo Hacedor es infinitamente bueno; que la Santísima Vírgen es toda piedad y amor, y así en religion como en todas las demas cosas, sólo conocia la parte que le era benéfica y dulce.

Mas no era extraño que el Marqués de Villalta desarrollase en su hija todos los instintos del egoismo y del orgullo. ¿Cuándo ha sabido un hombre educar á sus hijas? ¡Ah, padres de familia, no tomeis jamas, jamas, sobre vosotros el arduo cuidado de formar el corazon y de alumbrar el entendimiento de vuestras hijas! ¡Confiadlas á sus madres, y para que éstas tengan la suficiencia ne-

cesaria para tan difícil tarea, elegid bien ántes de uniros con los eternos lazos del matrimonio!

¡Sí! Por más que el hombre se erija en rey de la creacion, por más que niegue á la mujer la inteligencia y la instruccion, no puede negarle el sentimiento, el buen instinto y el amor.

No puede negarle que es más apta que él para educar á sus hijas, porque sólo la mujer puede y debe formar á la mujer.

Ved todas las niñas cuya educacion ha sido dirigida por sus padres; todas han sido formadas con arreglo al espíritu de dominacion y de fiereza que distingue al hombre.

Ved las niñas educadas por sus madres, aunque éstas no posean más ciencia que la natural en su sexo, esto es, rezar y amar, y notaréis al instante en ellas la flexibilidad de carácter, la dulzura y la sinceridad de creencias, propias de la mujer.

Yo sé que algunas madres hacen á sus hijas supersticiosas; pero sé tambien que muchos padres las hacen en extremo despreocupadas, y considero el primer mal mucho más tolerable y áun mucho más conveniente que el segundo.

¡Líbreme Dios siempre de la mujer irreligiosa! ¡Ésta es, á mis ojos, como la fuente seca, que sólo deja caer en su seno arenas abrasadas!

Dadme mujeres piadosas hasta la preocupacion; su humildad podrá elevarse y podrán ilustrarse sus creencias.

La desgraciada Regina no fué educada por su sencilla

pero buena y santa madre: si Gabriela hubiera dirigido su corazon, la mansedumbre de aquélla, su dulzura, su gracia, esa gracia penetrante, llena de encanto y peculiar de la virtud, hubieran subyugado el espíritu de Regina y le hubieran suavizado para todas las pruebas de la vida.

Educada por su padre, su nativo orgullo se aumentó y creció hasta ser su propio verdugo.

Cuando se sintió afligida, pidió consuelo á Dios y á su Madre, segura de que se darian por contentos en aliviar su suerte, puesto que nunca les habia molestado con súplica alguna.

En su fatal y helado egoismo creia que las potestades celestes, del mismo modo que las humanas, debian doblegarse á sus deseos, y, razonando de este modo, les rogó que mejorasen su fortuna con la misma irritada altivez con que recordaba á sus criados algun cuidado ó algun servicio que se hubiesen olvidado de prestarle.

¿Qué sabía ella de pruebas enviadas por el Señor para conquistarnos la gloria?

¿Qué sabía ella de paciencia, de resignacion?

Su férreo carácter necesitaba de una mano de acero que le torciera y le guiase, y sólo habia sido maleado con dañosas é imprudentes caricias.

Pero por más que esperó durante algun tiempo la complacencia de Dios y de su Santísima Madre, ésta no llegó, y Regina olvidó que habia rogado, pareciéndole que hacía bastante con no indignarse.

Entre tanto crecia su miseria: la maldicion de su padre, tan cruelmente burlado en sus más gratas esperan-

zas y abandonado despues; la agonía de su madre, causada por el dolor con que ella la habia herido, habian colmado la medida de la misericordia celeste.

En la noche en que volvemos á ver á los jóvenes esposos, padres ya de una inocente criatura, hacía treinta y dos horas que no habian probado alimento alguno.

En vano Justino sentia estallar su cabeza á fuerza de discurrir de dónde sacaria un pedazo de pan para su esposa.

En vaño ésta acercaba á su seno la boca de su hijo.

¡Su seno estaba agotado por el hambre!

—¡Justino! dijo la jóven tras un largo rato de silencio. ¡Justino, mi hijo se muere!

—¡Oh, Dios mio, piedad! gritó el infeliz retorciéndose las manos. ¡Inspírame un pensamiento salvador!

Regina no oyó estas palabras.

Se levantó, apretó el niño contra su pecho, y se cubrió la cabeza con su pañolon viejo y desteñido.

—¿Adónde vas? exclamó Justino corriendo hácia ella.

—¡A pedir limosna para mi hijo á la puerta del palacio de mi padre! respondió Regina sordamente.

—¡Regina, Regina! ¡Tú me enseñas lo que debo hacer! exclamó Justino! ¡Yo pediré pan para vosotros dos!

Y rechazando suavemente á su esposa, se dirigió á la puerta.

Pero Regina le detuvo.

—¡No, no! dijo ésta. Si mi padre te viera implorando la caridad pública, gozaria en vez de sufrir. ¡La pena que ha de experimentar al verme á mí me vengará de su crueldad!

Dichas estas palabras, salió Regina de su habitacion y bajó la escalera con paso vacilante.

Justino quedó un momento mudo, inmóvil y con el cabello erizado; luégo se dió una palmada en la frente, como si hubiera surgido en su cabeza una idea luminosa y repentina.

Salió tambien de su casa, dejando entornada la puerta, y echó á correr por el oscuro y solitario callejon.

Entre tanto Regina se habia situado á la puerta del palacio de sus padres.

Vió entrar, uno despues de otro, á dos personajes gruesos y lujosamente vestidos, y quiso pedirles limosna; pero el orgullo de la sangre se sublevó, y no acertó ni á proferir una palabra, ni su mano pudo extenderse para demandar la caridad.

Aquellos dos hombres eran los médicos, enviados á llamar á toda prisa por el Marqués, para que salvasen á costa de su fortuna entera la vida de su esposa, asesinada de dolor por su culpable hija.

Los dos pasaron sin mirarla y sin reparar en ella siquiera.

Una hora despues salieron juntos y hablando á media voz; pero sus palabras llegaron claras y aterradoras al corazon de Regina.

—La Marquesa se muere, dijo el uno.

—Sí; no pasará del amanecer, contestó su compañero.

—La ha matado lentamente el abandono de su hija.

—¡Es verdad! Pero me han contado que el Marqués ha obrado más acertadamente: desfogó su cólera en la

noche de los contratos con una maldicion terrible que lanzó sobre la culpable, y sigue viviendo para presenciar su castigo.

—Sin embargo, amigo mio, al Marqués le restan tambien muy pocos dias de vida; va á quedar solo en el mundo, y esa rápida consuncion que hace tiempo le viene devorando, acaba por horas su existencia.

—¡Pobre padre! ¡Pobre y amorosa madre! ¡Dios castigue á su ingrata hija.

Los dos doctores se alejaron despues de haber lanzado su anatema sobre la frente de Regina.

Ésta estaba yerta de asombro, y qüizá por la primera vez de su vida, yerta tambien de dolor.

¡Sus padres morian por ella! Miéntras que los dos médicos hablaban, parecíale que una serpiente de fuego atravesaba su cabeza, mordiendo sus heladas sienes; luégo sintió discurrir por todo su cuerpo un frio mortal; y en medio del horroroso temblor que la agitaba, no advirtió que una débil convulsion hacía chocar el cuerpo de su hijo, helado ya, contra su desnudo seno.

Muchas horas, muchas pasaron así; miró á los dos médicos, que volvieron en un mismo carruaje á eso de las dos de la mañana. Pero Regina, pegada á la pared, silenciosa, inmóvil y con los hojos hoscos y mates, nada veia ni áun sentia el frio penetrante de la noche.

Miéntras ella permanecia muda y helada como la estátua de la desesperacion, volvió Justino á su casa, y miró el pobre y duro lecho, compuesto de un jergon y de una vieja manta.

¡Nadie le ocupaba!

—¡Aun estará pidiendo sin conseguir nada! murmuró el desgraciado; y una lágrima se deslizó por sus hundidas mejillas.

—¡Más vale así! volvió á murmurar. ¡No tendria valor para darles mi última despedida!

Sentóse ante una miserable mesilla y á la luz de un cabo de vela, que agonizaba ya, escribió rápidamente una carta.

Luégo se levantó, sacó del bolsillo un puñado de oro, besó la carta, tendió por el aposento una larga y triste mirada, y salió dejando entornada la puerta.

Pero ántes de bajar la escalera cayó de rodillas en el umbral.

—Adios! exclamó. ¡Adios, santa morada, llena aún con los recuerdos de mi madre, de mi hermana, de mi esposa, de mi hijo!... ¡Adios... para siempre!...

Justino pasó su mano enflaquecida y calenturienta por sus ojos cubiertos de lágrimas, y salió precipitadamente á la calle, como temiendo que le faltase el valor.

Llovia entónces: Regina seguia inmóvil á la puerta del palacio de sus padres.

Asomó al fin el alba, perezosa y encapotada con un espeso manto de niebla, y un rumor general que se oyó en el interior del palacio, sacó á Regina de su enajenamiento.

—¡Ha muerto! repetian muchas voces entre sollozos. ¡Señora mia de mi alma! ¡tan buena, tan piadosa! ¡Ha muerto!...

—Hoy ha perdido el mundo una mártir y ha ganado una santa el cielo, dijo uno de los doctores á su compañero, saliendo ambos á la calle.

—¡Ha muerto, ha muerto! volvieron á decir en el patio algunos criados, que rodearon sollozando al portero.

—¡Ha muerto! repitió lúgubremente Regina: ha muerto mi madre!... ¡Oh, desgraciada de mí!

Un sollozo seco desgarró su pecho: su corazon lloraba sangre, aunque de sus ojos no brotaba una lágrima.

Entónces dió el niño un débil gemido, como si acompañase la pena de su madre. Regina inclinó hácia él su frente abrumada de dolór, y un suave suspiro pasó sobre ella como una brisa.

La cabeza del niño cayó hácia atras lívida y pesada.

El hijo de Regina habia dejado de existir.

El hambre y el frio de aquella horrible noche le habian asesinado.

—¡Muerto! gritó de súbito la desdichada madre, comprendiendo con una lucidez espantosa toda su desventura. ¡Muerto!... ¡Muerto tambien!...

Y cayó aniquilada al suelo y rota su fiereza, como la rama seca que troncha el viento.

La justicia divina pesaba sobre su cabeza.

Dios nunca deja sin castigo al hijo que ha provocado la maldicion de su padre.

La muerte, en el mismo instante de arrebatar á Regina á su madre, le robaba tambien el hijo nacido de su seno, igualando así la culpa con el castigo.

De repente se levantó: oprimió convulsivamente el cadáver del niño contra su pecho, y doblando la esquina entró en su casa, subió la escalera y penetró en su mísera habitacion.

—¡Justino! dijo Regina dejándose caer sin fuerzas en la misma silla que su esposo habia ocupado para escribir : pero nadie contestó á su voz.

Entónces reparó en el oro y la carta.

Separó las monedas, y, sin soltar á su hijo, abrió el billete, que estaba concebido en estos términos :

«Regina : me he vendido como soldado en la bandera de América : cuando leas esta carta estaré ya en camino para Cádiz, donde voy á embarcarme : sólo así podia daros pan á tí y á mi hijo.

»Adios, Regina mia, nuestro amor nos ha hecho muy desgraciados... nunca se conquista la felicidad faltando á los deberes que la religion y la naturaleza nos imponen!...

»Pide perdon á tus padres, Regina: sólo con el fin de que te lo concedan me alejo de tí, y hasta que puedas convencer á tu orgullo de que debes hacerlo, te dejo, para que vivas, el precio de mi libertad.

»¡Adios otra vez, esposa mia! ¡Adios, hijo querido de mi corazon! ¡Si no muero, volveré á abrazaros algun dia con toda la efusion de mi alma!

JUSTINO.»

XXIII.

EL PERDON.

Regina quedó un instante inmóvil y con los ojos extraviados.

—¡Con que estoy sola en el mundo! exclamó tras una larga pausa. ¡Sin madre!... ¡Sin esposo!... ¡Sin hijo!... ¡Oh! ¡Corramos hácia lo último que me queda!...

Salió al decir esto, sin cuidarse de cerrar la puerta: cruzó la callejuela, y entró en el palacio de sus padres, llevando en los brazos el cadáver de su hijo.

Nadie se opuso á su paso, y Regina penetró hasta la habitacion de su madre.

La Marquesa yacia en su lecho de muerte.

A sus piés, y lanzando sollozos secos é inarticulados, estaba de rodillas el anciano Pedro.

—¡Padre! gritó Regina deteniéndose en el centro de la estancia.

El Marqués alzó la cabeza, y reconoció á la hija cuya imágen tenía grabada en el corazon con sangre y fuego.

—¿A qué has venido, verdugo de tu madre? exclamó roncamente y levantándose terrible y amenazador: véte, continuó: apártate de mi vista!

—¡Padre! ¡es que estoy sola en el mundo! murmuró la infeliz con acento desgarrador.

—¡Yo tambien! barbotó el Marqués, ¡yo tambien estoy solo por tí!

—¡Padre! mi esposo me ha abandonado y mi hijo... ¡ha muerto de hambre!... volvió á decir Regina con acento debilitado. ¡Padre, perdóname!...

—¡Nunca! exclamó el anciano con temblorosa voz.

—¡Padre mio! ¡por el cadáver de mi madre aquí presente! ¡Por el de mi hijo que deposito á tus piés!... ¡Perdóname para que pueda morir en paz!...

Y Regina echó á las plantas de su padre el cuerpo ya frio de su hijo.

El anciano fijó en el niño sus secos y escandecidos ojos: poco á poco su mirada se cubrió de lágrimas; recorrió su cuerpo un temblor violento, y por fin abrió los brazos á su hija, que se arrojó en ellos.

—¡Te perdono! exclamó estrechándola fuertemente contra su pecho. ¡Vive á mi lado, desgraciada.

—¡Sólo... en el cielo estaré... junto á tí... padre! tartamudeó la jóven exánime ya y moribunda!

Su padre la miró espantado.

El hambre, la fatiga, se pintaban en el demacrado semblante de Regina con una energía desgarradora.

—¡Hija!... ¡hija mia! ¡socorro para mi hija! gritó el anciano desesperadamente.

Muchos criados se precipitaron en el aposento, con marcadas pruebas de interes.

—¡Padre mio... que me entierren con mi madre... y con mi hijo... murmuró Regina con voz tan débil, que

parecia el arrullo de la brisa: y... si vuelve... Justino... que le enseñen mi sepulcro!...

—No morirás, no, hija mia!... ¡Yo no quiero que mueras!... ¡Pan, traed pronto pan para mi hija, imbéciles!... ¡Que se muere de hambre... de hambre... y á mí me ahoga el oro!...

Los criados, en vez de ir en busca de alimentos, se echaron de rodillas y se pusieron á orar, conociendo lo desgarrador de aquella escena.

—¡Regina!... ¡Regina! yo no quiero que mueras hasta que Dios me llame á sí!... ¡Vive, vive para endulzar mi agonía!

—¡Padre, tu bendicion... y... adios! suspiró Regina.

—¡Bendita, bendita seas, hija de mi alma! ¡Pero vive, para que tú puedas perdonarme tambien!

Regina pegó sus lábios á la rugosa mejilla del anciano, y dejó en aquel beso su postrer suspiro.

—¡Hija, hija de mi corazon! sollozó el desventurado padre: ¡hija mia!... óyeme... ¡no me dejes, por Dios!....

Los criados le quitaron el cadáver de los brazos, y como si la sola presencia del cuerpo de su hija le sostuviese, cayó sin sentido al suelo.

XXIV.

LOS SEPULCROS.

Al dia siguiente fueron enterrados en el soberbio panteon de los Marqueses de Villalta los cuerpos de la Marquesa, de su hija Regina, y del hijo de esta desgraciada jóven.

Pasaron otros dos, y un anciano encorvado, con el cabello blanco y el semblante espantosamente demacrado, subió en un coche de luto y se dirigió al cementerio donde descansaban los cuerpos de las personas ántes nombradas.

Era el Marqués de Villalta.

Cuando llegó, se apeó trabajosamente, con la ayuda de un criado vestido de negro como él.

Dió algunas monedas al fúnebre guardian del recinto de los muertos, y se adelantó apoyado en el brazo del doméstico, que era tambien un anciano encanecido.

Dejóse caer de rodillas el Marqués, y dijo suavemente á su ayuda de cámara:

—Déjame solo, Joaquin.

El anciano criado obedeció, y el Marqués dobló su calva frente sobre la fria piedra del mausoleo.

—¡Esposa mia! hija de mi alma! ¡pobre é inocente

hijo á quien no he conocido..., perdon! murmuró entre sollozos. ¡Oh, Gabriela adorada! ¡Mi fatal orgullo, y la funesta educacion que dí á nuestra hija, han labrado la perdicion de todos vosotros! ¡Hija querida, perdóname y ruega á Dios que perdone tambien mis errores! ¡Pídele que separe de mí, en mi cercana agonía, tu sombra y la de tu hijo, hambrientas é irritadas!...

Detúvose el Marqués, falto de fuerzas, y volvió á sollozar: poco á poco se calmaron sus gemidos, y se levantó, yendo á buscar al fiel Joaquin, que le condujo á su carruaje.

Durante seis dias siguió visitando el panteon.

En el último, viendo el ayuda de cámara que su amo tardaba mucho en levantarse, se acercó á él.

Joaquin dejó escapar un grito de afliccion, y se abrazó á su amo.

El Marqués habia pasado á mejor vida en medio de su plegaria.

Su rostro sonriente y apacible decia que su agonía habia sido serena, y su muerte feliz.

Quizás el alma bendita de Gabriela bajó en busca de la suya, y la condujo al cielo.

. . . .
. . . .
. . . .

Diez años despues, bajaba un capitan del ejército de una diligencia de Cádiz que acababa de llegar á Madrid.

Parecia contar unos treinta y tres años, y su figura era encantadora, aunque su semblante estaba velado por una tristeza profunda.

Sin detenerse un instante se dirigió á la calle en que estaba situado el palacio de los Marqueses de Villalta: dió la vuelta á él, y entró en la casita que ya conocen mis lectores.

La ocupaba á la sazon una mujer anciana.

Justino, pues Justino era el capitan, preguntó con acento tembloroso por la persona que anteriormente la habia ocupado.

—Murió, y su hijo tambien, contestó la anciana.

Justino tuvo que apoyarse contra la pared.

—Están enterrados con los Marqueses de Villalta, continuó la nueva habitadora. ¡Historia más rara que la de aquella pobre jóven!

Justino salió de la casita con el corazon desgarrado: dirigióse al cementerio, y besó la losa fúnebre que guardaba los restos mortales de su esposa y de su hijo.

—¡Adios! murmuró derramando dos lágrimas amargas. ¡Adios, desventurada, que fuiste mi primero y único amor! ¡Duerme en paz con nuestro hijo, ya que tan infelices os hice en vida!

El desgraciado Justino se dirigió á Cádiz aquella misma noche, y se embarcó otra vez para América.

¡Nunca volvió á saberse de él!

XXV.

LA FELICIDAD.

La caida de una tarde de otoño era cuando, dos personas se paseaban por una frondosa alameda, encerrada en una de las más bellas quintas que rodean la encantadora Sevilla.

Eran un hombre y una mujer.

Ella, de estatura mediana, parecia tocar en los veinte y dos años, aunque en realidad tenía seis más; pero su plácida belleza disminuia su edad, al mismo tiempo que reflejaba la bondad y dulzura de su carácter.

Su compañero contaba algunos estíos más: sin embargo, su cabellera, negra como el ala del cuervo, no estaba aún matizada con la más leve hebra de plata.

Tambien era hermoso; pero con esa belleza que indica un corazon ardiente y una alma fuerte y recta.

Despues de haber dado algunas vueltas por las calles de tilos y limoneros donde los hemos encontrado, fueron á sentarse en un banco cubierto de césped y respaldado por jazmines.

— Hoy estás triste, Eugenia, dijo el caballero tomando cariñosamente una de las lindas manos de su compañera. ¿No me dirás lo que tienes?

—¡Pienso en mi pobre hermano! repuso ésta, miéntras una gruesa lágrima temblaba suspendida de sus largas pestañas de oscura seda.

El Vizconde del Olmo no aventuró para acallar el dolor de su esposa uno de esos estériles consuelos que consisten en algunas palabras vacías de sentido: contentóse con acercar á Eugenia á su seno é imprimir un beso en su blanca frente.

—¡Pobre Justino! continuó ella dando rienda suelta á su llanto: ¡hoy es su cumpleaños, y no sabemos lo que es de él! ¡Ay! ¡tal vez ha muerto en el suelo abrasador de América, sin una mano amiga que cierre sus ojos!

—Debemos consolarnos con que hemos hecho cuanto ha estado á nuestro alcance practicar para encontrarle; tú sabes, Eugenia mia, que á no ser por nuestros hijos, nosotros mismos hubiéramos atravesado los mares para buscarle y traerle á nuestro lado.

—¡Fatal pasion la que ha perdido á tantos seres! murmuró Eugenia quedándose absorta en sus amargas reflexiones.

—¡Fatal amor el de unos padres que no supieron educar á su hija, enseñándole la sumision, que es el primer deber de los hijos, ni doblegarse al orgullo que ellos mismos habian fomentado en el sér á quien tanto amaban! Pero dejemos á mis infortunados tios reposar en sus tumbas, y sírvanos su ejemplo para saber educar á nuestros hijos. Tú eres buena, Eugenia mia, porque tu madre te formó á su imágen, y nuestra Malvina se te parecerá á su vez. La condicion humana necesita diques: ¡desgraciado del sér que no los tiene!

Calló aquel hombre tan justo, tan fuerte y tan sensible á la par, y Eugenia apoyó sollozando su hermosa cabeza en el pecho de su esposo.

De súbito se oyeron gritos alegres é infantiles, y dos hermosos niños aparecieron corriendo en la calle de tilos.

Eran de diferente sexo; pero ambos de una belleza risueña y encantadora.

El niño parecia tener ocho años.

La niña no pasaba de los seis.

—¡Mamá, mamá, venimos de la sala de labor! gritaron á la vez.

Eugenia enjugó sus lágrimas; los confundió en un mismo abrazo, y una sonrisa de felicidad apareció en sus labios, así como en la primavera se confunde un alegre rayo de sol, con las últimas gotas de la lluvia.

—Papá, Cárlos no ha querido escribir hoy, porque no tenía gana, y su ayo le ha regañado mucho, dijo la niña tristemente y como doliéndose de la correccion de su hermano.

—¡Mamá, Malvina ha concluido hoy el pañuelo que estaba cosiendo para tí! gritó alegremente el niño, y dice su aya que está muy bien.

—De ese modo, Malvina va á salir con su aya á paseo y á comprar juguetes, dijo Eugenia con dulzura y besando amorosamente á su hija.

—¡Y Cárlos se quedará en casa en castigo de no haber escrito! añadió severamente Arturo.

El niño retrocedió algunos pasos lloroso y confundido, y un instante despues una señora de edad madura

entró en el jardin y se llevó á la niña, que volvia la cara contemplando con dolor á su hermanito.

Eugenia fijó en su esposo una mirada de tristeza.

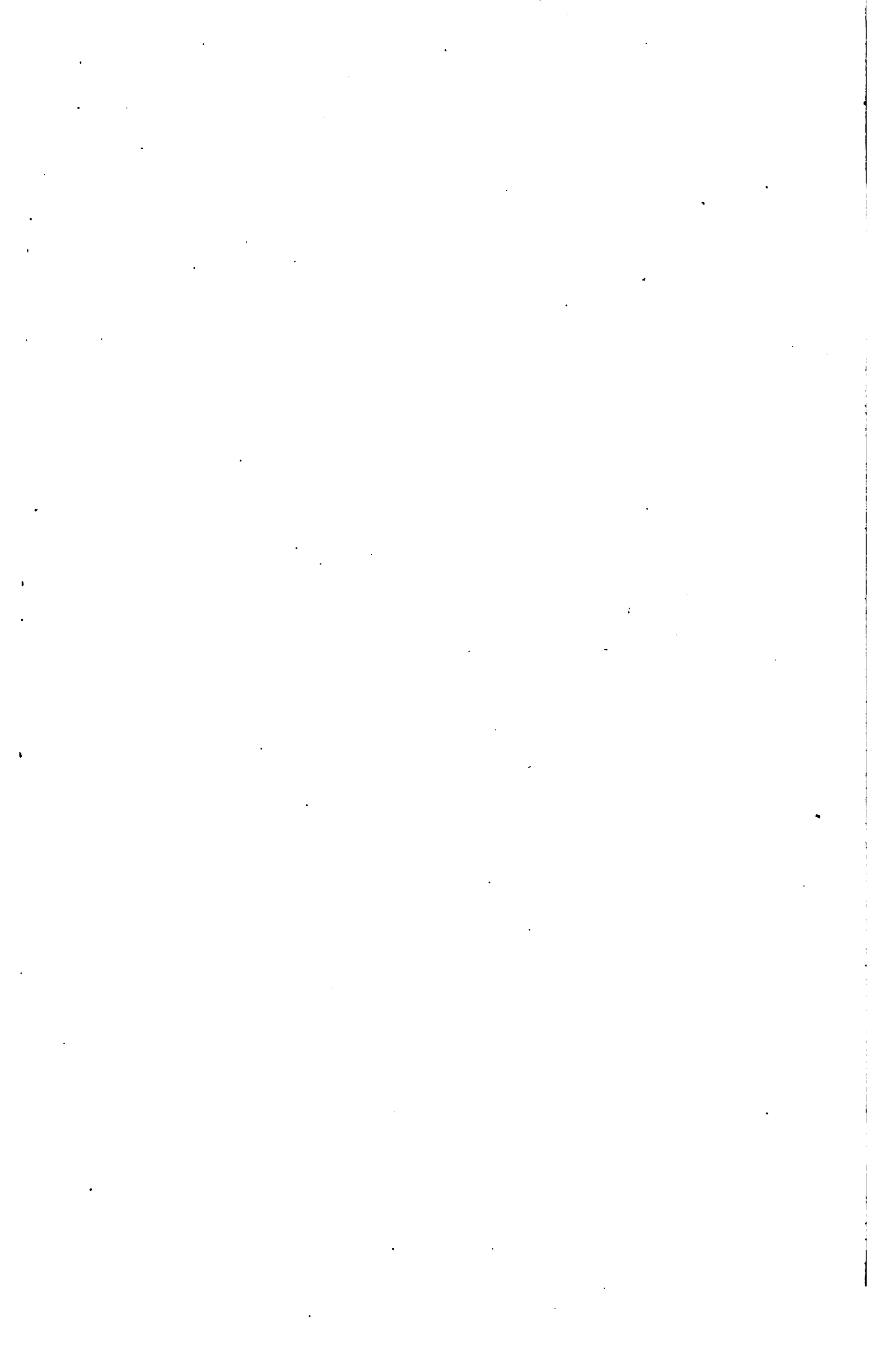
— Comprendo que te será sensible que Cárlos se quede castigado, Eugenia, le dijo el Vizconde; pero considera que únicamente haciendo *buenos* á nuestros hijos les harémos *felices*.

El buen padre tomó de la mano al niño: dió el brazo á su esposa, y los tres continuaron su paseo por la calle de tilos.

FIN DE LA NOVELA.

ÍNDICE.

FIN DEL ÍNDICE.





U.C. BERKELEY LIBRARIES
C003253128
YB 52508
238340

